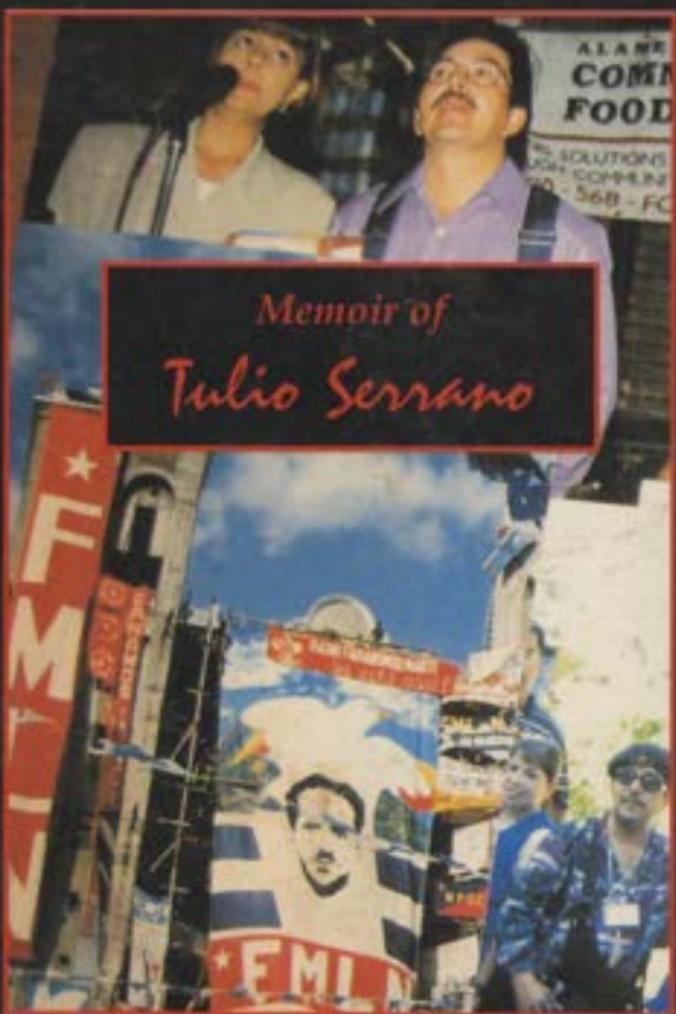


Julio Leiva

El terco deseo de crear UN MEJOR MAÑANA

Bilingual Edition



Editorial
Molino de Viento

863
L533t
slv

Leiva Massin, Julio, 1962.

El terco deseo de crear un mejor mañana= The stubborn desire to build a better tomorrow/Julio Leiva Massin; tr. Anne Marie Richard. — 1a. ed.
—San Salvador, El Salv.: Edit. Molino de Viento, 2005.
402 p.; 20 cm.

ISBN 99923-78-00-X

1. Novela salvadoreña. 2. Literatura de testimonio.
3. Literatura salvadoreña. I. Título.

BINA/jmh

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma o por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, fotocopiado o cualquier otro medio, sin el permiso previo del autor.

Hecho el depósito que marca la ley

El terco deseo de crear un mejor mañana ©

Julio Leiva ©

Molino de Viento ©

ISBN 99923-78-00-X

El tiraje consta de 1000 ejemplares

Primería edición: noviembre de 2005

Diseño de portada: Rebecca Tarver

Fotografías: Familia de Paz y voluntarios de CRECE

Impresión: Imprenta Edalbert

Tel. 2251-3033

San Salvador, El Salvador, C.A.

El Salvador



* Municipio de Tenancingo, lugar donde Tulio Serrano mantuvo su actividad revolucionaria

Municipio de Tenancingo



LIBROS



+

CONOCIENDO EL EJERCITO

+

LIBROS DE LA GUERRA

- *Amor de la guerra*
de Rosario Muñoz

PARTE II

- *MIS RAÍCES*
de La Serafina
- *El país*
de Luis Muñoz
- *Vida salvadoreña*
de Los Encuentros

PARTE III

- *CONOCIENDO LA GUERRA*
de Túlio Semano
- *La memoria*
de Túlio Semano
- *Memoria de la guerra*
de Túlio Semano
- *La memoria de la guerra*
de Túlio Semano

PARTE IV

- *CONOCIENDO LA GUERRA*
de Túlio Semano
- *El desafío por la memoria*
de "Casa del Maestro"
- *Saberes vivos, recordando pertenencias de la costa*
de "Casa del Maestro"
- *El legado que dejó mi abuelo*
de "Casa del Maestro"
- *El pensamiento popular*

Conociendo una historia
de dolor, amor y esperanza,
y la guerra civil de El Salvador,
a través de las memorias
de Túlio Semano

CONTENIDO

PARTE I	9
ANTES DE LA GUERRA	
1. Antes de la guerra	
2. Rosario María	
PARTE II	17
MIS RAÍCES	
3. La familia	
4. Mi padre	
5. Mi madre	
6. Mis hermanos	
7. Las pertenencias de la familia	
PARTE III	29
FORJANDO LA CONCIENCIA	
8. Mi niñez	
9. La adolescencia	
10. Descubriendo el Dios de los pobres	
11. ...Y le empezaron a llamar guerra civil	
12. La pequeña voz pidiendo clemencia	
PARTE IV.....	67
VIVIENDO EN "ZONA DE GUERRA"	
13. Mi objetivo era la venganza	
14. "Guindiendo" entre "El yunque y el martillo"	
15. Salvando vidas, sacando pobladores de la zona	
16. Así nació la guerrilla en mi caserío	
17. El operativo militar más difícil	
18. El permanente riesgo	

19. Rompimiento de la unidad familiar
 20. Mi frágil salud
 21. Nacimiento de mi primer hijo

PARTE V:.....157

EMIGRANDO "AL NORTE"

22. Dejando atrás el infierno
 23. San Francisco
 24. Soñando con organizar a los refugiados
 25. Sintetizando a CRECE

PARTE VI.....189

REFLEXIÓN FINAL

26. La cuota de sangre de la familia
 27. Mi anhelo, una paz con justicia

Parte I

ANTES DE LA GUERRA

En la noche del 26 de noviembre de 1936, el general Francisco Franco, jefe del ejército que se había rebelado contra el presidente legítimo, republicano, Azaña, dio órdenes para que las tropas que lo apoyaban, en su mayoría del antiguo régimen, iniciaran la guerra civil. Una guerra que duró tres años y que dejó más de 500 mil muertos y miles de heridos. Una guerra que, aunque se libró entre dos bandos, republicanos y fascistas, tuvo su origen en la lucha entre la clase trabajadora y la clase dirigente, entre la burguesía y la aristocracia, entre la cultura y la ignorancia, entre la razón y la fanatismo, entre la libertad y la tiranía, entre el progreso y el retroceso, entre el pensamiento y el ignorante y el ignorante y el pensamiento.

1

ANTES DE LA GUERRA

*A*ntes que la guerra llegara a mi caserío, yo formaba parte de una familia campesina sumida en la pobreza, pero unida, creyente, respetuosa de Dios, aferrada a su pedacito de tierra y a sus costumbres. Era parte de una comunidad tranquila, pobre, olvidada por los planes de desarrollo del gobierno, pero eso sí, éramos unidos y con tremenda dignidad. Pero ese viento de tranquilidad que por muchos años compartíamos, fue sacudido por la bota militar que no soportó el despertar y las ansias de cambio de centenas de familias.

No siempre recordamos lo que vivimos cuando éramos niños de ocho años, pero yo tengo el privilegio de tener esos hechos frescos y claros. Recuerdo perfectamente cómo las nuevas formas de vivir el cristianismo fueron apareciendo en nuestro pequeño caserío. Tengo presente cómo la palabra "liberación" fue convirtiéndose en el centro de la enseñanza y de nuestras vidas. El "compromiso" -otra palabra que le dimos vida- de ese entonces, era liberarnos del individualismo, del pecado de la sumisión, de todas las ideas que nos amarran a la miseria moral y económica. Liberarnos de la injusticia, de la explotación y aspirar a un mejor mundo, era el paradigma que poco a poco florecía en el inte-

rior de nuestras vidas. Sólo fue cuestión de tiempo para que nuevas ideas políticas surcaran nuestros fértiles campos.

En esa época yo era un niño, pero recuerdo las ansias liberadoras de mis padres. La nueva esperanza, la de ser escuchados y ser alguien en un mundo que nos ignoraba llegó a nuestro caserío entre capítulos bíblicos y, a través de los catequistas que fueron difamados y posteriormente asesinados. La sabia decisión de Cristo de optar por los pobres, fue noticia nueva en esos días, antes sólo sabíamos la vida del Nazaret de piel blanca y ojos verdes.

Tengo presente cómo unos cuantos catequistas impregnados de fe y valor nos despertaron del letargo de décadas en que nos encontrábamos. Y por supuesto que este despertar de conciencias no fue avalado por aquellos que se aprovechaban de nuestra ceguera, esos, los eternos aprovechados actuaron de inmediato. Primero, a través de sus discursos nos mandaron amenazas como cuando un padre no avala la acción de un hijo; después, ante nuestra terquedad de ser fiel a las enseñanzas de Jesús, nos mandaron señales de lo que pasaría, fue aquí donde empezaron las muertes; y cuando éstas no fueron escuchadas por nosotros, porque podía más la fe en Cristo que el miedo, actuaron sin misericordia y con todo el odio del mundo. La muerte de tres de mis hermanos, junto a otros seis más de la población, fue una de las primeras acciones de muerte que nos mandaron.

Hasta ese año, la pobreza y todo el sufrimiento que de ella brota era lo más duro y peor

que enfrentábamos, pero después y agregada a la carencia material de lo básico, vino la persecución política y la muerte. El zarpazo de la bestia donde murieron tres de mis hermanos fue para mi familia y para la comunidad el primer capítulo de una cadena de hechos, donde la persecución, las capturas, los asesinatos macabros y las separaciones familiares, eran la norma cotidiana.

2 ROSARIO MARÍA

Yo nací el tres de enero de 1961, en el cantón Rosario María -conocido en la época de la guerra como "El Perico"-, jurisdicción de Tenancingo, departamento de Cuscatlán. El nombre con que me dieron el primer sacramento es Esteban Marino de Paz, pero en la actualidad soy conocido por Tulio Serrano. Mi mamá se llama Laura del Carmen Alfaro y mi padre Rosalío de Paz. Soy el tercero de siete hermanos.

Recuerdo que Rosario María era un pequeño caserío muy tranquilo antes de la guerra, el tiempo y los hechos caminaban pausados y de la mano, sin dejar traumas en la vida de sus habitantes; pero la llegada de la guerra lo transformó en su totalidad. Ésta marcó una línea en el tiempo, entre lo que fue y es Rosario María. La llegada tempestiva de la confrontación procreó una fase en el tiempo y terminó con la que recuerdo. Después de más de una década de matarnos entre hermanos, mi pequeño caserío, ya nunca fue igual.

Yo tuve la dicha de nacer en un caserío que no pasaba de doscientas familias. Por ser diminuto, todos nos conocíamos y la armonía entre los habitantes era la base de una vida donde florecía la

amistad. El sistema económico y social nos había hecho uniformes en la pobreza, en el estilo de vida y en la ignorancia.

Nadie podía jactarse de ser burgués o terrateniente, de conocer otros países y de tener títulos universitarios. Todos éramos pobres, con algunas pequeñas diferencias, pero allí no vivía ninguna persona que podría llamarse rica. Habían algunas familias en mejores condiciones económicas que la mía, éstas tenían suficiente tierra para trabajar en lo propio, no necesitaban rentar tierras o trabajar para otras personas como lo hice yo por un tiempo. La mayoría de familias eran económicamente idénticas o parecidas a la mía, que teníamos un pedacito de terreno, el cual no era suficiente para producir todo lo que necesitábamos. Normalmente o por temporadas trabajábamos para otras personas, con lo cual completábamos los ingresos básicos para vivir. Pero, estaban aquellos que no tenían nada de tierras o ganado, estos eran los jornaleros del campo, los más pobres de los pobres.

"Los más jodidos" como popularmente decimos. Estas familias vivían en una pobreza tremenda, careciendo de todo, aun hasta de lo más básico, como comida, vivienda y ropa. Mi caserío, al igual que la mayoría, carecía de caminos, luz eléctrica, agua potable, centro de salud; éramos un lugar ignorado por quienes deciden en el gobierno y con un horizonte opaco y sin prosperidad; por esa y otras razones, la mayoría de personas encontramos en las ideas liberadoras y revolucionarias de Cristo, el camino opuesto del abandono.

Parte II

MIS RAÍCES

3

LA FAMILIA

Nosotros éramos seis hermanos y una hermana, más mi padre y mi madre, un total de nueve personas en la familia. Éramos una familia numerosa si la comparamos con las familias más modernas o con las familias de este país -Estados Unidos Americanos-, pero las familias campesinas en mi país son como la nuestra, muy prolíferas.

Como en una familia tradicional, era mi padre el jefe del hogar, mi madre tenía espacio para decisiones cotidianas, pero la última palabra en los asuntos más importantes la tenía mi padre. Mi madre era la encargada de la comida, la administradora de los pocos recursos y la responsable de atender a los hijos. Mi padre producía la tierra, nos proveía del maíz, frijol, maicillo y arroz; los hijos mayores lo apoyábamos en ese esfuerzo, el cual era y sigue siendo difícil y duro para los que continúan en esa faena.

4

MI PADRE

*M*i padre se llamaba Rosalfo de Paz, él murió en 1992, después que terminó la guerra. Desgraciadamente, de su muerte no sabemos mucho, ya que una familiar nos avisó que había muerto. Nos dijo que lo habían encontrado muerto en la calle y que por casualidad a ella le habían avisado por ser de la familia. Dos días después, y sin saber dónde nosotros vivíamos, ella pudo encontrarnos y así poder velarlo. Tristemente yo no pude asistir a su velorio y entierro ya que en ese año me encontraba en una situación migratoria que me imposibilitaba salir de este país.

Desgraciadamente no pude consolar a mi mamá, decirle que no quedaba sola, que tiene sus hijos y a Dios que la protege, o simplemente estar allí para tomarle el brazo, y sin decírnos palabras, solidarizarnos como siempre lo hemos hecho. Me dolió no poder viajar y abrazar a mi madre y a mis hermanos en esos momentos donde el amor de la familia es la única cura al dolor.

En esos días me sentía enjaulado en el país que dicen que tiene la libertad más pura del planeta. Me dolió no estar en ese momento, ver por última vez a mi papá y agradecerle el haber consagrado su

vida por sus hijos; pero me quedó el consuelo que pude acompañarlo día y noche en la época que juntos trabajábamos la tierra.

Él era alto, medía aproximadamente cinco pies siete pulgadas. Su piel era bastante oscura. Su cuerpo era delgado, su pelo liso y negro. Su salud era frágil, según parece tenía anemia profunda. Era un hombre responsable con sus hijos, pues a pesar de su frágil salud, nunca dejó de trabajar, él sabía perfectamente que de su trabajo dependía la vida de nosotros. Yo fui testigo de sus dolamas, de sus quejas silenciosas, de su cansancio y del sufrimiento de su cuerpo, pues tuve la dicha de poder acompañarlo en sus jornadas de trabajo.

Él siempre trabajaba, nunca había jornadas de descanso, y a pesar de su imparable esfuerzo, nunca salimos de la pobreza. Siempre fuimos pobres, igual a nuestros abuelos y bisabuelos, porque en nuestro país y probablemente en el resto de Latinoamérica, ser jornalero agrícola o campesino, es estar condenado a un destino de pobreza.

Mi padre sabía que la agricultura no era suficiente para tener lo básico, su experiencia en este campo le había dicho que mantener un hogar de siete hijos significaba más de ocho horas diarias de trabajo y buscar otras formas de ingreso extra. Recuerdo que en ocasiones compraba marranos –cerdos-pequeños y los vendía en San Pedro Perulapán. Para llegar a ese pueblo con los marranitos, le llevaba seis horas, pero emprender camino a las cuatro de la madrugada no era impedimento para vender los cerditos y poder ganar entre diez a veinte y cinco

4

MI PADRE

*M*i padre se llamaba Rosalfo de Paz, él murió en 1992, después que terminó la guerra. Desgraciadamente, de su muerte no sabemos mucho, ya que una familiar nos avisó que había muerto. Nos dijo que lo habían encontrado muerto en la calle y que por casualidad a ella le habían avisado por ser de la familia. Dos días después, y sin saber dónde nosotros vivíamos, ella pudo encontrarnos y así poder velarlo. Tristemente yo no pude asistir a su velorio y entierro ya que en ese año me encontraba en una situación migratoria que me imposibilitaba salir de este país.

Desgraciadamente no pude consolar a mi mamá, decirle que no quedaba sola, que tiene sus hijos y a Dios que la protege, o simplemente estar allí para tomarle el brazo, y sin decírnos palabras, solidarizarnos como siempre lo hemos hecho. Me dolió no poder viajar y abrazar a mi madre y a mis hermanos en esos momentos donde el amor de la familia es la única cura al dolor.

En esos días me sentía enjaulado en el país que dicen que tiene la libertad más pura del planeta. Me dolió no estar en ese momento, ver por última vez a mi papá y agradecerle el haber consagrado su

vida por sus hijos; pero me quedó el consuelo que pude acompañarlo día y noche en la época que juntos trabajábamos la tierra.

Él era alto, medía aproximadamente cinco pies siete pulgadas. Su piel era bastante oscura. Su cuerpo era delgado, su pelo liso y negro. Su salud era frágil, según parece tenía anemia profunda. Era un hombre responsable con sus hijos, pues a pesar de su frágil salud, nunca dejó de trabajar, él sabía perfectamente que de su trabajo dependía la vida de nosotros. Yo fui testigo de sus dolamas, de sus quejas silenciosas, de su cansancio y del sufrimiento de su cuerpo, pues tuve la dicha de poder acompañarlo en sus jornadas de trabajo.

Él siempre trabajaba, nunca había jornadas de descanso, y a pesar de su imparable esfuerzo, nunca salimos de la pobreza. Siempre fuimos pobres, igual a nuestros abuelos y bisabuelos, porque en nuestro país y probablemente en el resto de Latinoamérica, ser jornalero agrícola o campesino, es estar condenado a un destino de pobreza.

Mi padre sabía que la agricultura no era suficiente para tener lo básico, su experiencia en este campo le había dicho que mantener un hogar de siete hijos significaba más de ocho horas diarias de trabajo y buscar otras formas de ingreso extra. Recuerdo que en ocasiones compraba marranos –cerdos-pequeños y los vendía en San Pedro Perulapán. Para llegar a ese pueblo con los marranitos, le llevaba seis horas, pero emprender camino a las cuatro de la madrugada no era impedimento para vender los cerditos y poder ganar entre diez a veinte y cinco

colonos, la ganancia era poca, pero de esa manera sobrevivíamos. Cuando económicamente estaba bien, compraba novillos para venderlos en el tiangue -mercado- de Cojutepeque.

Los hermanos de mi padre son: Tereso, Andrés, Jesús, Venancio, Gerardo y Lola. Todos de apellido de Paz. Antes de la guerra, toda la familia de mi papá vivía en el caserío, esto fue bueno, pues pude compartir y conocerlos a todos.

Los padres de mi papá eran: Wenceslao de Paz y Guadalupe Ábreo de Paz.

aprovechando su conocimiento de agricultura y ganadería, para darle de comer a su familia y a sus animales. Su trabajo lo realizó en el campo, en el que cultivó maíz, frijoles, garbanzos, cebolla, tomate, papa, etc. y en el que crió cerdos, gallinas, pollos, conejos, etc. Algunas veces vendía lo que producía en el pueblo vecino.

5

MI MADRE

El papá de mi mamá es Concepción Alfaro –conocido por don Chón- y su madre es María Julia Paz, los dos son originarios de Rosario María.

El nombre de mi mamá es Laura del Carmen Alfaro y nació un dieciocho de mayo de 1934. Ella ya tiene varios años de residir en este país, Estados Unidos de América, vive en Oakland, ciudad donde habita mi hermano Manuel y yo, esto permite mantener la cercanía como en los viejos tiempos.

Ella es gordita, piel blanca y pelo ondulado. Es una persona de buen corazón, incapaz de desecharle un mal a otra persona. Sus principios religiosos, los cuales son parte de su carácter, se lo impiden. Su carácter es agradable y fuerte, nunca se doblega a los problemas. Esta hermosa cualidad la demostró muchas veces en la época de la guerra, lo demostró cuando murieron sus hijos, cuando salió del caserío hacia los refugios, cuando le llegaban noticias de familiares y amigos muertos, en fin, su vida ha estado en episodios donde sólo las personas que tienen fe, que aman la vida y que la enfrentan con estoicismo, son capaces de salir airoso, y ella supo reponerse y seguir adelante en la vida.

La guerra le dio golpes duros: perdió a dos hijos y una hija, se vio obligada a salir huyendo de su pequeña casa, de sus siembras, de su terreno y de su gente. De tajo, y como castigo a sus sueños, le

quitaron el derecho de vivir en su hogar con sus seres queridos. Le hirieron no sólo el alma, sino también el cuerpo, en el intento de doblegarla. Pero todas las acciones contra ella las enfrentó con dignidad. Todos los pequeños y grandes golpes le dejaron huellas; sin embargo, nadie ha podido despedazarle su fe, nadie ha podido doblegarle sus principios o carcomer su dignidad, pueden dejarle huellas imborrables, pero nunca destruirla, porque es una roca de amor. Con sus hijos siempre ha sido cariñosa.

Recuerdo perfectamente bien sus actos de ternura, principalmente cuando era pequeño. Pero a la vez era estricta, principalmente en lo concerniente a los valores cristianos, al respeto de los adultos y a la tradición de la familia. Ella no era la encargada de llevar el dinero o los víveres a la casa, pero tenía una ingeniosidad para poder vivir con lo poco que mi padre le daba.

Sus hermanos son Rubén, Cupertino, Juan, Juana, Bernardino y Gloria; todos de apellido Alfaro. Gracias a que antes de la guerra vivían en el caserío Rosario María, pude conocerlos y compartir con ellos tantas cosas.

6

MIS HERMANOS

Como dije anteriormente, nosotros éramos seis hermanos y una hermana. El mayor era José Apolinario, seguido por Roberto -Tito- de Jesús. El tercer hermano era yo, después de mí era Félix del Carmen, la única hermana. Los más pequeños eran: Francisco, Manuel y Maximiliano. Todos tenemos el apellido de Paz y somos hermanos de padre y madre. José Apolinario, Roberto -Tito- de Jesús y Félix del Carmen -la hermana-, fueron asesinados por la Guardia Nacional.

El asesinato macabro, después lo detallo con pormenores, porque es un capítulo de mucho significado en la familia. Sólo quiero dejar claro en esta parte del escrito, que su muerte fue un hecho sin precedente en la familia, y un golpe doloroso y totalmente injusto.

7

LAS PERTENENCIAS DE LA FAMILIA

*L*a casa de mis padres era un cajón de cuatro paredes, un techo y un pequeño corredor donde se encontraba la cocina. Era rústica, ¡totalmente rústica!, con suelo de tierra, con paredes sin repollo, sin divisiones entre los diferentes espacios de nuestras actividades. Era igual a la mayoría de casas del cantón. Tenía un aproximado de siete por catorce metros. En ese pequeño espacio teníamos cuatro camas donde dormíamos los siete hijos y una para mis padres. No teníamos privacidad, pero era lo normal en la comunidad, por lo tanto era un elemento ignorado en nuestra cotidianidad. El techo estaba hecho de madera sin aserrar y teja. Las camas eran de madera, pita y petate.

Vivíamos entre la escuela y la ermita, un lugar frecuentemente recordado en mis ratos de reflexión, cuando la mente burla la seguridad de la frontera y sin ningún medio de transporte llega a ese lugar, escenario de un pasado ingenuo y de esperanzas.

También teníamos una manzana de tierra para nuestros cultivos. La tierra, lo más importante y sagrado para un campesino, en nuestro caso era pedregosa, no muy fértil y tampoco suficiente para

las necesidades de la familia. Las tierras para que no pierdan la fertilidad necesitan descanso, igual a los seres humanos, pero nosotros no podíamos darnos el lujo de dejar de trabajarlas por varios años, tampoco podíamos comprar fertilizantes porque estos no estaban a nuestro alcance. Pero mi padre sabía de técnicas ancestrales, sabía que las hojas secas de los árboles y el excremento de las vacas y caballos era el mejor alimento para nuestra desgastada tierra. Tengo claras las imágenes de mi padre regando por el terreno el excremento de la vaca.

Como nuestro terreno no era suficiente para nuestras necesidades, mi padre rentaba otra manzana más a don Medardo Martínez, quien vivía en Tenancingo, el pueblo más cercano a nuestro caserío.

Mi papá le daba como pago una mega de maíz, esta medida ya no es usada, pero era equivalente a doce medios y cada medio pesaba veinte libras. Como la tierra no era fértil, mi papá trabajaba casi sólo para el dueño de la tierra; sin embargo, la esperanza a que la cosecha fuese buena ese año, lo llevaba a rentarla nuevamente.

Lo poquito que teníamos, la pequeña porción de tierra y unas cuantas cabezas de ganado las vendímos para tener dinero y poner en manos de los médicos la frágil salud de mi padre. Por desgracia, el pequeño capital no fue suficiente y mi papá siguió viviendo con sus males; lamentablemente, él murió con sus problemas físicos.

Parte III

FORJANDO LA CONCIENCIA

8

MI NIÑEZ

Al igual que muchos niños de mi comunidad y de otras, yo crecí siendo analfabeto. Cuando pequeño estudié varios meses, pero las necesidades económicas inmediatas de la familia me impidieron terminar el año y continuar otros. La pobreza era tal, que mis padres no tenían dinero para comprarme un cuaderno y un lápiz, peor el libro que se usaba para aprender a leer. Yo fui testigo de los niveles de pobreza de mis padres y por esa razón no tengo resentimientos negativos contra ellos, sé que en este campo hicieron lo que estuvo a su alcance, lastimosamente su alcance no era mucho.

El analfabetismo ha sido en mi vida un espíritu que siempre me ha seguido. Primeramente y cuando adolescente, me bajaba la estima, me hacía creer que por no poder leer, valía menos que los demás. Después, ese espíritu se oponía a mis sueños, a mis deseos de progreso y superación. Hoy es un obstáculo en mi eficiencia, en mi ansiedad de aprender cosas nuevas a través de las letras, pero seguimos adelante en la vida, sin que nada corte mis deseos de ser persona útil.

Yo casi no fui a la escuela, pero recuerdo que nuestra escuelita tenía sólo primero y segundo

grado. Si un niño quería seguir los estudios tenía que ir a la escuela de Tenancingo, que era el pueblo más cercano, el cual estaba a una hora caminando de nuestro caserío. La faena de seguir estudiando después de segundo grado era difícil, pero algunos lo hacían, mis hermanos, por ejemplo, estudiaron un poco más. Tito, mi hermano mayor, estudió hasta noveno grado, él era un joven muy inteligente. Apolinario estudió hasta sexto grado. Mi hermana hasta quinto. Un poco gracias a la guerra y a otras personas, mis hermanos menores, quienes vivían en un refugio, estudiaron hasta bachillerato. Vivir en un refugio es triste, es vivir sin hogar, pero su estadía en ese lugar les generó una oportunidad de estudio y ellos supieron aprovecharla.

La pequeña escuela del caserío estaba ubicada en un cerrito, y su nombre era "Manuel Araujo", tenía dos salones con pupitres viejos y en mal estado, físicamente era un desastre, pero fue el lugar donde muchos empezaron a escribir y a leer.

Nos visitaban dos profesores, uno de ellos se llamaba Roberto y el otro Armando. Los dos eran personas progresistas, tenían un vínculo con la comunidad muy bueno. Roberto era de la Asociación Nacional de Educadores Salvadoreños –ANDES 21 de Junio- y fue asesinado por los soldados. Armando está vivo, lo pude ver hace ocho años y hablamos mucho de aquella época.

A los dos profesores los recuerdo enojados y estrictos, y probablemente mi impresión es verdadera. En aquella época ese era el estilo de la educación, eran verticales.

En una ocasión, el profesor Roberto me pegó

y me dejó morado el pie, yo no fui el único con castigos de ese tipo, esos eran los métodos de enseñanza. Para nuestros padres, los buenos profesores eran los que no nos toleraban una indisciplina, eran con los que con una vara en mano nos ponían frágiles y obedientes.

Recuerdo que al principio los profesores no vivían en el caserío, sino que viajaban todos los días al pueblo, pero después cuando consiguieron novias y se casaron con muchachas de nuestro caserío, dejaron de ser extraños en la comunidad. Con el tiempo terminaron viviendo y haciendo familia en el caserío, después viajaban los fines de semana a visitar a sus padres.

Continuando con la pobreza, la cual es una de las cosas que más me impactó cuando joven, recuerdo que nuestra comida era tortillas y frijoles, que en algunos momentos la acompañábamos con arroz. Si nuestra cosecha de maíz y frijoles era mala, la situación económica del hogar no era enviable. La carencia en todos los aspectos llegaba a su punto máximo. Cuando esto pasaba, comíamos jugo de limón con sal y tortilla. Si mi mamá tenía un poco de dinero, compraba tres huevos y hacía siete porciones, una para cada hijo. Períodos difíciles y por momentos tristes, pero muy fructíferos en el campo de la enseñanza y en la formación de la personalidad.

También salíamos a pescar al río Taapechapa y al Quezalapa. Cuando nos iba bien en la pesca toda la familia comía pescado. Eran cenas especiales y mi mamá la preparaba muy bien para dis-

frutarla a plenitud.

En el invierno, cuando las plantas disfrutan el agua llovida y crecen llenas de vida, mi mamá me mandaba a cortar plantas comestibles que en esa época crecían silvestres y reducían los estragos de la pobreza. De éstas, las más abundantes eran la verdolaga, el chipilín, la mora, cojollos de yuca, la flor de pito,... flor de madre cacao.

Otra alternativa para variar el menú era salir de caza. Éramos niños con buena puntería con las "hondillas". Para la caza, los lugares preferidos eran las quebradas, allí encontrábamos todo tipo de animales. Matábamos palomas, codornices, gallinas de monte, garrobos, cusucos, tacuazines.

Hoy, siendo adulto, me lamento por tantos animalitos que matamos, pero la pobreza y las costumbres me llevó a cometer esos actos, acciones que en muchos países se consideran crímenes contra la naturaleza, pero en las condiciones en que yo crecí, eran parte de la sobrevivencia.

Tengo muy bien grabado cuando mi mamá me mandaba donde la vecina para que nos prestara una cucharada de sal y tres de frijoles, debido a que nosotros no teníamos para comer ese día, eran años de pobreza. En nuestra casa, el dulce de panela sustituía al azúcar. Cuando teníamos una cosecha abundante, les vendíamos a los vecinos libras de frijoles y con ese dinero comprábamos el dulce de panela y la cal para cocer el maíz.

Estoy hablando de cuando yo tenía entre seis y siete años y estudiaba mi primer grado. Según cuenta mi madre, yo era alegre y muy amigo de todos los niños de la comunidad.

Recuerdo que entre todos inventábamos jue-

gos, ya que nadie tenía juguetes como en estos tiempos. Para ello usábamos bastante el ingenio, porque para poder jugar necesitábamos hacer nuestros propios juguetes o descubrir juegos y formas en la que todos participábamos.

Bien recuerdo cuando jugábamos a "La Casita", y de "Chusco", este último consistía en meter la pepa al hoyo y el primero que lo hacía, ganaba - la pepa es la semilla de marañón-.

Otro de los juegos preferidos era "El Burro", éste era divertido, ¡nos fascinaba! Aquí poníamos una rama de guarumo, -un árbol hueco, pero fuerte-, lo sembrábamos en la tierra de forma horizontal y a un metro de altura le abriamos un hueco. El hoyo hecho a la vara era para atravesarle otra de dos metros, la cual salía un metro a cada lado, en los que nos sentábamos dos niños, uno a cada lado. El resto de niños nos daban vuelta hasta caernos. Algunas veces nos golpeábamos fuerte, pero era divertido. Entre todos los juegos que practicábamos, era uno de los que más nos gustaba. El otro juego que practicábamos era el fútbol, en el caserío teníamos una pequeña cancha y jugábamos con pelotas de trapo o de pita. Casi todos los juegos eran colectivos, jugábamos en grupo, muy diferente a muchos juegos de esta época. Nunca hubo en el caserío un juguete electrónico, todos eran rústicos, pero eran lo suficientemente divertidos para nosotros.

En esa época, cuando tenía seis años, yo era un niño descalzo, vestido con ropa de manta, -la más barata en el mercado-. Esas lejanas imágenes las recuerdo con nostalgia, con tristeza y alegría, es una

rara combinación de sentimientos encontrados.

La época la recuerdo con exactitud, pero muchos detalles se han ido borrando, el tiempo y nuevos acontecimientos en mi vida los han ido echando al archivo del olvido, pero sé que juegan un papel importante en mi forma de ser. Siento que esa época me marcó, me dejó huellas en el carácter que difícilmente serán borradas.

A la edad de siete años empecé a trabajar, primero fue ayudándole a mi papá, pero después lo hice para otras personas, convirtiéndome, aún siendo niño, en jornalero.

Una de las cosas que con frecuencia recuerdo eran las fiestas patronales dedicadas a La Virgen María. La fiesta era pequeña, casi la totalidad de participantes éramos los mismos del caserío, pero eran días alegres. En la celebración había juegos, bailes, pupusas, carrozas, las cuales eran cargadas por varios hombres que caminaban con la carroza en lomo por caminos feos. Este tipo de celebraciones terminaron cuando la guerra se hizo presente. Hoy, estas tradiciones sólo son contadas por quienes las vivimos.

En nuestro caserío celebrábamos el Día de la Cruz, el Día de la Madre, -diez de mayo-, Navidad, Semana Santa, todas esas fechas eran alegrías colectivas.

La mayoría de esos días ya no se celebran con el ahínco de esa época, tampoco con el entusiasmo y la unidad con que lo hacían la generación de mis padres y la mía. La llegada de la guerra generó un caos, un corte a todo, muchas cosas llegaron hasta ese

momento y otras surgieron en esa época. Todo lo vinculado a la tradición y a la unidad desapareció en nuestro caserío. La guerra nos hizo diferentes y transformó nuestro pequeño lugar y sus tradiciones. La guerra fue un acontecimiento social y militar que marcó el final y el inicio de una etapa en nuestro caserío y en toda la sociedad de mi país. Hoy, cuando hacemos recuerdo de tantas costumbres, obligadamente hablamos de antes o después de la guerra.

Nuestro pequeña comunidad ya nunca fue igual, aun después que se firmaron los acuerdos de paz y que la guerra sólo era un pasado que en su trayecto dejó miles de secuelas. Muchos de los pobladores originales murieron en el transcurso de la guerra, yo recuerdo ciento diez pobladores muertos sólo de mi caserío, y con seguridad digo que la cantidad que yo recuerdo no es el total de muertos; los de mayor suerte emigraron a otros pueblos, y otros, como mi familia, se convirtieron en refugiados, viviendo amontonados en casas provisionales, con las familias dispersas y comiendo gracias al apoyo de las diferentes iglesias.

Hoy, entre los habitantes de El Rosario María, son pocos los pobladores originales, la mayor parte son personas desconocidas por los antiguos habitantes que por razones que ignoro han llegado a ese lugar. Los pobladores de "antes de la guerra" muchos fueron asesinados por la tropa del gobierno y enterrados por familiares o amigos en el caserío o en lugares aledaños. Los que tuvimos la dicha de quedar con vida, nos encontramos dispersos en diferentes lugares y países. El golpe mortal recibido por nuestra comunidad quiero que no sea un hecho igno-

rado, quiero que se sepa como fuimos difamados, perseguidos, torturados y asesinados. Por esa razón escribo estas líneas, porque quiero que se conozca cómo nuestra pequeña comunidad fue asesinada y dispersa.

A mis ocho años continuaba ayudándole a mi papá en el trabajo, pero con él no ganaba dinero, esas jornadas de sol a sol sembrando maíz y frijol eran mi aporte a la familia. Pero yo miraba que el dinero siempre era escaso en la casa, y por esa razón y porque yo necesitaba un poco de dinero para mis pequeños gastos de cipote, empecé a trabajar para otras personas. Primero trabajé para mis tíos y después para otras personas. Mi trabajo consistía en limpiar las milpas. Me pagaban a cincuenta centavos de colón por tarea limpia y con mis ocho años la hacía en seis horas -de seis a.m. a las doce del mediodía-. Cincuenta centavos de colón es el equivalente a siete centavos de dólar, esa cantidad era la que ganaba en un día y yo me sentía feliz de tener la oportunidad de ganar ese dinero, que para mí era un buen salario. Con los años la tarea costaba setenta y cinco centavos y después fue pagada a un colón con cincuenta centavos, pero esto fue a finales de la década del setenta y a principios del ochenta.

Algunos días iba a los montes a cortar leña y después caminaba una hora para llegar a Tenancingo y venderla. Por un manojo o "tercio" de leña me daban cincuenta centavos de colón.

Como buen hijo y consciente de las necesidades de la familia, siempre la mitad de mis ganancias eran para mi mamá, la otra mitad era para mis

gastos personales. Con este dinero, que no era mucho, compraba charamuscas, galletas, dulces, melcochas, pan dulce. En ocasiones decidía ahorrar para comprar una camisa, ya que cuando empecé a tener malicia ya no me gustaban las camisas de manta que mi mamá me hacía.

Las personas de la comunidad se admiraban por mi destreza en el trabajo a mi corta edad. Los dueños de tierra me fueron dando confianza y casi siempre encontraba quien me empleara.

La relación con mis hermanos era buena. Con los mayores, trabajábamos y jugábamos juntos; pero era con Carmen con quien mejor me relacionaba, creo que tenía que ver mucho la edad y el carácter de ella. Recuerdo que cantábamos juntos, aun después de muchos años recuerdo las canciones que le gustaban. Por esa razón su asesinato me dolió, sentí que había perdido a una de las personas que más me habían querido y que yo más había amado.

La relación con mi padre era de comprensión total, yo lo acompañaba bastante en el trabajo productivo, buena parte del día la pasábamos juntos en la milpa, tuve la dicha de acompañarlo en las jornadas diarias de trabajo y hablar mucho con él. Los recuerdos que de él tengo son agradables, fue un excelente padre, fue responsable, sus hijos eran lo más importante para él.

Mi madre fue y continúa siendo muy excelente, también ella ha sido responsable y sus hijos han sido lo más importante en su vida. Cuando yo tenía ocho años recuerdo que era más pegado a ella que a mi papá. Probablemente el acercamiento a mi

en el caserío, dejamos de vernos y nuestra amistad terminó siendo simplemente un agradable recuerdo. A Adislado pasé muchos años sin verlo y sin saber nada sobre él, y supongo que también él no tuvo noticias mías.

En 1989, de pura casualidad lo vi en la ciudad de Los Ángeles. Yo me alegré al verlo, quise tener una larga conversación y reponer el lapso perdido de nuestra amistad, me sentí feliz al tenerlo frente a mí. Mi primer instinto fue iniciar nuevamente la amistad perdida, pero ante mi euforia su respuesta fue esquiva, evitó hablar conmigo y una actitud fría le cubría su rostro envejecido. Mi rostro -la vieja cara del amigo- y mi actitud alegre al verlo, es probable que contrastara con lo que pensaba sobre mí. Sentí en él una frialdad nerviosa, percibí la actitud del espía que siempre oculta parte de su carácter. Su respuesta es comprensible, pero no deja de ser un bloqueo que nació en el pasado y que ya no tiene fundamento alimentarlo. Su frialdad fue una bofetada a los días hermosos que compartimos.

Creo que teníamos temas comunes para conversar, pudimos haber demostrado que la amistad era más fuerte que la confrontación política, pero no fuimos capaces de comprobar esa hermosa expresión. Sólo él sabe la razón o las razones del por qué me evitó y no quiso retomar la amistad perdida. Yo he sido testigo de como la guerra rompió buenas amistades, como la de antaño con Adislado; cómo desunió familias; como confrontó comunidades; y cómo sepultó tradiciones centenarias y hermosas como las de mi comunidad.

Me duele el alma haber sido parte de la confrontación, pero en esos años no habían tantas opciones, y no me arrepiento haber tomado la senda de la fe y de los cambios por ver un mejor país. Pero es horrible y trágico vivir en un país donde hacer la guerra es la única opción que existe para ser escuchado.

Pasaron los años, pero las entretenencias de los jóvenes eran las mismas. Mis amigos y yo continuábamos jugando pepas, chibolas, fútbol, el burro y la voladora -mecerse en las ramas de los árboles-. A mí lo que más me gustaba era el fútbol. En este deporte había dos equipos en el caserío, yo jugaba en el mejor y mi posición era de delantero. Mi compañero en la delantera era Adilio, su rapidez era como la del tigre y con tacto para estar en el momento y lugar indicado para hacer el gol, era admirable, era la estrella del equipo y el que más goles metía.

Cuando adolescente yo era listo y despierto, no era un joven fácil de engañar; pero era tremendamente tímido con las muchachas y no me gustaba hablar frente a personas, peor si eran mayores.

Por varios años, principalmente cuando adolescente, dimensioné demasiado la falta de estudios y la pobreza, por momentos pensaba que era una maldición que incidía en todos los campos de la vida y que jamás me permitiría triunfar, hasta pensaba que las muchachas no se fijaban en mí, por pobre y analfabeta. Hoy comprendo que es un problema y por no poder leer y escribir bien, tengo limitaciones en algunos campos de la vida, pero tampoco me limita a no poder entregarme a la causa de los pobres.

Yo conocía la zona occidental del país - San

ta Ana, Coatepeque, El Congo y Ateos-, ya que por varios años fuimos a cortar café a esa zona. Sabía que allí se ganaba mejor que en mi caserío, por esa razón en varias ocasiones pensé en irme a trabajar permanentemente a esos lugares. Sabía que trabajando fuera de mi caserío, yo podía ayudarle más a la familia, esas eran las ideas que rondaban en mi mente cuando a través de los catequistas empecé a comprender las razones de la pobreza y el camino de la lucha organizada.

El respeto hacia mis padres se mantuvo limpio, pocas veces les contesté mal, y cuando esto pasaba, me castigaban. No importaba que yo fuese bueno para el trabajo o que estuviese grandecito, la disciplina, el orden y el respeto a los padres estaban por encima de cualquier cosa.

Uno de los legados de mis padres es la religiosidad, el respeto a los mayores y el temor a Dios. En esto siempre fueron persistentes y ejemplo. Los dos, mi padre y mi madre, estudiaron bastante la Biblia, pero son sus prácticas de vida lo que enseñó cómo vivir el Cristianismo.

En nuestro caserío nunca tuvimos permanentemente un sacerdote, pero nos visitaban varios. Yo recuerdo al Padre Molina, al Padre Alfaro y al Padre Julio, todos eran buenos y muy concientes de nuestras necesidades. Con el Padre Julio es con quien más acercamiento tuve, yo le ayudaba a dar las ostias y él en varias ocasiones me expresó su deseo a que tomara el camino del sacerdocio.

Cuando él hablaba del anhelo a que yo fuera al seminario, me quedaba callado. Fueron varias las ocasiones donde hablamos este tema, pero nunca sentí el llamado para tomar ese camino.

Desde los nueve años fui varias veces a las cortas de café, allí se ganaba mucho más que en mi caserío, pero era pesado, dormíamos en el suelo, aguantábamos hambre y teníamos mal trato, esa situación acompañada con pláticas de un catequista llamado Chon Alfaro, me empezaron a abrir los ojos sobre mi realidad de explotado.

A los once años asistía a la celebración de la palabra de Dios. En esas reuniones fue donde empecé a comprender la causa de tantos problemas económicos y a descubrir que sólo la lucha y la unidad nos podía llevar a un mejor futuro.

En esa misma época nos visitaba don Chon Alfaro, quien era buen predicador de la palabra de Dios, él nos leía párrafos de La Biblia, los cuales analizábamos en familia. Esas reuniones permitieron a que toda la familia se politizara y que juntos tomáramos el ejemplo de Jesús.

Nunca fuimos ignorantes de que esa opción era de riesgo, pero conscientemente decidimos tomarla. En una de esas reuniones, don Chon nos predijo que se acercaba el momento en que los pobres se levantarían y que el ejército respondería con la guerra. Varios años después, las palabras de don Chon fueron realidad.

Cuando don Chon expresó esas proféticas palabras, jamás pensé que esa guerra de la que hablaba, años después llegaría al caserío y que en ella iban a morir hermanos y que yo participaría activamente.

10

DESCUBRIENDO EL DIOS DE LOS POBRES

*L*a incorporación a actividades políticas fue un proceso lento y pausado. Primero fueron reuniones de enseñanza cristiana que paulatinamente fueron asumiendo más contenido político, pero sin abandonar el enfoque cristiano.

En 1974, don Chon Alfaro ya predicaba en nuestra comunidad la palabra de Dios con un enfoque social y liberador, fue el primero que habló del Dios de los pobres y de los cambios sociales e internos en cada uno de nosotros. Don Chon tuvo una muerte cruel, lo asesinaron a machetazos. Su profecía, "que los pobres se levantarían y que el gobierno respondería con la guerra", no pudo verla por su temprana muerte, pero despejó muchas mentes en decenas de personas que siempre lo recordamos. Fue el primer líder cristiano en la comunidad, y su muerte fue una de las premisas de lo que venía posteriormente. Después llegó un seminarista que le decían "Monigote", quien también fue asesinado.

Por esos días se formó la Comunidad Eclesial de Base y su directiva. Yo tenía trece años cuando todo eso pasaba. En las reuniones semanales se hablaba de religión y de política, se

comentaban párrafos de la Biblia a la luz de la realidad nacional. Recuerdo que a mí me gustaba asistir y escuchar los comentarios, pero no me gustaba participar dando opiniones. Yo prefería hacer seguridad a estar expuesto a responder preguntas del catequista.

Por ese entonces, yo ya sentía la necesidad de un cambio social, quería que los campesinos fuéramos escuchados y tomados en cuenta. Según yo, la lucha era contra los alcaldes, y que si luchábamos unidos, estos señores tendrían que escucharnos. Aún no comprendía que la solución a nuestros problemas era más compleja.

Recuerdo que cuando se formaron las Comunidades Eclesiales de Base y los años posteriores, las personas más activas en la región eran Rutilio Funes, Francisco Torres, Alejandro Funes, Alejandro Peña, Chon Alfaro. De los que mencioné, sólo Rutilio Funes y Francisco Torres no fueron asesinados y lograron sobrevivir a la guerra.

Desgraciadamente la mayoría de dirigentes cristianos de la década del setenta fueron asesinados por los soldados, por los Guardias Nacionales y por las fuerzas paramilitares que el gobierno había organizado y armado. Quienes no fueron asesinados, se incorporaron a las fuerzas revolucionarias, cumpliendo diferentes funciones.

La represión por parte de los Guardias llevó a la confrontación de la sociedad y a obligarnos, tanto a la base como a nuestros dirigentes, a tomar una posición más militante contra el Gobierno. Recuerdo que nosotros nos sentíamos aterrorizados y acorralados por la represión, no encontrábamos

caminos donde no existiera la violencia. La única opción que nos dejó el odio anticomunista era la defensa de la vida, y la manera más eficaz para garantizar nuestras vidas era la unidad de los perseguidos. También nos vimos obligados a romper nuestro silencio. Poner la otra mejilla como algunos sacerdotes nos habían enseñado, era parte del pasado, el presente era diferente.

La participación en una marcha en el cantón La Esperanza –San Pedro Perulapán- protestando contra la represión y denunciando a informantes del gobierno, conocidos por “orejas”, así como visitas a la toma de tierras en el cantón Azacualpa, departamento de Cabañas-, fueron mis primeras actividades políticas.

Yo tenía catorce años cuando en 1975 la Guardia Nacional puso retenes militares en la salida de la ciudad de Illobasco y capturaron a varios compañeros, a quienes los desaparecieron. Este hecho me atemorizó. Los capturados no eran de mi comunidad, pero para esos tiempos ya estábamos coordinados y nos pasábamos las noticias de los diferentes lugares. Cuando supe que los habían desaparecido, empecé a comprender que la situación estaba peligrosa y lo que pretendían –las fuerzas del gobierno- era asesinarnos.

11 ...Y LE EMPEZARON A LLAMAR GUERRA CIVIL

Desde 1975 a 1980 fue un período convulsionado, de mucha actividad política y de niveles represivos como nunca antes habíamos visto. Los compañeros asesinados y desaparecidos eran abundantes. La lista crecía día a día. Nosotros estábamos organizados en la Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños –FECCAS-, bajo su bandera hacíamos cientos de actividades denunciando la represión y pidiendo la libertad de los compañeros. Aglutinados en FECCAS, nos sentíamos unidos, solidarios y más seguros.

Recuerdo que una vez participé en una marcha denunciando a los “orejas” en el cantón Tecoloco, jurisdicción de San Pedro Perulapán; éstos, al ver la marcha contra ellos, salieron con corvos en la mano y con una actitud amenazante. En esa oportunidad, al ver a los hombres encolerizados y con machete en mano, sentí miedo y descubrí que el peligro estaba cerca y que no era una palabra lejana y sin sentido. En otra ocasión participaba en una marcha en la ciudad de Illobasco, cuando pasábamos cerca de la comandancia de los Guardias, éstos tiraron una tabla a la marcha como provocación, la

tabla casi me golpea.

En la época de esas marchas yo tenía entre trece y quince años. Estaba joven, con mucha energía, con deseos de transformar la situación de pobreza del campesino y por esa razón participaba en toda actividad política que se hiciera.

Un acontecimiento que fue importante en la zona y que lo recuerdo perfectamente, fue cuando en 1975 mataron al compañero Tránsito Vásquez en el cantón La Esperanza. Ese año ya hacíamos postas en la entrada del caserío, pues teníamos desconfianza que patrulleros -para militares organizados por el gobierno- llegaran al caserío y nos sorprendieran.

En esa ocasión el compañero Tránsito estaba haciendo posta y se durmió, aquello fue aprovechado por los patrulleros que entraron al caserío y lo asesinaron. No les bastó solamente quitarle la vida, pues lo decapitaron y dejaron su cabeza guindada en un árbol, tal como lo hacía Atila y los guerreros más sanguinarios que ha conocido la historia. Los compañeros del asesinado se llenaron de miedo y pidieron apoyo a las comunidades de los alrededores. Todos los revolucionarios de los cantones vecinos acudimos al llamado y juntos velamos al compañero Tránsito. Era el primer hecho horroroso que se daba en la zona; recuerdo que todos estábamos perplejos e indignados. Nos costaba creer los niveles de odio y salvajismo. Es difícil no indignarse y no llenarse de furia al escuchar los pormenores de los hechos. Cuando fuimos a la vela, llevábamos corvos, hondillas, y algunas pequeñas pistolas, era una forma de defensa, pero también nuestra cólera nos había convertido en una fuerza desafiante. Durante el velorio

cantamos canciones revolucionarias y gritábamos consignas políticas. El aire nos decía que una nueva realidad llegaba, la acumulación de los hechos nos confirmaban que la mirada del militar estaba sobre nosotros.

El siguiente día llegaron desconocidos al caserío, capturamos a seis. Todos eran patrulleros de otros caseríos que llegaron con la misión de investigar qué tramábamos como venganza a su acto de terror. Ese mismo día, a las tres de la tarde, llegó un helicóptero y tiró balines sobre la ermita, lugar donde velábamos al compañero. Nunca antes había llegado un helicóptero y su presencia la interpretamos como muestra de complicidad del gobierno en el asesinato; la máquina tenebrosa en el aire nos confirmaba que no era un acto aislado o de odio personal del jefe de los patrulleros. Nosotros estábamos indignados por todo lo que pasaba, y la presencia del helicóptero, en vez de darnos miedo, elevó los niveles de cólera.

De inmediato averiguamos quienes eran los "orejas" y fuimos en grupo a apedrear sus casas. Al vernos en grupo y enfurecidos, todos los "orejas" abandonaron el caserío.

La sorpresa fue que el siguiente día regresaron acompañados por patrulleros de otros caseríos y apedearon las casas de los organizados.

Según yo, con la venganza de "ojito por ojito" de los patrulleros, el odio de ellos estaba disuelto y que la satisfacción de ver nuestras casas destruidas los tranquilizaría por varios días. Pero el siguiente día vino el primer operativo militar contra nosotros. Era primer operativo y nosotros no sabíamos qué hacer, responder a él era imposible porque era la

tropa quien lo hizo, ellos estaban armados y nosotros no. En esa ocasión el ejército violó mujeres, golpeó a muchas personas y capturó a otras. De mi caserío capturaron a "Mamá Noy" –Leonor Alvarenga–, y a treinta personas más. Los amarraron y los llevaron a la ciudad de Tenancingo, allí los tuvieron en una pequeña celda. A "Mamá Noy", que ya era una señora, la desnudaron ante todos y la bañaron con agua helada. Era un acto de burla y desprecio a la dignidad de Mamá Noy, así lo interpretamos. Después de varios de días de cárcel y humillación, los dejaron libres. Pasado ese operativo, los neutrales, que no eran muchos, abandonaron sus casas y se fueron a vivir a otros lugares; también se definió quién era revolucionario y quién gobiernista.

Después de la muerte del compañero Tránsito Vásquez, de las apedreadas de casas, y del primer operativo contra nosotros, la situación se puso bastante tensa. La represión adquirió niveles más elevados. Con frecuencia había enfrentamientos con corvo y las patrullas paramilitares buscaban a los compas para asesinarlos.

De mi caserío casi la totalidad nos organizamos en FECCAS, a excepción de cinco personas que se hicieron patrulleros. El jefe de esta patrulla era Paulo Peña, hoy vive en la ciudad de San Martín.

En esa época las patrullas –paramilitares– no estaban bien armadas, pero eran sanguinarias. No sólo mataban, sino lo hacían a mansalva y con alevosía. Ellas podían asesinar a cualquier persona y eran impunes, ningún crimen era investigado y ninguna ley las castigaba, al contrario, eran grupos de personas protegidas por el gobierno y la fuerza

armada. Dividir a la comunidad, ser instrumento de terror y apoyar a la fuerza armada en sus planes represivos, eran las funciones principales de la patrulla, de su rol; lo concerniente a la represión era lo que cumplían con mejor eficiencia, en este campo eran maestros.

Los revolucionarios más activos y los señalados por los patrulleros estábamos obligados a ser cautelosos. Por la noche dormíamos en el monte, y durante el día hacíamos posta para poder trabajar sin que la patrulla nos sorprendiera; aún así, muchos fueron capturados y asesinados en sus trabajos o frente a sus familiares.

Cuando los buscados por las patrullas analizamos que incluso tomando medidas de seguridad estábamos muriendo, algunos tomamos la decisión de salir del caserío.

En 1978, cuando yo tenía diecisiete años, mis hermanos mayores y yo nos fuimos de nuestro caserío. Esto fue el inicio y la primera separación familiar; fue muy difícil y dolorosa la decisión, pero no teníamos otra opción; los jefes de la patrulla nos buscaban para matarnos, el caserío ya no era seguro. Había ejemplos de compas que no se fueron en el momento oportuno y terminaron asesinados, o sea que nuestra precaución tenía una base real, no era un invento de nuestras mentes o algo parecido. El resto de la familia, mi papá, mi mamá y mis hermanos menores, continuaron viviendo en nuestra casa. El riesgo de continuar en el caserío era grande, pero ellos tenían mucha fe en Dios y se encomendaban para que Él los protegiera.



Aunque los líderes y las personas más buscadas por las patrullas –los más quemados– nos fuimos del caserío, el trabajo revolucionario continuó tanto en mi caserío como en los cantones aledaños. Se cambiaron los métodos de trabajo y se fue más cauteloso, se trató a que las patrullas no supieran quiénes eran los dirigentes del trabajo, y de esta manera evitar la represión.

Los que nos fuimos del caserío continuamos trabajando en otros lugares, y cuando había marchas nacionales, nos encontrábamos con los que desde la clandestinidad trabajaban en el caserío. Ellos nos contaban cómo estaba la situación de la zona.

Yo me fui a vivir a un pequeño pueblo que se llama Ateos y continué participando en las actividades organizadas por FECCAS. Fue así como participé en la toma del Ministerio de Educación y en otras actividades más.

Para esa fecha ya existía el Bloque Popular Revolucionario -BPR-. Este era un bloque o grupo de organizaciones revolucionarias que trabajaban coordinadas. FECCAS y su organización hermana, La Federación de Trabajadores del Campo -FTC-, eran parte del Bloque Popular Revolucionario. En el BPR también se encontraba la Asociación Nacional de Educadores Salvadoreños, ANDES 21 de Junio; el Movimiento Revolucionario de Estudiantes de Secundaria -MERS-; la Unión de Pobladores de Tugurios -UPT-; las Fuerzas Universitarias Revolucionarias 30 de Julio -FUR 30- y los Universitarios Revolucionarios -UR 19-.

Los patrulleros al ver que habían matado a varios de los líderes revolucionarios y otros se

habían ido del caserío, se confiaron, pensaron que nos habían derrotado. Pero el trabajo educativo seguía, la organización revolucionaria de los trabajadores del campo continuaba en ascenso.

Para 1979, la represión estaba generalizada, las masacres eran casi diarias, las marchas reprimidas eran frecuentes, los líderes desaparecidos eran cientos, los sindicatos allanados sin autorización de un juez, formaban una larga lista; en fin, los niveles represivos estaban en su cúspide, todo lo que olía a contrario del gobierno era objetivo de ataque. Pero nada detenía la lucha revolucionaria, nada paraba las ansias de liberación, nada, ni las balas contenían la denuncia y la protesta, la lucha por mejoras económicas tanto en el campo como en la ciudad era una ola indetenible. La actividad política de la izquierda estaba en todos los rincones del país; no había escuela, universidad, cantón, fábrica, barrio, donde el descontento no se hiciera presente.

La espiral creada por la confrontación y la lucha de clases llevaba a una guerra, ¡esto era evidente!, hasta el más miope o ignorante en política lo sabía. La polarización social era clara, igual que la estupidez de creer que las armas apuntando al corazón de los opositores era la solución a la confrontación. Los grupos en contienda eran claros y definidos, apoyar o estar en contra del gobierno era la línea que los dividía. Por un lado estaba la derecha, formada por los militares que eran los amos y señores en el gobierno, la élite económica y la administración de Los Estados Unidos de América, que en su afán de contener “el comunismo mundial”, era capaz de hacerse cómplice de los crímenes del

gobernador más cruel del mundo. El otro grupo eran los opositores al régimen, éste era diverso, desde revolucionarios marxistas y no marxistas, hasta personas altruistas y humanistas.

El gobierno fue el primero en promover la violencia política y tratar de convertir El Salvador en la tumba de los rojos, tal como lo dice el himno del partido de derecha; lo que el fanatismo no les permitía comprender era que sus acciones generaban indignación y odio contra ellos. Ese odio fue capitalizado por la izquierda y revertido contra las fuerzas que se oponían al cambio. Este ciclo se repetía mil veces por semana hasta que un día adquirió dimensión nacional. Fue entonces que le empezaron a llamar Guerra Civil.

12

LA PEQUEÑA VOZ PIDIENDO CLEMENCIA

El veintiuno de marzo de 1980, tres días antes de que mataran a Monseñor Óscar Arnulfo Romero, llegué de visita al caserío; de pura casualidad ese mismo día llegaron mis hermanos mayores que, igual a mí, teníamos varios años de no vivir con la familia. Ese día mi padre había ido a la clínica de la ciudad de Tenancingo y nos mandó a decir que tuviéramos cuidado, ya que probablemente llegaría la Guardia Nacional –GN- a la zona.

A las once de la noche, previniendo un ataque nocturno, nos fuimos a dormir a un cerro que se encuentra cerca de la casa. Como costumbre entre los revolucionarios organizamos la posta –sistema de vigilancia– para toda la noche y nos dormimos. A mí me tocó ser el último en hacer vigilancia. Cuando terminé mi turno a las cinco de la mañana, desperté a todos los compas y cada cual se fue a su casa. Mis hermanos y yo nos fuimos a acostar a la casa un par de horas mientras terminaba de amanecer.

A las cinco y media, aún en la oscuridad, llegó a la casa uno de mis hermanos menores y gritó, “¡Viene el ejército!”, y de inmediato se fue huyendo; esto lo supe después, ya que yo no desperté.

Yo desperté cuando un guardia le disparó a mi hermano Manuel. Ya despierto traté de irme de la casa, fue allí cuando vi que había un motón de guardias y que ya no podía salir de la casa a escondidas. Lo que en el instante decidí fue taparme todo el cuerpo con la colcha, con la esperanza a que no entraran a la casa y que no me verían. Sabiendo que eran sabuesos tras los organizados, era una decisión ingenua, pero tampoco tenía otra alternativa; la otra opción era salir de la casa y que en ese instante me dispararan y me mataran.

Recuerdo que estaba en una cama de pita y petate. A los pocos minutos o segundos, no sé, se acercó a la cama un guardia. De inmediato descubrió que había una persona tapada con la colcha. Antes de escuchar una palabra de él, sentí el golpe con su fusil. Ya estaba descubierto, pero me quedé quieto a pesar del dolor, mi deseo era que en ese momento diera media vuelta y se alejase de mí, pero él no fue fiel a mis deseos. Después, con el cañón del fusil levantó la colcha que me cubría y pudimos vernos, yo era un adolescente con cara de asustado y él un adulto que me tenía a su merced.

En ese entonces yo tenía diecinueve años, estaba en la edad de estar estudiando, de tener novias, de tener una vida de pocas responsabilidades y de formarme para los compromisos futuros de adulto. Pero mi realidad era otra; mi vida de pobre, de nacer en un país del tercer mundo y de crecer en

una época de lucha contra la dictadura, me tenía viviendo lejos de mi familia, lejos de mi caserío, y en ese momento estaba en las manos de un guardia y frente a un fusil que esperaba que le accionaran su mecanismo para a travesarme con su proyectil.

A mis otros hermanos los tenían capturados igual que a mí. Recuerdo claramente la imagen de mi hermana con las manos levantadas.

En ese instante uno de los guardias, por cierto era uno de estatura pequeña, empezó a golpearme con el fusil y con sus manos, y cuando esto no le bastaba, me propinaba patadas. Yo no hacía nada, no podía hacer nada, la desventaja era total, estaba en sus manos, mi vida dependía de ellos. En ese instante no recuerdo si pensara en algo.

Escuché que otro guardia, uno de piel blanca, le dijo al que me golpeaba, "¡déjá al cipote, ya lo golpeaste mucho!", y éste le obedeció.

El guardia que me golpeaba y varios más se llevaron a mi hermana a un pequeño cerro cerca de la casa y empezaron a violarla. Yo cambié la vista a otro lugar, no quería ver el acto contra ella, tampoco su cara de desesperación, pero las voces de los hombres y los ruegos de mi hermana, los escuchaba a la perfección; las palabras de mi hermana aún las escuché cuando recuerdo esos hechos que siguen impunes. Su pequeña voz pidiendo clemencia a esos monstruos que nunca la escucharon me quedó grabada en la mente, creo que jamás se borrarán.

muerte, de nuevo presenciaba la escena de ver morir a otra persona de mi sangre.

Ella fue asesinada a machetazos, tal como fueron asesinados sus hermanos. Su cadáver se desplomó a pedazos en el mismo lugar donde estaban los otros cuerpos; la mataron los mismos que asesinaron a Tito y a José Apolinario. Era horroso ver de nuevo la misma escena, con el agravante que en ese triste minuto estaba viendo morir a la hermana con quien mejor me relacionaba, con la que cantábamos juntos en momentos de alegría, con la que hacía apenas dos años había estado feliz celebrando sus quince años con la familia y amigos. ¿Qué pensaba yo en ese instante? ¡No recuerdo!, sólo sé describir los hechos, esos no se me olvidan, esos están enquistados en mi diario pensar. Las reflexiones de lo que vi, vinieron después, cuando estaba más seguro y tenía tiempo de asimilar ese macabro pasaje de mi vida.

No recuerdo la hora, ni cosas de detalle, sólo la acción hecha a mansalva y mucho humo en el ambiente como fruto de la nutrida balacera contra civiles desarmados.

Después el jefe formó a los guardias y procedieron a catear la casa. En ese cateo se robaron mil quinientos colones; un radio donde mi mamá escuchaba las noticias de la radio católica YSAX -la única radio que decía la verdad y que por esa razón en varias ocasiones le habían puesto bombas

para destruirla-; un par de botas y pantalones de mi hermano. También rompieron el granero para destruirnos el maíz, quebraron el comal donde por años mi mamá nos hacía las tortillas, regaron la poca ropa de toda la familia. Su odio no les permitía conformarse con eliminar vidas, necesitaban destruir las pocas cosas materiales para saciar a plenitud sus ansias de venganza. Ellos, pobres al igual que nosotros, pero enfermos de odio, no toleraban que un pueblo analfabeto comprendiera la raíz de su pobreza y la opulencia en que vivían otros.

Luego de hacer la destrucción, el jefe de los guardias me dijo, "¡mira hijueputa, si mañana me doy cuenta que andás de revoltoso, a vos te pasará lo mismo!". Hecha la amenaza, que después de todo era su pecado más liviano de esa mañana, se retiró junto a su tropa con un gesto "victorioso". Su misión estaba cumplida al pie de la letra, tal como su jefe le ordenó.

Cuando los guardias llegaron al camino principal que se encontraba frente a la casa, apareció una persona vestida de civil y les gritó "¡Por qué dejan vivo a ese hijueputa, si es de los más metidos!", de inmediato los guardias se desplegaron y regresaron con intención de capturarme. Yo escuché lo que el civil había dicho y de inmediato salí corriendo, me aventé a la quebrada y corrí sin detenerme. Era un venado corriendo entre los matorrales.

A las nueve de la mañana, cuando la luz del sol estaba en sus primeras horas seguía caminando en sentido contrario de donde vi por última vez a mis hermanos y hermana. Lo que quería era alejarme de quienes querían matarme, pero gracias a Dios me encuentro con un compa del caserío que venía a ver si la Guardia Nacional ya se había retirado de la zona.

Cuando lo reconocí y me habló, lo primero que hice fue contarle que habían matado a mis hermanos. Hasta ese momento empecé a llorar. Él, al escucharme, también lloró de tristeza y de indignación. Eran momentos donde el dolor era compartido y la solidaridad no encontraba barreras para expresarse. La solidaridad es la parte hermosa que debemos rescatar de todas estas tragedias.

El compa me llevó a un lugar donde estaba mi mamá junto a otros de la comunidad. Todos estaban escondidos de los guardias y asustados de lo que había pasado, pero el hecho de no encontrarme solo, me hacía sentirme seguro. No me importaba las circunstancias en que estábamos; el hecho de encontrarme rodeado de mi gente, era un aliento al dolor que me embargaba.

Mi mamá junto a un grupo de 50 personas del caserío estaba escondida en una quebrada que se encuentra entre nuestro caserío y el de San Francisco. En San Francisco había un puesto de Defensa Civil y era el lugar donde los "orejas" de los lugares vecinos

se habían refugiado. Era un lugar peligroso, era el centro de los contrarrevolucionarios y la base de apoyo del ejército. El lugar donde estaba mi madre se encontraba a quince minutos de San Francisco, no era un lugar seguro, pero en la desesperación de esconderse y salvar sus vidas, encontraron en la quebrada, un buen escondite.

Mi mamá me conocía lo suficiente como para saber que algo grave me pasaba. Desde el primer momento, aun antes que yo empezara a explicar, ella sabía que las noticias que llevaba no eran nada buenas.

-Qué traes. -me dijo.

-Mataron a los cipotes. -le respondí.

-Así es la vida -me contestó, y después se levantó el camisón y me enseñó la herida de bala en su pierna izquierda.

Ella junto a las demás personas se quedaron en la barranca, mientras yo regresaba al caserío. Tengo muy presente que después que me pasó el susto, me sentía enojado y con deseo de venganza, sentía la sensación de un río desbordado en mi interior. Cuando llegué al caserío, los soldados se habían ido y ya había otras personas de la comunidad viendo los muertos, conocidos míos que probablemente se quedaron escondidos cerca del caserío.

A las dos de la tarde llegó mi mamá y el resto de pobladores. Era triste ver las casas incendiadas, los

graneros rotos, los animales muertos y los cadáveres de las personas, entre éstos, mis hermanos. Entre un árbol de coco y otro de aguacate se encontraban los restos de mis hermanos; cuando mi mamá se acercó a verlos, empezó a llorar. Antes no lo había hecho, pero ver el caserío incendiado y los cadáveres de sus hijos, la llevaron a sacar su dolor.

Yo vi cuando mi mamá recogía los pedazos de cuerpo de sus hijos y los ponía en una canasta; yo la miraba desde lejos, me costaba creer que una noche antes estuve platicando con ellos y en ese momento eran solamente pedazos de cuerpo. Los años han pasado y yo ya soy adulto, pero esas imágenes están incrustadas en mi ser y cada vez que las recuerdo, la piel se me eriza, me indigno y reconozco el rol heroico de mi madre.

De inmediato la gente se organizó, unos tomaron piochas, otros palas y empezaron a hacer la sepultura, un grupo fue a la ciudad de Tenancingo y compraron los ataúdes. Por falta de dinero, solamente compraron cuatro y nos vimos en la necesidad de meter dos cadáveres en cada ataúd.

Los nombres de Pablo Peña, Antonio Mozo, Gustavo Pichinte, Paco Pichinte, Eulalio Mendoza, Balbino Flores, Félix del Carmen de Paz, José Apolinario de Paz y Roberto –Tito- de Jesús de Paz, estos nueve nombres son una pequeña parte de una inmensa lista de personas asesinadas de nuestra comunidad.

Parte IV

VIVIENDO EN "ZONA DE GUERRA"

13

MI OBJETIVO ERA LA VENGANZA

*L*as familias no organizadas y los "orejas", ese mismo día se marcharon del caserío. Se fueron con lo que podían cargar en sus espaldas, el resto, que no era mucho, quedó en el abandono. Era triste ver los grupos de personas saliendo de sus casas sin saber a donde ir; lo único que sabían era que el caserío era una amenaza a sus vidas y que tenían que alejarse de él. Sólo quedamos los organizados, nosotros no queríamos abandonar el lugar; pero la emigración de una parte de la población creó un ambiente de soledad y de incertidumbre.

A pesar del dolor interno de mi madre, ella se miraba fuerte y con mucha energía. Ese día, ella coció maíz y frijol, y echó tortillas para los sepultureros.

Por esos días, mi papá pasaba bastante tiempo en la ciudad de Tenancingo, estaba enfermo y sólo en ese lugar podía hacer su tratamiento y ponerse las inyecciones que el doctor le recetaba. Mi papá supo el mismo día la noticia y de inmediato partió al caserío. Tengo bien presente que su actitud fue más expresiva que la de mi mamá. Él lloró bastante, se puso muy triste y empezó a

emborracharse con frecuencia.

Un día después del entierro de las nueve personas masacradas, los soldados realizaron otro operativo. Esa vez nadie se quedó en el caserío y por esa razón no hubo muertos; salimos sin control y aterrorizados. Fue hasta el siguiente día que poco a poco y en pequeños grupos fuimos llegando a nuestras casas. Todos pensábamos que habrían muertos porque escuchamos muchas balaceras similares al operativo anterior, pero nadie de la comunidad murió. Esta fue nuestra primera huida exitosa. La llegada al caserío fue con cautela, con temor, sabíamos la maldad de la tropa y no descartábamos que se escondieran y al regresar nosotros nos atacaran de nuevo. Mi familia no pudo huir junta, la división nos generaba angustia, pero todos salimos ilesos.

Después del segundo operativo, la comunidad entera empezó a hacer seguridad. Éramos aproximadamente doscientas personas (cincuenta niños y el resto adultos), muchos eran ancianos que con gran dificultad podían salir "guindiando" -huir- y esconderse.

Recuerdo que esos días eran duros, ninguna persona expresaba alegría. Los rostros de los habitantes demostraban angustia, desesperación, miedo, incertidumbre sobre el futuro y dolor por los muertos. La alegría que siempre había prevalecido en la comunidad estaba ausente, la dinámica diaria que por décadas imperaba, había colapsado; pero la angustia y el dolor generaba solidaridad, esa era

nuestra arma de defensa y de consuelo.

Tres días después nuevamente llegaron soldados y Defensas Civiles. Éste era el tercer operativo militar contra nosotros en un espacio corto de tiempo. En esa oportunidad ya casi capturaron a mi hermano Francisco. Él tenía aproximadamente 10 años, era un niño, y a esa corta edad y solo, tuvo que irse caminando hasta la ciudad de San Martín. En esta invasión (operativo militar) mataron a un primo mío y a un niño de 10 años. Estos fueron capturados y posteriormente decapitados, sus cuerpos fueron dejados en la orilla del río Asigillo. Con estos asesinatos comprendimos que no respetaban edades. En esta invasión pudimos retirarnos un poco más ordenados, por lo menos logramos escondernos juntos.

Esto de escondernos juntos era un arma de doble filo, era positivo, pero también riesgoso. Si nos descubrían, la cantidad de muertos sería grande; pero por suerte que no lograron descubrirnos. Nosotros nos escondimos en una quebrada y los soldados llegaron a los bordos y desde allí disparaban hacia donde nosotros nos encontrábamos. Durante tres horas pasaron disparando y nosotros escondidos, temblando de miedo, los creyentes pidiéndole a Dios porque los soldados no bajaran a la quebrada y nos descubrieran. En esa época éramos un grupo indefensos, desarmados, asustados, sin experiencia en huir e impactados por la represión y los muertos.

Cuando llegamos al caserío, lo encontramos

con las casas quemadas, los graneros destruidos, los animales robados o asesinados. Antes de irse, los soldados envenenaron el maíz que dejaron en el suelo y las fuentes de agua. El panorama era triste. Estábamos sin comida, sin casas, con las siembras destruidas y huyendo permanentemente de los soldados.

Todo cambió en la comunidad. Hasta las pláticas cotidianas tenían temas diferentes a meses anteriores. Los jóvenes dejamos de jugar, nos dedicamos a la seguridad de la comunidad. Entrábamos a una nueva etapa en nuestras vidas, pero nosotros aún no comprendíamos la dimensión del cambio.

Después del tercer operativo nos organizamos mejor. Los jóvenes y los hombres empezamos a trabajar en la defensa de la comunidad y en la producción, y las mujeres en tareas de abastecimiento. Mi mamá era una de las cocineras. En cuestión de semanas y obligados por las circunstancias, la comunidad se convirtió en un colectivo, algo así como una gran familia.

En el último operativo, la Guardia Nacional encontró mi mochila en la que estaban mis documentos personales, hablo de mi partida de nacimiento y de mi cédula de identidad personal; la pérdida de los documentos me preocupó, ellos, los que estaban contra nosotros, tenían mi nombre y mi foto, razón suficiente para tomar medidas.

Después de este hecho, decidí ponerme el nombre de Tulio Serrano, Tulio fue un sindicalista muy comprometido que murió en el año setenta y

ocho, en honor a él decidí tomar su nombre. Desde ese momento se me empezó a llamar Tulio, aun hoy muchas personas me conocen por Tulio, en ocasiones es un poco confuso, pero yo permito a que las personas y los amigos me llamen por el nombre que más les parezca.

Personalmente, la muerte de mis hermanos me llenó de coraje y de deseo de venganza, la vida empezó a importarme menos. Por varios meses mi objetivo era la venganza, no concebía que la muerte de mis hermanos quedara impune. En ese absurdo esfuerzo compré una pistola con el único objetivo de hacer desaparecer de este mundo a los asesinos de mi hermano, principalmente a Pablo Peña, el jefe de la patrulla civil del caserío y el responsable de los asesinatos.

De mi caserío sólo fueron siete personas las que se volcaron al lado del gobierno, entre ellos estaban Pablo Peña, Napoleón Pichinte, y los hermanos Mino y Beto. Yo salía todos los días a las cinco de la mañana hacia el pueblo que se llama Tenancingo, allí compraba licor y después salía por los diferentes caseríos en busca de quienes habían segado la vida de mis hermanos. Yo estaba loco, la venganza era lo único que me alimentaba; por suerte que nunca me encontré con uno de los que quería asesinar. Después de no encontrarlos, me agarró la tontera de querer suicidarme. Para esos meses de locura apenas tenía diecinueve años, era un jovencito pequeño, descalzo, desnudado, aparentando menos años, pero en mi interior había

un odio intenso. El poco nivel de politización adquirido escuchando a los catequistas, era ensombrecido por el odio.

Tengo muy presente a Bernardino Alemán cuando me dijo que mi locura y odio contra el puñado de personas que habían asesinado a mis hermanos no resolvía el problema que teníamos. Fueron varias las pláticas donde me expresó que los odios personales no tenían espacio en la lucha política. En ese momento era difícil entender sus consejos, pues el odio me cegaba. Alemán era una persona muy valiente y consciente, a quien yo admiraba mucho. Él insistía en que sólo organizados podíamos enfrentar los problemas y salir victoriosos. Fue gracias a esas pláticas que yo empecé a tomar una actitud diferente. Después de escuchar y comprender lo que el compañero me decía, tomé una actitud más positiva, abandoné el licor, dejé de salir innecesariamente del caserío y participé más colectivamente en la comunidad. Con los meses empecé a tomar liderazgo con los jóvenes y adultos y a sentirme responsable de la defensa de la comunidad.

La proyección económica de la comunidad era triste y desoladora, apenas teníamos para comer dos tiempos diarios; pero estábamos más unidos, más solidarios y con esperanza porque el descontento contra el gobierno era generalizado. Nuestro futuro en muchos campos de la vida dependía de los logros políticos, y éstos eran alentadores. La indignación colectiva era tal, que la disposición a

incorporarnos a otros niveles en la guerra era grande. Nuestra misma realidad nos obligaba a armarnos, a defendernos y a combatir, no había otra alternativa en ese lugar. En cuestión de meses formamos cuatro pelotones milicianos de quince personas cada uno. Yo tomé un rol importante en ese esfuerzo. Con esto no sólo canalizábamos nuestra indignación, también tratábamos de sobrevivir a un enemigo poderoso y sanguinario.

Mientras yo buscaba venganza personal, cerca del caserío se había formado un campamento guerrillero, estos compas no estaban bien armados, pero su entusiasmo era inmenso y sus ideas claras.

Nuestro caserío tenía una posición privilegiada desde un punto de vista militar. Era un cerro a una hora de la ciudad de Tenancingo y a cuatro de otro pueblo más grande que se llama Cojutepeque, la ciudad principal del departamento de Cuscatlán.

Los primeros pobladores que decidieron incorporarse a la guerrilla consiguieron pistolas y escopetas, y ponían emboscadas a los soldados cuando entraban a nuestra zona. En una ocasión, a mediados del año ochenta, cinco compañeros mal armados mataron a seis soldados, esta acción fue un acontecimiento en la zona, eso demostraba que las fuerzas revolucionarias también podían hacerle bajas al ejército. Después de esa actividad, los operativos continuaron cada vez más grandes y más destructores. En ese año empezamos a sentir en carne propia lo que es la política de "tierra arrasada". Cada vez que entraba operativo, mataban ani-

males y personas, quemaban casas, destruían todo lo que podían destruir y se iban.

En uno de esos operativos escondimos en una cueva a don Jesús Alfaro, quien era un anciano. Este compañero fue encontrado por la tropa y a pesar de su ceguera y su avanzada edad, fue asesinado. Cuando regresamos a buscarlo, sólo encontramos su cuerpo hecho pedazo por las granadas "made in U.S.A".

Esa muerte nos indignó, nos hacía comprender que la razón del cambio era necesario.

En otro operativo murió don Chon Alfaro, uno de los primeros catequistas que tuvo la comunidad y de los más comprometido con los cambios sociales. Éste fue capturado y posteriormente degollado.

La lista de muertos fue creciendo, nuestra mente fue llenándose de nombres de personas ausentes y de razones claras para luchar.

Al ver que los operativos militares eran imparables y continuos, me vi obligado a decirle a mi papá que dejara el caserío. Su salud no era buena y el riesgo era inmenso. No muy satisfecho, aceptó irse donde su hermano Osvaldo de Paz. Mi tío Osvaldo trabajaba en el Hospital La Divina Providencia. Él no era exactamente un empleado en ese lugar. Meses antes llegó enfermo y cuando se recuperó un poquito, se puso a hacer trabajos varios para que continuaran dándole donde vivir y la comida.

Meses después de haber salido mi padre de

la zona, salió mi mamá. También ella encontró apoyo con los religiosos del Hospital. Llegó a San Salvador con mis dos hermanos menores. Todas estas separaciones familiares se dieron a finales de 1981. Según cuenta mi madre, tanto ella como mi padre trabajaron duro en el Hospital para ganarse dignamente la comida. La verdad es que ellos eran refugiados, no empleados de ese lugar. En la zona sólo quedó mi hermano Francisco y yo.

A mí me dolió la ausencia de mis padres, con su partida sentí soledad y tristeza, pero su retirada era necesaria. Para ellos era imposible continuar en la zona, que para esos días se había convertido en campo de batalla de dos ejércitos desiguales. Desiguales en armas, porque el nuestro apenas tenía pistolas y escopetas y el otro estaba bien armado; y desiguales en coraje y conciencia, porque el nuestro tenía mucho de esto.

Como dije, la lejanía de mis padres y de mis hermanos menores me dolía, pero me sentía más tranquilo. Con los meses fui asumiendo más responsabilidades en la comunidad, todas vinculadas a la defensa de la población civil.

Para garantizar la defensa, concentrábamos los grupos de habitantes de los diferentes caseríos en un solo lugar o en pocos lugares, dependiendo de las circunstancias. Los grupos guerrilleros en la zona se fueron consolidando y eran los que combatían cuando la tropa entraba en operativo. Nosotros simplemente nos escondíamos y tratábamos de no ser descubiertos y asesinados.

Mi responsabilidad era grande: dirigir junto a otros compañeros a estos miles de personas era un reto inmenso. Lo más difícil era garantizar no ser descubiertos y asesinados en los operativos. Era una hazaña nunca antes hecha en el país, con el agravante de que nosotros, los incipientes dirigentes, éramos jóvenes. Es cierto que por jóvenes teníamos energía, pero también era cierto que necesitábamos más madurez, más sabiduría, y estos elementos son hijos de la experiencia y los años.

Hoy, después de muchos años de haber terminado la guerra y analizo todo lo que hice, me siento orgulloso y satisfecho. Mi misión era salvar vidas, más que matar al adversario.

14

"GUINDIANDO" ENTRE "EL YUNQUE Y EL MARTILLO"

*R*ecuerdo el primer operativo donde las circunstancias me obligaron a asumir la dirección de miles de pobladores civiles que huían desesperados de los soldados, con el único fin de salvar sus vidas. El operativo era grande, era de los primeros de esa dimensión en la zona, era de esos que nos dejaba perplejos de tanto recurso en uso. Participaban miles de soldados apoyados por artillería, helicópteros y otros tipos de aviones, que en ese momento nos eran desconocidos. El mando del operativo pretendía acorralar a los pobladores en la calle que de San Martín conduce a Suchitoto, por esa razón los soldados empezaron a presionar desde la dirección de Ilobasco, con la idea de que la población huyera hacia el lado contrario, que es la zona de Suchitoto.

En esa época el Alto Mando desarrollaba la modalidad operativa de "El Yunque y el Martillo", que consistía en poner un grupo de soldados que empujaba a su objetivo a un cerco con alto poder de fuego y en ese lugar aniquilar a la presa. En este caso el objetivo a aniquilar eran pequeñas unidades guerrilleras y miles de personas civiles

que por muchas generaciones habíamos vivido en esos lugares. No había una forma más perfecta de nominar la manera maquiavélica de matar personas, "El Yunque y el Martillo" expresaba claramente la idea de dejar a la víctima, entre dos fuerzas de aniquilamiento, sin posibilidades de escape, sin alternativas de vida.

Las unidades guerrilleras se movían con mucha facilidad, y gracias a su accionar de pequeñas emboscadas obligaban a los soldados a tener un avance lento y cauteloso, esto nos permitía a que nosotros, los civiles, pudiéramos tener más tiempo para emprender la huida.

Nuestro movimiento era nocturno, pues si lo hacíamos a la luz del sol, los aviones nos descubrían, lo cual significaba bombardeos, ametrallamientos, y después la llegaba de la infantería con el objetivo claro de terminar a los que aún quedábamos vivos.

Nuestras marchas siempre eran entre la oscuridad de la noche o bajo la mirada protectora de la luna; nuestro caminar era lento, pausado, al ritmo de la persona menos ágil; ¡así tenía que ser!, no teníamos otra opción.

La columna de almas en huida era de miles, imposible no dejar evidencias de nuestro paso, a pesar de que siempre teníamos un grupo de personas al final de la columna que trataba de borrar las huellas.

Para reducir riesgos, la caminata la empezábamos a las seis de la tarde, en el momento que empezaba a oscurecer, y dejábamos de caminar cuando

los rayos del sol delataban nuestra presencia. Eran aproximadamente once horas de caminata y lo más que caminábamos eran dos kilómetros. Una distancia que de día una persona puede tardarse una hora en caminarla. Pero gracias a las emboscadas de las unidades guerrilleras, el avance de los soldados era lento, como el nuestro. De no haber existido las unidades guerrilleras y su actividad, hubiésemos sido objetivo fácil para los soldados. Es triste decirlo, pero las armas, las que detesto por ser causa de dolor, salvaron nuestras vidas.

Tanto física como sicológicamente, la marcha era desgastadora. Saber que miles de soldados bien armados y con la misión de matarnos estaban tras nosotros, era una presión terrible. Desde nuestros escondites escuchábamos los enfrentamientos entre soldados y guerrilleros y mirábamos las largas columnas de soldados que pasaban cerca de nosotros. Éramos testigos de todo acontecimiento, y protagonistas de otros.

Después de la primera semana, la población estaba extenuada y la marcha era más lenta que los días anteriores. No teníamos comida y medicina para los enfermos, estos elementos empeoraban nuestra realidad.

Cuando llegamos a las dos semanas, muchas personas empezaron a decir disparates, frases incongruentes, la locura se presentaba como consecuencia de la precaria realidad y profundizaba la desgracia. Unas me decían que ya era hora de bailar, otras trataban de suicidarse ante su impotencia de cambiar su

realidad. Todos actuábamos con valentía, pero el ser humano tiene un límite en todo, y ese horizonte entre desear vivir con dolor o desaparecer en la vida, estaba llegando al límite. Nos encontrábamos a los niveles de ser capaces de cualquier cosa por romper el ciclo de angustia.

Un momento crítico fue cuando mandé a un grupo de muchachos a un cerro, para que desde ese lugar pudieran ver donde estaban los soldados. Sabíamos que estaban cerca y necesitábamos ver su posición exacta. En el camino al cerro, estos muchachos pisaron una mina explosiva, en este accidente ellos salieron muy heridos.

Al escuchar la explosión, los miles de personas que estaban escondidos pensaron que los soldados nos atacaban y salieron corriendo para diferentes lugares. En nuestra desesperación logramos pasar la carretera de San Martín a Suchitoto, lugar donde terminaba el operativo. Después de varias horas, llegamos a la parte baja del cerro Guazapa y allí fuimos recibidos por los pobladores de ese lugar con mucha solidaridad. Nos dieron comida y descansamos por varios días.

Después de la semana tuvimos noticias que el operativo militar en nuestra zona había terminado, razón suficiente para emprender la marcha de regreso. Estábamos felices, la comunidad que nos albergó nos regaló víveres para llevarlos al viaje de regreso; estábamos descansados y con energías; y la zona estaba limpia de soldados, esto último era la mejor noticia.

A este tipo de marcha y a otras similares le llamamos "Guinda". Esta palabra fue famosa durante todo el período de guerra y se extendió a las retiradas forzadas y desordenadas del ejército y de la guerrilla en los enfrentamientos no exitosos.

Es terrible ser blanco militar y uno sin armas para defenderse. Es cobardía que una tropa bien armada y entrenada ande tras pobladores civiles por el hecho de ser opositores al gobierno; pero esa era nuestra realidad. Éramos pobladores civiles en territorios que el ejército consideró que todo ser vivo que habitaba en esa zona tenía que ser asesinado. El presidente del país gritaba a los cuatro vientos que su gobierno era democrático, pero nunca nos trató como población opositora en un país democrático.

Después de ese operativo, el Alto Mando del Ejército decidió militarizar las ciudades de Suchitoto, Cinquera y Jutiapa, así mismo poner puestos militares en varios caseríos y cerros que rodeaban a nuestra zona. Fue así como surgieron las guarniciones en el Cerro Campana, en el Puente de Las Guaras, en Tecoluco, y en el Cerro Las Mesas.

La zona donde estaba nuestro caserío quedó totalmente rodeada de puestos militares, fue algo así como un anillo militar el que pusieron. La saturación de puestos militares a nuestro alrededor generó un proceso de asfixia a la guerrilla y a la población civil.

Nuestras siembras eran destruidas en cada operativo, el concepto de tierra arrasada, enseñado por los boinas verdes, era aplicado tal como dicen

los manuales, nada vivo o útil quedaba de pie al paso de la tropa.

Los vínculos políticos y logísticos iban siendo cortados uno a uno. Por varios meses, el ejército gubernamental estaba logrando su objetivo, ellos lo sabían y por eso cada minuto que pasaba, presionaban más. Los alimentos se escasearon, la guerrilla y nosotros vivíamos de frutas silvestres y de raíces, pero cada día era más difícil estar en nuestras tierras.

Cuando nos terminamos las raíces comibles de nuestros alrededores, caminábamos hasta siete horas para cortar unas yucas o malangas y con éstas hacer harina y comer tortilla.

Las sopas eran un poco de agua caliente con hojas tiernas o flores de plantas que sabíamos que no eran venenosas. Dejamos de ver la sal, el azúcar, huevos, el maíz y tantas cosas que por años habían sido nuestra dieta diaria. Los años ochenta y uno y ochenta y dos fueron los más terribles, la táctica del ejército gubernamental era sanguinaria, pero efectiva en el propósito de aislarnos y matarnos a pausas.

La sobrevivencia terminó siendo casi imposible, pero teníamos persistencia, coraje y una inmensidad de ganas de transformar nuestro país, esos tres elementos fueron nuestra médula, nuestras virtudes, nuestra balsa en la oceánica intención de hacernos desaparecer.

15 SALVANDO VIDAS, SACANDO POBLADORES DE LA ZONA DE GUERRA

*L*os dos primeros años de la década de los ochenta nos propusimos evacuar de la zona a las familias con niños y ancianos. La evacuación no era tarea fácil, era riesgosa y significaba un cambio total en la vida de esas familias. En este esfuerzo, algunos dejaron sus vidas, pero el fruto fue hermoso. El esfuerzo era sacarlos a los refugios de la iglesia Católica de Soyapango y San José de la Montaña. Yo era parte de una cadena humana, pero cuando recuerdo el papel que jugué en esas evacuaciones me siento satisfecho de lo que hice. Yo sacaba a los ancianos o niños hasta la ciudad de San Martín y otros los llevaban a los refugios.

Recuerdo que mi tía Gloria Alfaro era una de las personas que ubicaba a las familias en los refugios y en una ocasión que llevaba varios niños, se le perdió una niña cuando se bajó de un bus, esta niña era hija de Ovidio Sigüenza. El papá de la niña perdida -Ovidio Sigüenza- murió años después en combate y la madre murió en la emboscada donde mataron a Marianela García Vila -la presidenta de la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador-, los dos murieron sin saber el destino de su hija.

Con mucho esfuerzo y riesgo logramos sacar muchas familias, aún así los pobladores civiles éramos varios miles. La verdad es que esta misión la hacíamos en medio de operativos militares, pasando retenes y puestos militares compuestos por soldados que conocían a las familias. En muchos casos, para aumentar la desgracia, no llevaban el documento de identidad -en esa época se usaba la Cédula de Identidad Personal-. Por cada persona que sacábamos elaborábamos un plan específico. Teníamos diferentes rutas para sacarlos del frente, y varias personas, desde la ciudad, los ubicaban en los refugios creados por la Iglesia Católica.

Los jóvenes y adultos con capacidad operativa se enlistaron en la guerrilla, que para ese entonces, por su crecimiento, ya se estaba convirtiendo en El Ejército Revolucionario. El grupo de pobladores civiles en su mayoría eran personas de avanzada edad y niños. Éramos pocos los jóvenes que decidimos quedarnos en la comunidad.

16

ASÍ NACIÓ LA GUERRILLA EN MI CASERÍO

*L*a década de los setenta fue para la guerrilla el período de pasar de pequeñas células a escuadras, y en algunos casos, especialmente en lo rural, a pelotones; de la impenetrable clandestinidad a métodos un poquito más abiertos; de ser pequeños grupos aislados de la población a crear fuertes vínculos con amplios sectores.

En la zona donde estaba mi caserío que surgieron los primeros grupos guerrilleros en el ochenta. El primer pequeño campamento lo ubicaron bastante cerca de la parte central del caserío. Era una pequeña unidad, semiclandestina.

El año de 1980 fue un período de mucha represión, de los primeros operativos militares, y de varios pobladores asesinados por el ejército, dentro de esta lista se encontraban mis hermanos. El convencimiento de los sectores conservadores, de arrasar físicamente las esperanzas de los cambios, llevó a que muchos jóvenes se incorporaran a la guerrilla. Sin duda alguna era mejor morir peleando que ser capturado y después torturado y asesinado.

La guerrilla no estaba bien armada en ese año, apenas tenía pistolas y algunas escopetas, pero era mejor eso que esperar al ejército con las

manos vacías. En fin, razones sobraban para dejar la familia y hacerse guerrillero. La represión abrió el dique para que muchos jóvenes descubrieran en las armas su protección.

El gobierno cometió el error de querer calmar el descontento a través de las balas, por medio del terror y la muerte. La actitud absurda del gobierno permitió que los pequeños grupos guerrilleros se convirtieran en pelotones y columnas de guerrillas. Por esa causa, después de escuchar el ruido estridente de las balas y no el diálogo, la población corrió en dirección donde se miraba la palabra "justicia" en la bandera.

Cuando en enero del año 1981 la guerrilla realiza la Primera Ofensiva Guerrillera en todo el país, atacando cientos de guarniciones militares en las ciudades, ésta ya era una fuerza no muy armada pero grande. La unidad guerrillera que tenía su sede en el corazón de mi caserío, reclutó cientos de muchachos/as de varios lugares para que participaran en la ofensiva. Después de varios días de combate en el alma de la capital, de nuevo se retiró a la zona. Para ese entonces, la guerrilla se había ganado el corazón de los pobres y de aquellos que clamaban justicia.

Durante los años ochenta y uno y ochenta y dos, el ejército gubernamental tomó la iniciativa militar. Mi zona fue escenario de una infinidad de operativos, cada uno con características diferentes, pero con el mismo objetivo: ¡Matarnos! Uno tras otro, la guerrilla y la población resistía con gran sacrificio cada operativo. Durante esos años, el ejército creó el anillo militar alrededor de la zona,

creando decenas de puestos militares y militarizando las ciudades. La comida, la medicina, la ropa, los zapatos, todo, absolutamente todo se escaseó, aun una libra de sal era casi imposible obtenerla. Para ese entonces éramos una población civil de viejos y niños -porque los jóvenes estaban con la guerrilla-sin acceso a ningún pueblo, totalmente acorralados y asediados constantemente por el ejército, entiéndase por ejército, la infantería, la artillería y la aviación. En este asedio, las defensas civiles -creadas con la red de informantes que tenía el ejército-, tenían un importante papel, sin ellas los operativos hubiesen sido un derroche de recursos con poca efectividad. En esos años, las defensas civiles estaban armadas con fusiles del ejército, eran los más sanguinarios entre los sanguinarios y por conocer el terreno y a nosotros, eran guías e informantes cuando la tropa realizaba los operativos.

Nosotros teníamos la consigna de "Resistir, Desarrollarse y Avanzar", esta consigna reflejaba la presión imparable en la que nos encontrábamos, nuestra actitud estoica y nuestra esperanza.

De tanto huir y de escondernos, conocimos perfectamente cada centímetro cuadrado del terreno; de tantas aguantadas de hambre, descubrimos formas de cómo llegar a las ciudades y comprar pequeñas cantidades de víveres; descubrimos plantas que se podían comer y producir pequeñas siembras de hortalizas, estas siembras eran clandestinas, y muy bien camufladas para que el ejército no las descubriera y las destruyera. La guerrilla fue mejorando su armamento, su disciplina. Fue

adquiriendo experiencia en pequeñas emboscadas, golpes nocturnos y en el desgaste al ejército cuando éste incursionaba a la zona. La guerrilla fue dominando la guerra de guerrillas y todo lo relacionado a la táctica de fuerza irregular.

Aun adquiriendo habilidades para sobrevivir a las pretensiones de asesinarnos, siempre estábamos en desventaja y a la defensiva. El desgaste y sacrificio eran inmensos, de seguir todo igual, sólo era cuestión de tiempo para claudicar.

En el año de 1982 la comandancia de la guerrilla supo analizar el momento y el fatal desenlace que nos esperaba, e hizo readecuaciones sabias con su fuerza militar. Sin descuidar la actividad nacional de pequeñas acciones guerrilleras, empezó a construir grandes agrupaciones de guerrilleros: batallones y brigadas. Fue así como se creó la agrupación de batallones "Felipe Peña Mendoza", la cual tenía tres batallones (K-93, X-21, S-20).

Por varios meses estos batallones se concentraron en la zona y atacaron posiciones del ejército, muchas de éstas fueron aniquiladas, como Cinquera, Jutiapa,...San Francisco. En estas operaciones se requisaron cientos de fusiles, varios cañones, ametralladoras y lanzagranadas. El golpe más duro fue el rendimiento de cientos de soldados. La situación política y militar cambió drásticamente.

Recuerdo cuando saqueábamos los cuarteleros destruidos del ejército, y cientos de nosotros regresábamos con víveres a nuestra zona. En ese momento deseábamos tener en la espalda la fuerza de las mulas y de todos los dioses del universo para

poder cargar el maíz, el frijol, la leche. Todo lo llevado no eran simples víveres, era algo así como trofeos o más que eso. Lo cargado en la espalda eran muestras de nuestro poder acumulado, eran las próximas raciones que nos darían energías y ganas de continuar en la gesta en que estábamos, era la venganza de tantos hermanos muertos, era un paso en la larga ruta liberadora.

La retirada la realizábamos entre las balas que desde el aire nos tiraban los helicópteros, dejando sangre y vidas. Nada en esa guerra fue gratis, nada fue regalado, todo, absolutamente todo, hasta lo más mínimo, fue pagado con esfuerzo y vidas truncadas. Las acciones punitivas y fulminantes sorprendieron al contrario, por varias semanas su respuesta fue furiosa, pero no respondía a una estrategia planificada, su paradigma estaba destrozado, el coraje guerrillero de nuevo se imponía a la tecnología y al mal.

El ejército gubernamental se vio obligado a concentrar su tropa en lugares más estratégicos militarmente, pues la ofensiva y los golpes dados por la guerrilla lo tenían desgastado y desconcertado. El anillo militar que nos tenía asfixiados desapareció, no así el asedio y el crecimiento de la lista de nuestros muertos.

También ellos cambiaron y crearon nuevas modalidades de combate. Los operativos contra nosotros fueron de más semanas y mucho más grandes. En ellos participaban diez mil soldados, o más; usaron con más intensidad la artillería, la aviación, los paracaidistas. Sin duda la guerra tenía otro nivel, pero la población civil de la zona seguía

siendo blanco militar, sin que ninguna voz lo denunciara.

En marzo del año 1980 habían asesinado a Monseñor Óscar Arnulfo Romero, quien era de las pocas voces que denunciaba las acciones militares contra nosotros. Con la muerte de Monseñor Romero, los militares habían demostrado que eran capaces de cualquier cosa por lograr sus objetivos.

17

EL OPERATIVO MILITAR MÁS DIFÍCIL

*E*ste operativo fue en el año ochenta y tres, en el mes de febrero, y el ejército le llamó "Guazapa 10". El ejército concentró un aproximado de 14 mil efectivos. La infantería era apoyada con la artillería, la aviación y los paracaidistas. El objetivo era saturar el terreno de soldados para que la guerrilla y los pobladores no tuvieran donde esconderse; mantener en permanente combate a la guerrilla para que ésta se cansara y terminara su munición; generar un desgaste permanente a la guerrilla hasta aniquilarla o que ésta se rindiera.

Para que el operativo fuera exitoso debería ser de varios meses, no de semanas. Cerca de nuestra zona, al poniente, se encuentra el cerro de Guazapa. Éste siempre fue un bastión fuerte de la guerrilla durante toda la guerra, y lo único que nos dividía a nosotros con el cerro de Guazapa era la carretera que del pueblo de San Martín conduce a la ciudad de Suchitoto. Esta carretera siempre estaba militarizada y era escenario de enfrentamientos casi diarios.

Cuando los operativos eran muy fuertes en mi zona, nosotros nos trasladábamos para Guazapa, e igual hacían los compañeros de Guazapa -tanto

siendo blanco militar, sin que ninguna voz lo denunciara.

En marzo del año 1980 habían asesinado a Monseñor Óscar Arnulfo Romero, quien era de las pocas voces que denunciaba las acciones militares contra nosotros. Con la muerte de Monseñor Romero, los militares habían demostrado que eran capaces de cualquier cosa por lograr sus objetivos.

17

EL OPERATIVO MILITAR MÁS DIFÍCIL

*E*ste operativo fue en el año ochenta y tres, en el mes de febrero, y el ejército le llamó "Guazapa 10". El ejército concentró un aproximado de 14 mil efectivos. La infantería era apoyada con la artillería, la aviación y los paracaidistas. El objetivo era saturar el terreno de soldados para que la guerrilla y los pobladores no tuvieran donde esconderse; mantener en permanente combate a la guerrilla para que ésta se cansara y terminara su munición; generar un desgaste permanente a la guerrilla hasta aniquilarla o que ésta se rindiera.

Para que el operativo fuera exitoso debería ser de varios meses, no de semanas. Cerca de nuestra zona, al poniente, se encuentra el cerro de Guazapa. Éste siempre fue un bastión fuerte de la guerrilla durante toda la guerra, y lo único que nos dividía a nosotros con el cerro de Guazapa era la carretera que del pueblo de San Martín conduce a la ciudad de Suchitoto. Esta carretera siempre estaba militarizada y era escenario de enfrentamientos casi diarios.

Cuando los operativos eran muy fuertes en mi zona, nosotros nos trasladábamos para Guazapa, e igual hacían los compañeros de Guazapa -tanto

guerrilleros como civiles.

Pero el operativo "Guazapa 10" cubría las dos zonas. La opción de retirarnos a Guazapa no era viable. Otra alternativa era retirarnos al frente norte de Chalatenango, esa opción no la acostumbrábamos ya que teníamos que pasarnos en lancha el lago que nos divide, lo cual era peligroso porque estaba controlado por el ejército.

El objetivo "Guazapa 10" era acorralarnos al lago. El operativo empezó en la zona de Guazapa, en ese lugar pasaron varias semanas combatiendo, y después bajó hacia la zona de nosotros. Nuestra zona era conocida por "Radiola", ese era el seudónimo. El origen de este nombre es por la razón de que en la zona está el pueblo que se llama Cinquera.

Nosotros ya sabíamos que el operativo "Guazapa 10" incluía a nuestra zona, por esta razón nos estábamos preparando con víveres y con un plan de evacuación.

Yo asistí a una reunión del mando de las milicias en el cantón Tenango. Queríamos definir misiones del plan de evacuación, y conocer sobre el avance de la tropa, su táctica, su modalidad y otros aspectos.

La reunión estaba por terminar cuando se escucharon disparos en un bordo de las riveras del río Sucio, ubicado en el cantón de nombre Tenango. Los disparos estaban a 20 minutos de donde nos reunímos. Con las primeras detonaciones, las personas que venían huyendo de Guazapa empezaron a correr y a tomar a sus hijos pequeños para que éstos no se quedaran perdidos. Al ver el alboroto, empecé

a decirle al grupo de dirigentes que formáramos grupos de personas y que los dirigieran en la retirada. Tomamos la dirección hacia el río Quezalapa y Asigüillo.

Yo me quedé atrás con tres milicianos para ver cuál era el movimiento y la ubicación exacta de los soldados. Vi cuando cientos de soldados llegaban al caserío Tenango -donde estábamos minutos antes-. Entraron disparando sus fusiles y los lanzagranadas, la balacera era nutrita. Su avance era despacio porque avanzaban en rastrillo, esta modalidad en ocasiones da tiempo a que uno pueda retirarse, pero si uno es alcanzado, no hay posibilidades de escape.

Al verlos cerca, decidí retirarme por una zona empinada y tratando a que no me vieran. En el camino alcancé a una anciana que no podía caminar. Al ver que era cuestión de minutos para que alcanzaran a la señora, decidí alzarla en los hombros y alejarla lo más lejos posible. Después de caminar con la anciana por varios minutos, la bajé y le dije que buscara donde esconderse. Sabía que si no lo hacía pronto, la tropa la mataría, sentí duro dejarla, me dolió, pero no tenía otra alternativa, yo necesitaba llegar pronto donde las otras personas y conducirlas hacia fuera del área.

Yo corrí al río, lugar donde estaba la población. Mi idea era irnos por el río y no dejar huellas en la retirada. Yo iba caminando, tras de mi corrían tres familias del caserío Tenango, cuando en ese instante nos detecta la avioneta "Push and Pull". Al verme descubierto tomé unas ramas y me las

puse en la espalda, pretendía confundirme con la maleza. Recuerdo claramente que eran las 12 del día aproximadamente, lo recuerdo por el calor sofocante y por los rayos perpendiculares del sol.

Cuando llegué a la calle que de Tenancingo va hacia la ciudad de Suchitoto, descubro que en ese lugar había una inmensa cantidad de pobladores con sus caras de angustia. Cuando levanto la vista para tener un mejor panorama, descubro que ningún guerrillero estaba con nosotros. Recuerdo que les dije que se cubrieran de ramas y que corrieran. En el esfuerzo desesperado por alejarme de los soldados, que como sabuesos estaban tras nosotros, logré llegar a un árbol grande de Copinol. El ruido de los motores de los aviones y los helicópteros que estaban sobre nosotros no nos permitían escuchar lo que la gente decía; pero todos buscábamos donde cubrirnos. Cuando llegué al árbol de copinol, descubrí que otras personas ya estaban en ese lugar, todos tratando de cubrirse del ametrallamiento de los helicópteros. El momento era desesperante, aparatos que aventaban balas y bombas sobre nuestros cuerpos volaban sobre nosotros. Cerca del escenario donde las ametralladoras de los helicópteros nos apuntaban, estaban cientos de soldados que sólo esperaban a que los aviones terminaran su tarea para complementar la masacre.

Estábamos acorralados, impotentes y desesperados por salir de ese horrible lugar. Mis oídos estaban tensos de escuchar ametralladoras de diferente calibre y bombas de quinientas y mil libras.

Estando a pocos metros del árbol de copinol,

le grité a unas personas que se cubrieran y que corrieran sobre la falda del cerro. De repente escuché el ruido que la bomba hace en el aire, al nomás escuchar ese sonido que aún recuerdo perfectamente, me tiré al suelo y abrí la boca para que las hondas expansivas no dañaran mi tímpano. En cuestión de segundos se oyó la detonación de la bomba de mil libras, la cual cayó sobre el árbol. Por un lapso de tiempo quedé aturdido. Cuando miré mi cuerpo, me veo ensangrentado. Al principio creí que estaba herido, pero después descubrí que no había herida alguna en mi cuerpo, que las manchas rojas sobre mi ropa eran pedazos de carne y sesos de los compañeros que estaban bajo el árbol. No puedo explicar lo que sentí en mi cuerpo, es difícil expresar esas sensaciones que generan ese tipo de momentos, no era exactamente miedo, pero era algo horrible lo que sentía; lo que sí puedo decir es que la desesperación por salvar la vida, desaparece.

Bajo el árbol había un aproximado de veinticinco personas y todos murieron, todos quedaron hechos pedazos e irreconocibles. Esa bomba mató a Antonio Torres y su hijo de 10 años, que tenía el mismo nombre de su padre. Los dos estaban cerca de mí, pude ver sus cuerpos molidos por las esquirlas y la honda expansiva.

Todas las personas que estábamos siendo masacradas ese mediodía, éramos civiles, ¡nadie era guerrillero!, ninguno portaba fusil. No sé cual fue el reporte del ejército, pero estoy seguro que a los soldados no les ocasionamos ni tan siquiera un herido.

Ellos, para justificar las masacres, hablaban

de enfrentamientos con la guerrilla, pero la realidad era otra.

Minutos después de haber caído la bomba empiezo a arrastrarme. Sabía que si me paraba los aviones me mataban; al que más precaución le tenía era a uno pequeño que nosotros le decíamos "Avispita", su nombre respondía a su forma, pero principalmente a su manera de ataque. Ese era criminal y efectivo, de todos, era el que más bajo volaba. Pocos segundos después de haberme movido de la posición donde milagrosamente me salvé de la bomba, cayó un roquet. A pesar de estar en un aprieto grande, la suerte estaba conmigo. Mientras no me asesinaran, la esperanza de salir con vida no se marachitaba.

Obligado por las circunstancias, subí a ras-
tras a una altura del cerro de Guadalupe, dos horas y media necesité para llegar a un lugar que estuviese fuera del área que bombardeaban. Cuándo llegué al filo de la loma, estaba con el estómago y las manos raspadas y sangradas, ¡pero estaba vivo!, y eso era lo más importante, lo demás no importaba.

Al llegar a la cima encontré una pequeña cueva donde estaban aproximadamente cien compaños. Todos estaban sin moverse, uno junto a otro, consolándose con el calor de sus cuerpos. Con ellos estuve casi dos horas, después subí al filo para ver si los soldados ya se habían ido.

De lo alto de la montaña de Tenango dispara-
ban al cerro Guadalupe, lugar donde nos encon-
trábamos. El lugar que nos albergaba no era seguro, sólo era cuestión de tiempo para que llegaran los

soldados y nos mataran. Lo único a nuestro favor es que la noche empezaba a acercarse, y ésta era nues-
tra cómplice y protectora.

Todos coincidíamos en irnos en dirección a los caseríos de El Sitio y San Antonio cuando lle-
gase la noche, allí había más vegetación y nos podíamos cubrir mejor.

Después que el inmenso sol se ocultó tras la montaña, todos caminábamos de Guadalupe a San Antonio, buscábamos un lugar seguro y lo más lejos posible de donde estaban los aviones vomitando bombas sobre nosotros. Los esfuerzos por salvar nuestras vidas era grande, las pocas energías esta-
ban concentradas en no dejarnos matar, pero nues-
tro pensamiento acompañaba a aquellos que murieron, y en los que por sus heridas, no pudieron retirarse del lugar. Fue allí cuando pensé que la noche era un buen momento para regresar al lugar de los hechos y evacuar a los heridos. En el mismo instante empecé a parar a los compas más jóvenes y les decía que teníamos que ir a rescatar a los heridos. Gracias a la gran solidaridad que nos caracterizaba, ninguno se negó, todos compartían la necesi-
dad de regresar; en sus caras se miraba claramente el cansancio y el miedo, pero en esta ocasión podía más el amor que el terror.

Los últimos compas que pasaron estaban heridos, por eso su caminar era lento, la mayoría con esquirlas en su cuerpo y dañados por las hondas expansivas de las bombas. Era terrible ver la lenta marcha, sólo el deseo de vivir les daba energía para continuar hacia delante.

de enfrentamientos con la guerrilla, pero la realidad era otra.

Minutos después de haber caído la bomba empiezo a arrastrarme. Sabía que si me paraba los aviones me mataban; al que más precaución le tenía era a uno pequeño que nosotros le decíamos "Avispita", su nombre respondía a su forma, pero principalmente a su manera de ataque. Ese era criminal y efectivo, de todos, era el que más bajo volaba. Pocos segundos después de haberme movido de la posición donde milagrosamente me salvé de la bomba, cayó un roquet. A pesar de estar en un aprieto grande, la suerte estaba conmigo. Mientras no me asesinaran, la esperanza de salir con vida no se marachitaba.

Obligado por las circunstancias, subí a ras-
tras a una altura del cerro de Guadalupe, dos horas y media necesité para llegar a un lugar que estuviese fuera del área que bombardeaban. Cuándo llegué al filo de la loma, estaba con el estómago y las manos raspadas y sangradas, ¡pero estaba vivo!, y eso era lo más importante, lo demás no importaba.

Al llegar a la cima encontré una pequeña cueva donde estaban aproximadamente cien compaños. Todos estaban sin moverse, uno junto a otro, consolándose con el calor de sus cuerpos. Con ellos estuve casi dos horas, después subí al filo para ver si los soldados ya se habían ido.

De lo alto de la montaña de Tenango dispara-
ban al cerro Guadalupe, lugar donde nos encon-
trábamos. El lugar que nos albergaba no era seguro, sólo era cuestión de tiempo para que llegaran los

soldados y nos mataran. Lo único a nuestro favor es que la noche empezaba a acercarse, y ésta era nues-
tra cómplice y protectora.

Todos coincidíamos en irnos en dirección a los caseríos de El Sitio y San Antonio cuando lle-
gase la noche, allí había más vegetación y nos podíamos cubrir mejor.

Después que el inmenso sol se ocultó tras la montaña, todos caminábamos de Guadalupe a San Antonio, buscábamos un lugar seguro y lo más lejos posible de donde estaban los aviones vomitando bombas sobre nosotros. Los esfuerzos por salvar nuestras vidas era grande, las pocas energías esta-
ban concentradas en no dejarnos matar, pero nues-
tro pensamiento acompañaba a aquellos que murieron, y en los que por sus heridas, no pudieron retirarse del lugar. Fue allí cuando pensé que la noche era un buen momento para regresar al lugar de los hechos y evacuar a los heridos. En el mismo instante empecé a parar a los compas más jóvenes y les decía que teníamos que ir a rescatar a los heridos. Gracias a la gran solidaridad que nos caracterizaba, ninguno se negó, todos compartían la necesi-
dad de regresar; en sus caras se miraba claramente el cansancio y el miedo, pero en esta ocasión podía más el amor que el terror.

Los últimos compas que pasaron estaban heridos, por eso su caminar era lento, la mayoría con esquirlas en su cuerpo y dañados por las hondas expansivas de las bombas. Era terrible ver la lenta marcha, sólo el deseo de vivir les daba energía para continuar hacia delante.

Cuando ya éramos como unos cuarenta hombres aproximadamente, y yo sabía que ya no habían más, empezamos a regresar. Era difícil tomar esa decisión, la posibilidad a que estuviesen los soldados era grande, aún así tomamos fuerza y regresamos.

Nuestra marcha de regreso era lenta, tanto por el cansancio como por la precaución a encontrarnos con soldados. Los morteros continuaban cayendo en el área de la masacre, eso nos decía que no se encontraban soldados en el área. El sonido de los morteros era una señal buena para nuestros planes. Al escuchar el ruido de cuando la bala rompe el aire, nos tendímos sobre el suelo y abrimos la boca, evitando de esa manera lo destructivo del sonido después de cada detonación, en seguida continuábamos la marcha.

El ataque nutrido de los aviones escupiendo bombas terminó aproximadamente a las seis de la tarde. La noche fue el turno de los morteros, que cada tres o cinco minutos explotaban cerca de nosotros. Estas detonaciones no eran ni la sombra de lo que había pasado esa tarde, pero necesitábamos cautela.

Cuando llegamos al lugar del bombardeo descubrimos la dimensión de la destrucción, ¡todo estaba destruido!, los árboles hechos pedazos, las piedras desechadas, hoyos en la tierra que eran las marcas de las bombas al caer, áreas de tierra quemadas por los roquet, fuerte olor a pólvora. En esa ocasión el alto mando del ejército y sus asesores estadounidenses casi lograron su objetivo de destruir

ir todo lo que estuviese a su paso con su accionar diabólico. Pero no tomaron en cuenta que su terror nada puede hacer para eliminar la indignación que sentíamos en nuestra agobiada pero rebelde actitud.

Lo más triste e inolvidable fue cuando empezamos a oler sangre y a escuchar voces que decían "ayúdenme", "cúrenme", "aquí estoy",... "no me dejen". Esta escena y la de ver morir a mis hermanos, es lo más terrible y desgarrador que he visto en mi vida. En el suelo habían decenas de personas hechas pedazos, totalmente mutiladas; otras agónicas; y muchas retorciéndose del dolor, imposibilitadas de caminar por sus heridas, clamando por ayuda. Las caras y las miradas de esos compas, su deplorable situación y sus cuerpos amputados jamás se me borrará. Todas esas imágenes quedaron insertadas en mi mente. Lo que estoy narrando sucedió hace 21 años, de seguro que los generales que dieron las órdenes ya no recuerdan esa masacre, para ellos fue una más de las muchas que planificaron; pero los que somos sobrevivientes, es un acontecimiento que día a día es recordado. Aun ni con el castigo de los culpables esa fecha puede ser borrada de nuestro calendario de hechos tristes.

Desde las ocho de la noche a la madrugada, la misión fue evacuar a los heridos. Había personas con heridas de todo tipo, unos mutilados de los brazos o de sus piernas, otros con las tripas de fuera, algunas personas tenían sus ojos salidos por las hondas expansivas de las bombas. ¡La escena era macabra!

Nosotros logramos evacuar sesenta heridos

hasta las tres de la mañana. Me dolió parar la evacuación, pues había más heridos que nos pedían ayuda, pero el cansancio era grande y venía el día, que en esas circunstancias no era nuestro aliado. Tengo grabado en mi mente el ruego de una señora cuando nos pedía que no la dejáramos, pero nuestras energías estaban en su punto más bajo, ¡ya no podíamos hacer más! Yo siento satisfacción de haber hecho todo lo que estaba a nuestro alcance, pero hay un dolor permanente en mi ser por haber dejado a muchas personas en el lugar, quienes fueron asesinadas posteriormente.

Los heridos los llevamos al caserío Copapayo, muy cerca de las playas del lago Suchitlán, para que desde allí, otro grupo de compañeros les ayudaran a atravesarse el lago y de esta manera poder llegar a las bases revolucionarias del departamento de Chalatenango.

A la población civil no herida, la evacuamos hacia el caserío San Antonio y Los Llanitos, cerca del pueblo de Jutiapa. En otro momento hubiese sido una decisión descabellada escondernos cerca de un pueblo militarizado y controlado por el ejército, pero en ese momento no había lugar donde no estuviese cerca una base militar.

El siguiente día una columna de guerrilla emboscó a un grupo de soldados, ocasionándole ocho muertos y muchos heridos. Después de esta acción guerrillera, el ejército detuvo su avance en todas sus direcciones.

El mismo día que retiraron el operativo, se nombró un equipo para que acompañara al sacerdote

David Rodríguez y a Marianella García Villa, presidenta de la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador. Yo tuve la tristeza y el honor de acompañar a esas dos personas y ayudarles a reconocer el lugar de la masacre y los cadáveres.

La misión de conocer los estragos de la invasión militar y reconocer los muertos, fue ocho días después de la masacre. Por la cantidad de días, sabíamos que no sería tarea fácil reconocer a los compas muertos, pero teníamos el testimonio de los que salimos vivos para complementar la verdad de los hechos.

Para evitar a que el equipo investigador cayera en una emboscada, el mando de la guerrilla decidió poner un pelotón delante de nosotros con la misión de que explorara el terreno. Al llegar a las primeras casas de Guadalupe encontramos el primer cadáver. Se le tomó fotos y el sacerdote grababa el lugar y las características del muerto.

En el centro del caserío no había compas muertos, pues todas las personas en la huida dejaron el caserío. Después guié a la presidenta de la Comisión de los Derechos Humanos y al padre David a la cuevita donde me refugí después de ver morir a los compas bajo el árbol de copinol. En ese lugar estaba el cadáver de una señora y los de sus dos hijos, los niños tenían uno y diez años de edad. Los niños no tenían balazos ni golpes en la cabeza que pudieran ocasionarle la muerte, ellos fueron ahorcados. Yo agarré a uno de ellos, lo tuve en mis brazos y pude comprobar que su muerte fue por asfixia.

Cuando llegamos al lugar exacto donde fue la masacre, mis acompañantes quedaron estupefactos, la escena frente a ellos los tenía sorprendidos. Yo sólo recordé que las personas con las que una semana antes estuve platicando y que muchas de ellas eran mis amigas, en ese momento eran cadáveres quemados, y sus viejas mochilas "macheteadas" -cortadas con machete-. Era evidente que los heridos que nosotros no pudimos llevar, fueron asesinados el siguiente día por los héroes del pentágono. Al ver tanto compa muerto, yo sólo cerraba los ojos y me imaginaba a la tropa buscando heridos para darles el tiro de gracia. Yo escuchaba las voces diciendo, "...aquí está otro terengo que necesita que lo mandemos al cielo; mira, tras de ti, está una cabrona que pide machete; dale matacán a ese".

Ellos, los jefes militares, no pueden decir que éramos guerrilleros, los guerrilleros no corrían de la manera que lo hacíamos nosotros; también supieron que no estábamos armados, pues nunca les respondimos el fuego, y cuando se acercaron a matar a los heridos que no pudimos sacar nosotros, comprobaron que nadie tenía arma. Esto que estoy narrando son los hechos concretos de la política de tierra arrasada enseñada por el gobiernos de los Estados Unidos, los maestros de la guerra.

En el área del árbol de copinol había un aproximado de veinte y cinco cadáveres, todos mutilados. Compas que estaban a pocos metros de mí en el momento cuando cayó la bomba, estaban en proceso de pudrición. Al verlos, me sentía indigna-

do, no había justificación para matar a civiles sólo por su simpatía con la guerrilla y peor aún, matar a los heridos, después de un bombardeo. No me explico por qué razón yo no encontré la muerte, pero juré ante esa escena macabra, y ante la memoria de mis amigos asesinados en esa masacre, a luchar toda mi vida por combatir las injusticias y la violencia contra la población civil.

Continuamos caminando hasta llegar al caserío Tenango, aquí había bastantes muertos. El padre David mantenía prendida su grabadora para narrar todo lo que miraba, ya varias veces había cambiado cinta.

Después de terminar el triste reconocimiento, el pelotón de guerrilleros nos ayudó a enterrar los cadáveres en una fosa común, éstos tenían ocho días, ya hedían.

¡Que terrible! La palabra muerto, cadáver, masacre, se repite con tanta frecuencia en esta historia, que se corre el riesgo a que la mente se acostumbre a este lenguaje, tal como los salvadoreños nos acostumbramos a ver muertos en la calle en los años del conflicto.

Días después, no recuerdo cantidad exacta, probablemente una semana, me llegó la noticia que Marianella había sido asesinada por el ejército. Fue en una emboscada y ésta había sido en el área de Las Bermudas, cerca de la ciudad de Suchitoto. Junto a Marianella habían caído varios compas más. Seguían los muertos, nuestra lista crecía a cada minuto, para esos días ya habíamos perdido la cuenta de cuántos hermanos de utopía caían en esa

guerra desigual. A pesar de tanta sangre derramada, o quizá por eso nosotros continuábamos con el terco deseo de crear un mejor mañana, con el terco deseo en enderezar el país y sacar a tanto militar corrupto y asesino; ese deseo, terco como el izote en su afán de florecer, estaba latente y crecía día a día, nada era capaz de aniquilar esas ansias liberadoras que nos daba píldoras de energía.

Aproximadamente una semana después de la emboscada y cuando los soldados se habían alejado, la guerrilla fue a reconocer y a enterrar el cadáver de Marianella y el de los otros compas. En esa ocasión acompañé al mismo sacerdote en el reconocimiento de los cadáveres, nos protegía un pelotón de guerrilleros.

Al llegar al lugar de la emboscada, descubrimos que los soldados abrieron un hoyo poco profundo y allí enterraron los cadáveres, encima tenían láminas y piedras. Identificarlos fue imposible, estaban amontonados, unos sobre otros, con gusanos y desintegrándose. Era imposible que nosotros sin ningún soporte técnico pudiéramos descubrir identidades.

En esa época yo era el encargado de autodefensa de la población civil, tarea difícil ante el poderío del ejército. Por momento sentía absurda mi función, pero el tiempo nos dio la razón: gracias a la autodefensa evitamos muertes y descubrimos lo poderoso de nuestras armas. Conocer el terreno, borrar huellas, despistar a la tropa, tener víveres "entarusados", disciplina, solidaridad, fe, coordinación con las unidades guerrilleras de la zona, estar

siempre listos, no portar más de lo necesario en nuestras mochilas; estos eran los elementos y nuestras armas para enfrentar a la tropa sedienta de sangre. Ante los operativos del ejército, aplicábamos nuestras normas en el esfuerzo de escondernos y tratar de escapar, terminamos siendo habilidosos en la retirada como cuando la culebra detecta peligro, pero nunca dejamos de ser civiles inofensivos.

En ese operativo llamado "Guazapa 10", los soldados derribaron las últimas casas que aún estaban de pie y los árboles frutales. Éste fue terrible, duró varios meses y no querían levantarla, sino hasta vernos morir de hambre o en combate. Nosotros, la población civil, pasábamos hasta ocho días sin comer, sólo tomábamos agua, y en ocasiones hacíamos sopas de alguna raíz o de hojas.

El ejército había desplegado decenas de pequeños puestos militares con el objetivo de crear un anillo a nuestro alrededor y de esta manera aislarlos del resto del país y matarnos poco a poco; la guerrilla en este año, 1983, aplicaba la táctica de concentrar a sus batallones en un área específica y desarrollaba el aniquilamiento de puestos militares. Dentro de esa táctica, la guerrilla concentró mucha tropa en nuestra zona y atacó Tenancingo, Cinquera y otros lugares.

El ataque a Tenancingo empezó a las dos de la madrugada y terminó a las siete de la mañana, fueron cinco horas de fuerte combate. Aún sin que la guerrilla tuviese el control total, yo me encontraba en el parque. Después de la toma, la población de la zona bajo control de la guerrilla entró a las bode-

gas del ejército y sacamos todos los víveres. Durante tres años ellos nos habían destruido nuestras siembras, nuestras casas, mataron nuestros animales -caballos, cerdos, vacas, ...gallinas-, y habían derrumbado los árboles frutales de nuestras tierras; nosotros consideramos que era justo y necesario quitarles sus víveres. Justo porque ellos habían sido los responsables directos de destruir nuestra economía, y necesario porque nos estábamos muriendo de hambre. Después de todo, ellos sólo alzaban su mirada al norte y éste les daba los dólares que necesitaban para desarrollar la guerra contrainsurgente. El valor económico de los víveres, era insignificante para ellos.

Mi misión era organizar a los pobladores de la zona bajo control revolucionario, para recuperar los víveres, medicina, y ropa de los cuarteles tomados por la guerrilla. El pueblo era pequeño pero en él había varios cuarteles, estaba totalmente militarizado. También por conocedor de la zona, era guía para un grupo de guerrilleros. En esa oportunidad pude hablar con la población civil de la ciudad. Yo sabía que esa población era la base política del ejército y por esa razón trataba de convencerlos a que no continuaran con ese apoyo.

En ese pueblo vivían muchos campesinos afines al gobierno que antes vivían en el campo y que por muchos años fueron patrulleros -grupos bajo el mando del comandante local, usados como red de informadores-, pero cuando se agudizó la guerra, el ejército los armó, después emigraron a la ciudad y eran los más peligrosos y malvados. Ya

viviendo en la ciudad, el ejército les mejoró su armamento, los usaba como guías de la tropa, como informantes y para reforzar la defensa de sus guarniciones.

En esa acción militar, se capturó a sesenta campesinos organizados en las defensas civiles y más de cincuenta soldados; varios prisioneros de guerra de la defensa civil me eran conocidos por ser originarios de mi lugar. Ya estando desarmados, fui donde se encontraban y hablé largamente con ellos, realmente ellos no decían mucho, fui yo quien más habló.

Dentro de los capturados estaba mi tío Gerardo de Paz y mi primo Gerardo de Paz. Ellos sabían que yo conocía sus crímenes y por esa razón creyeron que los mataríamos. ¡Estaban asustados! Según ellos esa derrota era su fin. Hasta ese momento no había un precedente de cómo tratábamos a los prisioneros, porque nunca habíamos hecho prisioneros, por esa razón pensaban que les aplicaríamos la misma medicina que ellos aplicaban a los revolucionarios capturados. Para su lógica y su práctica, la captura era muerte, pero nosotros teníamos otros códigos de conducta. Y esa era una de las grandes diferencias entre ellos y nosotros. Su actitud callada no era sólo por su miedo a morir, también era un silencio de rebeldía y una actitud terca propia de las personas con mucho odio en el corazón.

La acción militar que los había hecho prisioneros decía mucho para ellos que miraban al ejército como una institución invencible, pero

teníamos que hablar con ellos y tratar de neutralizarlos. Nosotros no ganábamos nada con asesinarlos, la meta era comprometerlos a que pidieran la baja, que dejarían de ser militares y que se dedicaran a sus familias; nada garantizaba que una promesa en ese momento fuera cumplida en el futuro, pero tampoco podíamos quitarles la vida, no era esa nuestra conducta y la venganza no era nuestra política. Una guerrilla fuerte y compasiva, era la imagen que pretendíamos impregnarles.

En esa ocasión pude hablar con Ambrosio Peña y María Peña, hermanos de Pablo Peña, comandante cantonal de mi caserío y uno de los responsables de las muertes de mis tres hermanos. En sus casas encontramos once fusiles de los que usaba el ejército, uniformes, mochilas y zapatos militares. Su identidad con nuestros adversarios era clara, la evidencia era contundente, pero el Frente había decidido respetar la vida a ese tipo de personas y sólo combatir contra los que oponían resistencia armada.

Cuando vi a los hermanos del asesino de mis hermanos, abrigué las esperanzas de saber algo sobre Pablo Peña, no para asesinarlo, la etapa de la venganza y el odio personal era un pasado lejano y un lapso corto en mi vida. Mi actitud era más política y en el fondo de mi conciencia, quería hacerles sentir que también éramos fuertes, que habíamos dejado de ser indefensos.

Jamás pude lograr información alguna sobre su hermano, se mantuvieron fieles hacia él. Sabían que estaban en una situación difícil, pues en sus

casas encontramos armas, pero fueron valientes, nunca se humillaron por salvar sus vidas.

Antes de retirarnos, como un gesto sin precedentes, dejamos en libertad a los prisioneros de guerra. En este aspecto la actitud de la guerrilla fue excelente, tanto política, como humanamente. La mayoría de patrulleros eran adultos y con familia, pero los soldados eran jovencitos, adolescentes, muchos de ellos obligados a prestar el servicio militar. La libertad de ellos redujo el dolor a más de un ciento de familias, qué bueno que se logró con nuestra acción que esas familias no sufrieran lo que la mía sufrió, qué bueno porque el dolor es inmenso y el daño irreparable.

Estos éxitos militares me daban perspectivas de triunfo en una lucha que se había prolongado y en la cual siempre habíamos estado en desventaja. Me alegraba ver que también nosotros éramos capaces de golpear a los militares y que esa guerra cruel entraba a un equilibrio. Ya era tiempo que también ellos enfrentaran las consecuencias de su guerra, y que pusieran su cuota de sangre en ésta. Para nosotros, los pobladores de las zonas bajo control guerrillero, el conflicto armado había sido devastador, quizá éramos entre el pueblo salvadoreño, el sector más perseguido, el más golpeado, y el más heroico.

Pero la retirada no fue nada fácil, nos retirábamos cuando los refuerzos de la tropa enemiga llegaba a la zona. Entramos peleando con la fe agrandada, y salimos peleando pero victoriosos. Recuerdo haber visto decenas de caballos y vacas

muertas por las balas. Hasta los animales sufrieron en esa guerra sin cuartel.

Los pobladores civiles salimos cargando los víveres requisados, recuerdo que estábamos felices, no sólo el golpe militar nos daba felicidad, también el saber que teníamos comida para varios días. Tener reservas de alimentos era un lujo no frecuente en esos años, era como satisfacer un deseo crónico. Lo primero que realizamos fue esconder los víveres, eran un tesoro que no podíamos perder.

Después de esconder los alimentos, nos preparamos para la próxima invasión militar, sabíamos que el ejército reaccionaría, lo conocíamos y presuponíamos que su orgullo estaba herido y su respuesta militar sería más salvaje que la de otros momentos.

Como sabios, al tercer día inicia un fuerte operativo con batallones élites: el Destacamento cinco y el Batallón Libertador de la Policía de Hacienda. En este operativo asesinaron a más de ciento cincuenta personas civiles en el caserío Copapayo. Según testigos que pudieron escapar, expresaron que los pobladores fueron capturados y posteriormente concentrados en una pequeña casa, estando todos dentro y amontonados, les aventaron varias granadas. De esa manera cobarde asesinaron a los compas en ese lugar.

En este operativo mataron a una muchacha de mi lugar, después de ser capturada, la violaron, posteriormente la mataron, no bastando el asesinato, le cortaron los pechos y las orejas, las partes amputadas las llevaron donde sus jefes como evi-

dencia de lo hecho. Ella fue muerta cuando nos descubrieron bañándonos. Según nosotros, la tropa ya se había ido de la zona o estaba en retirada, pero una de las últimas patrullas en salir nos encontró bañándonos en un río; varios compas salieron huyendo sin ropa, pero ella estaba en la parte más honda del río, no salió rápido y fue capturada. Después regresamos a enterrarla. La verdad es que nunca supimos si estando viva y como parte de las torturas, le habían amputado los pechos, o este acto salvaje fue hecho estando muerta. ¡Cuesta creerlo!, pero ellos, el ejército, era capaz de asesinar a cualquier revolucionario amputándole uno a uno sus miembros, hasta hacerlo pedacitos, ellos fueron entrenados por los asesores americanos para hacer este tipo de actos.

Con frecuencia teníamos muertos cuando los soldados nos sorprendían. En otro operativo, cercano en fecha al anterior, dos sanitarias se bañaban en una poza, ninguna podía nadar y desgraciadamente se metieron a lo hondo y no podían salir, una se ahogó, la otra pudo salir del peligro pero hizo un gran escándalo, en la desesperación dio varios gritos y los soldados que estaban en la parte alta la escucharon y nos armaron una gran balacera.

Recuerdo que en otra oportunidad nos pasamos secretamente el río Quezalapa, tratando de alejarnos de los soldados que se encontraban cerca; como siempre, la retirada la realizamos por la noche. Ese día, la noche era más oscura de lo normal, lo cual era perfecto, pero en esa retirada se perdió un compañero. Después supimos que un sol-

dado lo mató cuando se atravesaba el río, su cadáver apareció quince días después, y fue para una tarde cuando pescábamos en el río. Recuerdo que en una pocita del río había bastante pescado y yo no sabía porque razón los pescados se concentraban en ese lugar, después descubrí el esqueleto del compa.

Ese año estuvimos en varias ocasiones escondidos cerca del río Quezalapa, hacíamos pequeños campamentos: en las faldas de los cerros que llegan al río, en Copalchán, en El Pepeto. El área era pequeña, pero nos habíamos convertido en expertos para escondernos. Eran días difíciles, nunca sabíamos si el siguiente día estaríamos vivos. La verdad es que nadie sabe su futuro, pero en esas condiciones éste es más incierto.

En esos meses, posteriores a la toma militar de la ciudad de Tenancingo, los operativos eran continuos. Aún sin reponernos del anterior, llegaba otro, nuestro desgaste era grande, nuestro sacrificio estoico, nunca en mi vida me he sentido tan presionado como los años de la guerra.

En el año de 1983, la población civil se había reducido a un pequeño grupo, comparado a lo que fue un tiempo. La persona que tenía capacidad operativa se incorporaba a la guerrilla, ser guerrillero era más seguro que estarse escondiendo permanentemente de la tropa y sin armas para defenderte. Otros, los más ancianos, tratábamos de sacarlos a refugios en la ciudad. Sacarlos de la zona era peligroso, pues salían en medio de los operativos, pero estando fuera estaban más seguros.

En ese mismo año, en el municipio -área- de

Tenango, teníamos un aproximado de quinientas personas civiles bajo nuestra coordinación. La Resistencia Nacional, -RN- doscientas personas y El Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos -PRTC- casi cien.

Los pelotones de Las Fuerzas Populares de Liberación -FPL- eran cuatro y se ubicaban en los cantones de: Tenango, Cinquera, Azacualpa y La Escopeta. Estas eran las fuerzas permanentes, pero en ocasiones eran apoyadas por los batallones de la agrupación "Felipe Peña Mendoza". Las otras organizaciones tenían varios pelotones y fuerzas móviles.

La verdad es que siempre existía mucha fuerza militar, con la que se operaba dentro y en los alrededores de la zona controlada por la guerrilla. El ambiente era tenso y con el componente militar bien marcado. A la cantidad de guerrilleros mencionados, es de agregar el personal de aseguramiento, aquí hablamos de talleres de explosivos, el servicio médico, personal de comunicaciones e intercepciones, escuadras de avituallamiento.

Recuerdo que en pleno operativo, en el momento que teníamos una marcha y que llovía a cántaros, una señora de la población, de nombre Sabas, dio a luz a un niño. Yo sólo vi que la compañera se acurrucó y pidió ayuda, en ese momento subímos una cuesta empinada y las correntadas de agua pasaban por nuestros pies. Casi al instante de haber pedido la ayuda, vi que el niño empieza a salir, me sorprendí, primera vez que veía cómo nace un niño. Después decidimos parar la marcha para

que otras mujeres atendieran a la señora. Yo me preocupaba cuando miraba que la hemorragia de la señora no paraba; ella al igual que todos estaba débil, me daba miedo que no soportara tanto desangramiento.

La compa que le ayudaba tendió un plástico negro sobre el suelo, simulando ser la cama, para que la otra terminara de parir. Me daba lástima la mujer y el niño, la mujer por las circunstancias de tener a su hijo, y el niño por nacer en un momento inoportuno, y en un lugar adverso. Me partía el alma ver a estas humildes personas sufriendo las peores inclemencias de la vida, pero al pensar que la tropa nos atacaba, con toda su maldad y poderío de fuego, me llenaba de coraje y salían de mi interior conatos de rabia.

Después, a la mamá y a su niño la sacamos al refugio Mesa Grande ubicado en Honduras, allí pasaron varios años, dependiendo de la bondad de la ayuda extranjera, hoy el niño ya es un joven, la compañera logró sobrevivir y ver crecer a su hijo nacido en circunstancias no usuales.

Experiencias de este tipo había varias, los pobladores de las zonas conflictivas enfrentaron situaciones extremas e inhumanas.

Después de ver esas experiencias y compartir el sufrimiento heroico de las personas, es difícil para uno ser insensible a los problemas de la población. Vivir todo lo que cuento, sin duda alguna que cultivó mi vocación de ayuda a los demás.

18

EL PERMANENTE RIESGO

*E*n una guerra el riesgo es permanente, incluso hasta para las personas no involucradas directamente en ella, y hoy no digamos para uno que estuvo metido hasta los dientes. En nuestro caso la posibilidad de morir era minuto a minuto, pero por momentos, los pasos de la muerte se escuchaban cerca, tan cerca, que se perdía la esperanza de salvarse.

Yo crecí en un hogar religioso, a pesar de eso, yo no soy tanto, quizás porque en la organización revolucionaria, en la que milité muchos años, ser religioso era más un aspecto negativo que una virtud, pero aunque sea algo incrédulo siempre ando conmigo el Salmo 91, esta oración me la regaló mi mamá a finales del año ochenta y uno, y desde esa fecha, hace más de veinte años, la ando guardadita en mi cartera. En la guerra, la tenía escondidita en uno de los compartimentos de la cartera, era parte de mis pocas pertenencias personales, siempre estaba pendiente de ella, y la protegía del agua, del sol y del sudor, era una protección mutua entre nosotros.

El 11 de enero de 1981, fui capturado en un refugio en la ciudad de Soyapango. Fue para los días

que el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional –FMLN- desarrolló la Ofensiva Final, la primera de varias durante la guerra.

Yo en ese tiempo era un muchacho y quería participar, pues se había dicho que con ese esfuerzo el gobierno caería y después construiríamos una sociedad más justa. Después de ver morir a mis hermanos y de indignarme el estado de miseria de mi gente, para mí era una gran oportunidad de cambio el éxito de la ofensiva.

Recuerdo que un compañero organizado me dijo que me fuera al refugio de Soyapango y que allí llegaría otro compañero a darme las indicaciones, recuerdo que no hice preguntas, simplemente me fui al lugar que me dijeron. Un día después que llegué al lugar, apareció el compañero a indicarme que yo sería el coordinador de un grupo de jóvenes que se encontraban en el refugio y que los del Ejército Revolucionario del Pueblo –ERP- me darían las armas. Me dijo que la insurrección sería el diez de enero, ese día tenía que salir a las calles.

Para el día previsto de la insurrección, el grupo de jóvenes, y yo como coordinador, salimos con la misión e ilusión de insurreccionalizar a la población.

Todos éramos jóvenes con menos de veinte años y con cero de experiencia en lo relacionado a las armas, no digamos en insurrecciones, pero nos movía el entusiasmo.

Estando en la ciudad, cuando escuchamos una fuerte balacera y que los disparos pasaban cerca de nuestros cuerpos, cada quien salió corriendo donde consideró mejor para proteger su

vida. En un instante la mayoría de nuestro grupo desapareció, con esfuerzo logré que un pequeño grupo continuáramos juntos. Terminamos pasando la noche en un pequeño cafetal, cerca del río Acelguate, desde allí escuchaba balaceras en diferentes partes de la ciudad.

Al amanecer, escuché ruidos cercanos en el cafetal, eran guardias nacionales que nos apuntaban con sus fusiles y corrían hacia nosotros. El grupo de nosotros no tenía armas, nunca las tuvo, estábamos cansados y con miedo a morir; al ver que los guardias se abalanzaban sobre nosotros, lo que hicimos fue correr. Los guardias nos dispararon y mataron a siete jóvenes del grupo e hirieron a uno. Yo, al igual que los demás, corrí hasta donde era capaz de hacerlo, llegué al río y logré perderme de mis perseguidores.

Después aparecí en Ciudad Delgado, en este lugar las calles estaban solas, había varios carros y buses quemados, muchos muertos en las aceras, los tiros se escuchaban por diferentes partes y los soldados tenían control de la ciudad. Yo tenía miedo a que me capturaran, pero se me ocurrió hacerme el borracho, sabía que desconfiarían menos de un borracho. Logré pasar a los soldados, me monté a un pick up y llegué a la capital. Mi objetivo era llegar de nuevo al refugio de Soyapango. Con mucho temor y haciéndome pasar como borracho, pude llegar al lugar a las tres de la tarde.

A las siete de la noche de ese mismo día, el ejército se tomó las instalaciones del refugio y capturó a todos los que estábamos en él. Yo pensé que haciéndome pasar por loco, era la mejor manera a

que no me llevaran a la cárcel. Cuando un soldado me preguntó el nombre, yo me reía, cada vez que me hacía una pregunta yo actuaba como que no entendía. El soldado le preguntó a una monja si yo era loco y ella le dijo que sí, que me habían encontrado en la calle. Terminaron dejándome en el Refugio como pieza inservible, para su reputación hubiese sido una vergüenza presentarme como uno de los capturados. Los soldados nos tenían concentrados en pequeños cuartos, estábamos tan amontonados que no podíamos caminar, éramos sardinas en pequeñas latas.

Recuerdo que entre los capturados había una muchacha embarazada, el nerviosismo la había agitado y su cara tenía expresión de susto, ideal para inventar que le empezaban los dolores de parto. La idea de decir que necesitaba un hospital porque le empezaban las contracciones fue creíble para el oficial que comandaba el operativo. Con el apoyo de una monja se convenció al oficial, era insólito el trabajo de convencimiento.

La muchacha salió del lugar y se fue directo al Arzobispado de San Salvador, llevaba orientaciones claras de denunciar la toma del refugio por parte de los soldados.

Horas después ya se sabía que los soldados nos tenían cautivos en el refugio, y que la iglesia negociaba nuestra salida. Después llegó la Cruz Roja y nos evacuó para llevarnos a la iglesia y al Hospital la Divina Providencia.

Después de esa experiencia en la zona urbana, decidí irme para el área rural, la ciudad no era mi hábitat.

Otra experiencia difícil que enfrenté en la ciudad fue cuando las fuerzas militares del gobierno mataron a los dirigentes del Frente Democrático Revolucionario -FDR-. En esa oportunidad yo militaba en La Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños -FECCAS- y me delegaron la tarea de ser responsable de la toma de la iglesia Catedral de San Salvador. La idea era velar en Catedral a los compañeros, y para eso era necesario que un grupo de revolucionarios llegara antes, tomara control del lugar y preparara el ambiente para recibir los ataúdes.

La ciudad era un polvorín de protestas de calle y de respuestas violentas de la policía; golpeados, heridos y algunos muertos era lo más frecuente y el resultado del descontento.

Las primeras horas de la toma transcurrieron sin ningún acontecimiento sorpresivo, todo estaba como en los planes, pero por la noche, policías vestidos de civil pusieron un coche-bomba frente a la iglesia, cuando éste explotó, sentimos la honda expansiva como una fuerza invisible que te ensordecía y te movía todo el cuerpo.

Recuerdo que yo estaba en la torre izquierda de la fachada principal de catedral; en los primeros segundos no sabía que pasaba, mi mente no supo asimilar el hecho, pero después de varios minutos descubrimos el carro destrozado frente a la entrada principal.

Después, en cuestión de pocos minutos, tocamos las campanas de Catedral, tal como lo hicieron los próceres para llamar a la revuelta que terminaría con la independencia respecto a

España. Con el fuerte sonido de las campanas, mucha gente se acercó para saber lo que pasaba. Nosotros denunciamos el hecho sin estar seguros de cual era el nombre de la persona que realizó el sacrilegio, sabíamos que era un militar anticomunista vestido de civil quien lo había hecho.

El siguiente día se dispuso que los cadáveres fueran llevados a una funeraria. Quienes estábamos en la iglesia nos fuimos saliendo de la Catedral, haciendo pasar como un feligrés más, hasta que desocupamos la iglesia de Dios. Yo no era de la ciudad, por lo tanto, después de la toma me fui al Refugio Domos María, en Mejicanos. El siguiente día de haber llegado a este refugio, los soldados se tomaron el lugar, lo primero que se me ocurrió fue vestirme de mujer y como esto no era suficiente, también me hice la enferma, así, con un vestido horrible, logré salir del refugio. En esa ocasión capturaron a un compañero ehirieron a otro. El siguiente día regresé a Catedral y le dimos sepultura a los dirigentes muertos.

Después del funeral me retiré a mi zona y decidí ya no salir a actividades a la ciudad. Yo me sentía más seguro en lo rural, ese era mi ambiente y allí sí me movía como pez en el agua.

Recuerdo que en un tiempo yo hacía trabajo organizativo cerca de la ciudad de Tejutepeque y en una ocasión yo no pude ir, y me sustituyó Raúl de Paz, este compañero murió en una emboscada puesta por soldados camino a visitar las bases que yo atendía. No recuerdo la razón de por qué no fui en esa oportunidad, pero si hubiese ido, sin duda alguna que el muerto hubiera sido yo.

Después, a los pocos días, fuerzas especiales del ejército ponen otra emboscada, la que supuestamente era para mí, en el caserío Rosario El Tablón. Por casualidades del destino o no sé porque razón que no entiendo, pero también en esa oportunidad me sustituyó el compañero Álvaro, y éste fue asesinado en la emboscada.

En 1987, en la zona de Tenancingo, mi primo Daniel Alfaro, conocido por el seudónimo de Israel, y yo, fuimos a comprar víveres al pueblo, en el trayecto los soldados me habían preparado una emboscada. Ellos estaban escondidos a la orilla de la calle, con su respectivo camuflaje y cubiertos por la naturaleza que en esos días estaba espesa. Cuando nosotros nos acercamos al lugar donde estaban ellos, sin saber lo que nos esperaba, los soldados empezaron a tirar balazos. Yo vi perfectamente que Daniel cayó muerto, ellos también han de haber visto el cuerpo perforado por las balas, pues a los pocos minutos todos los fusiles estaban concentrados en mí, yo tiraba con mi pistola, más como reacción espontánea, ya que era imposible hacerles daño. Veinte fusiles de asalto en ráfaga permanente, contra un revólver de seis balas, manejado por alguien sorprendido y que no sabe el lugar exacto de donde le disparan, es una comparación absurda, pero esa era mi realidad, y mientras estuviera con vida tenía que buscar la manera de salir del área de la emboscada.

Cuando vi morir a Israel, yo estaba en el suelo y hacía esfuerzo por salir de la escena, pero me encontraba trabado en una raíz. En ese momento me sentí perdido y con miedo a ser capturado. La captura era lo que menos deseábamos, eso era lo peor

que podía pasar. Ser capturado significaba morir a pausas, morir a torturas y ver cómo los captores te despedazaban parte por parte hasta morir. Esto no era invento o imaginación de uno, ejemplos de este tipo de atrocidades habían de sobra, negar la tortura era como creer que no existen las olas en el mar.

Siguiendo con la escena, yo me sentía importante de salir del radio de la emboscada y lo que menos deseaba era ser capturado. Por un instante, tomé la pistola y me apunté a la cabeza, estaba a punto de matarme, era mejor eso que caer en manos de ellos. Pero un pequeño instante antes de pegarme un balazo escuché una voz que me dijo "Jálate", al escuchar la voz me jalé y logré desatrancarme de la raíz y correr.

De esa ocasión salí sordo de tantadetonación, con olor a pólvora, pero sin ninguna herida de bala. Me cuesta entender cómo nadie pudo pegar en mi cuerpo, si tiraron miles de balazos a una distancia de diez metros.

Ya de adulto y después de muchos años del hecho, aún no comprendo por qué no me asesinaron en esa ocasión. Creo que son acontecimientos donde los humanos no estamos preparados para comprenderlos. Minutos después de la emboscada, cuando ya estaba fuera del alcance de los fusiles y de la ira de quienes querían asesinarme, mi cuerpo empezó a expresar los síntomas del miedo multiplicado por diez, todo lo que no pudo expresar por la carga de adrenalina que invadió a mi cuerpo. De inmediato partí al campamento más cercano y les comenté lo sucedido. En el instante un grupo de guerrilleros fue al lugar de la emboscada, su intención era pelear

contra los soldados, pero ninguno de ellos estaba, sólo encontraron el cadáver de Daniel.

El siguiente día en un retén capturaron a un compa y amigo de mi caserío, de nombre Tito Chávez, a él le enseñaron mi foto y le comentaron que un día antes me habían matado, se referían a la emboscada donde murió Daniel. Mi mamá supo esta versión y me hizo misa, por varios meses pensó que yo había muerto, o sea que ella ya sintió el dolor de saber que yo he muerto.

En una ocasión, comprando víveres en la ciudad de Tenancingo, dos compañeros y yo nos vimos acorralados por los soldados en el mero centro del pueblo. Los dos compañeros fueron heridos y capturados, y yo logré escaparme. Mi huida no crean que responde a mi astucia, en la guerra muchos compas astutos y muy versados en las técnicas de guerra fueron muertos, y muchos sin ser diestros aún estámos contando nuestra historia. Fue casi un milagro salir ileso en esa oportunidad, ellos me disparaban y yo corría en zig-zag sobre las calles empedradas. Una familia me abrió la puerta para que me escondiera en su casa, pero decidí salir de la ciudad y no quedarme en ella escondido. Yo siempre me sentí más seguro al campo libre. Muy cerca del pueblo había un pelotón de guerrilla. Al verme llegar cansado y al escuchar la noticia que dos de sus compañeros habían sido heridos y capturados, entraron al pueblo y pelearon con los soldados, el objetivo era rescatar a los guerrilleros muertos, lastimosamente sólo rescataron uno, el otro había sido muerto a machetazos minutos antes.

Tengo muchas historias donde la tropa preparó emboscadas para matarme y en varias oca-

siones creyeron que lo habían logrado. Pero con la protección del Salmo 91, con las plegarias de mi mamá y mi experiencia en evadir estos peligros, nunca pudieron capturarme o asesinarme, aunque en varias ocasiones estuvieron a punto de lograrlo.

Por muchos años y mientras había población civil en la zona de control guerrillero, mi función era acompañar a esta población y ayudarle en su autodefensa. Pero cuando por el recrudecimiento y prolongación de la guerra la población se redujo a un pequeño grupo, yo asumí funciones organizativas en zonas aledañas a la zona de asentamiento guerrillero. La tropa gubernamental sabía que yo despertaba la conciencia de la población y por esa razón ellos deseaban capturarme o matarme, era una espinita en sus planes o un pelo en la sopa como dicen otros.

Recuerdo que en varias ocasiones los soldados repartieron propaganda donde pedían que me desertara y los apoyara en sus planes, ¡esto era imposible!, mi conciencia de campesino pobre y de hermano de asesinados por ellos me lo impedía. Después, al ver que nunca me deserté, repartieron propaganda diciendo a los cuatro vientos que me matarían. Ellos me daban más importancia que la que tenía. Los oficiales del ejército creían que yo era el jefe de la guerrilla o un alto jefe de esa zona, pero no era cierto, sus análisis eran absurdos, yo simplemente hacía trabajo de conciencia política en la población civil, entraba víveres para que los compañeros no se murieran de hambre y había creado una red de colaboradores que daban información, ¡nunca fui jefe de ninguna estructura militar!

El ejército me tenía fichado y sabía cómo era físicamente, no sólo había un archivo de mí en los puestos militares de la zona, también algunos defensas civiles y soldados me conocían personalmente, por esa razón en 1988, cuando preparaba mi salida fuera del país, me asusté cuando un retén militar paró el bus donde yo me encontraba y uno de los militares me pidió los documentos personales, y empezó a interrogarme. En esos días me encontraba tenso, y una prueba de este tipo era demasiado para mi frágil equilibrio emocional. Por suerte que pude salir airoso de esa prueba. En esa ocasión me acompañaba una compañera embarazada, y dije que era el esposo y que íbamos al hospital, pues ya empezaban los dolores del parto.

Tuve la dicha que en esa oportunidad en el retén no había un soldado que me conociera, de lo contrario, la captura era evidente.

19

ROMPIMIENTO DE LA UNIDAD FAMILIAR

*L*a guerra fue un acontecimiento que generó separaciones familiares y ausencias de por vida de algunos miembros, en el caso de mi familia, perdimos tres hermanos y nos creó una diáspora familiar que aún se mantiene.

Primero fue la ida del hogar de los tres hijos mayores, mis dos hermanos que después murieron asesinados por el ejército, y yo. Recuerdo que fue en el año 1976 cuando por problemas de seguridad decidimos emigrar de la casa, éramos jóvenes casi niños, sin profesiones y perseguidos políticos. Cada quien tomó rumbo diferente. Yo me fui donde una familiar a la ciudad de Ateos y mis dos hermanos fueron a San Salvador. Esa fue la primera separación familiar y su razón era la represión.

El 21 de marzo de 1980, fue la segunda gran separación. En esta fecha, fecha también del primer operativo militar de guardias, fue el asesinato de mis tres hermanos. Físicamente nos separaron de ellos, digo físicamente pues ellos siguen siendo parte de la familia y sus recuerdos están en nuestra mente.

En el año ochenta y uno, mi madre y mi padre, a regañadientes, con lágrimas en los ojos y

a sugerencias de muchos compas, dejaron la zona y se fueron a vivir a la iglesia y Hospital Divina Providencia, en San Salvador. Con ellos se llevaron a Manuel y Maximiliano, los menores de todos los hermanos. En la zona de guerra sólo quedamos mi hermano Francisco y yo. Él estaba en las unidades militares y yo con la población civil, podíamos decir que poco nos mirábamos y por lo tanto la separación era grande. Esta separación fue la más difícil y prolongada. Fue la herida principal que dañó la unidad familiar de antaño.

Después de la ida de mis padres vinieron los tiempos de la ausencia de las noticias. A pesar de los esfuerzos, ni ellos de mí, ni yo de ellos, pudimos concretar ni pequeñas pistas, conste en varias ocasiones les comentaron que yo había muerto. ¿Cuánto duró este espacio de silencio e incertidumbre? No recuerdo con exactitud, pero fue largo, por suerte que me quedaron sus recuerdos, y algunos de sus amigos que quedaron en la zona, con los que platicaba sobre ellos. Hablo de tiempos donde las comunicaciones de la zona guerrillera con el resto del país eran escasas, totalmente limitadas, y no porque estuviéramos lejos de las áreas urbanas, sino por el cerco militar que nos presionaba.

Era doloroso saber que su salida de la zona significaba llegar a la ciudad a la que ellos nunca habían querido vivir, era alejarse de sus milpas y respirar el humo de los buses, era dejar atrás el rol de campesinos y tomar el de refugiados. Era dejar

la tierra que daba el sustento y vivir de la ayuda internacional, esto último era lo más duro, esto les golpeaba su dignidad. Yo sabía que sufrían, sabía que me necesitaban, pero también estaba claro que no era mucho lo que podía hacer por ellos. Mi esperanza era el triunfo de las fuerzas progresistas, sólo así, sus problemas o parte de éstos podían resolverse.

Para los primeros meses de 1984 salí con permiso a la ciudad, quería y necesitaba ver a mi familia, su ausencia era un espacio que nada podía ocuparlo. Los vi dos veces en mis quince días de permiso, ellos vivían y trabajaban en el Hospital la Divina Providencia, lugar conocido por refugio de familiares de guerrilleros. Era un lugar peligroso a visitar, aún así fui en dos ocasiones, pero ni ellos ni yo queríamos que las visitas duraran largo tiempo. En la iglesia de este hospital fue asesinado Monseñor Óscar Arnulfo Romero, en el momento da dar la misa. Esas dos visitas fueron un atrevimiento de mi parte, ya que era un lugar vigilado por el gobierno.

Mi mamá no sabía que llegaba ese día. Recuerdo que cuando me vio, de inmediato sus ojos empezaron a ponerse rojos y su cara abrigó su vieja expresión de cuando está feliz. Por un largo tiempo no podía contener las lágrimas de alegría. Yo la miré gordita, sin duda comía mejor que cuando se andaba escondiendo en las quebradas y comiendo una vez cada dos días, cuando había que comer. Aún llorando se me acercó y me abrazó, era claro que estaba contenta, yo también

lo estaba.

Mi mamá enfrentó los retos de esa época con mucha firmeza. Ella era más comprometida política y cristianamente con la lucha que mi padre. Ella nunca me dijo "hijo, deja la lucha y ven que te necesitamos...", ella comprendía mi compromiso y la necesidad de transformar el país. También comprendía que las luchas de liberación son cruentas. La Biblia lo dice y el ejemplo más claro de la残酷 de los dictadores es la muerte de Cristo.

Después que le pasó la sorpresa de verme, me tomó de la mano y me llevó a un pequeño cuarto, allí estaban Maximiliano y Manuel, mis hermanos menores. Mi papá se quedó afuera haciendo seguridad, listo para avisarnos si miraba soldados o algún movimiento anormal. Yo traté de ser optimista, les dije que estaba donde yo deseaba y que me sentía bien. Lo que les dije era cierto, pero lo exageré un poco, oculté el recuerdo que tenía de ellos y la soledad que por momentos me mataba. No podía decírselos que comía en abundancia o por lo menos, lo mínimo necesario, porque mi fachada me delataba en la mentira. Después de media hora de hablar con ellos, me retiré.

Ya llegando al final del año ochenta y cuatro, mi hermano Francisco decide abandonar la guerrilla y con esta decisión yo quedé solo. La decisión de mi hermano me entristeció, me generó una sensación de soledad, pero me sentía contento porque si su decisión era esa, qué bueno por él que pudo lograr salir de la zona. Después de la ida de

mi hermano, estuve por cuatro años sin nadie cerca de mi núcleo familiar.

Gracias a que mi trabajo era político y organizativo en cantones aledaños de la zona guerrillera, me fue relativamente fácil hacerme amigo de colaboradores que me llevaban y traían cartas de mi familia. Estos esporádicos y pequeños papeles que clandestinamente transportaban, lograban aplacar mis ansias de verlos; era una frágil forma de relacionarnos, pero me tranquilizaba. A través de esos papeles con olor a pasta dental, porque se transportaban dentro de las pastas dentales, sabía que aún vivían, y eso ya era bastante en esa época.

Varias veces me visitó mi papá, en algunas ocasiones llegaba a la ciudad de Tenancingo y otras a un caserío que se llama El Caulote.

No siempre cuando él llegaba podíamos vernos, pues cuando habían soldados cerca yo no llegaba y él regresaba sin verme, pero él sabía que no podíamos arriesgar tanto por una entrevista. La plática con él era por la noche, era la mejor hora para hablar y la de menos riesgo. Él siempre lloraba cuando me miraba, yo sabía que sufria, que su dolor y pena era grande. Para él era duro vivir en la ciudad como refugiado, lejos del campo y sin poder sembrar la tierra que tanto le gustaba. También le era duro tener a su familia dispersa, mendigando albergue y comida. Recuerdo que en una ocasión me pidió de favor que dejará la zona de la guerrilla y que me fuera a apoyarlos. Fue duro decirle que no podía hacer eso. Sentí que cuando más me necesitaba yo no estaba con ellos.

Casi era una traición a las necesidades y deseos de mi familia. Pero tenía un compromiso social y político con los civiles de la zona de control guerrillero, también ellos me necesitaban y mi sensibilidad social no me permitía abandonarlos.

En una de las visitas que mi papá me hacía, recuerdo que me comentó que la monjita le pagada en colones el equivalente de diecisiete dólares mensuales, más la comida y dormida. Este salario le alcanzaba para vivir más pobre que cuando sembraba milpa. Su jornada era larga, en ocasiones trabajaba hasta 16 horas diarias. Cuando con su cansada voz me comentaba sobre su trabajo, me sentí indignado con la iglesia que los empleaba. Lo que me enojaba era que la iglesia hablaba a favor de la justicia y contra la explotación, pero ellos hacían lo mismo, me sentía hasta defraudado con la práctica incongruente a su discurso.

Después traté de comprender y descubrir las razones de por qué trabajaban tanto y ganaban tan poco, pero todo eso ya pasó y es el costo de vivir refugiado y perseguido por el gobierno.

Cuatro años antes que terminara la guerra, en 1988, tomé la decisión de venirme a los Estados Unidos. Mi viaje respondía a la inseguridad de mi vida en el país, después se vino mi hermano Manuel, mi madre y mis hijos.

20

MI FRÁGIL SALUD

Estando en la zona de guerra, la primera enfermedad que llegó a mi cuerpo es el paludismo. Por varios meses esta enfermedad me comía las energías que necesitaba para sobrevivir. Los dolores de huesos, las calenturas, la falta de fuerza y el bajo peso, eran los síntomas con los que tenía que combatir, aparte de la lucha a muerte contra los soldados.

Los primeros meses, cuando la enfermedad no estaba en su más alto desarrollo y yo aún podía caminar y hacer mi trabajo, yo traté de olvidarme de los síntomas y continuar con mi rutina diaria. La exigencia en el trabajo era grande, los operativos militares contra nosotros eran permanentes y la necesidad de conseguir víveres para comer era de todos los días, en esas condiciones enfermarse era un lujo y un gran problema.

Pero poco a poco perdía fuerzas, y cada minuto era más difícil que el anterior, hasta que un día tuve que parar la actividad y ser una carga más a mis compañeros.

Esa fuerza interna que paulatinamente mataba mis glóbulos rojos, apareció en 1983. Era necia, terca, inclaudicable en su afán de destruirme desde mi interior ¡y casi lo logra! ¡Fueron tres

meses de obligada inactividad!

Después, cuando el paludismo cedía y apenas se sentía el hormigueo de las energías, aparece la hepatitis. Otra enfermedad destructora. Los compañeros doctores decían que necesitaba reposo y buena alimentación. Recomendaciones médicas imposibles de cumplir en medio de una cruenta guerra, donde las caminatas de noche y bajo la lluvia eran frecuentes y la alimentación mala. Pero los compañeros eran amorosos con nosotros los enfermos, dejaban de comer porque nosotros comíramos un poquito más y mejor, hacían nuestras tareas para que pudiéramos tener tiempo y descansar, aun cuando era momento de salir huyendo por tener a la tropa cerca, ellos trataban de hacernos la vida más fácil.

Recuerdo que un compañero que se llamaba Alejandro Montalvo me dio un remedio natural, era una combinación rara de cosas, pero gracias a esa medicina ancestral y poco común que pude ponerle un alto y vencer a las enfermedades malévolas que estaban empeñadas a hacer añicos mis energías.

Recuerdo que él juntó la cáscara del árbol de Brasil con una botella de licor, un plátano y un atado de dulce, después lo enterró por tres semanas. Cuando estaba bien fermentado, coló el agua y la puso en botellas. De su rara combinación salieron cinco botellas llenas. Me recomendó que tomara tres tazas diarias.

Después de tomarme la primera botella, las ganas de caminar llegaron a mi fallido cuerpo.

Cuando empecé este tratamiento estaba a punto de morirme. La combinación de hepatitis y paludismo es letal para la vida, y a mí esa dupla destructora estaba por darme el tiro de gracia. Después de un mes de haber tomado las cinco botellas, estaba casi listo para continuar mi trabajo.

El peor año para las enfermedades fue 1984, en ese tiempo brotó en la zona controlada por la guerrilla una plaga de comezón. Eran cientos de compañeros con comezón en todo el cuerpo y yo no me escapé de esta plaga. El pequeño hospital de la guerrilla no tenía medicina para esta enfermedad, y aunque la hubiese tenido, éramos tantos los enfermos que era imposible tener la cura para todos. Yo siempre creí que eso llegó en las bombas que nos tiraban, alguna bacteria fue la que usaron, no había otra explicación al ver a cientos de enfermos con la piel hecha pedazos. Yo estuve dentro de los enfermos más críticos. Mi cuerpo se cubrió completamente de una roncha que devoraba mi piel.

Yo pasé un mes solamente en calzoncillo, no usaba ropa porque ésta se pegaba a la piel viva y no soportaba el ardor. Ante la ausencia de medicina y la confianza en las curas naturales, los más ancianos empezaron a darnos tratamientos usados por nuestros abuelos.

Había varias plantas que se usaban, pero yo opté por bañarme con el agua de una planta que se llama Chichipince. Ya antes mi mamá me había hablado de ella. Muchos al igual que yo lo hicieron y nos curamos, pero fueron varios los meses en que

nuestra piel se caía a pedazos y sin la esperanza a encontrar la medicina para el mal. Por suerte que nosotros creíamos mucho en la medicina usada por los padres de nuestros padres y gracias a ella pudimos sanear de nuevo nuestros cuerpos.

Las enfermedades anteriores hicieron mella al cuerpo, pero con el tiempo me recuperaba perfectamente. Era como los árboles que podan, que después de sufrir por unos días la mutilación de sus ramas, florecen con más fuerza.

Pero después de la tempestad de los males anteriores, se fue apoderando en mí una tristeza, una desesperación, una intranquilidad, un nerviosismo inexplicable, un deseo de romper las velas que siempre habían empujado mi vida. Aparentemente me miraba perfecto de salud y mi función me exigía mucho trabajo, pero mi interior decaía. Mi tristeza era tal que por momentos creía que lo mejor que podía pasarme era morir, lo peor era que en mi interior encubierta una fuerza que me empujaba a fallecer. No escuchaba ninguna voz que me pidiera consumar un hecho fatal contra mí, pero sí existía una fuerza interna que eliminaba las hermosas energías de vivir, la cual me cubría con su aura y actuaba sin mi control.

Mi mente se puso olvidadiza y lo peor y preocupante fue cuando por momentos brotaban chispazos de total olvido. Algunos compañeros descubrieron mi situación, y con sus limitaciones trataban de comprender y descubrir las causas de mis estragos. Esto era peor que el paludismo o la hepatitis, hoy era mi mente la enferma. Me sentía

tenso, solo, con ganas de salir de la zona infernal, de comer cosas buenas y pasar una tarde sin el miedo a que los soldados me trataran de matar. El doctor propuso que saliera a la ciudad de San Salvador y que descansara, pero la ciudad no era mi hábitat natural. También allí había guerra y era un lugar inseguro para mí, decidí quedarme en la zona.

Junto a la depresión que me destrozaba el alma, apareció la inflamación del cuerpo. Nunca los males me venían solos, en ese momento el cuerpo y el espíritu estaban heridos. Cuando el cuerpo se me inflamaba, éste tomaba color rojizo, me picaba y ardía, era desesperante y doloroso. El deterioro de todo mi ser era tal que por momentos creía que ya no servía para nada, que más era una carga que un apoyo real en la lucha de liberación.

La tristeza, el nerviosismo y la soledad desaparecieron con el tiempo; aunque después, cuando me separé de mi esposa, regresaron de nuevo a quitarme el sabor a la vida. La inflamación del cuerpo que aparecía cuando menos la esperaba, nunca pudieron climitarla, no hubo medicina ni doctor que pudiera contra ella. La inflamación me visitaba cada vez con más frecuencia, aún así, yo seguía trabajando y tejiendo mi terco deseo de crear una nueva patria. Desapareció sorpresivamente hasta que me vine a Estados Unidos, no hay duda que esta enfermedad era amiga de la guerra y murió junto a ella. Hablando con psicólogos en México y los Estados Unidos, creen que era un síntoma de mi desequilibrado estado nervioso, y es

probable, ya que surge cuando me apodera la depresión y desaparece cuando me alejo de los campos de batalla.

Otra enfermedad hija del estrés y de los ayunos obligados fue la gastritis. Ésta siempre estuvo en mi interior, dañándome, carcomiéndome, creándome las úlceras necesarias y así hacerme la vida imposible. He necesitado muchos años y dietas apropiadas para ganarle la carrera y minimizar los estragos.

21

NACIMIENTO DE MI PRIMER HIJO

Cuando hago un recuento del nacimiento de mi primer hijo, mi mente de inmediato trae al presente las condiciones adversas que rodearon su nacimiento. El embarazo de la madre de mi hijo coincidió con el Operativo Fénix 14. Este fue el operativo más largo y difícil que enfrentamos, conste, hasta obligó a la Comandancia de la Guerrilla a cambiar de táctica. Antes de este operativo, la guerrilla tenía columnas en cada región y la concentración de batallones "Felipe Peña Mendoza". Con las columnas de guerrilla mantenía seguridad de las zonas controladas, golpeaba a la tropa enemiga en sus operativos y realizaba un accionar nacional de pequeñas acciones. Con la concentración de batallones daba los golpes estratégicos y las campañas de aniquilamiento de puestos militares.

El Operativo Fénix 14 se caracterizó por la concentración de varios miles de soldados en las diferentes retaguardias de la guerrilla. La concentración de la tropa duró varios meses, lo cual destabilizó militarmente a la guerrilla. La respuesta de la guerrilla fue la dislocación y desconcentración de sus tropas y llevar la guerra a todo el

país. La decisión de la guerrilla fue certera, pues antes de esto la tropa tenía bien ubicados los focos guerrilleros y actuaba en esos lugares con toda la impunidad del mundo y con la táctica de "tierra arrasada". La actitud de dispersión por parte de la guerrilla creó cientos de nuevos lugares donde la guerrilla se hacía presente y permitió ampliar el trabajo político.

Haber vivido el Operativo Fénix 14 en las zonas de control guerrillero fue duro en todos los ámbitos de la vida, pasábamos hasta ocho días sin comer y huímos permanentemente. Físicamente nos fuimos deteriorando. Nuestras defensas perdieron potencia y las enfermedades tomaron control de nuestro cuerpo; el desgaste psicológico creció en nosotros y se expresaba en estrés, en miedo; en fin, nos atacaban en todo momento y de toda forma. Ese operativo también significó el tomar la decisión de sacar a la mayor cantidad de población civil de la zona guerrillera; era imposible continuar aferrados a nuestras tierras y a nuestra gente, si esto significaba la muerte.

El Fénix 14 empieza con un cerco militar al cerro de Guazapa y a la zona baja de éste; mi caserío y el lugar donde vivía durante la guerra, era parte de la zona baja de Guazapa. En este momento también ubicaron sus baterías de mortero y de cañones en lugares militarmente estratégicos.

Después de poner el cerco militar sin encontrar resistencia, empieza un nutrido "mortero y cañoneo" a los lugares donde sabían que nos concen-

trábamos. Éste duró varios días. Nosotros ya estábamos acostumbrados a este tipo de hostigamiento, pero en esa ocasión fue mucho más concentrado, aún así, no generó bajas en la fuerza guerrillera.

Sobre nosotros volaba permanentemente un avión grande y negro, se mantenía siempre bien alto y su misión era detectar concentraciones de personas, según decían los compañeros, éste ubicaba los campamentos a través del calor que genera nuestro cuerpo.

También volaban sobre nosotros los aviones que tiraban las bombas de quinientas y mil libras de explosivo y los helicópteros que ametrallaban a todo lo que desde lo alto veían que se movía.

Cuando empezó el Operativo Fénix 14, mi hijo era un embrioncito de tres meses, su desarrollo en el vientre de su madre fue en el peor momento político. Se gestó en el operativo más difícil, en el período de más escasez de comida, en la época de las epidemias, en el tiempo de las largas y extenuantes caminatas nocturnas y para cuando, por mi trabajo, no podía ver a su madre con frecuencia. La lista de dificultades era inmensa, pero todas fueron superadas, ningún obstáculo impidió su nacimiento.

En ese entonces yo hacía trabajo de concientización política en la zona aledaña y tenía más acceso a víveres que ella. Por la noche, burlando el operativo, entraba a la zona donde ella estaba y le llevaba comida y víveres. Esto era de sumo riesgo, pero su estado físico y las condiciones adversas me preocupaban.

A los seis meses del operativo, mi ex esposa

estaba a pocos días de dar a luz, todo su embarazo había sido anormal, ella estaba débil y mi hijo no había recibido suficientes nutrientes.

Recuerdo que una noche estábamos en un "tatú" -cueva hecha por nosotros para escondernos y guardar víveres- junto a otros compañeros, cuando a las cinco de la mañana escuchamos una fuerte balacera. Era uno de nuestros compañeros que al ver que los soldados avanzaban y nosotros dormidos, les disparó para que nosotros escucháramos el enfrentamiento y de esa manera no nos sorprendieran. El compa se llamaba Wilfredo, originario de Tenango, murió en el combate desigual, pero nos puso en estado de alerta y así evitó más muertes. Según parece, también él ocasionó bajas; a través de las intercepciones de radio supimos de siete bajas, pero esto es secundario, lo importante es su actitud de disposición a morir por salvar nuestras vidas. Así se expresaba la solidaridad y el amor entre nosotros, dando la vida, tal como lo hizo Jesús, según lo que decían los catequistas de nuestro caserío.

Al saber que los soldados iban hacia donde nosotros estábamos escondidos, decidimos movernos a otro sitio. En ese traslado nos encontramos con más soldados, nos dispararon miles de balas y cientos de morteros, pero ninguno perforó nuestro cuerpo; a la mamá de mi hijo por poquito la matan, pero logramos salir de ese susto; pero venían otros, eso lo sabíamos porque así era nuestra vida.

A los cuatro días, mi esposa y yo regresamos

a Tenango con un grupo de pobladores civiles, sabíamos que no había soldados y era cierto, en ese lugar no encontramos alma con intenciones de matarnos. Ya casi llegando al caserío que menciono, empezamos a escuchar el ruido de un pequeño helicóptero que nosotros le decíamos "La Avispita" por su forma. Este era criminal y efectivo, siempre volaba a pocos metros y por su rapidez no podíamos hacer nada contra él. De hecho que nos detectó, pues a los pocos minutos teníamos sobre nosotros a tres helicópteros, dos aviones A-37 y uno grande que le llamábamos "Fuga". Nosotros valoramos que sólo era un bombardeo, pues no había infantería en los alrededores. Ante nuestro análisis decidimos escondernos en un "tatú". Estando nosotros dentro, una bomba cayó cerca y el "tatú" empezó a derrumbarse. Mi esposa, yo y otros logramos salir e irnos en dirección al río Asigüillo, pero los helicópteros y los aviones continuaron ametrallando y bombardeando el "tatú", muriendo un compañero e hiriendo a dos.

Después de esa experiencia empeoró nuestra situación, dejamos de cocinar porque nos detectaban los aviones a través del humo de la cocina; tampoco podíamos dormir, porque la noche era para cambiarnos de lugar; el día era tenso, nosotros escondidos y siempre con soldados cerca y escuchando los enfrentamientos entre la guerrilla y la tropa.

La situación de seguridad, la alimenticia y nuestro estado físico se empeoró respecto a otros momentos. Nos manteníamos de pie y vivos gracias a las pequeñas porciones de agua con azúcar y a las

de harina de maíz y de pescado; para mí era sumamente duro ver las condiciones de mi esposa, yo dejaba de comer para que ella comiera un poquito más de lo que era su ración de comida. Cada vez que por mi trabajo visitaba un pueblito, compraba azúcar, arroz y frijoles y los enterraba, para sacarlos cuando visitaba a mi esposa.

Mi primer hijo, Roberto de Jesús de Paz, nació en el frente de guerra el 6 de mayo de 1986, a las cuatro de la tarde. Nació en una quebrada y bajo un árbol de mango, en el caserío Rosario Perico. Yo tengo muy frescas esas imágenes, quizás nunca las he podido olvidar porque ese acontecimiento me impactó; en el momento que nació mi hijo había un fuerte mortero sobre nosotros, también recuerdo que un día antes que naciera mi hijo, ya casi nos capturan los soldados. En el documento de identidad de mi hijo, dice que él nació el nueve de junio, ésta es la fecha que se asentó en la alcaldía, no la fecha de su nacimiento.

Una hora después de nacer mi hijo, tomé la decisión de sacar a mi esposa del frente junto a nuestro niño. Fue una decisión difícil, significaba separarme de mi esposa que tanto quería y de mi hijo. Pero sacarla del infierno donde vivíamos era necesario. Mi hijo no podía crecer escondiéndose como ermitaño, escuchando bombardeos, comiendo mal y arriesgando la vida.

La mamá de mi hijo se llama Elena Artiga, y en la zona controlada por la guerrilla era conocida por Violeta. Allí todos nos cambiábamos nombre,

era una de las tantas medidas conspirativas para evitar problemas de seguridad. Esto confundía a quienes querían asesinarnos, pero tampoco era garantía para no tener problemas, ya que ellos se apoyaban en las defensas civiles, y en esta organización militar había personas que nos conocían, porque años antes habían sido del mismo caserío.

Sacarla del frente no era nada fácil, era sumamente riesgoso, pero no había otra alternativa, el riesgo se tenía que tomar. Para evacuarla me apoyé en la compañera María Alfaro, que fue la partera de Violeta, y del compañero Santiago Alfaro. Necesitaba ayuda y esas personas eran de plena confianza. María cuidaba a Violeta, Santiago llevaba en los brazos a mi hijo y yo iba adelante, a medio kilómetro; por si nos encontrábamos con soldados, lo cual era muy posible. Yo me enfrentaría con ellos y el resto tenía tiempo para regresar a la zona, así organicé el dispositivo de evacuación. Empezamos a caminar sobre el río Tepechapa hacia arriba, después tomamos la quebrada de Santa Rita, la cual llega a Tenancingo. Mi hijo nació a las cuatro de la tarde y una hora después empezamos la marcha; a las doce de la media noche llegamos al pueblo de Tenancingo. Fueron siete horas de camino, la verdad es que en otras condiciones ese trayecto se hace en menos tiempo, pero mi esposa caminaba lentamente y todos íbamos a su ritmo.

Cuando llegamos a la periferia del pequeño pueblo, dejé a todos escondidos en unos matorrales y yo entré al pueblo, por suerte que no estaba milita-

rizado, pero la tropa estaba cerca, aproximadamente a un kilómetro. Primero fui donde una señora de nombre Francisca, era de las colaboradoras que teníamos en el pueblo, y a través de ella me coordiné con Chepe Nel, el alcalde del pueblo. Este señor tenía tiempo de colaborar con nosotros, a pesar que él era alcalde a través del partido anticomunista de derecha (ARENA, Alianza Republicana Nacionalista).

Yo pretendía que fuese este señor quien sacara a mi esposa e hijo del área, pues por su investidura administrativa le era más fácil que a otras personas. Gracias a Dios que él no se negó. Su decisión me tranquilizaba, aún así, su trabajo era de mucho riesgo, tenía que pasar varios retenes militares donde habían personas que conocían a mi esposa. Él sabía del riesgo, era de esos colaboradores muy concientes de la necesidad de los cambios y dispuestos a arriesgar su vida por echar adelante las tareas de la revolución. Chepe Nel, como le decíamos, era de las personas importantes, de las que sin alejarse de su familia asumían funciones que para nosotros era imposible concretarlas.

A la una de la mañana me despedí de mi esposa e hijo, en ese mismo instante se escuchaban las detonaciones de una ametralladora. Yo estaba consciente que la posibilidad de nunca ver de nuevo a mi familia era grande; si tenía suerte de poder estar con ellos en otra ocasión, de seguro que no sería pronto; conocía experiencias de sobra sobre compañeros que se despedían de sus esposas, después ellos morían y nunca se encontraban de nuevo. Yo

no podía ser la excepción de acontecimientos comunes, mi forma de pensar no era una actitud negativa, simplemente reflejaba una realidad cruel y despiadada.

"Espero que algún día podamos estar juntos", le dije a mi hijo de apenas horas de haber nacido, de seguro no me entendía, eran frases de mi interior que reflejaban mi deseo. Después me despedí de mi esposa. La despedida con Violeta fue de pocas palabras, el silencio en los dos expresaba la tristeza de una larga separación o la posibilidad de nunca volvernos a ver. Después de la amargura de la despedida, pero con la solidaridad de María y Santiago, regresé a la zona donde la dignidad era la piedra angular de nuestra existencia.

En mi regreso saboreé la sensación de tristeza y tranquilidad. Estaba alejándome de quienes más amaba, pero sabía que ellos estarían salvos, o por lo menos más seguros que en la zona.

Con los meses logré que Violeta se viera con mis padres y hermanos. Ella, al salir de la zona guerrillera se fue a vivir al cantón Colón del departamento de La Libertad, y mis padres se encontraban en el Hospital La Divina Providencia.

Fue un año, doce largos meses que no pude ver a Violeta y a mi pequeño hijo, esta separación me afectó más de lo esperado. En el año 1987 yo me encontraba físicamente mal, muy enfermo y desesperado por verlos. Por suerte que mi jefe comprendió mi estado y me dio permiso para visitar a mi familia.

Cuando supe del permiso, me sentí feliz ante la posibilidad de ver a Violeta y a mi hijo, era una dicha grande volverlos a ver, era casi un sueño hecho realidad. Cuando llegué al Refugio Calle Real y tuve la oportunidad de ver y acariciar a mi hijo y a Violeta, y descubrir que no era un sueño me sentí el hombre más feliz del mundo. Había logrado verlos, esa era una dicha que pocos la teníamos. Yo era un hombre privilegiado, con la dicha de ver a mi hijo y a Violeta. ¡No podía pedirle más a la vida!

¡Qué alegría ver que mi hijo había crecido!, ya no era el niño de pocas horas de edad que había dejado, era un lindo niño bien alimentado y que empezaba a caminar, me sentí orgulloso de él y de ser padre.

Todo estaba de maravilla -situación anormal en nuestra vida-, pero después de varios días empecé a descubrir cambios en Violeta, su entusiasmo en la relación había bajado, su cerebro expresaba inquietudes nuevas en la relación. Después hablamos y me dijo que no quería tener más hijos y que no deseaba continuar con una relación donde siempre se pasaba separados. Tenía miedo a que yo muriera y quedara desamparada sin un apoyo para su hijo. Ella tenía razón en su razonamiento, pero muchas parejas enfrentaban esos retos y, ¿por qué no nosotros?, le decía yo. Pero ella fue contundente en sus criterios, ella no quería continuar con una relación donde su esposo estaba en la zona controlada por la guerrilla y ella viviendo con su hijo en un Refugio. Cuando regresé a la zona, llegué separado de mi esposa.

La decisión de romper la relación fue un golpe duro a mis sueños y un hecho que me tomó de sorpresa. Mi regreso fue triste. Realmente nosotros no teníamos los problemas que normalmente separan a las parejas, aun llevándonos bien nuestra relación estaba fracasada. Era el entorno y no nosotros lo que nos separaba. En otras palabras, era la guerra y mi compromiso con las personas necesitadas, los obstáculos para que pudiéramos hacer familia. Hasta en este campo muy personal, la guerra entraba sin permiso y nos sacudía el alma.

Después de mi regreso a la zona, los operativos militares contra nosotros continuaban uno tras otro, no daban tiempo para el descanso. Yo me puse física y sicológicamente peor. Me sentía triste, tenso, entré en un estado depresivo y la crisis se presentaba de nuevo.

Yo no quería desertarme como muchos lo hacían, yo amaba a los compañeros y deseaba ver un país diferente, razones suficientes para ser uno más en ese mar de luchadores; pero mi cuerpo y mi mente no soportaban la presión de la guerra. Yo necesitaba un descanso, quería despertarme una mañana y saber que ese día sería tranquilo, que mi vida no estaba en peligro, cosa imposible en la zona guerrillera. Cada día que pasaba, mi mente se hacía más la idea de salir y descansar por un período; estar escondido en una casa en San Salvador era mejor que los cientos de bombas sobre nosotros, aunque también tenía su riesgo.

Llegó un momento que lo único que esperaba

ba para salir de la zona era el permiso del mando, yo no deseaba irme a escondidas.

A finales del año ochenta y siete, dos meses después de mi salida a la ciudad que terminó con el rompimiento de mi relación con Violeta, me concedieron un permiso y me entregaron doscientos dólares para mi tratamiento y mi estadía en la capital. El permiso no especificaba tiempo, éste dependía de las sugerencias de los doctores, pero era claro que era para varios meses.

Estando en San Salvador me quedé a vivir en el refugio Calle Real, no era el lugar idóneo pero no tenía otra alternativa para descansar, de inmediato me puse en tratamiento psicológico y empecé a hacer trabajo político en el refugio. En ese lugar vivían aproximadamente quinientas familias desplazadas de su lugar de origen y guerrilleros lisiados que no podían continuar en los frentes de guerra.

Las necesidades en el refugio eran grandes y de diferente tipo, el hecho de estar amontonados y con escasez de víveres, ropa,...dinero, generaba conflictos personales. Agregado a los problemas internos del refugio, los cuales no eran pocos, teníamos el acoso de los soldados. El ejército sabía que las personas que albergaba el refugio eran base social de la guerrilla, sabía que varios lisiados de guerra vivían en ese lugar y que los niños que crecían en el refugio, en algún momento se enlistarían con la guerrilla; por esas razones, el refugio era visto con desconfianza, con celo y en muchas

ocasiones lo habían asediado.

Con el hostigamiento, el gobierno pretendía desesperar a las familias para que éstas abandonaran el lugar. Mi presencia en el refugio era con pretensión de descanso, pero para mí fue difícil quedarme de brazos cruzados. Decidí actuar y creo que jugué un papel importante explicándole a cada persona las pretensiones del alto mando de la fuerza armada y cuál debería de ser nuestra conducta. Era un trabajo de convencimiento muy difícil, ya que las personas salieron de sus caseríos buscando seguridad y yo les pedía que resistiéramos, que enfrentáramos al ejército, pues oponerse a los planes era enfrentarlo. Parte del asedio era poner retenes cerca del refugio, interrogar a los que salían del lugar, muchas personas no salían por no tener documentos de identificación; en otras ocasiones hacían balaceras, lo más difícil era cuando entraban al refugio, con pretensiones de capturar a compañeros.

En una ocasión ya habían capturado a un lisiado de guerra y yo junto a otros tratamos de quitárselo, al ver nuestra actitud, los soldados la emprendieron contra nosotros, pero un grupo de niños y mujeres nos apoyaron, esto les complicó la captura. En esa oportunidad tuvo que llegar Monseñor Urioste para negociar con el oficial. Los soldados se salieron del refugio pero quedaron en los alrededores; por la noche hicieron una balacera ehirieron en el estómago a un lisiado.

Todos quedamos asustados, muchos buscaron a familiares o amigos y abandonaron el refu-

gio; en otras palabras, a través de la represión y el terror, la tropa gubernamental lograba su objetivo.

En esos días ya estaban las "repoplaciones" y pensamos que no era mala idea hacer una repoblación con estas personas; esto significaba sacarlas del refugio y llevarlas al nuevo asentamiento; fue así que junto a otros compañeros empezamos el proyecto, lo primero era decidir el lugar, decidimos hacerla cerca de la Ciudad de Suchitoto, en un lugar llamado El Sitio. Definiendo el lugar y teniendo la urgencia de sacar a las familias del refugio, decidimos irnos con toda la población a la repoblación El Barrio y desde allí construir la repoblación de El Sitio. Recuerdo que cuando nos encontrábamos arrimados en la repoblación El Barrio, por varias semanas fuimos a limpiar el terreno, hacer calles y a levantar pequeñas casas a El sitio; fue un trabajo duro, con muchos obstáculos, pero el fruto fue excelente, la repoblación aún existe.

Yo también decidí dejar el refugio e irme a vivir a la repoblación. Yo continuaba enfermo y se suponía que descansando, pero para esos días estaba muy activo políticamente. El trabajo en el refugio y el traslado a El Barrio me había absorbido todo el tiempo.

Ya viviendo en la repoblación, la mayoría de las personas decidieron elegir una directiva que los representara, casi la totalidad me proponían para presidente, yo estaba dispuesto a aceptar. Me sentía bien haciendo ese trabajo, era una función muy similar al realizado en el interior de la zona controlada por la guerrilla; lo que no tenía en consideración

era que el mando militar de la Resistencia Nacional, -RN- que se encontraba en el área donde estaba la repoblación, pretendían poner a un presidente que fuese afín a los planteamientos de ellos, definitivamente yo no era esa persona.

Una noche, guerrilleros de la RN me llegaron a buscar, iban armados, por suerte que yo no llegué esa noche donde siempre dormía y por esa razón no me encontraron. Yo era cauteloso, nunca dormía en el mismo lugar varias noches seguidas. Quizás estoy equivocado, pero entendí ese hecho como intento de asesinato, como una forma de deshacerse de alguien que era un obstáculo a sus pretensiones; esta situación me preocupó mucho, era normal que los soldados del gobierno me buscaran para asesinarme, pero que revolucionarios anduvieran tras de mí, era insólito.

Un día después de ese incidente fue capturado un psicólogo de nombre Marcos por el "Batallón Pantera" de la Policía Nacional. Lo capturaron por equivocación, ellos, los soldados, creían que era yo, se confundieron porque los dos usábamos lentes, esto lo supe porque él me mandó a decir que era a mí a quien buscaban. Después de estos dos incidentes, decidí regresar al Refugio Calle Real, ya no me sentía seguro en la repoblación.

Regresé al refugio Calle Real el 6 de noviembre de 1988, el día que nació mi segundo hijo Javier de Paz Recinos. Mi segundo hijo nació en un ambiente de zozobra, de miedo y de represión. La madre de Javier pasó su embarazo enfrentando las ame-

nazas y la represión directa que los soldados tenían contra los que vivíamos en el refugio, no fue nada fácil ese período y el refugio no era un lugar idóneo para la tranquilidad que necesita una mujer embarazada.

Concepción Recinos, la mamá de Javier, era originaria de la zona de Guazapa y por razones de seguridad se había ido a vivir al refugio; era una persona sufrida, perseguida por sus ideas y por desear ver una patria más justa, era una persona de principios revolucionarios y de valores afines a los míos. Teníamos muchas cosas en común y por esa razón nos enamoramos y empezamos una relación; era un acercamiento serio y bonito, pero nunca pretendimos proyectarlo, no pretendíamos casarnos o hacer hogar, desde el principio de nuestro noviazgo, jamás nos visualizamos juntos en el futuro.

Estando en el Refugio y a través de amistades, conseguía víveres y medicina y las metía a la zona, sabía que todo era útil, que las necesidades eran grandes y por esa razón trataba de abastecerlos. Yo seguía coordinado con los compas que estaban dentro de la zona de guerra, me sentía parte de su colectivo y mi deseo era regresar cuando física y mentalmente estuviese mejor. En esos días, personas muy amigas me comentaron que el equipo de dirección del que yo dependía tenía desconfianza de mi persona, ellos creían que quizás yo era espía. A la primera persona que me comentó eso, no le creí, pero cuando fueron varias, algo frío se fue apoderando desde mi interior y la preocupación me invadió,

tanto por mi integridad física como por lo injusto de los comentarios.

Para esos días el rumor era que el mando había descubierto una red de espías infiltrados en la guerrilla y en la población civil. Si la existencia de esa red de "orejas" fue cierta, yo no lo sé, y me cuesta creerlo, pero me era preocupante que me vincularan a ese tipo de actividad, jamás mi conciencia podía permitir algo semejante, jamás colaboraría con quienes mataron a mis hermanos y violaron sexualmente a mi hermana antes de matarla. Mi vinculación a esta red de orejas era un riesgo a mi vida y un golpe a mi conciencia revolucionaria. Esos comentarios más que preocuparme, me entristecieron y profundizaron la depresión contra la que luchaba. Después de darme cuenta de esos comentarios decidí no preguntar y tampoco entrar a la zona para confirmarlos, decidí quedarme con ellos. Nunca supe si esos comentarios eran ciertos, lo más seguro es que eran puntos de vista de algunos compañeros, aun así, era absurdo y riesgoso.

Cuando nació Javier, comprendí que ya tenía dos hijos que me necesitaban, y por lo tanto en mis decisiones personales tenía que tomar en cuenta sus intereses. Fue así que la idea de salir de El Salvador creció y fue posesionándose hasta convencerme que el país no era un lugar seguro para mí, y que el mejor y único camino era salir a los Estados Unidos.

Parte V EMIGRANDO "AL NORTE"

22

DEJANDO EL INFIERNO

*E*stando en el refugio hice amigos de nacionalidad extranjera y fueron ellos quienes me apoyaron para salir del país. Ellos conocían mi situación, quizá por esa razón cuando les comenté sobre mi decisión de querer salir al extranjero, encontré total apoyo. De inmediato me sacaron del refugio, lugar riesgoso y sin duda pequeño nido de la base guerrillera, y me trasladaron a vivir donde un sacerdote estadounidense mientras arreglábamos mis documentos. Todo fue rápido, más de lo que creí, dos semanas bastaron para arreglar mi salida. El 25 de noviembre, ya tenía todos mis documentos en regla y ese mismo día parti. Yo estaba desesperado, no podía perder tiempo, cada noche que pasaba era un riesgo grande a mi vida, por esa razón solamente esperé tener los documentos de viaje para salir de El Salvador, lugar que consideraba imposible para poder seguir viviendo.

El aval que tenía por parte de los compañeros era para salir y vivir en San Salvador, no para salir del país. Pero les mandé una nota diciéndoles que pretendía salir del país y que necesitaba de su consentimiento. Les dije que aun estando en

San Salvador, fuera de la zona controlada por la guerrilla, no sentía estar en el mejor ambiente para recuperar mi deterioro físico y emocional. La respuesta a mi solicitud fue, que comprendían mi situación de salud, que me daban el permiso de salir del país a tratamiento, pero no me daban el aval para que yo hiciera trabajo político a nombre del Frente o de otra organización de masas. En otras palabras, venía solamente a tratamiento y descanso.

En ese momento lo más importante era salir del país, y si lo hacía en común acuerdo con los compas, era mucho mejor para mi conciencia. Yo no soportaba un día más en El Salvador, me sentía perseguido por el gobierno, por los compañeros de la Resistencia Nacional -RN- y también me preocupaba los comentarios de compas de mi misma organización, cuando expresaban que probablemente yo era espía. La úlcera, la inflamación del cuerpo y principalmente la depresión combinada con intenso miedo a la captura y la tristeza por la desconfianza de mis mismos compas, me tenía al borde del colapso; mi salida era urgente y la única opción viable que miraba en el horizonte, por suerte que los compas me dejaron la puerta abierta al proyecto de salir del país.

Le agradezco profundamente a Inés Betancur por poner gran esfuerzo y dedicar mucho de su tiempo en preparar mi documentación y conseguirme la visa de México a través de sus amigos. Aparte de ella, hubo otros que también me apoyaron y les agradezco profundamente, pero fue

ella la que con sus amistades logró lo necesario por hacer realidad mi sueño.

Sentirse perseguido y acorralado, tal como me sentía en aquel momento, ¡es desesperante!, es como estar en peligro permanente sin que éste llegue a su desenlace. Cuando me dijeron que tenía que tomar el avión de El Salvador a México, me sentí contento, pero sabía que tenía que pasar la seguridad del aeropuerto y eso lo consideraba riesgoso, aun más que burlar los cercos militares en los terrenos que conocía a perfección, por esa razón el viaje lo hice tenso. Hasta ese momento nunca me había montado a un avión, esto, complementado a que tenía que pasar por los controles del aeropuerto, me tenía en una situación no muy cómoda. Pero tenía que hacerlo, no había otra alternativa para salir del país. La seguridad del aeropuerto, a la que tanto temor le tenía, la pasé sin problemas, recuerdo que fue difícil demostrar calma cuando por dentro me mataba el miedo.

En el aeropuerto de la ciudad de México, en el Distrito Federal, me esperaba una muchacha a la que yo no conocía, pero sabía su descripción y ella la mía. Después, ella me llevó donde una familia mexicana para que descansara y pasara la noche. Estaba fuera del país, otro objetivo logrado en el afán de salvar mi vida.

Quien coordinaba mi estadía en México era el señor Benjamín Cuéllar, quien trabajaba para La Comisión de los Derechos Humanos en México; desgraciadamente tuve algunos conflictos y diferencias con este señor, lo cual afectó negativamente

mi paso por ese lindo país; pero tuve la dicha de encontrar mexicanos que me apoyaron y comprendieron; la hermandad de los mexicanos fue una bofetada a la inercia negativa de los conflictos que enfrenté con el señor Cuéllar. En las tierras de Zapata estuve dos semanas bajo la hospitalidad de una familia mexicana, después fui trasladado a la iglesia de Nuestra Señora de los Remedios. En esta iglesia el sacerdote se comportó excelente con mi persona, fue un real apoyo y consuelo.

Yo no estaba autorizado a hablar en nombre de ninguna organización revolucionaria en mi estadía fuera de El Salvador, ese era el dictamen que me dieron antes de salir y traté de respetarlo, pero las personas al saber que yo era revolucionario y había estado en las zonas controladas por la guerrilla, me pedían a que fuera a dar mi testimonio; mi carácter, mi forma de ser, no me permitía callarme y negarme al llamado de los amigos.

Después de varios días comprendí que la lucha heroica no era patrimonio de nadie, y que mi deber como revolucionario era denunciar la maldad con que trataban a las personas que deseaban transformar el país; después de varios días, iglesias y organizaciones de diferente tipo me invitaban a conferencias donde mi testimonio era la actividad principal, en ese momento la solidaridad con la lucha del pueblo salvadoreño era grande y nosotros éramos admirados por la gesta plagada de valentía.

Yo traté de no hablar a nombre de ninguna

organización, si lo hubiese hecho, nadie se hubiera dado cuenta, pero respeté el deseo de los jefes. En mis exposiciones, simplemente daba mi testimonio y éste era mío, yo era el único que podía decidir si lo sacaba de mi interior para compartirlo con personas solidarias o callármelo, y decidí abrir mi corazón. Bastaba unos minutos dando mi experiencia para que la gente comprendiera el heroísmo de la lucha y lo malvado del gobierno.

El 20 de febrero salí en avión para Tijuana, en el aeropuerto me esperaba el presidente de la Comisión de Derechos Humanos de Tijuana, una estadounidense y dos personas más, todos querían escuchar mi historia; traté de ser breve en la plática, pues ese mismo día tenía que pasar la frontera y necesitaba tiempo para prepararme.

Ese mismo día, a la hora que el sol entra en pleno descenso y la luna toma el principal rol, me reuní con mi contacto, con la persona que me guiaría en la aventura de pasar la frontera. La plática fue breve, la verdad es que no había mucho que decir, simplemente me llevó a la cima de un pequeño cerro, lugar de donde tendría que salir para entrar a los Estados Unidos de América. Desde lo más alto del cerro, el señor que me guía ba me señaló unas luces a unos quince o veinte minutos de camino y me dijo "a ese lugar tenés que llegar", eran luces de un parqueo de carros ya en el interior de Estados Unidos. Yo estaba acostumbrado a caminar noches enteras entre soldados, los cuales, si me descubrían, me mataban, por esa razón cuando me indicó el punto de las luces, yo

sentí que no era difícil la llegada.

Cuando bajé del cerro, me encontré con muchas personas que estaban como yo, tratando de pasar la frontera. Desde el momento que supe de la forma y hora de cómo pasaría la línea entre los países, me compré ropa negra; son cosas sencillas y lógicas, pero el no ir vestido adecuadamente puede truncar el plan. Posteriormente corté ramas y me las puse en la espalda, la gente me miraba sorprendida, no entendían por qué hacía eso, han de haber pensado que estaba loco o algo parecido, pero era mi camuflaje. Al instante de haber cortado las ramas, pasa un helicóptero, yo me quedé quieto, traté al máximo no moverme, el resto de personas corrieron de regreso.

Yo no pensaba en regresar, mi concentración estaba en esconderme lo mejor posible y en no perder el punto a donde tenía que llegar. Era primera vez que pasaba la frontera, pero estas experiencias no eran nuevas, en los últimos ocho años había tenido cientos de experiencias de este tipo y casi todas más peligrosas que ésta.

Después de pasar el helicóptero sin verme, me sentí más en confianza, y traté de aplicar mi amplia experiencia en estos asuntos. De repente miro un carro que venía hacia mí, ante la sorpresa de la luminosidad, lo mejor era no moverme. A pesar de sus grandes ojos luminosos, el carro pasó sin percatarse de mi presencia. detrás del carro pasa otro que tampoco pudo descubrirme.

Momentos posteriores de ver los carros, decidí avanzar a rastras, tal como lo hacía para

salir de las fuertes balaceras. Estaba bien concentrado, muy atento a lo que miraba y escuchaba, no daba un paso adelante sin antes no garantizar que era paso seguro. Cuando escuché voces en inglés por diferentes lugares, me preocupé, casi estaba rodeado por esas frases que me eran desconocidas; pero decidí continuar y tener mayor cautela, mi avance era lento como una tortuga, pero seguro, caminaba despacio entre los lugares donde había personas hablando un idioma desconocido. En el arrastre perdí mis lentes, gran problema, pero nada podía detener mis deseos de alejarme de mi país. Sorpresivamente me encuentro frente una carretera ancha, iluminada y transitada por muchos carros, no sabía que hacer, no estaba en mi imaginación encontrarme con eso, pero decidí caminar, seguir adelante, mi meta eran las luces del parqueo, y a costa de cualquier cosa, tenía que llegar a ese lugar. A los pocos metros de caminar, vi personas uniformadas verde olivo, no podía retroceder, tampoco correr a los lados, la única alternativa era pasar entre ellos, tenía que pasar desapercibido, lo cual no era fácil. Decidí hacerme el borracho y pasar entre ellos, con la normalidad y el atrevimiento con que lo hace un borracho.

A los pocos minutos me encuentro con un parqueo de carros y escucho una voz que me dice "¿Eres Tulio?", si respondo con timidez y sin pensarlo mucho.

¡Bienvenido a California! -me dijo una señora, era estadounidense, posteriormente me abrazó, estaba contenta por mi llegada, aun quizás más que

yo, pues yo estaba más impresionado que alegre.

Después ella me llevó a su casa, en el centro de la Ciudad de San Diego, esa noche dormí en su casa. El siguiente día descansé mientras llegaba la hora de ir al aeropuerto y viajar a San Francisco.

A las seis de la tarde tomé el avión en el aeropuerto de San Diego rumbo a San Francisco, me acompañaban cuatro personas amigas de la señora que prestó su casa para que yo descansara una noche antes, el viaje fue tranquilo, sin novedades. Estando en San Francisco, una de las cuatro personas que me acompañó me llevó a su casa.

23

SAN FRANCISCO

Esa misma noche me visitaron varios salvadoreños y estadounidenses vinculados a la solidaridad con la lucha del pueblo salvadoreño, todos querían escuchar mi testimonio y saber de primera mano lo que pasaba en el país. Su llegada no respondía a la admiración hacia mi persona o algo parecido; yo era un desconocido para ellos, su interés era saber detalles y los últimos acontecimientos en el país. Me sentí contento al ver que en este país había mucha gente interesaba en nuestra lucha, eran épocas donde el luchador salvadoreño tenía un status de héroe.

Había llegado a un ambiente que me recibía con los brazos abiertos. Estaba en un lugar que sin ser el mío, me era agradable. Esa noche me dormí pensando en lo fácil que fue la entrada a este país del norte.

Yo había escuchado muchas historias tristes y oscuras de la pasada de la frontera, por esa razón venía con cautela, pero todo salió más sencillo de lo esperado. Sí, mi viaje fue exitoso y aparentemente fácil, pero todo fue gracias a la red de personas que me apoyaron. Todas las personas, desde San Salvador, pasando por la ciudad de México, Tijuana, San Diego y San Francisco, crearon un co-

rredor para hacerme todo exitoso. En este sentido me siento una persona con fortuna. Yo no tuve que pagarle a alguien para que me guiara en el camino, estar encerrado por varios días en casas de seguridad de los "coyotes" y después pasar caminando frontera por lugares largos y desérticos, como a otros les ha pasado. Yo tuve el privilegio de pasar por manos de personas humanitarias que me dieron su hogar, sus horas de trabajo y su cariño, para que yo la pasara bien y corriera el menos riesgo posible. Todo el diseño para salir del pequeño El Salvador, estuvo de maravilla, salió mejor y menos riesgoso de lo esperado.

Del montón de compañeros que me visitaron en mi primer día en San Francisco, sólo dos continuaron visitándome. Éstos al igual que el resto de compañeros, se acercaron con el interés político de saber más sobre la situación del país; pero después de las primeras pláticas, su interés era ayudarme para que me fuera menos difícil mi estadía en este país. La solidaridad de estos compañeros fue vital para mi recuperación.

El siguiente día me trasladé a una casa que era albergue para personas sin hogar. Allí estuve por un mes. Estando allí empecé mi tratamiento psicológico y a recuperarme físicamente. En este lugar trabajaba Tito Burgos, Tato Torres, otro salvadoreño llamado Félix; todos mostraron solidaridad a mi situación, todos me ofrecieron tiempo para que la soledad no me tomara y para que mi pasado lleno de traumas no destruyera mi frágil estabilidad.

Gracias a un compañero de nombre Francisco Herrera encontré un empleo de estampar sobres

por diez dólares la hora, mi primera experiencia laboral en este país, un trabajo fácil y bien pagado. Rápido ahorré mil dólares y los mandé a mi familia, fue mi primer giro de dinero. Recuerdo que hablé con mi mamá y le di un listado de necesidades que deseaba cubrir con ese dinero.

Los amigos que trabajaban donde me hospedada me coordinaron con El Obrero Católico, este es un programa de vivienda provisional. Ellos me facilitaron un cuartito. Estando en Obrero Católico, me encontré a Antonio Sabala, viejo conocido y compañero de lucha en El Salvador, a su hermano, y a otros con los que empezamos a soñar en una organización de refugiados.

Estando en El Obrero Católico adquirí confianza para moverme solo en este país, aún sin saber el idioma. Y gracias a los amigos de El Obrero Católico conseguí empleo en una lavandería, mi trabajo era planchar ropa, ganaba cuatro dólares con veinte y cinco centavos la hora, me pagaban mucho menos que el trabajo anterior, pero no me importaba, yo me sentía bien. Este empleo me permitió independizarme del Obrero Católico y seguir mandando dólares a mi familia, fue mi verdadera entrada al mundo laboral en este país. Recuerdo que mandaba entre quinientos y ochocientos dólares mensuales, lo cual significaba trabajar muchas horas extras.

Yo trabajaba más de la jornada de ocho horas diarias, terminaba el día fundido y con el único deseo de descansar, y así tener las energías necesarias para el siguiente día. Pero la espinita de hacer trabajo social a favor de los necesitados estaba presente en mi conciencia. Yo aprovechaba

cualquier oportunidad para hablar con quien fuese de la necesidad de cambios en la sociedad. Antonio Sabala, José Sabala, y otros vinculados a El Obrero Católico eran refugiados y con mis mismas inquietudes sociales.

Las instalaciones del Obrero Católico fueron testigo de cómo un grupo pequeño de refugiados salvadoreños empezamos a reunirnos cada ocho días con la idea de hablar de nuestras necesidades y sueños en este país.

Nadie del grupo podía el idioma de este país, éramos nuevos en estas tierras; en ese momento vivíamos de los beneficios del sistema a los pobres, pero los deseos de cambio que nos llevaron a ser perseguidos en nuestro país estaban vivos y latiendo con mucho ahínco en nuestro interior. En ese entonces, nadie de ese pequeño grupo de refugiados descaba vivir en este país, sólo por vivir mejor, económicamente.

24

SOÑANDO CON ORGANIZAR A LOS REFUGIADOS

*L*a primera reunión fue con la familia Sabala, en El Obrero Católico. Lo que pretendíamos era hablar de nuestras necesidades, del pasado común que nos unía y de buscar formas de ayudarle a las repoblaciones en El Salvador. Al inicio, rebozábamos de buenas intenciones, y de ignorancia de cómo funciona la sociedad en este campo. Pero la ignorancia no era un obstáculo, al contrario, era una razón más para preguntar y dedicarle tiempo al proyecto.

El trabajo de la lavandería lo mantuve por 18 meses, era pesado y absorbente, pero siempre hacía el espacio para las reuniones con los Sabala. Haciendo horas extras y trabajando todos los días de la semana, pude ahorrar ocho mil dólares; mi idea era trabajar duro por un tiempo, ahorrar, y después trabajar a tiempo completo otro período en el proyecto organizativo, por esa razón, cuando ahorré los ocho mil dólares decidí renunciar a mi trabajo, quería dedicarle más tiempo a lo que era el embrión de lo que hoy es, el Comité de Refugiados Centroamericanos, -CRECE-.

Lo que me motivaba a dedicarle más horas

de tiempo no era la perspectiva de crecimiento que se le miraba al proyecto, sino la necesidad grande y latente en la comunidad refugiada, de tener una organización que la apoyara. Mis gastos en este país no eran mucho, la cantidad ahorrada me cubría muchos meses; yo siempre he sido austero y vivía en una casa que compartía con más personas; mi aporte económico a la renta era de ochenta dólares mensuales, más los gastos de pasaje y comida.

El 21 de febrero de 1990 nació formalmente "El Comité de Refugiados Centroamericanos", digo formalmente, porque la idea y las primeras actividades empezaron antes, cuando seis refugiados decidimos reunirnos para ayudarnos mutuamente y juntos ayudar a otros. En esos mismos días, la Primera Iglesia Presbiteriana Hispana de Oakland nos dio un pequeño cuarto, aquí instalamos un teléfono y así empezamos. Para pagar el recibo del teléfono, cada uno de los que nos reuníamos dábamos una cuota de cinco dólares o más, así empezamos cubriendo los incipientes gastos de nuestros sueños.

Desde el año noventa a esta fecha, por CRECE han pasado muchas buenas personas haciendo trabajo voluntario, pero el primer grupo, el que le dio la vida a CRECE éramos: Antonio Sabala, José Sabala, María Sánchez, Paula Ronquillo, José Mardoqueo, y yo, Túlio Serrano. Todos salvadoreños, refugiados, la mayoría viviendo en El Obrero Católico y participantes activos en la lucha de liberación del pueblo salvadoreño.

Nuestro fin era crear una organización de base que agrujinara a los refugiados del este de la bahía, algo al estilo de las organizaciones populares en El Salvador.

Un objetivo era la solidaridad con las repoblaciones en El Salvador, apoyándolos económicamente, proveyéndoles materiales de diferente tipo y denunciando los hechos represivos contra ellos. Otro objetivo era desarrollar servicios que beneficiaran a la comunidad de refugiados en esta área, servicios como comida, empleo, salud.

Desde nuestros inicios hemos tenido la determinación de mantener un trabajo permanente de educación sobre la realidad en que vivimos. Todas nuestras actividades, sin excepción, tienen el componente educativo.

Recuerdo que cada ocho días nos reuníamos en el pequeño cuarto de la iglesia con el fin de darle seguimiento a nuestro trabajo. Aquí descubrimos la necesidad de buscar fondos económicos y de hacer relaciones, dos elementos claves para crecer.

En el esfuerzo de financiar los gastos, hacíamos y vendíamos tamales cada ocho días. De esta actividad ganábamos cincuenta dólares semanales. Después nos planteamos presentar el proyecto a los estadounidenses, en esto encontramos apoyo en Diana Bon. Ella hizo una presentación ante cuarenta estadounidenses, allí vendimos tamales y recibimos donaciones, recaudamos ochocientos dólares, ese dinero era más de lo que pretendíamos recaudar ese

día. El éxito de estas actividades nos daban energía para continuar en el proyecto. Tengo presente que en esa actividad nos dieron un cheque y nosotros no sabíamos como cambiarlo, hasta esas cosas eran difíciles para nosotros, pero nuestro entusiasmo era grande y nada nos paraba, al contrario, todo era un aliciente y una razón más para dar el siguiente paso.

Ese cheque se lo dimos a los compañeros de CRECE de la ciudad de San Francisco para que lo cambiaron y nos dieran el dinero en efectivo. Ellos, CRECE de San Francisco tenían varios años de estar funcionando y tenían experiencia en muchas cosas, por esa razón pretendieron que nuestra organización dependiera de la de ellos. Durante un año, insistieron e insistieron que nuestro pequeño grupo de refugiados dependiera de su proyecto.

Nosotros estábamos conscientes de nuestras limitaciones y de la experiencia de ellos, y quizás en lo inmediato era beneficioso estar bajo sus ojos, pero parte de la filosofía nuestra era desarrollar una organización sin compromisos de ningún tipo. El único compromiso que estábamos dispuestos a asumir y con mucha responsabilidad, era el de ayudar a la comunidad de refugiados y a las repoblaciones en El Salvador, y no más. Por suerte que este capítulo pasó, ellos comprendieron nuestra determinación y nos dejaron a que tomáramos el camino que considerábamos adecuado. Y qué bueno que quedamos solos, pues varios años después, el proyecto de CRECE de San Francisco desapareció, si nosotros

nos hubiéramos fusionado tal como ellos lo deseaban, nuestra existencia fuera incierta.

El primer proyecto que realizamos fue el de comida. Nosotros estábamos buscando las formas de concretar nuestras ideas cuando conocimos a Jim Ferguson. Él tenía ocho familias refugiadas que les llevaba comida a sus casas. Le dijimos que uniéramos esfuerzos y que buscáramos un espacio para distribuir la comida en lugar de llevarla a las casas. Él estuvo de acuerdo y de inmediato empezamos la distribución. Esto fue en la Iglesia Metodista, en la dirección: 1655, 54 Avenida, Oakland, CA. La distribución la empezamos con las ocho familias que tenía Jim Ferguson, un mes después teníamos veinte familias, en ese año logramos repartir mensualmente comida para ciento cincuenta familias. El proyecto fue un éxito y continúa siéndolo. El proyecto de distribuir víveres aún se mantiene vivo, y hoy está más fuerte y robusto.

El compañero Jim Ferguson sigue en el proyecto, él ha sido clave en el éxito y en la prolongación, su actitud de entrega a las personas necesitadas es su sólida base para mantenerse firme en su misión. Junto a él ha habido otras personas que también han dedicado su valioso tiempo. Hablar del reparto de comida es recordar a John Castelfranco, Carolyn Schour, Charlie Boyd, Christina Tiedemann, Sherry Larsen Beville, Christie Demann, Cornelius Patrick, Francisco Quinteros, Edith Flamenco, Zoila Ramírez, Araceli Guerra, Verónica Vega, Elsa Ose-

gueda, Celia González, María Barajas, Ramón Marroquín, Alfredo Reyes,... Todos voluntarios y parte del equipo que ha garantizado concretar el proyecto; ellos son el alma del proyecto, sin ellos, el proyecto fuera una idea sin vida.

En este año 2004, cada viernes hacemos la distribución semanal, esto es gracias a la gran cantidad de voluntarios con que cuenta el programa. Tenemos otro reparto mensual de víveres donados por El Departamento de Agricultura. Y para las personas que por alguna razón no pueden asistir a los repartos, tenemos distribución tres veces por semana, en las tardes, en la oficina de CRECE, Oakland. Son doscientas familias las que semanalmente son beneficiadas por nuestro programa; esto es un orgullo para todos los que estamos en el proyecto. Para hacer realidad el programa contamos con un equipo de estadounidenses, coordinado por Jim Ferguson. Ellos son los artífices para que todo camine; por supuesto que éstos están complementados por muchos voluntarios que con amor disfrutan la satisfacción de dar su tiempo y energías para que otros tengan lo básico para vivir.

Las fuentes de donación más constantes han sido The Food Bank, donaciones individuales, fundaciones,... y San Vicente de Paul de la ciudad de Oakland. En estas instituciones hemos encontrado personas que nos han facilitado recursos, porque han visto en nosotros sus complementos para hacer llegar los víveres a quienes los necesitan. Ellos saben per-

fectamente la eficacia de nuestro proyecto y el espíritu humanitario y la honestidad de nuestros voluntarios, porque todo se hace con voluntarios, a nadie se le ha pagado durante los trece años de existencia, por esas razones siempre tenemos donantes que confian en nosotros.

En el año 1990 desarrollamos un programa de clases de inglés como segundo idioma, eran clases pequeñas, con buenos profesores, pero este proyecto fue muriendo poco a poco. En ese entonces el colectivo que dirigía CRECE consideró priorizar en otros proyectos.

Por varios años, CRECE promovía visitas a parques y lugares turísticos en grupo, similares a lo que le llamamos excursiones en El Salvador. Hasta cien personas de todas las edades salíamos los fines de semana a diferentes lugares y pasábamos el día juntos y divirtiéndonos sanamente. Estas actividades nos permitieron conocernos entre nosotros, que nuestros hijos se hicieran amigos, que los padres estuvieran más con los hijos. Fue una iniciativa bonita, pero las responsabilidades personales fueron siendo barrera para continuar, aunque los frutos de hacer sólidas amistades aún los cosechamos.

Desde el año 1990 mantenemos la celebración de navidad. Un aproximado de mil niños reciben juguetes, todos donados por otros niños, adultos e iglesias. Para este día hacemos una buena fiesta, con comida, baile y distribución de juguetes; la idea es que los niños y niñas disfruten y que nadie

de ellos se quede sin un juguete. La persona más entusiasmada y que más ha contribuido a este proyecto es Nancy Aguilar y su esposo Richard Aguilar, desgraciadamente Richard falleció, pero su esposa, Nancy, continúa con todas las energías del mundo para seguirle dando vida al reparto de juguetes. Nancy se congrega en la iglesia San Agustín de Pleasanton, desde ese lugar, con varios meses de anticipación y muchas horas de trabajo, empieza con la actividad que culmina cuando un millar de niños con padres de bajos recursos económicos, reciben su juguete en un ambiente de hermandad y alegría.

Easter es otra celebración que ya es tradición en CRECE. Para hacer realidad este día festivo, los estudiantes del colegio de Santa María de Moraga, hacen colecta de canastas y dinero. Todo lo recaudado es dado a CRECE para que nosotros lo entreguemos a los niños pobres; pero lo más hermoso es que los estudiantes del colegio que recaudan las canastas participan en la entrega de éstas el día de la celebración de Easter. Es hermoso, porque uno puede descubrir y desarrollar los niveles de solidaridad en los jóvenes; sin duda alguna, la naturaleza de los humanos es de bondad y amor, y que lástima que poco se promueven estas virtudes. Otra persona clave en este proyecto es la Hermana Nora, quien trabaja con la comunidad de la Iglesia San Jerónimo de El Cerrito. Gracias a ella conseguimos donaciones de diferente tipo, las cuales son recursos necesarios

para la celebración de ese día especial.

Tenemos una cena y dos bailes comunitarios al año. El objetivo principal de estas actividades es recaudar fondos económicos; pero nosotros tenemos la filosofía que toda actividad debe llevar el componente educativo, y éstas no son la excepción.

Por cinco años, desde 1991 al 1996, abrimos al público la clínica de salud mental "Edith Domínguez". La dueña de la idea y la principal voluntaria fue Bárbara Zelwer. Lamentablemente, Bárbara murió el 8 de abril de 2003, y con su muerte perdimos una de las personas que más ha apoyado a CRECE. Sus ideas, su tiempo y su energía fue vital para el crecimiento de CRECE, y en concreto, para cientos de personas que por su generosidad pudieron tener sus servicios profesionales gratis.

Gracias a Bárbara, muchos centroamericanos con traumas de guerra pudimos tener atención profesional y de esta forma tener una vida más sana y agradable. Gracias a ella, indocumentados que estaban en estas tierras por persecución política en su país de origen, aplicaron al asilo político y lograron su residencia. Recuerdo que fue ella, en 1992, que nos elaboró un proyecto y lo presentó a una fundación de nombre Vanguard, en esa ocasión el proyecto fue aprobado y recibimos el primer dinero por una fundación, fueron tres mil dólares por tres años, para nosotros esa cantidad de dinero era bastante.

Para mí, Bárbara fue asesora, confidente, amiga, hermana; su sensibilidad social, su compromiso con la comunidad latina era especial, CRECE, la comunidad y yo, le debemos mucho a Bárbara y sé que la mejor forma de pagar lo recibido es continuar con la entrega hacia las causas justas. Sé que lo único que ella espera de nosotros, es que continuemos en el camino de ayudar al necesitado.

Pensando en la solidaridad con las comunidades de El Salvador, ya se empezó a trabajar en el proyecto "Becas para el Desarrollo Comunitario". Proyecto encaminado a dar becas a estudiantes en El Salvador. En el primer momento se ha empezado con estudiantes de las áreas rurales de las ciudades de Tenancingo y Suchitoto. Los requisitos para aspirar a una beca son: Ser residente de comunidades rurales y que sus padres hayan sido desplazados, lisiados o muertos durante el conflicto armado.

CRECE ha estado pendiente y hermanado con algunas comunidades de El Salvador, principalmente cuando hay necesidades apremiantes por desastres naturales o sociales. Cuando aún existía la guerra, y la política de terror del gobierno violaba los derechos humanos, nosotros participamos en marchas frente al consulado de El Salvador pidiendo un alto al terror contra la población civil. Para cuando el terremoto en El Salvador y otros desastres naturales, de inmediato recaudamos dinero, ropa, medicina, y lo llevamos a la comunidad necesitada. Nosotros ten-

emos la política de dar la ayuda directamente a la comunidad necesitada, evitando pasar por filtros burocráticos que hacen ineficiente el poco apoyo que podemos dar.

Ver crecer desde cero el proyecto, desde cuando nos reunímos en el Obrero Católico, ha sido un aliciente. En lo personal me ha dado mucha satisfacción, y gracias a él he encontrado más razón de vivir y una manera de reducir los males a las personas que menos tienen. Pero no todo ha sido bonito, las amenazas han estado latentes y las situaciones difíciles siempre han llegado cuando menos se esperan.

Las limitaciones financieras es un elemento en nuestra contra, éstas han sido permanentes, jamás CRECE se ha caracterizado por ser excelente en conseguir recursos económicos, nuestra existencia es gracias al tiempo de nuestros voluntarios y no tanto a los dólares recaudados.

El elemento de inseguridad ha estado presente en nuestro desarrollo. Recuerdo que en marzo del noventa y cuatro recibí amenazas a través del teléfono por una persona que había prestado servicio militar en el ejército de El Salvador; recuerdo que me dijo, "...mirá Tulio hijueputa, te vamos a matar, quiero que sepas que ganó ARENA, que ganó Calderón Sol", dos semanas después unas personas entraron a la oficina y destruyeron los archivos, el teléfono, la fotocopiadora.

En ese año la Iglesia Metodista de Oakland

nos prestaba un pequeño cuarto para nuestra oficina. Cuatro hombres en un carro pasaban controlando a los que salían y entraban de la oficina y a mí me persiguieron varias veces. Para cuando destruyeron la oficina llegó la policía, tomó huellas, pero nunca supimos los resultados de la investigación. En una ocasión cuatro jóvenes mexicanos me rompieron los vidrios de un carrito, y después, a los quince días me robaron un pick up de CRECE. En diciembre del 2003 me llamaron a mi casa, cuando contesté me dijeron: "Que pasó cabrón, aquí estamos frente a tu casa, salí, que queremos aventarle una bomba molotov para incendiarla", por el acento de la voz, era una persona salvadoreña.

Es una lástima que existan personas descontentas por nuestro trabajo, lo que deseamos y tratamos es que nadie salga dañado con nuestra actividad, pero el hecho que hay algunas personas celosas de nuestro trabajo, ratifica que nuestro compromiso con los más pobres inquieta y molesta.

25

SINTETIZANDO A CRECE

A. LA MISIÓN

*C*RECE es una organización de base, cuya misión es organizar y educar a la comunidad inmigrante latina, con el propósito de mejorar sus condiciones sociales, económicas y culturales.

B. LOS VALORES DE CRECE

B.1. *C*RECE es una organización de base: Somos una organización centroamericana sirviendo a la comunidad latina, apoyado por voluntarios y donantes norteamericanos. Siempre somos conscientes del fin de CRECE, del esfuerzo y sacrificio de sus fundadores y voluntarios, y del surgimiento de CRECE a pesar de las condiciones limitadas que enfrenta. Somos una organización de, por y para el pueblo inmigrante latino. Definimos nuestros proyectos y concretamos nuestras prioridades según las necesidades y los deseos de la comunidad. Valoramos la dignidad de la experiencia del pueblo inmigrante, incluso su experiencia de organización comunitaria en América Latina tanto como la experiencia adquirida en CRECE. Asimismo tenemos fe en la capacidad del pueblo mismo de solucionar sus problemas.

B.2. *Compromiso a trabajar a largo plazo:*

El tiempo que ha logrado existir CRECE, todos los logros obtenidos y la gran cantidad de personas que han sido beneficiadas se deben al esfuerzo y compromiso de la comunidad. El proceso de mejorar las condiciones de la comunidad es un proceso de largo plazo y requiere de nuestro tiempo, paciencia y dedicación. No hay solución instantánea a los problemas que enfrentamos, y nos comprometemos a trabajar, con o sin recursos monetarios para este fin.

B.3. La fuerza a través de la participación de la comunidad: Reconocemos que todos los inmigrantes enfrentamos dificultades, incluso el trauma de guerra, el choque cultural, las barreras del idioma, etc. Creemos que el apoyo de la comunidad nos facilita la fuerza cultural, tanto como la salud mental. Reconocemos también que la comunidad latina inmigrante y refugiada es diversa, y promovemos el forjamiento de las relaciones positivas y respetuosas a través de nuestras diferencias. A este fin realizamos eventos culturales y educativos para todas las edades, para compartir nuestras experiencias en el espíritu del convivio.

B.4. La justicia social y la solidaridad con el pueblo centroamericano: Nos comprometemos a trabajar por la justicia social y con la solidaridad centroamericana. Generamos ayuda a las comunidades en El Salvador y en los Estados Unidos, enfocándonos en los más pobres, tanto en el interior como en el exterior del país. Nos dedicamos a la

integridad que hemos tenido en el trabajo en el exterior y el interior.

B.5. El desarrollo del liderazgo inmigrante: Valoramos a las diversas experiencias inmigrantes, y deseamos ayudar a que se desarrolle el liderazgo en nuestra comunidad. Apoyamos el desarrollo de nuevos líderes y queremos desarrollarles los valores que los hagan sentirse orgullosos de su cultura y continúen su trabajo en la comunidad.

C. LO MEJOR DE CRECE

Ana María Richard, John Castelfranco, Jim Ferguson, Carolyn Schour, Bob Pickus, Martha Jiménez, Irene Litherland, Chris Tiedemann, Ana Ortiz, Tito Serrano, Francisco Flamenco, Edith Flamenco, Eugene H. Pech, Wilfred H. Ward, Martha Sperry, Diana Bon, Bonnie Bon, Nancy M. Friedman, Bárbara Zelwer, FR Patrick Leehan, Sherry Larsen Beville, Louise Muhler, Ramón Marroquín y familia, Alfredo Reyes, Martha Reyes, María Baraja, Sergio Baraja, Verónica Vega, Ulises Vega, Selia González, Elsa Osegueda, Mauricio Vides, Manuel de Paz, Duglas Coto, Nancy Aguilar, Jorge Ábreo, Concepción Ábreo, Alicia Guerrero,... Carlos Guerrero.

Los nombres mencionados son sólo una parte de los voluntarios de CRECE, difícilmente podría poner todos los que han tenido la voluntad de dar su tiempo y experiencia para los inmigrantes y refugiados a través de CRECE. A todos les doy las gracias y

les ratifico mi deseo de seguir adelante en este esfuerzo.

Especial recordatorio para Bárbara Zelwer, Richard Aguilar y el padre Patricio Leehan, tres voluntarios que en el transcurso de estos años se nos adelantaron, pero que los recordamos con mucho orgullo. Desde donde se encuentren, quiero que sepan que con su trabajo y su conciencia social sembraron las semillas en el corazón de otras personas, las cuales siguen sus pasos.

D. INSTITUCIONES HERMANAS Y DONANTES

Catholic Charities of Oakland, Catholic Charities of San Francisco, Spanish Speaking Citizen's Foundation, Lao Family Community Development, Fruitvale Community, Occupational Health Project, Spanish Speaking Unity Council, Resurrection Lutheran Church, Obrero Católico of Oakland, Red Cross of Alameda, Grupo Alcance Mujer Latina, Grupo Maya, Multicultural, Instituto de Berkeley, Centro Multicultural de Alameda, Instituto Internacional de Oakland, La Raza Centro Cultural, El Puerto de Oakland, City of Oakland, Lucha Unida, CISPED, Anew America Community Corporation, Treasure Island Job Corps Center, Temple Israel Of Alameda, Lutheran Immigration and Refugee Service, Evangelical Lutheran Church America, Franciscan Charities Inc, Vanguard Public Foundation, First Congregational Church, Alameda

Community, Food Bank of Oakland, Oakland Unified School District, SHARE Foundation, Vista Community College, University of California, Interfaith Coalition for Immigrant Rights, Congress Woman Barbara Lee, Club de Rotarios Públicos de Alameda, Club de Rotarios Públicos de Oakland, East Bay Sanctuary Covenant, Iglesia Metodista de Alameda, Iglesia Metodista de Oakland, Iglesia Presbiteriana Hispana de Oakland, Iglesia Episcopal de Santiago de Oakland, Social Justice, St. Augustine' Church of Pleasanton, Saint Mary's College, High School of Berkeley, Saint Mary's College of Moraga, The Campaign for Human Development, The Morris Stulfaft Foundation, The River Side Church, The Tides Foundation, The Franciscan, The Self Development of People Community, Montclair Presbyterian Church.

Parte VI

REFLEXION FINAL

26

LA CUOTA DE SANGRE DE LA FAMILIA

LOS ASESINADOS

*H*ermanos asesinados: Félix del Carmen de Paz, de 16 años; José Apolinario de Paz, de 22 años; Roberto "Tito" de Jesús de Paz, de 21 años.

Primos hermanos asesinados: Carlos Alfaro, de 12 años; Alfredo Alfaro, de 26 años; Roberto González Alfaro, de 14 años; Ramón Mendoza de Paz, de 25 años; Rosalina Mendoza de Paz, de 22 años; Guillermo de Paz, de 45 años; Ángel de Paz, de 39 años; Candelario de Paz, de 50 años; Reinaldo Alfaro, de 30 años; "Chon" Alfaro, Eugenio Alfaro, Jesús Alfaro, Daniel Alfaro, Alejandro Funes de Paz, Genaro Funes de Paz, Alejandro Peña Alfaro, Esteban de Paz, Carmen González Alfaro, Medardo González Alfaro, Antonio Torres Alfaro, Roberto Torres Alfaro, Teodoro Torres Alfaro, Antonio Torres Alfaro, Antonio Mozo Alfaro, Inés Mozo Alfaro, Baluino Peña Alfaro.

También fue asesinado mi padrino Doroteo Alemán y su esposa Mera Escobar.

LOS LISIADOS EN LA FAMILIA

*M*i mamá, Laura del Carmen Alfaro; Bernardino Alfaro, amputado de la pierna; María Alfaro, perdió un ojo; mi primo Emilio Funes de

Paz, herido de la pierna.

En síntesis, hubo treinta y uno familiares asesinados y cuatro lisiados. Este fue el costo y la sangre derramada en los años de guerra, razón suficiente para sentirme feliz de haber salido vivo, y triste por tanto conocido asesinado. Si uso la palabra asesinado es porque la mayoría o casi todos eran personas civiles, es cierto que eran opositoras al gobierno, simpatizantes de la guerrilla y pobladores de una zona que tomó conciencia de la necesidad de cambios sociales, pero eran civiles, y por lo tanto, tenían que tratarse de esa manera.

27

LA LUCHA POR LA JUSTICIA Y LA PAZ

Soy refugiado, inmigrante, veterano de la guerra civil, padre de dos hijos que por razones de persecución y compromiso social no pude vivir con ellos en sus años de niño, soy parte de una familia golpeada por la guerra, con hermanos asesinados frente a mí,... casi analfabeta. Cuando me analizo a la luz de las circunstancias en que he vivido, descubro cuántas cosas tengo dentro de mí que me identifican y que son el resultado de la época que viví y de las circunstancias en que crecí. El ser pobre, haber descubierto que se puede vivir con más dignidad, y haber participado en una guerra con la esperanza de ver un mejor país, me evolucionó totalmente y me alegro de eso.

Mi sueño, mi terco sueño, como yo le llamo a mis deseos de transformar el país, han sido el rector de mi vida. Mi lucha es por el bienestar social, por la paz, por el progreso, por la igualdad, por vivir con dignidad y porque la ética sea el sostén de la acción diaria, han sido mis banderas. Lamento que todas estas ideas y estos deseos eran consideradas por los que ostentaban el poder como ideas subversivas; por esa razón absurda, el que pedía justicia, pan, respeto, le daban balas para sepultarlo y callarlo para siempre.

Me lamento haber crecido en el tiempo y lugar donde los gobernantes desconocían el real significado de la paz, de la justicia,...y del respeto.

Salí de mi país huyendo porque muchos querían deshacerse de mí, nunca mi salida de mi pequeño país fue por motivos económicos o en busca del "sueño americano", la meta en ese momento era alejarme de la zona de guerra, esconderme entre la gente en un lugar lejano, hasta convertirme en una persona más. Llegué a los Estados Unidos sin pretensiones de hacer dinero y nunca lo he hecho, he trabajado para cubrir mis necesidades básicas, nunca he dejado de ser pobre económicamente, pero me siento emocionalmente bien, pues mi tiempo se lo he dedicado a los pobres de este país.

En catorce años de arduo trabajo ahorré veintidós mil dólares. Llegar a tener esta cantidad significó más austerioridad de la que mi estilo de vida tiene y limitarme en muchas cosas, pero quería ahorrar, quería dinero para los estudios de mis hijos. Esos veintidós mil dólares servirían para que mis hijos no fueran ignorantes en las letras como lo he sido yo. Mis ahorros apenas alcanzan para un año de estudios universitarios, estoy claro de esa gris realidad, pero también eran un incentivo para seguir adelante en esa titánica tarea.

Lamentablemente, el 30 de enero de 2004 mi hijo se enferma de apendicitis y es necesario ingresarle al hospital y operarlo. Tres semanas estuvo hospitalizado, y gracias a Dios y a la alta tecnología, todo salió bien. Aún no me había pasado la alegría de ver a mi hijo sano, cuando me llega una carta del hospital con la cuenta de treinta mil dólares de mi

deuda. El monto del "bill", como les llamamos a los cobros, me asustó, me quitó el sueño por varios días y me puso contra la pared.

Después de asimilar el golpe, fui y hablé con las personas del hospital, les dije que era pobre, que no podía pagar esa cantidad y por el hecho de ser pobre no tenía seguro médico. La persona que vio mi caso buscó la forma de incorporarme a algún programa de salud para personas de bajos recursos; pero por el hecho de tener en la cuenta bancaria los veintidós mil dólares, no calificaba a ningún programa para las personas pobres.

Me sentía dolido e indignado, ¡no era justo lo que el sistema me hacía!, por momentos juraba no pagar, pero una decisión de ese tipo me traería repercusiones negativas; terminé aceptando la triste realidad. Mis amigos me recomendaron a que negociara la deuda, y así lo hice.

Después, la administración del hospital terminó aceptando el pago de la mitad de la deuda, con la condición a que lo hiciera en un solo pago. Para mí fue un golpe bajo del sistema, mi delito era no tener dinero para obtener un seguro.

En muchas cosas soy terco y radical, principalmente en lo relacionado al bienestar de los pobres y al respeto de la naturaleza, en esto no hay medianas tintas y es un error ponernos flojos y permitir que por elevar las riquezas, los poderosos hundan más al pobre o destruyan o contaminen nuestro planeta.

Desde que mi conciencia despertó del letargo de sumisión, de eso ya hace muchos años, mi anhelo es trabajar por la paz, por la democracia con justicia social; hasta hoy he tratado de ser fiel a mis ideas y

espero no desmayar, quiero morir satisfecho de haber dado mi tiempo por causas justas y por empujar un proceso donde no existan oprimidos y opresores, y donde los niños desconozcan la desnutrición y el analfabetismo.

Soy alérgico a las fuerzas que tratan de resolver los problemas sociales y políticos haciendo guerras, no importa si éstas tienen nombres que aparentan justicia, como por ejemplo, "la guerra contra el terrorismo". La guerra es causa de destrucción, es la semilla del odio y un medio de venganza, por esas razones estoy contra ella.

En mi país la guerra dejó varias decenas de miles de muertos, miles de desaparecidos, infinidad de lisiados, cientos de niños perdidos y otros huérfanos. Una quinta parte de la población se convirtió en refugiada en el momento más álgido de la guerra, y muchos terminamos viviendo permanentemente lejos de nuestros caseríos o ciudades. Unos le llaman la década perdida, las Naciones Unidas le llamó, "Los tiempos de locura", para mí, es "La época de la intolerancia y donde el fusil era el amo".

Me cuesta comprender que las libertades políticas y los retazos de democracia que se lograron al finalizar la guerra en mi país costaron tanta sangre, tanto dolor y, me cuesta comprender los niveles de dolor que deben derramar los pobres, para ser escuchados.

Después de haber vivido una guerra y saber perfectamente lo que significa, estoy por la justicia y por un mundo en armonía; confío plenamente en la capacidad de transformación social que tienen las

personas cuando éstas se organizan para ese fin, y por esa razón he consagrado mi vida al bien y al esfuerzo por potenciar la organización social. Estoy convencido de que muchos de los problemas que nos agobian serán resueltos en la medida que nos organicemos y que juntos enfrentemos los retos de la vida. Las banderas que nos unen en esta lucha por la paz y el amor, son muchas. Las razones para seguir con la utopía sobran.

Lo más difícil del período post guerra son las heridas del alma, el dolor interno que eternamente nos acompaña, el recuerdo amargo de haber visto morir a los hermanos, el vacío en el hogar del padre muerto o del niño robado, la incertidumbre de la madre por su hijo desaparecido. Estos son los dolores intangibles, los invisibles e innumerables. Éstos son los que por varias generaciones nos destrozarán la felicidad y la calma, pero también son la razón de ser de nuestra lucha por la paz.

En mi caso, ver cómo era abusada mi hermana, la manera que mataron a mis hermanos, y tener en mi mano el papel amarillento con la lista de los familiares y habitantes de mi caserío muertos mientras mi mente recuerda el rostro de cada uno de ellos, son episodios demasiado crueles para ser olvidados.

Yo, sin duda que moriré con esas imágenes en mi mente. Hace muchos inviernos, cuando la muerte de mis hermanos era fresca en el tiempo, la venganza y el odio dominaban mi mente; pero gracias a personas sabias, esos días son solamente recuerdos. Hoy, esos hechos, son parámetros para medir hasta dónde llega la maldad humana.

El cuerpo destrozado de mis hermanos, la

clemencia pedida por mi hermana antes de ser abusada, el rostro lleno de odio de los guardias que la violaron, el recuerdo de los héroes que conocí en las zonas guerrilleras, mis hijos, las nuevas generaciones y el amor que he encontrado en este país, son el alimento a mi terco deseo por crear un mejor mañana.



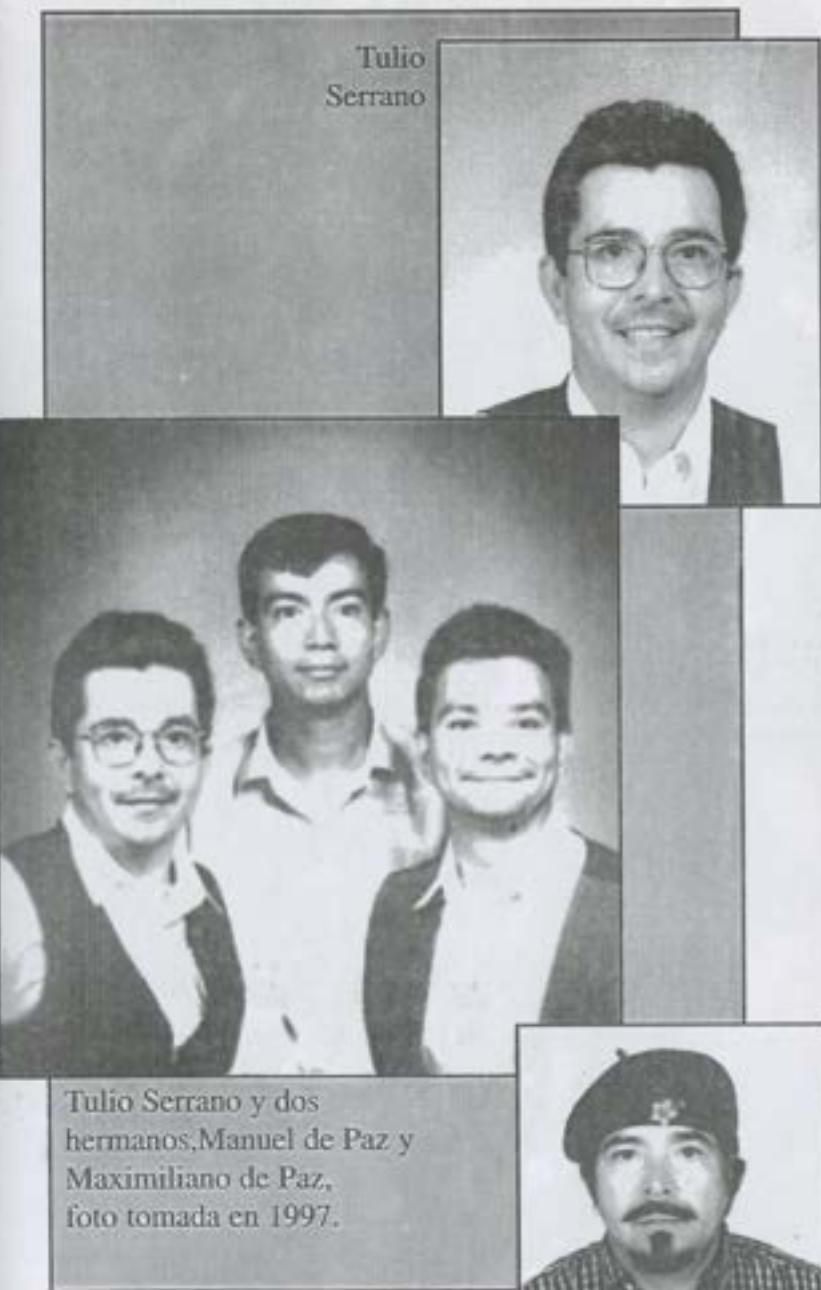
Foto tomada en la celebración de los acuerdos de paz, San Salvador



Rosalío de Paz, padre de Tulio,
con Javier Alexander en brazos (hijo de Tulio Serrano)



Laura del
Carmen
Alfaro,
madre de
Tulio
Serrano.



Tulio Serrano y dos
hermanos, Manuel de Paz y
Maximiliano de Paz,
foto tomada en 1997.

Tulio
Serrano



De izquierda a derecha: Javier y Roberto,
hijos de Tulio Serrano, año 1992



Tulio junto a John Castelfranco,
año 1997



Tulio Serrano dando un discurso frente
al personal del Banco de Comida



Tulio Serrano junto a voluntarios de
CRECE celebrando el día de la madre,
Año 2000



Ana María Richard



John Castelfranco



Bárbara
Zelwer



Tulio Serrano con jóvenes en campaña de
reforestación en Oakland, abril 2000



Tulio Serrano junto a niños de la
comunidad de Aguilares

Tulio
Serrano
con Ana
María
Richard



Tulio Serrano celebrando el día de las pascuas
con niños de Oakland. Año 1994



Tulio
Serrano
repartiendo
comida.
Oakland,
año 1994





Tulio Serrano con una delegación de voluntarios en la comunidad de Milingó, Suchitoto. Año 1994



Tulio junto a la delegación de observadores de las elecciones presidenciales. Marzo 1994.



De izquierda a derecha:
Duglas Coto,
Maura Alfaro
y
Tulio Serrano,
en una
comunidad
de
El Salvador,
año 1998.



Lugar de la masacre del cantón Guadalupe, El Salvador,
foto tomada en Nov. 2004



Tulio Serrano, dos voluntarios de CRECE y 4 estudiantes becados por CRECE, año 2005

CONTENTS

PART I.....	219
PRE-WAR	
1. Before the War	
2. Rosario María	
PART II	227
MY ROOTS	
3. My family	
4. My father	
5. My mother	
6. My brothers and sisters	
7. Home life	
PART III.....	239
A GROWING CONSCIOUSNESS	
8. Childhood	
9. Adolescence	
10. Discovering the God of the poor	
11.It began to be called civil war	
12. A tiny voice begging for mercy	
PART IV.....	277
LIVING IN A WAR ZONE	
13. I wanted revenge	
14. Between the anvil and the hammer	
15. Saving lives	
16. The guerrilla movement is born in my village	

17. The worst invasion
18. Permanent danger
19. Our family torn apart
20. Illness and disease strike
21. The birth of my first son

PART V..... 363

GOING NORTH, BECOMING AN IMMIGRANT

22. Leaving hell behind
23. Coming to San Francisco
24. Dreaming about starting a refugee organization
25. Building CRECE

PART VI..... 391

FINAL REFLECTIONS

26. What my family paid in blood
27. The struggle for peace and justice

Part I PRE-WAR

In this first part of the memoir, I will focus on our life and how pre-war circumstances really influenced our pre-war development plan. We begin with an overview of our family background, our immigrating story of our ancestors' saga. What we had learned for so many years, was really tested by the military experience. Almost at the same time, the two men who were commanding our home, started being asked for a military change.

The first chapter, "What my family paid in blood", looks like the author's own life story, but it also includes his father and sister. A collective memory of what happened when they became refugees in 1972, when they left the country of their Christmas. However below the word "refugee" because one of them died and the other became a soldier. The author's mother suffered from the same fate, but she died young in the first year of her life. From the start of the memoir, they all seem to be lost and torn apart, separated from each other. We can see nothing right or wrong in this case regarding family

1

BEFORE THE WAR

*B*efore the war came to my village, I lived a typical campesino life. Our family was very poor, but also strong and very religious, closely bound to our small plot of land and village customs. Although we lived in a poor community, totally neglected by government development plans, we had unity in our humble dignity. But the tranquility of our surroundings, that we had known for so many years, was violently jolted by the military repression aimed at the many families like my own whose awakening centered upon a deep desire for social change.

Not everyone remembers what their lives were like when they were eight years old, but my memories are fresh and clear. I remember perfectly well how new ideas began spreading in our village, about what it meant to be a Christian. I remember how the word "liberation" became central to our lives, and to the teaching of the Word. The "commitment" - another word that came to life - of that time, was to liberate ourselves from individualism, from the sin of submission, from all the ideas that tied us to moral and economic misery. We were called upon to liberate ourselves from

injustice, from exploitation, and to aspire to a better world. These ideas flourished in our community and gave us new hope. It was only a matter of time before new political ideas took root in our fertile fields. At that time, I was just a child, but I remember the desires for freedom of my parents' generation. The new hope of being heard and of being recognized by a world that had ignored us, came to our village in Biblical verses, taught by catechists that were first discredited and later murdered. It was a new idea in those days, that Christ in his wisdom had decided to side with the poor. Prior to that we only knew about the light-skinned, light-eyed Jesus of Nazareth. I recall how just a few catchists, filled with faith and courage, woke us from a decades-long lethargy.

Naturally this awakening of consciousness was not supported by those who had become used to taking advantage of our blindness. Unwilling to risk their privilege, they took immediate action. First, they infused their sermons with threats about what happens when a father does not support the action his child takes. Then, in the face of our stubborn faith in the teachings of Jesus, they sent us signs of what was to happen. This was when the murders began. And when we did not listen to those murderous signs, because we had more faith in Christ than in fear, they showed only hate and no mercy. The massacre of three of my siblings, along with six other villagers, was one of the first murderous punishments we experienced.

Until that year, poverty and all of the suffering that accompanies it, had been the worst and most difficult thing we faced, but added to our material needs we later came to know political persecution and death. The blow dealt us by the beast that murdered my brothers and sister was, for my family and for our community, the first chapter in a long chain of events in which persecution, abduction, violent murder and family separation became the daily norm.

2

ROSARIO MARIA

J was born on January 3, 1961, in the hamlet of Rosario Maria -known in wartime as El Perico - in the Tenancingo area of the Department of Cuscatlán. My Christian name is Esteban Marino de Paz, but I now go by Túlio Serrano. I am the third of seven children born to my parents, Laura del Carmen Alfaro and Rosalio de Paz.

My memories of Rosario Maria before the war are of a small, quiet village, in which time went by slowly and things happened all in good time, with no disruptions in our daily lives. The war completely transformed all of that. The war marked a line between two entities: what was, and what is Rosario Maria. Its tempestuous arrival, and the conflict that ensued, gave birth to a new phase and did away with everything I remember of our community. After more than a decade of war between countrymen - and brothers - my little village never was the same again.

I was lucky to have been born in a hamlet of fewer than 200 families. Due to its small size, we all knew each other and neighborly harmony was the basis of a life in which friendship flourished. The

social and political system had made us peers in poverty, lifestyle and ignorance. Nobody could boast of being upper class, owning land, traveling to other countries or holding a university degree. We were all poor, and while there were some minor differences between families, no one had wealth. There were some families financially better-off than mine, who had a bit of land for themselves; they did not have to rent a parcel or work for other people as I did for a long time. Most families were similar to mine, in which we had a tiny plot of land that was insufficient for growing what we needed. Most of the time, or sometimes just seasonally, we worked for other people in order to earn enough to survive. But there were also some people who had nothing - no land and no cattle -who worked as field laborers, and were the poorest of the poor.

They were commonly known as "the most screwed" out of all of us. These families lived in tremendous poverty, lacking all the basic necessities such as food, clothing, and shelter. My village, like most, lacked roads, electricity, potable water, and medical care. It was a place totally neglected by government decision-makers, and our future was bleak. These material circumstances were what led the majority of the people in Rosario María to adopt the revolutionary ideas of Christ in the face of our abandonment.

Part II

MY ROOTS

in the country that you can see from the great lakes to the west of the world. It may seem like a very old story, and it may be, or should have been, but it is still a good one to tell. What does it mean to us today?

3

MY FAMILY

*O*ur family of nine consisted of my parents, six sons, and one daughter. The size seems quite large if you compare it to modern families or families in the United States, but campesino families in my country tend to be like mine.

As in a traditional family, my father was the head of the household. My mother made some decisions about day-to-day life, but my father always had the last word on any matter of importance. My mother was in charge of food, stretching the few resources we had, and of raising the children. My father worked the land, bringing us corn, beans, and rice; the elder sons worked alongside him in the fields, which was then, and continues to be now, very difficult and demanding work..

4

MY FATHER

*M*y father, Rosalío de Paz, died in 1992, after the war ended. Unfortunately, we know very little about his death, as a relative sent us news that he had died. She told us that he had been found dead in the street, and that it was just by a coincidence that someone knew him as her relative and alerted her to his death. Two days later, and without knowing where we lived, this relative managed to find us, and my family was able to hold his wake. Sadly, I was unable to attend the wake and funeral, as that year I had immigrated and it would have been impossible for me to leave the country.

It was very difficult for me to be unable to be there, to console my mother and reassure her that she was not alone and that she had her children and God to protect her, or simply to take her hand and support her without needing words, as we had always been able to do. It pained me a great deal to not be able to make the trip and embrace my mother and siblings at a moment in which the love of one's family is the only salve for the loss.

Those days made me feel like a caged bird

in this country that is said to have the purest freedom in the world. It hurt to miss seeing my father one last time, and to be unable to thank him for having given his life for his children. What consoled me most was knowing that I had been able to be with him day and night during the years that we had worked side by side in the fields.

My father was a tall man, about five feet seven inches. He was slim, had a dark complexion, and had straight, dark hair. His health had always been fragile due to anemia. He was a responsible father, and despite his delicate health never missed a day of work; he knew perfectly well that his family depended upon him. I witnessed his silent pain, his tiredness, and how his body suffered, as I accompanied him in daily work.

He always worked, never taking a break, and despite his never-ending effort, we could not escape poverty. We were always poor, just like my grandparents and my great-grandparents before them, because in my country and probably throughout Latin America, to be a farmworker or campesino is to be condemned to a destiny of poverty.

My father recognized that what we grew was not enough to cover our basic needs. Experience proved that providing for seven children meant working more than eight hours a day, so he looked for ways to earn extra income. Occasionally he purchased small pigs and sold them in San Pedro Perulapán. It took six hours on foot to get to that town with the pigs, but even having to leave at dawn did not stop him from

going to sell those pigs, earning just between ten and twenty-five colones. The extra income was very little, but it helped us survive. When we found ourselves doing a little better, he would buy little things to sell at the Cojutepeque market.

My father's siblings include Tereso, Andres, Jesús, Venancio, Gerardo y Lola de Paz. Before the war, his whole family lived in our village, so I knew all of them.

My paternal grandparents were Wenceslao de Paz y Guadalupe Ábreo de Paz.

Mejor hoy es que ayer ayer era malo.
Ayer no se vivió bien porque
no se sabía qué viviría uno al día siguiente.

5

MY MOTHER

*M*y maternal grandparents were Concepción Alfaro - known as "Don Chón" - and María Julia Paz, both of Rosario María. My aunts and uncles are Rubén, Cupertino, Juan, Juana, Bernardino and Gloria Alfaro. Because they all lived in Rosario María before the war, I knew them all and shared many experiences and memories with them.

My mother, Laura del Carmen Alfaro was born on May 18th, 1934. She has been living here in the United States for several years now. Having her in Oakland, the same city in which my brother Manuel and I reside, has brought us closer together again, as in old times.

My mother is a lovely woman, stocky, light-skinned and curly-haired. She has a warm heart and is incapable of wishing anything bad upon another person - due in great part to the religiosity which is the basis of her character. She is friendly and strong, and never lets a problem get her down. During the war she had to draw upon this strength often, when her sons were killed, when she had to flee our village, and when she received news of the deaths of so many friends and family. In fact, her life has been filled with episodes of which only people like her who have great faith, love life, and can stoically face their problems are able to gracefully get through

them. She has always known how to pull herself together and move on in life.

The war hit my mother very hard: she lost two sons and a daughter; she was forced to flee her tiny home, fields, village and her people. As punishment for having dreamed of a better life, her right to live at home with her loved ones was taken away from her; and in doing so they wounded not only her soul but also her body, inflicting wounds upon her in an attempt to make her give in. Throughout it all, she faced the war with dignity. All those blows, both large and small, left marks behind, but no one could diminish her faith, no one could make her yield her principles or undermine her dignity. While the memories of her suffering can never be erased, neither will they destroy her, because her love and faith are as solid as rock.

I remember that my mother was always affectionate with her children. At the same time, she was strict, especially concerning Christian values, respect for adults, and family tradition. She may not have been the one in charge of bringing home the money or household needs, but she was ingenious at stretching the little bit my father was able to provide.

7

HOME LIFE

*M*y parents' home was built like a small box with four walls, a roof, and a small hallway that served as a kitchen. It was very rustic, to say the least, with dirt floors, unfinished walls, and without dividers to mark spaces for our various activities. Most houses in our village were the same. Perhaps a thousand square feet, our house held four beds where the seven of us children slept, and another for my parents. We had no privacy, but this was normal in our community, and passed mostly unnoticed in our daily routines. The roof was made of rough boards, the beds of wood an straw.

When we were not at home, we usually were at the hermitage, a place I return to visit often in moments of reflection, when my mind snubs its nose at the border and without any means of transportation takes me back to the scene of my innocence and hopes.

We also had a plot of land for our crops. Land, the most important and sacred posession for a campesino, in our case was rocky, not very fertile and insufficient to meet even the most basic of our family's needs. Like human beings, land needs rest in order to be productive, but we did not have the

luxury of working the land only a few years at a time, nor could we afford to buy fertilizers. But my father knew the techniques that had been passed down by his ancestors, and I have clear memories of my father spreading a mix of fallen leaves and animal manure to feed the poor, overused earth of our fields.

Because our land could not produce enough for our family, my father also rented another plot from Don Medardo Martínez, who lived in Tenancingo, the closest town to our village. In payment my father gave him a mega of corn, a measurement that no longer is used but was equivalent to a dozen medios, and each medio weighs twenty pounds. Only a portion of Don Medardo's plot was productive, so my father worked almost entirely for the landowner, but the hope each year was that the harvest would be better, and he would rent it again the following year.

The little bit that we had - our tiny field and a few head of cattle - we sold in an effort to obtain medical care for my father's delicate health. Sadly, the little capital we raised was not enough, and my father had to live with his illnesses untreated, which in the end were what brought him to death.

Part III

A GROWING CONSCIOUSNESS

8

CHILDHOOD

*L*ike most children in my community and others like it, I grew up not knowing how to read or write. When I was very small I went to school for a few months, but our family's immediate financial needs meant that I could not finish that year, nor continue on to other grades. Our poverty was such that my parents could not even buy me a notebook and pencil, let alone the textbook used in school. I am a living witness to the level of poverty my parents faced, so I hold no resentment toward them for my illiteracy, knowing that they did everything within their reach, and that sadly, their resources could not reach far.

Illiteracy has been like a ghost that has followed me throughout my life. At first and through adolescence, it lowered my self-esteem and made me think that because I could not read, I was not as important as other people. Later, this spirit tried to deter my dreams of progress and self-improvement. Today it remains an obstacle to my efficiency, as I get anxious when learning or expressing myself in writing, but I move forward as best as I can, without letting anything get in the way of my desire to be useful and active.

I scarcely went to school, but I remember that our little schoolhouse had just first and second grade. If a child wanted to continue his or her studies beyond that, he or she had to go to school in Tenancingo, the closest town that was an hour's walk from our village. Continuing past second grade was very difficult for most children, although some managed to do so. Some of my siblings, for example, studied more than I was able. My older brother Tito, went as far as ninth grade, and was a very smart young man. Apolinario completed sixth grade, and my sister completed fifth.

It was thanks to the war and to the help of other people that my younger brothers completed high school. To live in hiding is sad and painful: it is to live without a home. But those same painful circumstances provided my younger brothers the opportunity to go to school, and they were wise enough to take advantage of that.

Rosario María's schoolhouse, called Manuel Araujo, was located on top of a small hill. There were two classrooms with old desks that were in terrible condition. Physically, it was a disaster, but it was the place where many people learned to read and write.

Two teachers came to our school, one named Roberto and the other Armando. Both were progressive people and developed a close relationship to the community. Roberto belonged to the National Association of Salvadoran Teachers (ANDES 21 de Junio) and later was assassinated

by the soldiers. Armando is still alive, and I was able to see him eight years ago, at which time we talked a great deal about those days in the village. I remember that both teachers were stern and strict, and my memory is probably not far off, as teaching styles back then were very top-down. One time, Roberto hit me and left my foot all bruised, and I know I was not the only one punished like that - in those days that was the normal teaching method. The teachers considered best by our parents were those who tolerated no lack of discipline and who turned us docile and obedient by a stick in the hand.

I recall that at first our teachers did not live in the village, but they came every day from the towns they were from. Later, when they started dating and then married young women from the village, they were no longer strangers in the community. Both ended up living and raising their families in the village, going to visit their parents on weekends.

Now I again think back to poverty, which was one of the things that most impacted me as a youth, and I remember that our daily food was tortillas and beans. Occasionally we had rice with that. When our harvest of corn and beans was bad, the economic situation in which we found ourselves was not to be envied. At a low point, we lacked everything and we could eat only tortillas with lime juice and salt. If my mother got any money, she would buy three eggs and make it into

seven servings, one for each child. There were many difficult and sad times, but the whole experience was extremely fruitful in terms of personal formation and learning life lessons.

Sometimes we went fishing in the Tapechapa and Quezalapa Rivers. If we did well, the whole family ate fish, and these were special meals that my mother prepared deliciously.

In winter, when the plants came to life from the welcome rain, my mother would send me to pick edible plants that back then grew wild and helped fill our hungry bellies. In those days, plants we called verdolaga, el chipilín, berries, cojollos de yuca, la flor de pito y flor de madre cacao grew abundantly.

Another alternative for food variety was to go hunting. We kids were pretty good with our slingshots. For hunting, we liked the ravines where we found all kinds of animals. We hunted pigeon, quail, wild turkeys, and other small game. Now as an adult I regret that we killed all those small animals, but the combination of poverty and customs led me to do those things that in many places would be considered crimes against nature. But in the conditions and place where I grew up, such things were part of survival.

I have a very clear recollection of a time that my mother sent me to the neighbor's house to ask her to loan us a tablespoon of salt and three of beans, as we had absolutely nothing to eat that day. Those were our poorest times. We used turbinado instead of sugar. When we had an abundant harvest, we sold pounds of beans to our

neighbors, and with that money we bought the turbinado and lime for cooking beans.

These memories are of the time when I was six or seven years old, in the first grade. My mother says that at that age I was a happy child and made friends with all the other children in our village. I remember that all of us made up games all the time, because none of us had toys like children do now. We relied on our imaginations, and for our games we either made our own toys or we made up games and other ways for kids to play and take part. One game I remember was "La Casita de Chusco", where the first person to get the nugget into the hole won, and the nugget was a marañon seed. Another favorite game was "El Burro", which we loved. For this game we put a strong, but dry tree in the ground, and about three feet up we cut open a hole. In the hole we put another branch that stuck out about 3 feet on either side.

Then a few of us sat on the branch and the rest turned us round and round until we all fell. Sometimes we hit the ground pretty hard, but it was fun. Of all the games we played, this was probably our favorite. The other game we played a lot was soccer, and in our village we had a little field and we played with homemade balls. Almost all of our game were for groups, which is different than what kids play today. Nobody had any kind of electronic game, they were all old-fashioned and homemade, but they were enough for us to have fun.

When I was a six-year-old, I went around barefoot, and dressed in homemade clothes from the cheapest fabric available. Those long-gone

images I remember with nostalgia, sadness, and pleasure, a rare combination of feelings. While I remember the time with great precision, many details escape me. After a while, time and life events have sent many of these memories into oblivion, but I know that they played an important role in creating the man I am today. The events of my childhood left a lasting mark on my personality that would be very difficult to erase.

At the age of seven I began to work, at first helping my father, but later I began working for other people, becoming a child laborer.

One of the things I often think of is the festival that celebrates the Virgin Mary. Our festival was small - almost all the participants were from our same village, but those were happy days. There were games, dances and pupusas, and the men raced on horseback on very difficult tracks. This kind of celebration ended when the war began. Today, those traditions are only told about by those of us who still remember.

In our village we celebrate the Day of the Cross, Mother's Day, Christmas and Easter Week. All of those were happy days for everyone.

Most of those holidays are not celebrated with the same energy now as they were back then, and certainly not with the same enthusiasm and unity as that demonstrated by my and my parents' generations. The war brought total chaos and cut off everything we knew, and many traditions have just recently re-emerged. Everything having to do with local traditions and community unity disappeared from our village. War made us different,

and it transformed our little place and its customs. The war was both a military and a social phenomenon that marked the end of an age in our village and the whole society of El Salvador. Today, when we recall so many customs, we have to identify if we are talking about before the war or after the war.

Our small community never was the same again, even after Peace Accords were signed and the war was relegated to the past, having created countless consequences in its wake. Many of original settlers died during the war; for example, I can think of 110 deaths in my village alone, and I am sure that those that I remember are most certainly not the total number of deaths. The luckiest ones moved to other towns, and others, like my family, became refugees, living in crowded temporary housing, our families separated and able to eat only thanks to the help of different parishes.

Today, of the inhabitants of El Rosario María, very few of the original villagers remain. The majority are strangers who have come to the village for reasons unknown to me. Many of those who lived there before the war were killed by the government forces and buried by their relatives and friends either there or in far-away places. Those of us so lucky to escape with our lives became spread out all over different places and even different countries.

I hope that the fatal blows dealt to our community do not go ignored. I want people to know that we were defamed, persecuted, tortured and murdered. It is for this reason that I write this

story, because I want people to know how our little community was destroyed.

When I was eight, I continued helping my father in the fields, but with him I did not earn money. These sunrise to sunset workdays, in which we grew fields of corn and beans, were my contribution to the family. But I saw that money was always scarce in our home, and for that reason as well as wanting some pocket change for my own expenses, I began to work for other people. First I began working for my aunts and uncles, and later for other people. My main job was clearing cornfields. I received half a colon for each area I cleared, and at that age it took me six hours - from six a.m. to noon - to do the job. Half a colon is equal to about seven cents. That is how much I earned in one day, and I was happy to earn it, as to me it seemed like a good salary. As years went by I went up to three-quarters of a colon, and later even up to one and a half colones, but by then it was the late 1970s or early 1980s.

Sometimes I went into the mountains to cut firewood and then I walked the hour to Tenancingo to sell it. For a bunch of wood I received half a colon.

I was a good boy, and aware of my family's great need, so I always gave half of what I earned to my mother, and the other half I got to keep for my own pocket money. With that change, which wasn't much, I bought cookies, candies, fruit, or sweet buns. Occasionally I saved up to buy a shirt, because as I got older I didn't like the shirts my mother made out of cheap blankets.

People in our community were pleased with the work skills I demonstrated at such a young age. Landowners trusted me and I almost always found someone who would hire me.

My relationships with my siblings were very good. The older ones worked and played with me, but it was with Carmen that I had the best relationship. I think it was because of her age and her personality. I remember that we used to sing together, and even after all these years I can recall her favorite songs. Her death truly pained me, and I felt that I had lost one of the people whom most I had loved and who had loved me.

My father and I understood each other really well. I went with him to work all the time, and we spent practically the whole day together in the cornfields, talking and working. The memories I have of him are fond; he was an excellent parent, very responsible, and his children were the most important thing to him.

My mother was and continues to be an excellent mother. She also has always been responsible, and her children have meant the world to her. When I was 8 years old, I was closer to her than to my father, my closeness to her probably being in response to her dedication to caring for us. She was fairly strict with discipline, teaching us to respect our elders and our religious beliefs. She was very Christian. During Semana Santa she would not allow any of us to kill any kind of animal, cut down a tree, or play outdoor games; her religious beliefs prohibited it.

As a child, up until at least ten years old, I was a happy child. I was friends with all the other

children my age, and I believe I still have those characteristics. I was quick and outgoing with my friends, but was occasionally somewhat introverted. For example, with adults I was quite shy, because my parents did not allow me to spend time with adults, believing that adults often set bad examples for children. I also had been raised with a strong fear of God, to the extent that I was incapable of stealing even an orange or other fruit from someone else's tree.

9

ADOLESCENCE

*A*s I reached adolescence, my family's and my community's poverty-stricken conditions continued unchanged. Everything around me seemed to stay the same, immobile, without any progress in our well-being. My work was the same, accompanying my father - who had gotten older and sicker - to harvest corn, beans and rice, and working for other people as a field laborer, and selling firewood in town. I had grown up some and was much more experienced at working, so I was quite efficient and earned a little more. But no matter how much or how hard you work, you will never escape poverty with the miserable salary of an agricultural day laborer. Later I came to understand the political reasons behind the fact that we were always poor.

In those days my best friend was Adislado Torres. We were inseparable, and I have many happy memories and stories from our friendship. Unfortunately in the early 1980s he joined the National Guard, and I took the opposite path. When my best friend made that tragic decision, he left the village. We didn't see each other anymore, and our friendship ended up being just a fond memory. Many years went by without me seeing Adislado or even hearing news of him, and I suppose he knew nothing

of my life either.

In 1989, out of pure coincidence, I ran into him in Los Angeles. I was happy to see him, and wanted to sit down for a long conversation to catch up. It made me feel happy just to see him again, and my first instinct was to reinitiate our long-lost friendship. There I was, thrilled to see him, but his response was to avoid me. He tried to avoid talking to me and a cold attitude came across his aged face. My face - that of an old friend - and my happiness at seeing him was in complete contrast to how he felt about seeing me again. I felt a cold nervousness in his demeanor, and perceived the shadow of the spy that still made up part of who he had become. His response to me was understandable, but it does not stop being something of the past that makes no sense to continue nourishing. The cold shoulder he showed me was a slap in the face to our old friendship. I believe we could have had things in common to talk about, and we could have proven that friendship is stronger than political differences, but we were unable to prove that. Only he knows why he avoided me like that and refused to pick up our long-lost relationship. I have seen this happen before, how the war breaks up good friendships, like mine with Adislado, how it separates families, divides communities, and buries beautiful centuries-old traditions like those of El Rosario María.

It pains me to have been part of that conflict, but in those days there were very few options and I do not regret having taken the path of faith and of people's ability to build a better country. But it is a horrible tragedy to have to live in a place where war is the only option to make oneself heard.

Years went by, but young people's entertainment stayed the same. My friends and I still played the same games, and I loved soccer. We had two teams in the village, and I played forward on the better of the two. The other forward was Adilio, as fast as a tiger and with the ability to be in the right position at the right time to score goals. He was the star of the team and scored more goals than anyone else. I was a bright young man, and was not taken advantage of easily. But I was tremendously shy around girls and I did not like speaking up to groups, especially if they were adults.

For a long time, especially as a teen, I spent a lot of time anguishing over my lack of schooling and poverty. It felt like it was a curse that would keep me from succeeding in any aspect of life, and I even thought that because I was illiterate and poor, no young woman would ever notice me. Today I understand that it is a problem, and that because I cannot read and write well some things in my life are limited, but it certainly does not limit me from dedicating myself to the cause of the poor.

I was familiar with the western parts of El Salvador -Santa Ana, Coatepeque, El Congo y Ateos- because I had spent several years there working in the coffee plantations. I knew that salaries there were better than in my village, and for that reason alone I considered moving permanently to one of those places. I knew that if I left the village I would be able to help my family more. These ideas were floating around in my head when I met the progressive catechists who taught me to understand the causes of poverty and the need for organized action

against it.

I was always respectful of my parents, but upon occasion I did talk back to them, and when this happened, I was punished. It made no difference that I was a good worker or that I was now a young man, because in my household, order and respect for one's elders was valued above all else.

One of my parents' legacies is religiosity based on respect for elders and fear of God. They were consistent in practice and belief. Both my mother and my father studied the Bible a lot, but it was their comportment in life that really taught us how to live the Christian life.

We never could have a permanent priest in our village, but many visited us. I remember Father Molina, Father Alfaro and Father Julio; all of them were good priests and very aware of our needs. I was closest to Father Julio; I helped him pass out the Communion and several times he told me that he would like to see me join the priesthood. When he spoke to me about his desire that I become a priest, I remained quiet; he brought it up several times but I never felt the call toward that path.

From the age of nine I started going to the coffee harvests. There one earned much more than was possible in our village, but it was very hard work. We slept on the ground, were hungry and were mistreated. That situation, coupled with my long talks with a catechist named Chon Alfaro, began to open my eyes about the reality of our exploitation.

When I turned eleven I began celebrating the word of God. These meetings were when I began to

understand the causes of so many economic problems and realized that only unified struggle could take us to a better future.

In those years don Chon Alfaro visited us a great deal. He was an excellent preacher and he read us passages from the Bible that we analyzed as a family. These sessions allowed our whole family to become politicized and to follow Jesus' example together. We were aware of the risks, but consciously decided to make that choice. During one of our meetings, don Chon predicted that the moment was arriving in which the poor would rise up and that the army would respond with war. Several years later, don Chon's words became reality. When don Chon said those prophetic words, I never dreamed that the war that he was talking about would come to our village a few years later, and that my siblings would die in it, and that I would actively participate.

10

DISCOVERING THE GOD OF THE POOR

*M*y getting involved in political activity was a long and deliberate process. It began with Christian education meetings that slowly began to incorporate more political content into their Christian focus.

In 1974, En el don Chon Alfaro was already preaching the word of God in our community with a socially conscious and liberatory focus. He was the first to speak of the God of the poor and of the social and internal changes deep within all of us. Don Chon was brutally murdered, chopped into pieces by machete-wielding soldiers. His cruel and untimely death precluded him from seeing his prophecy - that the poor would rise up and that the government would respond with war - come to life. But he had cleared the minds of dozens of people who still remember him. He was our community's first Christian leader, and his death was premonition of what was to come later. Later, another seminarist, called Monigote, came to our village, and he, too, was assassinated.

Around this same time the Christian Base Community and its leadership were formed. I was thirteen years old. In weekly meetings, they talked about religion and politics, reading Bible passages in

light of our national reality. I remember that I liked going and listening to people's comments, but I didn't like to speak up myself. I tried to avoid being called upon by the catechist.

By this time, I already saw the need for social change. I wanted us campesinos to be heard and taken into account. As far as I could tell, our struggle was against the local political leaders, and that if we were united, those men would have to pay attention to us. I still did not understand that the solution to our problems was much more complex than that.

The people most active in our area around the formation of Christian Base Communities were Rutilio Funes, Francisco Torres, Alejandro Funes, Alejandro Peña, and Chon Alfaro. Of those names, only Rutilio Funes and Francisco Torres survived the war. The others were murdered.

Unfortunately, the majority of Christian leaders in the 1970s were murdered by the military, the National Guard, and the paramilitary forces that the government had organized and armed. Those that were not assassinated joined the revolutionary forces, serving a variety of functions.

Repression by the National Guard led to great conflict in our community, and forced us, both the base community and our leaders, to take a more militant stand against the government. I remember how we felt terrorized and stifled by repression. Everywhere you looked there was violence. The only option in the face of rabid anticommunism was to defend ourselves, and the most efficient way to defend life was for all persecuted people to join forces. We also found ourselves forced to break our

silence. Turning the other cheek, as we had been taught by other priests, became a thing of the past. The present was different.

My first political actions included participating in a protest march in La Esperanza, San Pedro Perulapán against the repression, and denouncing government informants (popularly known as orejas, or "ears"); and visiting the squatter settlements in Azacualpa, Cabañas.

I was fourteen years old when in 1975 the National Guard put up military blockades in the road leading out of the city of Illobasco. They captured several comrades and they disappeared. That event terrified me. *y capturaron a varios compañeros y los desaparecieron.* The captives were not from my village, but by that time we already were coordinated and news got around from place to place. When I found out that they had been disappeared, I began to understand how dangerous our situation was, and that what they - the government forces - planned to do was murder us all.

11

...IT BEGAN TO BE CALLED CIVIL WAR

*T*he period from 1975 to 1980 was a tumultuous time, in which political activity and repression reached levels that had never been seen before. The number of comrades assassinated or disappeared grew every day. We were organized by the Christian Federation of Salvadoran Campesinos (FECCAS), under whose auspices we held hundreds of activities denouncing the repression and demanding freedom for our comrades. Together in FECCAS, we felt united, in solidarity...and safer.

I recall one time that I participated in a march protesting the orejas in the village of Tecoluco, in the jurisdiction of San Pedro Perulapán. When the informants saw the protest march against them, they came out armed with machetes and a threatening attitude. When I saw them with their machetes as weapons, I realized that danger was near and no longer a distant phenomenon. At a later demonstration in Illobasco, as we marched near the National Guard station, they threw a board at the marchers to provoke us. It nearly hit me in the head.

This time of protest marches was when I was between 13 and 15 years old. I was just a teenager, with a great deal of energy, and with a

strong desire to transform the conditions of poverty in which we campesinos lived. For these reasons I participated in every political activity that took place.

One major event I remember perfectly well was in 1975 when our comrade Tránsito Vásquez was murdered in the village of La Esperanza. That year we had begun placing sentries at the entrance to the village, because we feared that the government paramilitary forces would attack our village by surprise.

On that fateful night, Tránsito had sentry duty and he fell asleep. Taking advantage of his mistake, the paramilitaries entered the village and killed him. They were not satisfied just with killing him, though. They decapitated him and left his head hanging from a tree, just like Attila the Hun and the other bloodiest warriors in history had done. The murdered man's friends and comrades were terrified and asked for support from neighboring communities. All the revolutionaries from nearby villages came heeded their call and we all joined together for Comrade Tránsito's wake. It was the first horrific event that took place in the region. I remember how we all felt shocked and indignant. It was difficult to believe the level of hate and savagery that the soldiers demonstrated. It is very hard not to get indignant, filled with fury upon hearing such news. When we went to the wake, we carried machetes, slingshots, and a few small pistols; it was for defense, but our collective anger also had turned into a defiant strength. During the wake

we sang revolutionary songs and shouted political slogans. A new reality could be felt in the air, as the cumulative events confirmed our fear that the military had their eye on us.

The very next day, some strangers came into the village. We captured six of them, who turned out to be paramilitary patrollers from other villages who had come to find out what plans we were hatching as vengeance against their act of terror. At 3:00 in the afternoon, a helicopter flew overhead and shot up the hermitage where we had held the wake for our comrade. Never before had a helicopter flown by this area, and we understood its presence to mean that the government was complicit in the murder. The presence of that sinister machine in the air confirmed that the murder was not an isolated act, nor a personal project of the paramilitary leader. We were angered by everything that was happening, and rather than scaring us further, seeing the helicopter increased our rage.

Immediately we found out who the informants were, and went in a group to stone their houses. Upon seeing us in force, and infuriated, the orejas all fled the village. Much to our surprise, they returned the next day, accompanied by paramilitary patrollers from other villages, and they destroyed the houses of all the organized villagers.

I figured that the "eye for an eye" style of the paramilitaries meant that their need for vengeance was fulfilled and that the satisfaction of seeing our houses destroyed would calm them

down for a while. But the next day we experienced the first military operation against us. It was the first attack, and we did not know what to do. It was impossible to fight back, because they were armed troops, and we were unarmed villagers. That day, army soldiers raped many women, beat up several people, and captured still others. In my village alone they captured thirty people, including Mama Noy - Leonor Alvarenga. They tied them up and took them to the town of Tenancingo, where they kept them in a small cell. Mamá Noy was an older woman, and they took all her clothes off in front of the others and showered her with ice cold water. It was a horrible act of degradation against Mama Noy's dignity. After several days of humiliation in the jail, they let them go. Once that operation was over, the few neutral villagers that lived there left their homes and went to live in other places; that first attack defined who sided with the revolutionaries and who sided with the government.

Following Tránsito Vásquez's murder, the stoning and destruction of houses, and the first military operation against us, the situation got tenser than ever and repression increased. Frequently there were machete attacks and the paramilitary patrols hunted down the revolutionary comrades.

Almost all of the people from my village were organized with FECCAS, except for five people who became paramilitaries. The leader of the patrol was Paulo Peña, who today lives in San Martín.

At that time, the patrollers - paramilitaries - were not well armed, but they were blood-thirsty. They didn't just kill, they did it openly and with great treachery. They could kill anyone with total impunity. Their crimes were never investigated nor punished by any law; instead, those groups were protected by the government and the armed forces. The primary roles of the patrols were to divide communities, be instruments of terror, and support military repression. They were most effective in collaborating with repression; in fact they were the experts.

Those of us who were most active in the revolutionary forces were targets of the patrols, and we had to be extra cautious and take many security measures. At night we slept in the mountains, and during the day we took turns as sentry in order to get our work done without being ambushed by the patrols. Even so, many people were captured and killed in their fields or in front of their families. When we realized that even those of us who were taking extra security measures were dying, several of us decided that we had to leave the village.

In 1978, when I was 17, my older siblings and I left our village. This was the beginning of our family separation, and it was a very difficult and painful decision to make. But we had no other choice: the patrols were hunting us down and we were no longer safe in the village. There were many cases of comrades who did not get out in time, and they ended up being murdered. We knew that our precautions were based in reality,

not simply out of fear or something we made up. The rest of our family, my parents and younger brothers, continued living at home. The risk of staying in the village was grave, but they had faith in God and they put their trust in Him to protect them.

Although the leaders and other visible participants - known as those most burned - left the village, the revolutionary work continued there and in the neighboring villages. The organizing methods changed and they became ever more careful, trying to ensure that the patrols never found out who the leaders were, in an effort to avoid reprisals.

Those of us who had to leave the village continued to work in other places, and where there were national demonstrations, we met up with those who worked clandestinely in the village. They would tell us what the local situation looked like.

I moved to a small town called Ateos and continued participating in the activities organized by FECCAS. That was how I came to be part of the takeover of the Department of Education, and other political events.

Around that time the BPR (Popular Revolutionary Block) had already formed. It was a group of revolutionary organizations that coordinated efforts. FECCAS and its sister organization, the Farmworkers' Federation (FTC) were part of the BPR, along with the National Association of Salvadoran Educators (ANDES 21 de Junio), the High School Students' Revolutionary Movement (MERS), the People's

Shantytown Union (UPT), the June 30th University Revolutionary Forces (FUR 30) and the University Revolutionaries (UR 19).

Once the patrollers had killed some of the revolutionary leaders and others who had fled our village, they felt confident that they had beat us. But the educational work continued, and the revolutionary farmworker's movement kept growing.

By 1979, repression was widespread, there were massacres almost daily, the frequent demonstrations were met with repression, hundreds of leaders had disappeared, unions were illegally subdued and their members blacklisted...in short, the level of repression was at its highest ever; anything that could be construed as against the government was targeted and attacked. But nothing could stop the revolutionary struggle, nothing could stifle people's desire for freedom, not even bullets could contain the protests and denouncements. The struggle for economic improvement in the rural areas as well as the city was like an unstoppable wave. Leftist political activity could be found all over the country; there was not a single school, university, village, factory or neighborhood where there weren't people organizing against their problems.

It was clear that the spiral created by the class conflict and struggles had reached the point of war. Even the most nearsighted or politically ignorant person knew that. The huge gap between the rich and the poor was evident, as was the stupidity of believing that the solution was for each side to point guns at each other. The groups in

contention were clearly defined, and the dividing line was between those that supported the government and those in opposition. The right-wing occupied one side of the conflict. It was made up of military officers who were high up in the government, the economic elites and the U.S. administration, that in its desire to contain the spread of communism throughout the world became complicit in the crimes committed by the most brutal government in the world. On the other side of the conflict were those who opposed the governing regime - diverse group including Marxist and non-Marxist revolutionaries as well as humanist and other altruistic people.

The government was first to promote the political violence and try to convert El Salvador into the grave of the "Reds", as the right-wing party's hymn goes. What their fanaticism prevented them from understanding was that their actions increased opposition and hatred toward them. This hatred was capitalized upon by the leftists and channeled back against those who pitted themselves against social change. This cycle repeated itself a thousand times until it finally spread throughout the nation. That was when it began to be called Civil War.

12

A TINY VOICE BEGGING FOR MERCY

*O*n march 21st, 1980, just three days before Monsignor Oscar Arnulfo Romero was killed, I visited my village. By pure coincidence my older siblings, who, like me, had not lived at home with our family for several years, arrived that day as well. My father had gone to a medical clinic in Tenancingo that day, and left word for us to be careful because it was likely that the National Guard would be coming to our area.

At 11:00 p.m., sensing that it would be an attack by nightfall, we went to spend the night on a hilltop not far from our home. As is customary among the guerrilla movement, we organized sentries - a protective watch system - for the whole night long and then went to sleep. I had the last guard shift. When I finished my turn at 5:00 in the morning, I woke the others and we each went to our respective homes. My siblings and I returned home to catch a couple more hours' sleep before it was fully morning.

At 5:30, when it was still dark, one of my younger brothers came home and shouted, "the army is coming!" and he fled immediately. This I found out later, as his shouts did not wake me. I woke up when a National Guardsman shot at my

brother Manuel. Now awake, I tried to get out of the house, but that was when I saw that there was a huge group of Guardsmen and that I would not be able to escape unnoticed. In that instant I decided to hide under the mattress, hoping that they wouldn't come into the house and see me. Considering how vicious they would be if they found a revolutionary, it was not the smartest decision to make. However, I really had no other choice, because if I tried to run out of the house they would shoot and kill me instantly.

I remember that it was a straw bed. Whether it was a few seconds or a few minutes later I do not know, but a Guardsman approached the bed. Immediately he realized that there was someone under the mattress. Before I even heard a word, I felt the blow of his rifle. My hiding place was discovered. In spite of the pain, I was silent and I hoped that he would turn around and go away, but my wish was not fulfilled. In a moment, with his rifle aimed at the mattress covering me, we could see each other. I was just a boy with a terrified face, and he was an adult with me at his mercy. I was 19 years old, the age at which I should have been in school, having girlfriends, leading a life of little responsibility and preparing myself for my future adult commitments. But my reality was completely different - my life was that of a boy born into poverty in a Third World country, who was growing up in a time of dictatorship and popular struggle, who had to live separated from his family and his village, and I knew in that moment that my life was in the hands of a

Guardsman who held a gun to my head, waiting for him to pull the trigger.

They had captured my other siblings as well. I remember clearly the image of my sister with her hands raised.

Just then one of the Guardsmen, a short man, began beating me with his rifle and his fists. Then he began to kick me. I did not do anything; I could not do anything; I was at a complete disadvantage and my life was in their hands. I don't remember if I was thinking of anything at all.

I heard another Guardsman, one with very light skin, say to the one who was beating me, "leave the boy alone; you already beat him enough!" and the other obeyed his order.

The one who had beat me, plus several others, took my sister up a small hill near the house and raped her. I turned my head away because I could not bear to watch them do that to her, nor could I bear to see the look of desperation on her face. The men's voices and my sister's pleas I heard clearly. I still hear my sister's cries when I remember those crimes and the perpetrators who went unpunished. Her tiny voice begging for mercy and those monsters who would not listen - that is permanently inscribed in my memory and I do not believe it can ever be erased.

While some of them stripped my sister - who just two years had celebrated her fifteenth birthday and who out of all my siblings was the closest to me - of her dignity, other Guardsmen were beating my older brothers José Apolinario and Roberto -Tito- de Jesús. After those beatings they fell to the ground,

and even like that they continued to kick them with their boots. My brothers were older than I, and they were smart young men. But at that moment they were completely defenseless, and their destiny depended on the level of hatred by the Guardsmen who attacked them.

I saw it all: when they were thrown to the ground, and when the Guardsmen, seeing them lying on the ground, incapable of defending themselves, took out their machetes and began to cut them to pieces. After stabbing them relentlessly, they cut off their heads, living up to the cruelty that characterized them. It was not enough to kill them, they had to decapitate them to show their hatred and to be rewarded by their leaders for "excellence on the job." I witnessed what the Guardsmen did to my siblings, and those images will never leave my head. Never in my life did I think I would see scenes like those, with that level of brutality, and for those to be directed against my own flesh and blood. I was witness to the end of my brothers' lives, to their final minutes, to their murderers' looks of hate as they lifted their machetes.

All too well I remember the blood that flowed from their lifeless bodies. It pains my soul to think that all they wanted was a country with social justice and an end to poverty, but these ideals were enough to make them military targets and to die by decapitation.

After some Guardsmen had killed my two brothers and others had robbed my sister of her purity, those of us who were still alive were

ordered to line up one after another.

My sister was first in line; after raping her they had brought her down to where the rest of us were. I was after her, and behind me was Maximiliano and my two three-year-old cousins. As part of their wickedness, the Guardsmen made us walk toward the place where my dead brothers lay. One Guardsman asked his boss, "all of them?", meaning whether they would kill all of us or leave some alive.

"Bring that sonofabitch back over here," he answered. His voice was loud and powerful, showing that he was the one in charge. When he said "sonofabitch" he referred to me. In other words, he was giving the order to kill my sister and leave the rest alive. The rest included myself and three defenseless children. The order was obeyed immediately, brutally and without pity. Seconds after having heard the damning military order that condemned my sister to death, again I witnessed another family member die.

They stabbed her to death with machetes, just like they did to my brothers. Her body was left in pieces in the same place as the other corpses, killed by the same men who murdered Tito and José Apolinario. It was absolutely horrific to see the scene repeated, worse still because this time I was watching the person in my life to whom I was closest die. She was the one who sang with me when we were happy, and who had been so happy during her fifteenth birthday party just two years earlier. What was I thinking during that terrible moment? I don't even remember! All I can do is

describe what happened, because I will never forget it. It was much, much later that I could even reflect upon what I had seen, when I was in a safe place and had time to think about the horrible experience.

I do not remember what time it was, or any other details, only the brutal action and the smoke left in the air after the long attack against the unarmed civilian villagers.

Next the leader organized the Guardsmen together and they proceeded to search and loot our house. They stole 1500 colones, a radio that my mother used to listen to the Catholic station YSAX, which was the only station that told the truth and that for this reason had been bombed several times in an attempt to destroy it. They also stole a pair of my brother's boots, and a pair of his pants. They smashed our corn grinder and broke the griddle upon which my mother had made us tortillas for so many years. They tore up the little bit of clothing our family had. Their hatred was not satisfied by taking lives - they needed to destroy the scarce material possessions we had in order to sate their desire for vengeance. Those Guardsman were poor just like we were, but they were sick with hatred, and could not tolerate that illiterate country people could understand the roots of their poverty and the opulence afforded others.

After destroying everything in sight, the National Guard leader warned me, "look here, sonofabitch, if tomorrow I hear that you are mixed up in anything, the same will happen to you!" After making that threat, which was the lightest

infraction of the day, he and his troops left, making signs of victory. His mission was complete, just as it had been ordered by his boss.

When the Guardsmen arrived to the main road that went by the house, a man in civilian clothing came out and shouted, "Why did you let that one live, when he is one of the most involved!" and immediately the Guardsmen turned around, planning to capture me. I heard what the civilian had said, and I took off running, jumping over the ravine and running without stopping. I was like a deer leaping through the brush.

Around 9:00 in the morning, when the sun had just come up, I kept going in the opposite direction, away from where I had last seen my brothers and sister. All I wanted was to get away from those people who wanted to kill me. Thankfully I ran into a comrade from the village who had come to see if the National Guard had left the area yet.

When I recognized him and he spoke to me, the first thing I did was tell him that they had killed my siblings. That was when I finally broke down and cried. Listening to me, he too began to cry, out of grief and anger. Such were the moments when one's pain was shared and there were no barriers to stop one from expressing solidarity with another. Solidarity is the beautiful part that we should rescue and retain out of all of these tragedies.

The comrade took me to the place where my mother and the other villagers were. They were hiding from the Guard and were terrified by what had

happened. Finding myself no longer alone, I felt safer. Regardless of our circumstances, just being surrounded by my people offered a bit of relief for the pain that shrouded me.

My mother and a group of about 50 people from our village were hiding in a ravine located between Rosario María and a village called San Francisco. In San Francisco there was a Civil Defense post and it was the place where the informants from neighboring placed took refuge. It was a dangerous place, as it was the counter-revolutionary center and a base of support for the military. There they were, just 15 minutes from San Francisco, not at all a safe place, but desperate to hide and save themselves, they found themselves a decent hiding place in the ravine.

My mother knew me well enough to see that something very serious had happened to me. The minute she saw me, even before I began to explain, she knew that whatever news I had was terrible.

-What can you tell me? -she asked.

-They killed them -I told her.

-That's life -she responded, lifting her hem to show me the bullet wound in her left leg.

She and the others stayed in the ravine while I returned to the village. I remember very well that once the fright had passed, I felt incredible anger and a yearning for revenge. It felt as though a river was overflowing in my body. When I got to the village, the soldiers were gone and there were other villagers there looking at the dead bodies, neighbors who probably had hidden

in places nearby.

Around 2:00 in the afternoon my mother and the others arrived. It was sad to see the burned houses, the smashed barns, dead animals and the murder victims, including my siblings. Between one coconut tree and one avocado tree lay the remains of my brothers and sister. When my mother came near and saw them, she began to cry. She had never done that before, but seeing the burned-out village and the dead bodies of her children made the pain unbearable.

I saw my mother collected the body parts of her children and put them in a basket. I watched from afar. It was hard to believe that just the previous night I had been talking with them and that now they were reduced to body parts. Many years have gone by and I am now a grown man, but those images are engraved in my very being, and every time I remember it, I get goosebumps, I feel the anger, and I am reminded of how heroic my mother is.

The people immediately got organized, some taking up picks and others shovels, and they began to make a grave. One group went to Tenancingo to buy coffins. Lacking enough money, they could only buy four, and we had to put two bodies in each coffin.

The names of the dead were: Pablo Peña, Antonio Mozo, Gustavo Pichinte, Paco Pichinte, Eulalio Mendoza, Balbino Flores, Félix del Carmen de Paz, José Apolinario de Paz y Roberto -Tito- de Jesús de Paz. These nine names are but a small part of the long list of people from our community who were murdered during the war.

que se ha quedado sin hogar. Aunque no es la única que lo ha hecho, es una de las más conocidas. La otra noche, en la noche de la fiesta de la Virgen del Rosario, se realizó el tradicional desfile de los sacerdotes y religiosos de la parroquia. Los sacerdotes y religiosos de la parroquia de San Pedro y San Pablo, que se encuentra en el centro de la ciudad, se presentaron con sus trajes de gala y sus respectivas bandas de música. Los sacerdotes y religiosos de la parroquia de San Pedro y San Pablo, que se encuentra en el centro de la ciudad, se presentaron con sus trajes de gala y sus respectivas bandas de música. Los sacerdotes y religiosos de la parroquia de San Pedro y San Pablo, que se encuentra en el centro de la ciudad, se presentaron con sus trajes de gala y sus respectivas bandas de música. Los sacerdotes y religiosos de la parroquia de San Pedro y San Pablo, que se encuentra en el centro de la ciudad, se presentaron con sus trajes de gala y sus respectivas bandas de música.

Part IV

LIVING IN A WAR ZONE

En la noche de la fiesta de la Virgen del Rosario, se realizó el tradicional desfile de los sacerdotes y religiosos de la parroquia de San Pedro y San Pablo, que se encuentra en el centro de la ciudad, se presentaron con sus trajes de gala y sus respectivas bandas de música. Los sacerdotes y religiosos de la parroquia de San Pedro y San Pablo, que se encuentra en el centro de la ciudad, se presentaron con sus trajes de gala y sus respectivas bandas de música. Los sacerdotes y religiosos de la parroquia de San Pedro y San Pablo, que se encuentra en el centro de la ciudad, se presentaron con sus trajes de gala y sus respectivas bandas de música. Los sacerdotes y religiosos de la parroquia de San Pedro y San Pablo, que se encuentra en el centro de la ciudad, se presentaron con sus trajes de gala y sus respectivas bandas de música.

After the funeral of the man who

13

I WANTED REVENGE

That very same day, all the families who either were not organized (revolutionary) or who were informants, moved out of the village. They took what they could carry on their backs. The rest, which wasn't much, was abandoned. It was sad to see groups of people leaving their homes without knowing where to go. The only thing they knew was that to stay in the village was dangerous and that they needed to get out. The only people who stayed were those of us who were organized. We did not want to leave, but the departure of a large part of the population left a feeling of isolation and uncertainty.

Despite my mother's deep grief, she was strong and energetic. That day, she cooked corn and beans and made tortillas for the gravediggers.

Around that time, my father spent most of his time in Tenancingo. He was ill and only there could he get the treatment and injections that the doctor had ordered. He heard the news that same day and immediately left for the village. I remember that his demeanor was more expressive than my mother's. He cried a lot, and tried to drown his sorrow in drink.

The day after the burial of the nine mas-

sacre victims, the soldiers carried out another mission. This time no one stayed behind and as a result there were no deaths. We ran away immediately, out of control and terrified. It was not until the following day that little by little small groups of people began returning to our homes. We all thought that others must have been killed, because we heard many gunfights similar to the previous attack. But this time, no one from the community died; it was our first successful evacuation. Our return to the village was carried out with great caution and fear. We knew how evil the troops were and we did not discount the possibility that they could be hiding and planning to attack us again. My family had been unable to stay together in the flight, and our separation brought us great anguish, but as it turned out we all survived.

After the second military operation, the whole community began a safety system. There were about 200 of us, fifty children and the rest adults. Many were elderly, and it was difficult for them to run into hiding.

Those days were very hard. No one looked happy. All the villagers' faces showed anguish, desperation, fear, uncertainty about the future and grief for the dead. The happiness that always had prevailed in our community was totally absent, and the daily routines that had reigned for decades had collapsed. But the sorrow and pain generated solidarity, which was our weapon of defense and of consolation.

Three days later soldiers and Civil Defense troops came back. This was the third military opera-

tion against us in a very short period of time. That time they almost caught my brother Francisco. He was about 10 years old, just a boy, and at his young age he had to walk all the way to the town of San Martin. During that invasion a cousin of mine and a 10-year-old boy were killed. They were first captured and then beheaded, and their bodies were left on the bank of the Asiguello River. Their murders made us realize that even the lives of young children would not be respected. During that invasion we managed to escape in a more orderly fashion, at least finding a hiding place together. Hiding together was a double-edged sword: on the one hand it was positive, but on the other hand it was risky, because if they found us out, the number of deaths would be huge. This time we were lucky that they did not find us. We hid in a ravine and the soldiers came to the edge of it and fired their weapons toward where we were hiding. For three hours they stayed there, shooting, and we just hid, quaking with fear, the believers praying to God that the soldiers would not descend into the ravine and find us. At that time we were a group of defenseless, unarmed, frightened people, inexperienced in evacuating, feeling the consequences of such repression and the recent murders.

We were arrived in the village again, we again found burned houses, destroyed granaries, and the animals either stolen or killed. Before they had left, the soldiers had poisoned the corn they left on the ground, as well as the water sources. It was a grievous sight. We were left without food, without shelter, with our crops destroyed and us having to flee from the soldiers forever.

Everything changed in the village. Even daily conversation turned to different topics than in previous months. We young people stopped playing and we spent our time keeping watch over the community. We entered a new phase in our lives, but as of yet we still did not understand the dimensions of that change.

Following that third invasion we got better organized. The young people and the men began working on community defense and in the fields, and the women in keeping the village supplied. My mother was one of the cooks. In just a few weeks, made necessary by our circumstances, the community became a collective, rather like a large family. During the last invasion, the National Guard found my backpack, in which I carried my personal documents, including my birth certificate and identity card. The loss of those documents worried me, because those who were out to kill us now knew my name and had my photograph. This was cause for me to take serious security precautions, including taking the name of Tulio Serrano. Tulio was a very dedicated union leader who died in 1978, and in his honor I took that name. Even today most people know me as Tulio. Sometimes it can be confusing, but I let my friends and others call me by either name as they prefer.

For me personally, the deaths of my siblings filled me with rage and a desire for revenge, and I began to care less about my own life. For several months all I wanted was revenge, and I could not accept that the murder would go unpunished. In a misguided effort, I bought a pistol, with the goal of

making the murderers disappear from this world, especially Pablo Peña, the leader of the village civil patrol who ordered the murders.

From my village only seven people went over to the side of the government, including Pablo Peña, Napoleón Pichinte, and two brothers named Mino and Beto. Every day I left at five o'clock in the morning and went to the town of Tenancingo. There I bought liquor and then later went around to the neighboring villages in search of the men who had taken the lives of my brothers and sister. I was acting crazy, and revenge was the only thing that kept me going. Luckily I never found any of those men that I wanted so badly to kill. When I did not find them, I had the crazy notion of wanting to kill myself. During this temporary insanity I was only 19 years old, just a young boy, barefoot, skinny, and with an appearance of being even younger than I was, but inside of me burned an intense hatred. The little bit of political sophistication I had acquired from the catechists was overshadowed by hate.

It was Bernardino Alemán who told me that my crazy behavior and hatred for the people who had murdered my siblings was not going to resolve the problems we faced. We had several talks in which he explained that personal grudges have no place in political struggle; however, at that time, overwhelmed by hate, I could not understand or accept his advice. Bernardino was a very brave and conscientious person, whom I admired a great deal. He insisted that only if the people got organized would we be able to face our problems and come out victorious. Thanks to our discussions I began to

change my attitude. I began to think more positively, I stopped drinking, and I no longer left the village unless it was necessary. Instead, I participated much more in the collective community. As time went by I began to be more of a leader among the youth and adults, and I played an active role in the community defense system.

The community's economic outlook was bad. We had scarcely enough food for two meals a day, but we were more united than ever before, and at least happy that the opposition to the government was now widespread. In many ways our future depended upon our political achievements, and these were encouraging. The collective anger was such that we became ever more willing to get involved more deeply in the war. Our own living conditions forced us to arm ourselves, defend ourselves, and participate in combat; there was no other choice. In a matter of months we formed four military platoons, consisting of 15 people each. I had a central role in this effort, through which we not only channeled our anger, but also tried to survive against a powerful and bloodthirsty enemy.

While I had been out looking for personal revenge, near the village a guerrilla encampment had been formed. These comrades were not well armed, but they were enthusiastic and had clear ideals.

From a military point of view, our village had an advantage. It was located atop a hill, one hour from the town of Tenancingo and four hours from another larger town called Cojutepeque, which was the main city in the department of Cuscatlan.

The first villagers that decided to join the

guerrillas were armed with pistols and shotguns, and they ambushed the soldiers that entered the area. On one occasion in the mid 1980s, five of our poorly armed comrades killed six soldiers; this was quite an event in the area, as it demonstrated that the revolutionary forces could fight back against the army and that the military would suffer some casualties too. After that ambush, the military attacks got stronger and more destructive. That year we experienced what they call a "scorched earth" policy. Every time there was an invasion, the military killed animals and people, burned all the houses, and destroyed everything in sight before leaving.

During one of these invasions we hid a blind and elderly couple, Jesús Alfaro and his wife, Vicenta, in a cave. The troops found them, and in spite of their age and physical condition, they murdered them. When we came back to look for them, we found their bodies strewn apart by American-made grenades. We were enraged by their deaths, and it brought home for us the real need for change. We lost Chon Alfaro in another military invasion. He was one of our community's first catechists, and was completely dedicated to social change. He was captured by the army and beheaded.

The list of those killed kept growing, and our minds were filled with the names of those whom we missed, giving us clear reasons to continue our struggle.

Once I realized that the military invasions showed no signs of stopping, I had to advise my father to leave the village. His health was poor, and this put him at great risk. He was not very happy

with it, but he went to live with his brother Osvaldo de Paz. Uncle Osvaldo worked in the Divine Providence Hospital. He was not exactly an employee of the place, but several months earlier he was hospitalized there for an illness, and when he recovered a little they let him do odd jobs there in exchange for food and lodging.

Several months later, my mother left the village as well. She also found some help from the Hospital's religious community. She took my two younger brothers to San Salvador. This family separation occurred in late 1981. My mother says that she and my father both worked very hard in the Hospital to earn their keep. The truth is that they were refugees, not employees. Only my brother Francisco and I stayed in the area.

My parents' absence was hard on me. I felt lonely and sad after they had gone, but I knew that their departure was necessary. It would have been impossible for them to remain there, as that zone had become a battlefield between two unequal enemies - unequally armed, because our side scarcely had enough pistols and shotguns while the others were well-armed, and unequal in terms of courage and conscience, because we had much more of that. Although I missed my family, I began to feel calmer in the village. I gradually took on more community responsibilities, mostly in the area of civilian defense. To best guarantee the defense of the civilian population, we grouped people from various villages into just one or two locations, depending on the circumstances. The guerrilla groups were consolidating the region and they were the ones who fought

against the military invasions. We just hid and tried to avoid being detected, which would have meant being killed.

My job was very challenging: Along with a few other people I had to coordinate thousands of people. The hardest part was making sure we did not get caught and killed by the military. It was an heroic effort never before seen in our country, and made all the more difficult by the fact that we, the up and coming leaders, were just young men. Certainly our youth meant that we had a lot of energy, but we also lacked the maturity, wisdom and other elements that are gained through years of experience.

Now that years have passed, the war is over, and I can analyze everything I did, I feel both satisfied and proud with my role. My clear mission had been to save lives, not to kill the adversary.

14

BETWEEN THE ANVIL AND THE HAMMER

J remember the first time that the circumstances surrounding a military invasion meant that I had to take leadership over thousands of local civilians that were fleeing the soldiers in a desperate attempt to save themselves.

It was a huge invasion, one of the first times we had experienced something of that scale in the region. The scope of the operation, not to mention the amount of resources used, bewildered us. Thousands of soldiers were involved, supported by heavy artillery, helicopters and other types of aircraft that until then we had never seen before. Their mission was to round up all the people on the road that goes from San martín to Suchitoto. The soldiers focused most of their effort on the Illobasco side, thinking that this would make the people flee toward the opposite side, which is the Suchitoto area.

At that time the military High Command had developed the "Anvil and the Hammer" military strategy, which involved one group of soldiers using heavy weaponry to corral their target into one place and then annihilating them all at once. In this case the goal was to annihilate the small guerrilla units and the thousands of civilians that

had lived in these villages for several generations. It was a perfect name for this Machiavellian execution strategy. "Anvil and Hammer" quite clearly defined the idea of leaving the victim between two forces of annihilation, with no possibility of escape or survival.

The guerrilla units got around fairly easily, and thanks to their tactics of ambushing troops, the soldiers had to advance slowly and cautiously. This allowed us, the civilians, more time to execute our evacuation plans.

We had to move at night, because if we tried to go anywhere by daylight the airplanes detected us and would drop their bombs and fire their machine guns at us, followed by the arrival of the infantry, whose goal was to do away with any survivors. So we marched in the darkness or under the protective watch of the moon. We travelled slowly, at the pace of the weakest person. It had to be that way; there was no other choice. Our marching column went on for miles. It was impossible to leave no trace, but we always had a group that tried to erase our tracks as best as they could.

As long as we weren't attacked by surprise, we usually began our treks at six in the evening, right as it began to get dark. We stopped walking once the sun rose. We walked for about eleven hours, but we rarely made it more than two kilometers - the distance that, by day, one person could do in an hour. But thanks to the guerrilla ambushes, the soldiers' advances were as slow as ours. If it weren't for the guerrillas, we would have been an easy target for the military. It is sad to say it, but

while I detest weapons for the pain that they cause, they saved our lives.

Our treks were physically and psychologically draining. Knowing that thousands of heavily armed soldiers marched behind us with intent to kill was horrible pressure to feel. From our hideouts we listened to the combat between soldiers and guerrillas, and we watched long columns of soldiers marching nearby. We were witness to many events, and protagonists of others.

After the first week, the people were worn out and we had to march even more slowly than before. We did not have food or medicine for the sick, which made our situation even worse.

By the time two weeks had gone by, many people began to speak incoherently. The sort of insanity was a consequence of our precarious situation and deepened our sense of misfortune. Some people told me things like, "it's time to dance" and others tried to commit suicide. We acted bravely, but every human being has his or her limits, and when the line between wanting to live with pain or disappear from this world becomes so thin, you are getting to that limit. We found ourselves capable of doing just about anything to break the cycle of anguish that we were experiencing.

One critical moment was when I sent a group of young men to a hill so they could see where the soldiers were. We knew that the military was close and we needed to know their exact position. On their way up the hill, the boys stepped on a land mine and were seriously injured. Upon hearing the explosion, the thousands of people hiding

out thought that it was a military attack and they fled in different directions. In our desperate flight we managed to make it to the road from San Martin to Suchitoto, where the military operation ended. After several hours, we arrived at the lower part of the Guazapa volcano and there we were received by the locals with warm solidarity. They gave us food and we rested there for several days.

After a week we received word that the military operation in our region had ended, so we began our return march. We were happy, and the community that had welcomed us gave us food to take with us on our journey. We were rested and reenergized, and best of all, the area was free of soldiers; that was the best news.

This kind of march was called a "guinda." This word was made famous during the war and was also used to refer to the disorganized, forced retreats by the army or the guerrillas when they lost a battle.

It is terrible being a military target when one does not even have weapons to defend oneself. It is cowardly that well-armed and trained military troops go after civilians just because they oppose the government. But that was our situation; we were civilian occupants of the territories where the army figured that every living being had to be killed. The president shouted up and down that his government was democratic, but we were never treated like an opposition group would be in a democratic country.

After that invasion, the Military High Command decided to militarize the cities of

Suchitoto, Cinquera and Jutiapa, and put military posts in several villages around the area. That was how military garrisons were established in Cerro Campana, by the Las Guaras Bridge, in Tecoluco, and in Cerro Las Mesas.

The area near our village became totally surrounded by military posts. It was like they established a military ring around us. The military saturation of the area was meant to strangle the civilian population as well as the guerrillas. They destroyed our crops during every invasion, following their scorched earth policy that they learned from American green berets. They applied this policy to the book: nothing living or of use was left standing after the army came by. One by one they cut off our political and logistical connections. For several months, the army was successful in its mission. They knew it, and kept up the pressure. We started running out of food, and we lived on wild fruits and roots, as did the guerrillas. But it got more difficult each day to remain in the area.

When there were no edible plants left nearby, we walked up to seven hours away to harvest a few yucas or other tubers that could be ground up for making tortillas.

"Soups" were a bit of hot water with tender leaves or flowers from plants that we knew were not poisonous. We never had salt, sugar, eggs, corn, or any of the other things that had been our daily diet before. 1981 and 1982 were the worst years. Government policies were bloody, and effective in isolating us and killing us slowly.

Survival became almost impossible, but we

had persistence, courage and an incredible yearning to transform our country. These three elements were our essence, our virtue, and our life raft against the oceanic efforts to make us disappear.

15

SAVING LIVES

*I*n the early 1980s we had to evacuate families with children or elderly people from the region. This was no easy task. Evacuation was risky and completely changed these families' lives. Some people died in this effort, but the results nearly made up for it. We tried to get them out and into refuge in the Catholic churches of Soyapango and San José de la Montaña. I was just part of a long human chain, but I remember the role I played in these evacuations and I feel satisfied with that.

I got the elderly people and children out toward San Martín and others led them to the places of refuge. I remember that my aunt, Gloria Alfaro, was one of the individuals who got families situated in the refuges, and one time when she was leading a large group of children, she lost a little girl when she got off the bus. The little girl's father was Ovidio Siguenza, who died in combat several years later. Her mother died in the same ambush that killed Marianela García Vila, the President of the Salvadoran Human Rights Commission. Both parents died without ever knowing what happened to their daughter.

With great effort and risk, we managed to evacuate many families. Even so, thousands of us civilians stayed behind. The fact was that we carried out this mission in the middle of military inva-

sions, getting past roadblocks and military posts where soldiers were that knew our families. In many cases, to make things worse, people did not carry their personal identify documents. We devised specific plans for each person that we got out. We had several different routes for getting them out of the war zone, and several people that got them into the Catholic church safehouses once they arrived in town.

Most able adults and youth enlisted in the guerrilla forces, which at that time, due to their growth, were becoming the Revolutionary Army. The group of civilian villagers were mostly elderly people and children; there were very few youth like myself that decided to remain in the community.

16

THE GUERRILLA MOVEMENT IS BORN IN
MY VILLAGE

During the 1970s the guerrilla movement transformed from small individual cells into squadrons, and in some places, especially rural areas, into platoons, from an impenetrable clandestinity to more open methods, and from being small groups isolated from the general population into a movement with strong links to a wide variety of sectors.

The rural area where I lived was where the first guerrilla groups emerged in 1980. The first small encampment was located near the central part of the village. It was a small, semiclandestine unit.

1980 brought incredible repression, the first military invasions, and the murders of several villagers, including my brothers and sister. As the conservative sectors tightened their grip and physically destroyed the hope for social change, many young people joined the guerrillas. There was no doubt that it was better to die fighting than to be captured and later tortured and killed.

The guerrillas were not yet well-armed - they hardly had any pistols or shotguns, but it was better than waiting empty-handed for the army.

There were certainly abundant reasons to become a guerrilla. Repression opened a dike that led many young people to seek protection in armed struggle.

The government made the mistake of wanting to calm popular unrest with bullets, terror and murder. Such an absurd approach was what led small guerrilla groups to turn into platoons and guerrilla columns. After hearing only the strident sounds of bullets instead of dialogue, the people fled toward those whose flag carried the ideal of justice.

By January, 1981, when the guerrilla led its first offensive throughout the whole country, attacking hundreds of military garrisons in all the large towns and cities, it was already quite a force, albeit poorly armed. The guerrilla unit based in my village recruited hundreds of young men and women from all over to participate in the offensive. After several days of combat in the capital city center, it again returned to our area. By this time, the guerrillas had won the hearts of poor people and all those who demanded justice.

During 1981 and 1982, the army upped its military forces. My area was the scene of countless invasions, each carried out differently, but always with the same goal: to kill us. We resisted one invasion after another, the guerrillas and civilian population sacrificing a great deal each time. It was during this period that the army created its military ring around the zone, establishing dozens

of military posts and militarizing the urban areas. Everything was scarce -food, medicine, clothing, shoes, absolutely everything- even a pound of salt was almost impossible to obtain. By now we were a civilian population of old people and children, because almost all the young people had joined the guerrillas, and we could not access any towns. We were totally surrounded and constantly under siege by the army in its whole force, including infantry, heavy artillery and aircraft. The Civil Defense forces, created by the network of informants that the army used, played a huge role in this constant siege. Without them the military invasions would have been mostly ineffective uses of large amounts of resources. The Civil Defense troops were supplied with army rifles, and they were the bloodiest of all. Because they knew the area and its inhabitants, they were guides and spies for the troops carrying out the military operations.

Our slogan was "Resistance, Development and Advancement", words which reflected the neverending pressure we faced, our stoic attitude and our hopes.

Because we were constantly fleeing and hiding, we knew every square inch of land. Constant scarcity taught us to figure out ways to buy small quantities of food in other towns. We discovered edible plants and learned to grow small clandestine gardens, which we camouflaged well so the army would not find them and destroy them.

The guerrillas were improving their weaponry and their discipline; and they were learning from their experiences in small ambushes, night attacks, and in wearing out the army when it entered the area. The guerrillas learned the way to engage in guerrilla warfare and tactics appropriate for non-traditional forces.

Despite acquiring new survival skills, we were always at a disadvantage and on the defensive. The exhaustion and sacrifice were immense, and constant. It was only a matter of time before things really exploded.

In 1982 the guerrilla command analyzed the national situation and the fatal climax that lay ahead, and made wise readjustments to its military forces. Without giving up the small guerrilla actions in place throughout the country, the guerrillas began building large battalions and brigades. It was at this time that the Felipe Peña Mendoza group of battalions was formed, consisting of three battalions (K-93, X-21, and S-20).

These battalions joined together for several months in our region, attacking army posts, many of which were destroyed, such as Cinquera, Jutiapa and San Francisco. These operations required hundreds of rifles, several cannons, machine guns and grenade launchers. The hardest hit was the surrender of hundreds of soldiers. The political and military situation changed drastically. I remember when we cleaned out the military headquarters that had been destroyed, and hun-

dreds of us returned laden with bags of food for our villages. At that moment we wished we had mules and the strength of all the gods in the universe in order to carry all the corn, beans, and milk. What we carried was not simple nourishment, it was like a trophy or something. What we carried on our backs were signs of our collective power, and they were the rations that gave us energy to continue the struggle, and vengeance for so many brothers and sisters we had lost on the long journey toward liberation.

We left the area, dodging bullets that helicopters fired at us from the air. Lives were lost. Nothing came free in the war; every single thing was paid for with blood, sweat and tears. The military reaction surprised us; for several weeks the army's response was furious. But they did not have a strategic plan; their paradigm had been destroyed, and again guerrilla courage proved to be stronger than technology and evil.

The army had to concentrate its troops in more military strategic sites because the offensive and the guerrillas' attacks had worn them down and left them disorganized. While we were no longer surrounded by army garrisons, the siege did not end, nor did the growing list of loved ones we had lost.

The military also changed and developed new forms of combat. The military invasions now lasted weeks instead of days, and were much greater - involving 10,000 soldiers or more. Their fire was intense, using artillery, aircraft and even parachuters.

The war had definitely reached a new level, and although the civilian population continued to be the military's prime target, no one denounced what was going on.

In March, 1980 they had murdered Monsignor Oscar Arnulfo Romero, who had been one of the few voices that spoke out against what the military was doing to the people. With his death, the army had demonstrated that they were capable of using any means necessary to get what they wanted.

17

THE WORST INVASION

This invasion took place in February, 1983, and the army called it "Guazapa 10". The army grouped together 14,000 soldiers. Infantry was supported with artillery, aircraft and parachutists. The goal was to saturate the area to the point that the guerrillas and civilians would have no place to hide. They wanted to maintain an unending combat with the guerrilla forces to tire them out and use up their ammunition, hoping to permanently wear out the guerrilla to the point of either destruction or surrender. They knew that in order for this invasion to be successful it would have to be long-term, lasting for months, not weeks.

The Guazapa volcano is located nearby, to the east of the area where I lived. It was a guerrilla stronghold throughout the war, and the only thing that divided us from the volcano was the highway that leads from San Martín toward Suchitoto. This highway was highly militarized and saw combat on almost a daily basis. When the invasions in our area were very heavy, we moved into the Guazapa area, and the Guazapa comrades did the same thing, including guerrillas and civilians.

But the "Guazapa 10" offensive covered

both regions, so retreating to Guazapa was no longer a viable option. The only other choice was to head to the northern front of Chalatenango, a place we were unaccustomed to given that we had to cross the lake that lay between us, which was a risky move because it was under military control.

But the objective of Guazapa 10 was to corral us toward the lake. The invasion began in the Guazapa area, where there was combat for several weeks. Then they descended upon our region, which was known by the pseudonym "Radiola", so named because the town of Cinquera is located in this area. We knew that the "Guazapa 10" offensive included our zone, so we prepared food and an evacuation plan.

I attended the militia meeting in Tenango village. We wanted to determine our evacuation plans, learn about troop placement, army tactics and other aspects of the invasion.

The meeting was about to end when shots were heard coming from the banks of the River Sucio, about 20 minutes away from where we were meeting. After the first couple of explosions, the people that had fled from the Guazapa area began running away, grabbing their children so they wouldn't lose them. When I saw the chaos that was beginning to reign, I told the leaders to form groups and lead them in retreat. We headed toward the Quezalapa and Asiquillo rivers.

I stayed behind with three militias to find out where and how the soldiers were moving. I watched as hundreds of soldiers entered the village of Tenango, where we had been just minutes

before. They came in shooting their rifles and launching grenades, and the firepower was enormous. Their advance was slow because they were sweeping across the area, which sometimes allows a person enough time to get out, but if they reach your hideout, there is no escape.

When they got close, I headed into a forested area and tried not to let them see me. Along the way I came across an elderly woman that could not walk. I knew that it would be a matter of just minutes before they reached her, so I picked her up and carried her on my shoulders to get her as far away as possible. After carrying her for a while, I put her down and told her to hide wherever she could. I knew that if she did not do it soon, the troops would kill her. I felt terrible leaving her, but I had no choice, because I had to reach the others in order to lead them out of the area.

I ran toward the river where the people were waiting in groups. My idea was for us to walk in the river so as to avoid leaving tracks. I began walking, and three families from Tenango were behind me when just then we were discovered by a small "Push and Pull" plane. When I realized I had been spotted, I grabbed some branches and put them on my back, trying to blend in with the brush. I clearly recall it being right at noon, and the sun was suffocatingly hot, directly overhead.

When I reached the road that goes from Tenancingo to Suchitoto, I came upon a huge group of villagers with anguished faces. Raising my head to get a better look, I discovered that not one guerrilla was with us. I remember I told them

all to get covered with branches and run for it. In the desperate effort to get away from the soldiers, knowing how brutal they would be with us, I managed to get to a great big copinol tree. The noise of the airplane engines and helicopters overhead drowned out any words people tried to say, but we all tried to cover ourselves. When I got to the copinol tree, I found other people already hiding there, everyone trying to escape the helicopters' machine gun fire. We desperately sought shelter from the bullets and bombs zooming right over us. Near where the helicopters were firing at us there were hundreds of soldiers, just waiting for the aircraft to finish their job in order to complete the massacre.

We were totally surrounded, powerless, and desperate to get out of that horrible place. My ears hurt from listening to all the different machine guns and 500- and 1000-lb. bombs.

A few feet away from the copinol tree, I shouted to some people to cover themselves and run toward the lower part of the hill. Suddenly I heard the sound that a bomb makes in the air, and the second I heard that sound I threw myself to the ground and opened my mouth so the shock waves wouldn't damage my eardrums. In a few seconds we heard the explosion of the detonated 1000-lb. bomb, which hit the tree. At first I was totally disoriented, and looking down saw that my body was covered in blood. At first I thought I had been wounded, but that I realized that I had not a scratch on my body. The red stains covering my clothing were from the bodies of my comrades under the

tree, exploded into bloody pieces. I cannot explain what I felt throughout my body. It is hard to put into words the sensation that one experiences in a moment like that - it is not exactly fear, but it is certainly a horrible feeling, and one thing I do know is that your desperation to save your own life totally disappears.

There had been about 25 people taking cover under the tree, and they all died, their bodies strewn into pieces and left completely unrecognizable. That bomb killed Antonio Torres and his 10-year-old son of the same name. The two of them had been hiding near me, and I could see their bodies shredded by the blast.

Every single person killed in that massacre was civilian. We were all civilians! Not one of us was a guerrilla combatant, not one of us was armed. I don't know what the army's report was, but I am sure that we caused absolutely no harm to any soldiers. Often the army justified its massacres by claiming that there was a battle with the guerrilla forces, when in reality it wasn't so.

Minutes after the bomb blast, I began scrambling to get away, knowing that if I stopped the airplanes would kill me. We had to be especially carefully of one kind of small plane that we called "the little wasp." Its nickname reflected its shape, but also its mode of attack. It was brutal and effective, because it flew the lowest. Just seconds after having crawled away from where I had miraculously survived the bomb attack, a rocket hit. Despite being fairly exposed, luck was with me. As long as I was still alive, my hope of getting out

alive did not falter. With no place to go, I ascended the Guadalupe mountain on my belly and elbows. It took me two and a half hours to get to an area not being bombed. When I got to the hill, my hands and stomach were raw and bleeding, but I was alive, and that was what counted.

When I got to the summit, I found a small cave where about 100 comrades were hiding out. They were completely immobile, simply consoling one another with the nearness of their cramped bodies. I spent about two hours with them, and then climbed to a lookout spot to see if the soldiers were gone yet. I saw that from the heights of the Tenango hills, the army was firing toward Guadalupe, where we were. Our shelter was not safe, and it was just a matter of time before the soldiers arrived and killed us all. The only thing in our favor was that it was getting to be evening, and the dark of night was our friend and protector. We all agreed to head toward the villages of El Sitio and San Antonio once night fell. We knew that there was more vegetation in those places and we would be able to keep better cover.

Once the radiant sun hid behind the mountain, we began walking from Guadalupe to San Antonio. We were searching for a safe place, as far away as possible from where the aircraft were spitting out bombs over our heads. Our focus was survival, and we concentrated our little energy on that, but our thoughts were with those who had died, and the wounded who could not get out of there. Thinking of them, I thought that under cover of night we could try to go back and evacu-

ate the wounded. Just then I began stopping the younger people, telling them we had to go back and rescue the wounded. Thanks to the strong solidarity that characterized our communities, not one person refused; all agreed that we had to go back. In their faces one could clearly see their exhaustion and their fear, but this time love defeated terror.

Once we had a group of about 40 men, we began our turnaround. It was a hard decision to make, but we knew that soldiers were likely very near, so we garnered our strength and started back.

Our return trek was very slow, out of tiredness and caution. Mortars continued to land around the scene of the massacre, which told us that the soldiers were not close by. The sound of the mortar fire was a good sign for our plans. Each time we heard the sound of the bullet passing overhead, we threw ourselves to the ground and opened our mouths to avoid being injured by the sound that follows every detonation. Then we would get back up and continue marching.

The seemingly endless air attack finally came to a close around six in the evening. Once night fell, the bombs turned to mortar fire, exploding around us every three to five minutes. These explosions were not nearly as terrible as what had taken place during the day, but we were cautious.

When we arrived back at the bombed area, the scope of the destruction shocked us. Everything was destroyed! Trees were crushed, rocks crumbled, craters marked where bombs had hit. Huge areas were burned by rockets, and a pungent odor of gunpowder was in the air. That time,

the military High Command and their U.S. advisors had almost achieved their goal of destroying everything in their path. But what they did not count on was that no amount of terror would put an end to the rage felt in our worn but rebellious hearts.

The saddest and most unforgettable thing was when we began to smell blood and hear voices saying, "Help me", "Cure me", "I'm over here" and "Don't leave me here." This scene, next to watching my siblings die, was the most horrific and heart-rending thing I have seen in my life. Dozens of people lay on the ground, their bodies ripped into pieces and completely mutilated. Others lay in agony, writhing in pain, and although they were unable to walk due to their serious injuries, they cried out for help. I will never be able to forget their facial expressions, their deplorable situation, and their amputated and mutilated bodies. What I am describing happened 21 years ago. Surely the generals who gave the orders do not even remember that massacre; for them it was just one of many that they planned. But for those of us who survived, it is something we think of daily. Even if the guilty parties were ever punished, that date would never be erased from our calendar of grievous days.

From eight at night until dawn, our mission was to get the wounded out of there. There were all types of injuries, including people who had lost limbs, some whose innards were exposed, some who had lost their eyes in the shock waves of the blasts. It was a macabre scene.

We managed to evacuate sixty wounded by three o'clock in the morning. The rescue was painful, as there were more wounded who begged for our help, but we were exhausted and daylight approached, which was not our ally. I will never forget the pleas of one woman who begged us not to leave her, but our energy was at its lowest point and we absolutely could not carry more. I do feel a sense of satisfaction for having done everything we could possibly do at that time, but there is a permanent pain in my soul for having left many people behind, people who were certainly later killed.

We took the wounded to the village of Copapayo, near Lake Suchitlán, and there another group of comrades helped them cross the lake to be able to get them to the guerrilla bases in the department of Chalatenango.

The non-wounded were evacuated and taken to the villages of San Antonio and Los Llanitos, near the town of Jutiapa. On any other occasion it would have been a crazy idea to hide near a militarized town under army control, but at that time there were military bases everywhere.

The next day a guerrilla column ambushed a group of soldiers, killing 8 and wounding several others. After that guerrilla action, the army stopped its advance in all directions. The same day the army retreated from its offensive, a team was named to accompany Father David Rodríguez and Marianella García Vila, the president of the Salvadoran Human Rights Commission. I had the sad honor of accompanying these two individuals

to the scene of the massacre where we recovered the remaining bodies.

The mission of reenacting the military invasion and identifying the bodies took place a week after the massacre. Because so many days had passed, we knew it would be difficult to recognize all of the fallen, but we had the testimony of us survivors to complement the fact-finding mission.

To avoid being ambushed, the guerrilla commanders assigned a platoon to go in front of the investigation team, with orders to explore the area. When we got to the first houses, we found the first body. The priest took photographs and tape recorded the location and condition of the dead person.

In the village center there were no dead bodies, because everyone had fled the village at the time of attack. Later I guided Father David and the president of the Human Rights Commission to the little cave where I had taken refuge after seeing so many comrades die under that copinol tree. There we found the bodies of a woman and her two children. The children, ages 10 and 1, exhibited no bullet wounds or head injuries, but they had been strangled. I held one of them in my arms and could see that indeed the cause of death was suffocation.

When we got to the exact site of the massacre, my companions were stunned. What they saw shocked them. These people, that just a week prior, I had conversed with and many of whom were my friends, were now burned cadavers, their old backpacks torn apart by machetes. It was evi-

dent that the wounded people that we could not carry out had been murdered the next day by the Pentagon's great heroes. Upon seeing so many dead comrades, all I could do was close my eyes and imagine how it had been, troops searching for the wounded in order to give them the coup d'grace. I could just hear their voices saying, "look, here's another that needs our help; look, behind you, here's a son of a bitch just asking for a machete..."

Those military commanders might have claimed that we were guerrillas, but it isn't true. Guerrillas would not have run the way we did, and they knew that we were unarmed, because not once did we return fire. And when they came to kill the wounded, they would have seen for themselves that nobody had a weapon. What I am telling you now is a concrete example of the scorched earth policy taught by the U.S. government, the masters of war.

There were about 25 dead bodies, all mutilated, around the copinol tree. Comrades who were just a few feet away from me when the bomb fell were now rotting corpses. I was outraged to see it all in front of me - there was absolutely no justification for killing civilians just because they sympathize with the guerrillas. Worse yet, there was certainly no reason to kill all those left wounded by the bomb blasts. I have no idea why or how I was spared, but I swore on that macabre scene and on the memory of my friends killed in the massacre, that I would dedicate my life to the struggle for justice and against violence committed against the

civilian population.

We kept walking to Tenango, where there were many corpses. Father David kept his tape recorder on the whole time, narrating everything he saw. He had to change his tape several times. After we completed the sad identification process, the guerrilla platoon helped us bury the dead in a common grave. Eight days had gone by and the smell was intolerable.

It is awful that words like "death", "corpse", and "massacre" are repeated so often in this story that one runs the risk of getting used to that language, just as we Salvadorans got used to seeing dead bodies in the streets during those years of war.

A few days later, perhaps a week, I heard that Marianella had been murdered by the army. She was ambushed in an area called Las Bermudas, near the town of Suchitoto. Along with Marianella, several other comrades were fallen as well. The murders continued, the list growing every day. By that point we had almost lost count of how many of our comrades had died in the one-sided war. Despite, or perhaps because of so much blood being spilled, we maintained a stubborn desire to create a better tomorrow, our stubborn yearning to put our country on the right path and rid it of the corrupt and murderous military. Our desire, like a bud on the vine, was latent and grew slowly, and nothing could destroy our yearning for freedom that gave us the energy to keep up the fight.

About a week after the ambush, after the

We managed to evacuate sixty wounded by three o'clock in the morning. The rescue was painful, as there were more wounded who begged for our help, but we were exhausted and daylight approached, which was not our ally. I will never forget the pleas of one woman who begged us not to leave her, but our energy was at its lowest point and we absolutely could not carry more. I do feel a sense of satisfaction for having done everything we could possibly do at that time, but there is a permanent pain in my soul for having left many people behind, people who were certainly later killed.

We took the wounded to the village of Copapayo, near Lake Suchitlán, and there another group of comrades helped them cross the lake to be able to get them to the guerrilla bases in the department of Chalatenango.

The non-wounded were evacuated and taken to the villages of San Antonio and Los Llanitos, near the town of Jutiapa. On any other occasion it would have been a crazy idea to hide near a militarized town under army control, but at that time there were military bases everywhere.

The next day a guerrilla column ambushed a group of soldiers, killing 8 and wounding several others. After that guerrilla action, the army stopped its advance in all directions. The same day the army retreated from its offensive, a team was named to accompany Father David Rodríguez and Marianella García Vila, the president of the Salvadoran Human Rights Commission. I had the sad honor of accompanying these two individuals

to the scene of the massacre where we recovered the remaining bodies.

The mission of reenacting the military invasion and identifying the bodies took place a week after the massacre. Because so many days had passed, we knew it would be difficult to recognize all of the fallen, but we had the testimony of us survivors to complement the fact-finding mission.

To avoid being ambushed, the guerrilla commanders assigned a platoon to go in front of the investigation team, with orders to explore the area. When we got to the first houses, we found the first body. The priest took photographs and tape recorded the location and condition of the dead person.

In the village center there were no dead bodies, because everyone had fled the village at the time of attack. Later I guided Father David and the president of the Human Rights Commission to the little cave where I had taken refuge after seeing so many comrades die under that copinol tree. There we found the bodies of a woman and her two children. The children, ages 10 and 1, exhibited no bullet wounds or head injuries, but they had been strangled. I held one of them in my arms and could see that indeed the cause of death was suffocation.

When we got to the exact site of the massacre, my companions were stunned. What they saw shocked them. These people, that just a week prior, I had conversed with and many of whom were my friends, were now burned cadavers, their old backpacks torn apart by machetes. It was evi-

dent that the wounded people that we could not carry out had been murdered the next day by the Pentagon's great heroes. Upon seeing so many dead comrades, all I could do was close my eyes and imagine how it had been, troops searching for the wounded in order to give them the coup d'grace. I could just hear their voices saying, "look, here's another that needs our help; look, behind you, here's a son of a bitch just asking for a machete..."

Those military commanders might have claimed that we were guerrillas, but it isn't true. Guerrillas would not have run the way we did, and they knew that we were unarmed, because not once did we return fire. And when they came to kill the wounded, they would have seen for themselves that nobody had a weapon. What I am telling you now is a concrete example of the scorched earth policy taught by the U.S. government, the masters of war.

There were about 25 dead bodies, all mutilated, around the copinol tree. Comrades who were just a few feet away from me when the bomb fell were now rotting corpses. I was outraged to see it all in front of me - there was absolutely no justification for killing civilians just because they sympathize with the guerrillas. Worse yet, there was certainly no reason to kill all those left wounded by the bomb blasts. I have no idea why or how I was spared, but I swore on that macabre scene and on the memory of my friends killed in the massacre, that I would dedicate my life to the struggle for justice and against violence committed against the

civilian population.

We kept walking to Tenango, where there were many corpses. Father David kept his tape recorder on the whole time, narrating everything he saw. He had to change his tape several times. After we completed the sad identification process, the guerrilla platoon helped us bury the dead in a common grave. Eight days had gone by and the smell was intolerable.

It is awful that words like "death", "corpse", and "massacre" are repeated so often in this story that one runs the risk of getting used to that language, just as we Salvadorans got used to seeing dead bodies in the streets during those years of war.

A few days later, perhaps a week, I heard that Marianella had been murdered by the army. She was ambushed in an area called Las Bermudas, near the town of Suchitoto. Along with Marianella, several other comrades were fallen as well. The murders continued, the list growing every day. By that point we had almost lost count of how many of our comrades had died in the one-sided war. Despite, or perhaps because of so much blood being spilled, we maintained a stubborn desire to create a better tomorrow, our stubborn yearning to put our country on the right path and rid it of the corrupt and murderous military. Our desire, like a bud on the vine, was latent and grew slowly, and nothing could destroy our yearning for freedom that gave us the energy to keep up the fight.

About a week after the ambush, after the

soldiers had left the area, the guerrillas recovered and buried the bodies of Marianella and the other victims. That time I accompanied the same priest in the recovery of the bodies, and a platoon of guerrillas protected us. When we got to the site of the ambush, we found that the soldiers had dug a shallow hole and buried the corpses, putting rocks and tin sheets on top. It was impossible to identify them, as they were thrown into a pile, one on top of the other, rotting and covered with maggots. Without any technical equipment it was impossible for us to identify each individual.

At that time I was in charge of civilian self defense. Given the powerful army, this job was difficult and sometimes seemed absurd. But time and time again we realized its importance. Thanks to our self-defense strategy we discovered our powerful weapons: we knew the land; we could erase tracks and throw the troops off course; we had solidarity and faith; we worked together with the regional guerrilla units; we were always prepared; and we carried only what we needed in our packs. These elements were our weapons against the bloodthirsty army. When the army invaded, we applied what we had learned in our efforts to hide and attempt escape, and we ended up with strong skills in how to retreat like a snake who detects danger. But we never stopped being civilians, on defense, not offense.

During the "Guazapa 10" invasion, the soldiers destroyed the only houses and fruit trees that remained standing. This was a terrible military operation, lasting several months without stopping.

They did not want to retreat until we had all died of hunger or been killed in combat. We civilians would often go a week without food, only drinking water, or occasionally making soups out of roots or leaves.

The army established dozens of small military bases, in its attempt to surround us and thus isolate us from the rest of the country, killing us little by little. That same year, 1983, the guerrillas changed tactics and concentrated their battalions in specific areas to do away with individual military posts. As part of that strategy, the guerrillas concentrated many troops in our area, attacking Tenancingo, Cinquera and other nearby.

The Tenancingo attack began at 2:00 in the morning and ended after five hours of combat. Even before the guerrillas had gained total control, I was in the park. After the takeover, the people living in the lowest-lying areas went into the army supply depots and took out all the food. For over three years the army had destroyed our crops, our homes, killed our animals - horses, hogs, cows and hens - and had uprooted the fruit trees in our lands; we felt that it was both necessary and just to carry away the food they left behind: necessary, because we were dying of hunger, and just, because they had been responsible for the destruction of our local economy. After all, the military only needed to look north and the U.S. provided them with the dollars they needed to carry out their counterinsurgency. For them, the economic value of the food supplies was insignificant.

My job was to organize the people living in

the foothills of the guerrilla-controlled zone to recover the food, medicine, and clothing from the military bases taken over by the guerrillas. The town was very small but the army had placed several headquarters within it. Because I was familiar with the area, I was the guide for a group of guerrillas. I took the opportunity to talk to the town's civilian population. I knew that these locals were the political support for the army, so I tried to convince them to stop supporting the military.

Many of the government supporters in this town were campesinos who used to live in the country and had been paramilitary patrollers for a long time. The local military commander used them as an informant network. But when the war really heated up, the army gave them weapons. They moved into town and were the most dangerous and evil of all. Once they moved into town, the army gave them even better weapons, and used them as guides for their troops, spies, and as back-up support for their garrisons.

In the guerrilla's military action, they captured sixty of those paramilitary patrollers and more than fifty soldiers. Several of the paramilitary prisoners of war were familiar to me because they had once lived in my village. Now that they were disarmed, I went and spoke to them for a long time. They really did not say much; it was I who talked the most.

Among the prisoners were my uncle Gerardo de Paz and my cousin Gerardo de Paz. They knew that I was aware of their crimes, and they feared that we would kill them for that. They

were scared, and thought their time had come. Up until then there was no precedent for treatment of prisoners, because we had never taken any. That is why they feared that we would treat them the same way that they treated the revolutionaries they captured. According to their logic and their practice, capture equalled death, but we followed a different code of conduct. That was one of the main differences between us. Their quiet stance was not just due to fear of dying, it was also a rebellious silence reflecting a stubborn attitude toward the very people they hated.

The fact that military action on the part of the guerrillas had turned them into prisoners spoke volumes to those people who viewed the army as an invincible institution. But we had to speak to them and try to turn them into a neutral party. We would gain nothing from killing them - our goal was to make them commit to leaving the military and dedicating themselves to raising their families. Nothing guaranteed that they would keep the promise they made at that moment, but we certainly were not going to take their lives - that was not the way we behaved, and revenge was not our policy. We tried to leave them with the understanding that we were a strong but compassionate guerrilla force.

In town I also spoke to Ambrosio and María Peña, brother and sister of Pablo Peña, the local military leader from my village who was one of the people responsible for the murders of my three siblings. We found eleven army-issued rifles, uniforms, backpacks and military boots in

their homes. The evidence proved their connection to our adversary, but the Frente had decided to respect the lives of these types of people and engage in combat only with those who put up armed resistance.

When I saw Peña's relatives, I hoped I learn some information about him, not so that I could kill him - the revenge and hatred I experienced was just a brief phase in my life - but for political reasons. I wanted to make them realize that we had become a powerful force, no longer defenseless.

Unfortunately I learned nothing about their brother, as they stayed loyal to him and refused to talk. They knew that they were in a touchy situation since we had found the weapons in their homes, but they were brave and did not give up anything.

Before we left, we did an unprecedented thing: we freed the prisoners of war. That aspect of the guerrillas' framework was excellent, both politically and humanely. Most paramilitary patrollers were adults with families, but soldiers were mostly young men - teenagers, really - forced into military service. Freeing them reduced the pain that over 100 families otherwise would have felt, so they would not have to suffer like mine did. This in itself was welcome, because that pain is immense and causes irreparable damage.

The military successes offered me a glance at victories in a struggle that had gone on for a long time and in which we were always at a disadvantage. I was happy to see that we also were capable of beating the army and that the cruel war could become

more balanced. It was time for them to face the consequences of their war and that they paid for it in blood as well. For us, the villagers living in guerrilla-controlled zones, the armed conflict was devastating, and among the whole Salvadoran nation we were probably the most persecuted, hardest hit, and most heroic people.

However, our exit was not easy. We were leaving just as enemy reinforcements arrived in the area. We came in battle and left in battle, but were victorious. I remember seeing dozens of horses and cattle killed by bullets. Even animals suffered in this awful war.

We civilians carried away the requisitioned food supplies. We were happy, not just due to the military defeat but also because we knew we would have food to last several days. Having food reserves was a rare luxury in those years, and it was like satisfying a chronic desire.

The first thing we did was hide the food, because it was a treasure we did not want to risk losing. After hiding the supplies, we prepared ourselves for the next military invasion. We knew that the army would react, and knowing how they were, we supposed that their pride was hurt and that the military response would be more savage than ever before.

As predicted, three days later battalions from the elite forces, Homeland Police and the fifth military detachment initiated a new operation against us. In this invasion they killed more than 150 people from the nearby village of Copapayo. According to witnesses who escaped the attack, villagers were

captured and then placed together in a group in one small house. Once they were all inside, the soldiers exploded several grenades. That is the cowardly way they murdered the locals from that town.

During the invasion they killed a girl from my village. First they captured her, then raped her, and then they killed her. But it was not enough for them to simply kill her; they cut off her breasts and her ears, and took the amputated body parts to their leaders as proof of what they had done. She was killed when the army led a surprise attack on a group of us who were swimming and bathing in the river. Many others fled without any clothes, but she was in the deepest part of the river and could not get out fast enough. We went back to bury her later. We never found out if she was alive and it was part of their torture to cut her like that, or if they committed that savage act after she was dead. It is hard to believe. But the army killing many people like that, including cutting up people's body parts into tiny pieces. American military advisors trained them in these methods of torture and killing.

We often suffered losses in surprise attacks. In another invasion, not long after the previously mentioned attack, two medical workers were bathing in a swimming hole, and went in too deep. Neither could swim, and one of them drowned. The other managed to get out, but out of fear and desperation she was shouting out loud and the soldiers on higher ground heard her and opened fire against us.

Another time that I recall we were crossing the Quezalapa River in secret, trying to get away from some soldiers nearby. As always, we travelled

by night. That night it was darker than normal, which was great, but we lost one comrade during our exit. We later found out that a soldier had killed him as he crossed the river. We found his body two weeks later when we were fishing. I remember that in one spot there were loads of fish, and I didn't know why. Later I found the skeleton of that lost comrade.

That year we hid several times near the Quezalapa River. We made small encampments in the foothills, in Copalchán, in El Pepeto. It was a small area, but we had become experts at hiding. Those were difficult times; we never knew if we would survive the next day. Really, nobody knows what their future holds, but in those conditions it is even more uncertain.

Around that time, after the military takeover of Tenancingo, the invasions were continuous. Before we could recover from one, another began. We were very worn down and sacrificed a great deal. Never in my life have I felt so much pressure as I did during those years.

By 1983, the civilian population had been reduced to a very small group compared to what it had been. Anyone with any ability joined the guerrillas. Being a guerrilla was safer than having to constantly hide from the military troops without weapons to defend oneself. We tried to get the elderly people out into safe places in town. Getting them out of there was dangerous, as we had to go out in the middle of invasions, but out of the area they were safer.

That year, we had approximately 500 people

that we coordinated in the Tenango area. The National Resistance (RN) had 200 people, and the Central American Revolutionary Workers' Party (PRTC) had nearly 100.

Four platoons made up the People's Liberation Forces (FPL), located in Tenango, Cinquera, Azacualpa and La Escopeta. These were the permanent forces, but occasionally they were supported by battalions from the "Felipe Peña Mendoza" group. Other organizations had additional platoons and mobile forces.

The military was strong and operated in and around the guerrilla-controlled zones. It was a tense environment. In addition to the number of guerrillas previously mentioned, there were security personnel, explosives teams, medics, communications and interceptor teams, and supply squadrons.

I remember that in the middle of one invasion, it was pouring down rain and we were marching when a local woman named Sabas gave birth to a child. I saw her crouch down suddenly and ask for help. Just then we were climbing a hill covered with trees, and torrents of water ran under our feet. Practically right as I heard her request help, I saw the baby starting to come out. I was surprised, as it was the first time I ever saw a birth. We decided to stop so that other women could attend to the mother. I was worried when I saw so much blood flow out of her; she, like everyone else, was weak, and I was afraid she could not handle the loss of blood. The woman that attended to her lay down a black sheet of plastic on the ground, as a bed, so she could finish birthing the baby. It pained me to see the moth-

er and child like that - the mother for the circumstances under which she was giving birth, and the child for coming into the world at such an awful time and in such adverse conditions. It broke my heart to see such humble people suffering the worst possible experiences in life. Thinking that the military troops attacked us just as they would attack the armed guerrillas, with their firepower and their evil ways, filled me with rage.

Later we were able to get the mother and her son into the Mesa Grande refugee camp in Honduras. They spent several years there, relying on the help of foreign aid. The mother managed to survive and see her son, born under such unusual circumstances, grow up to become the young man he is today.

There were several experiences like this, in which villagers from these warzones faced extreme and inhuman conditions.

After seeing this and sharing the heroic suffering of these people, it is difficult for one to be insensitive to other people's problems. I am certain that living through all of this was what made me choose a vocation of helping others.

captured and then placed together in a group in one small house. Once they were all inside, the soldiers exploded several grenades. That is the cowardly way they murdered the locals from that town.

During the invasion they killed a girl from my village. First they captured her, then raped her, and then they killed her. But it was not enough for them to simply kill her; they cut off her breasts and her ears, and took the amputated body parts to their leaders as proof of what they had done. She was killed when the army led a surprise attack on a group of us who were swimming and bathing in the river. Many others fled without any clothes, but she was in the deepest part of the river and could not get out fast enough. We went back to bury her later. We never found out if she was alive and it was part of their torture to cut her like that, or if they committed that savage act after she was dead. It is hard to believe. But the army killing many people like that, including cutting up people's body parts into tiny pieces. American military advisors trained them in these methods of torture and killing.

We often suffered losses in surprise attacks. In another invasion, not long after the previously mentioned attack, two medical workers were bathing in a swimming hole, and went in too deep. Neither could swim, and one of them drowned. The other managed to get out, but out of fear and desperation she was shouting out loud and the soldiers on higher ground heard her and opened fire against us.

Another time that I recall we were crossing the Quezalapa River in secret, trying to get away from some soldiers nearby. As always, we travelled

by night. That night it was darker than normal, which was great, but we lost one comrade during our exit. We later found out that a soldier had killed him as he crossed the river. We found his body two weeks later when we were fishing. I remember that in one spot there were loads of fish, and I didn't know why. Later I found the skeleton of that lost comrade.

That year we hid several times near the Quezalapa River. We made small encampments in the foothills, in Copalchán, in El Pepeto. It was a small area, but we had become experts at hiding. Those were difficult times; we never knew if we would survive the next day. Really, nobody knows what their future holds, but in those conditions it is even more uncertain.

Around that time, after the military takeover of Tenancingo, the invasions were continuous. Before we could recover from one, another began. We were very worn down and sacrificed a great deal. Never in my life have I felt so much pressure as I did during those years.

By 1983, the civilian population had been reduced to a very small group compared to what it had been. Anyone with any ability joined the guerrillas. Being a guerrilla was safer than having to constantly hide from the military troops without weapons to defend oneself. We tried to get the elderly people out into safe places in town. Getting them out of there was dangerous, as we had to go out in the middle of invasions, but out of the area they were safer.

That year, we had approximately 500 people

that we coordinated in the Tenango area. The National Resistance (RN) had 200 people, and the Central American Revolutionary Workers' Party (PRTC) had nearly 100.

Four platoons made up the People's Liberation Forces (FPL), located in Tenango, Cinquera, Azacualpa and La Escopeta. These were the permanent forces, but occasionally they were supported by battalions from the "Felipe Peña Mendoza" group. Other organizations had additional platoons and mobile forces.

The military was strong and operated in and around the guerrilla-controlled zones. It was a tense environment. In addition to the number of guerrillas previously mentioned, there were security personnel, explosives teams, medics, communications and interceptor teams, and supply squadrons.

I remember that in the middle of one invasion, it was pouring down rain and we were marching when a local woman named Sabas gave birth to a child. I saw her crouch down suddenly and ask for help. Just then we were climbing a hill covered with trees, and torrents of water ran under our feet. Practically right as I heard her request help, I saw the baby starting to come out. I was surprised, as it was the first time I ever saw a birth. We decided to stop so that other women could attend to the mother. I was worried when I saw so much blood flow out of her; she, like everyone else, was weak, and I was afraid she could not handle the loss of blood.

The woman that attended to her lay down a black sheet of plastic on the ground, as a bed, so she could finish birthing the baby. It pained me to see the moth-

er and child like that - the mother for the circumstances under which she was giving birth, and the child for coming into the world at such an awful time and in such adverse conditions. It broke my heart to see such humble people suffering the worst possible experiences in life. Thinking that the military troops attacked us just as they would attack the armed guerrillas, with their firepower and their evil ways, filled me with rage.

Later we were able to get the mother and her son into the Mesa Grande refugee camp in Honduras. They spent several years there, relying on the help of foreign aid. The mother managed to survive and see her son, born under such unusual circumstances, grow up to become the young man he is today.

There were several experiences like this, in which villagers from these warzones faced extreme and inhuman conditions.

After seeing this and sharing the heroic suffering of these people, it is difficult for one to be insensitive to other people's problems. I am certain that living through all of this was what made me choose a vocation of helping others.

18

PERMANENT DANGER

*D*anger is permanent in war, including for those people not directly engaged in combat, not to mention those who are deeply involved. In our case death may have arrived at any given moment, but there were some moments in which the footsteps of death could be heard so nearby that one lost one's hope of survival.

I grew up in a religious home, but I am not so religious myself. This may be because in the revolutionary organization, in which I participated for so long, being religious was more of a negative quality than a virtue. But though it may sound crazy, I always carry my 91st Psalm with me, a prayer that my mother gave me in late 1981. Since that date, over twenty years ago, I have always carried it carefully tucked inside my wallet. During the war, I had it hidden in one of my wallet compartments, it was part of my few personal belongings. I was always careful with it and protected it from rain, sun, and sweat; it was like we mutually protected each other.

On January 11, 1981, I was captured in a safe house in the city of Soyapango. It was during the time that the Farabundo Martí National

Liberation Front (F.M.L.N) carried out its Final Offensive, the first of several during the war. At that time

I was a young man and wanted to be involved, having heard that with this offensive the government would fall and then we would build a more just society. After having seen my brothers and sister die, and feeling outraged by the misery my people faced, the success of the offensive seemed to me like a great opportunity to change all of that.

I recall that one comrade, already organized, told me to leave the safehouse in Soyapango and that another comrade would come to give me directions. I remember that I asked no questions, and just went to the place they told me. One day after my arrival, that comrade came and told me that I would be the coordinator of a youth group that was living in a safehouse and that people from the People's Revolutionary Army (ERP) would supply us with weapons. He told me that the insurrection would take place on January 10th, that on that day we should take to the streets.

On the scheduled date, the youth group, with me as its coordinator, went out with the mission and hope of raising a popular insurrection.

All of us were young people, under twenty, with no experience in weapons, let alone insurrections, but our enthusiasm moved us.

Once in the city, we heard a huge gunfight and shots went right by us. Each one of us fled in

different directions, looking for the safest place. In an instant most of our group disappeared, but with some effort I managed to get a small group of us together. We ended up spending the night in a small coffee field, near the Acelguate River, from where we heard gun battles coming from all over the city.

At dawn, I heard noises near the field. It turned out to be National Guardsmen running toward us, with their rifles aimed. Our group was unarmed, we never got any weapons, and we were tired and afraid to die. When we saw the Guards running toward us, we ran. The Guards shot at us and killed seven members of the group, and wounded another. Just like the rest, I ran as fast as I could. I got to the river and managed to escape my pursuers.

Later I got to Ciudad Delgado, where the streets were empty. There were several burned-out cars and buses, dead bodies on the sidewalks, shots were heard in the distance, and the soldiers had taken over the city. I was afraid they would capture me, but it occurred to me to pretend I was inebriated, knowing that they would worry less about a drunk in the streets. I got past the soldiers and into a pickup that took me to the capital. My goal was to go back to the refuge in Soyapango. Still terrified and pretending to be drunk, I made it there at about 3:00 in the afternoon.

At 7 p.m., the army took over the safe house and captured everyone inside, including me.

I thought that perhaps if I acted like a crazy person, they might not haul me off to jail. When one soldier asked me my name, I laughed. Each time he asked me something I acted like I did not understand. The soldier asked one of the nuns if I was crazy and she said yes, that they had picked me up off the streets. The army ended up leaving me in the refuge, useless to them. I think it would have been an embarrassment for them to have had to present me as one of their captives. The soldiers had us crammed into small rooms, practically on top of one another like sardines.

One of the captives was a pregnant girl. The tension of the situation had really upset her, and her face registered shock and fear, perfect for pretending she was in labor. The idea came to her of telling them that she needed to go to the hospital because she was having contractions. With the help of one of the nuns, she was able to convince the official in charge of the operation to let her go.

She left the refuge and went straight to the Archbishop's office in San Salvadore, with clear instructions to denounce the military occupation of the religious refuge.

Hours later, it was known that the soldiers had taken captives from the refuge, and the Church negotiated our release. Then the Red Cross arrived and evacuated us to the Divine Providence Church and Hospital.

After that experience in the urban area, I decided to return to the countryside; the city clear-

ly was not my habitat.

Another tough situation I faced in the city was when the military forces killed the leaders of the Democratic Revolutionary Front (FDR). At that time I was involved in FECCAS, and had been sent to take charge of the occupation of the San Salvador Cathedral. The plan was to hold a wake in the Cathedral for the fallen comrades, and we needed a group of revolutionaries to arrive beforehand to occupy the site and prepare it for the reception of the coffins.

The city was a whirlwind of street protests and police violence in response, resulting in injuries and some deaths.

The first hours of our occupation went by uneventfully, just as planned. But at night, policemen in civilian clothing planted a car bomb in front of the church. When it exploded, we felt the shockwave like a deafening, invisible force that rattled your whole body.

I remember that I was in the left tower of the Cathedral's main facade, and at first I didn't know what had happened. I had never experienced such a thing, but a few minutes later we saw the blown-up car at the front entrance.

Within a few minutes we were ringing the church bells, just like they did to summon the people during the fight for independence from Spain. Upon hearing the loud pealing of the church bells, many people came to see what was going on. We denounced the attack, even without knowing

exactly who had carried out the sacrilege. All we knew was that it was an anticommunist member of the military passing for a civilian.

The following day the coffins were to be carried in a funeral procession. Those of us occupying the church walked out of the Cathedral as though we were just additional mourners, until the church was empty. I was not a city resident, so after the occupation was over I went to the Domos María refuge, in Mejicanos. The day after I arrived, soldiers invaded the site. The first thing that came to mind for escaping was to disguise myself as a woman, and in case that was not enough, I also pretended to be sick. So, wearing an awful dress, I managed to get out of the refuge. On that particular occasion, one comrade was captured, and another wounded. The next day I returned to the Cathedral and we buried the fallen revolutionary leaders.

After the funeral, I returned to my home region and decided that I would not participate in any more urban action. I felt much more secure in the rural areas than in the city, where I felt like a fish out of water.

Once when I was doing organizational work near Tejutepeque, something happened and I could not go on an assignment, so a man named Raúl de Paz went in my place. On his way to visit the base communities that I worked with, my comrade died in a military ambush. I don't remember why I was unable to go that particular day, but if I

had gone, no doubt the fallen man would have been me.

A few days later, army special forces set up another ambush that supposedly was for me, in the village called Rosario El Tablón. For another twist of fate or some other mysterious reason beyond my comprehension, that time I again had a substitute, a comrade named Alvaro. He died in that ambush.

In 1987, my cousin Daniel Alfaro, who went by the name Israel, and I went into Tenancingo to buy food supplies. Along the route, the soldiers had planned another ambush for me. They were hidden by the side of the road, dressed in camouflage and covered with thick branches. When we got closer to where they were hiding, without knowing what awaited us, the soldiers opened fire. I saw Daniel fall dead immediately, and the soldiers must also have seen his body riddled with bullets, because next all their rifles were aimed at me. I shot back with my pistol - more as an instant reaction than anything else, because it would have been impossible to harm them. At least 20 automatic assault weapons against one six-shooter pistol carried by somebody completely surprised and who does not know the exact location of the enemy fire, is an absurd situation, but that was the reality. As long as I was alive, I needed to figure out how to get out of the area.

When I saw Israel die, I was on the ground and tried to get out of there, but I was pinned by a

root sticking up out of the earth. I felt lost, and was afraid I would be caught. Being captured was the worst thing that could happen to you; it meant dying slowly from torture, watching while your captors tore you apart piece by piece until you finally died. I am not making this up; there were abundant examples of this. Denying that torture took place is like believing that there are no waves in the ocean.

I did not know how I was going to escape alive, but I knew I did not want to end up a captive of the army. For an instant, I held my pistol to my head, preferring to kill myself than fall into their hands. But a second before I pulled the trigger, I heard a voice that said "pull yourself up." When I heard that, I managed to get loose of the root. Then I ran.

I was temporarily deaf from so much gunfire, but I suffered no bullet wounds. I still cannot understand how I escaped all those bullets, considering they shot thousands of rounds from just 30 feet away.

Now, many years after the fact and with the perspective of an adult, I still do not understand why they did not kill me that time. I believe that some things happen that are beyond our comprehension. A few minutes later, when I was beyond the reach of the rifles wielded by people who wanted me dead, my body finally showed the signs of fear that had been stifled by the charge of adrenaline throughout my body. Immediately I

went to the nearest guerrilla encampment and told them what had happened. A group of guerrillas went back to the scene of the ambush, with the intent of fighting the soldiers, but they were gone. The comrades found only Daniel's body.

One day later, a comrade and friend of mine named Tito Chávez was captured at a road-block. They showed him my photo and said that the previous day they had killed me, referring to the ambush in which Daniel died. My mother heard that version of the story and held a Mass for me. She grieved for several months, thinking that I was dead.

Another time, two comrades and I went to buy supplies in Tenancingo, and found ourselves surrounded by soldiers. My two comrades were wounded and captured, and I managed to escape. Do not assume that my escape was due to skill. Many capable, trained comrades were killed, and many of us less capable comrades are still telling the story. It was almost like a miracle that I escaped unharmed that time. The soldiers fired at me and I ran, zigzagging over the cobblestone streets. Some families opened their doors so I could hide in their homes, but I decided to get out of the town rather than hide out there. I always felt safer in the open country. Near the town there was a guerrilla platoon. When I arrived, exhausted from my escape, I told them what had happened, and about the two wounded comrades that had been captured. The guerrillas went into the town

and battled the soldiers, on a mission to rescue their comrades. Unfortunately they were able to rescue only one; the soldiers had killed the other with their machetes just minutes earlier.

I could tell many stories of times when the army readied ambushes for me, and a few times they thought they had gotten me. But under the protection of my 91st Psalm, my mother's prayers, and my own experience in avoiding danger, they never managed to capture or kill me, despite coming very close on several occasions.

For several years, while civilians were living in the guerrilla-controlled zone, my job was to accompany the people and help them in their self-defense. But as the war raged on, the civilian population was reduced to a small group, and then I took on duties of organizing communities in areas around the guerrilla settlement. The military knew that I worked to awaken the consciousness of the people, and that's why they wanted me captured or killed. I was a thorn in their side.

Several times, soldiers handed out propaganda that asked me to desert and support them in their plans instead. Impossible! My conscience had been formed by my poor campesino existence and the murders of my brothers and sister. I would never have switched allegiances. Later, when they saw that I would never desert, they started distributing propaganda threatening to kill me. They treated me as more important than I really was. Army officials thought that I was a local guerrilla

leader, but I wasn't. They were wrong. I worked with the civilian population, doing political education, getting food to the comrades so they wouldn't die of hunger, and I had created a network of collaborators who provided information. I was certainly not the leader of any militant structure!

The army had my picture on file and knew what I looked like. They did not just have a file on me in a military base, there were also civil defense forces and soldiers who knew me personally. So in 1988, as I was preparing to leave the country, I was alarmed when the bus I was riding was stopped at a roadblock and a soldier asked me for my papers and began to interrogate me. At that time I was very stressed, and this was a real test. I was accompanying another comrade who was a young pregnant woman. I told the soldiers that I was her husband and that we were going to the hospital because she was in labor.

I was lucky that time; none of the soldiers at the roadblock new me. If they had, I would have been captured for sure.

19 OUR FAMILY, TORN APART

*T*he war caused many families to be broken up, some forever. In my family's case, we lost three siblings and a family diaspora took place that is still the case today.

First the three eldest children left home - my two older brothers who were later murdered by the army, and me. I remember that in 1976, when we decided to leave home for safety reasons, we were just young people, practically children. We went in all different directions. I moved in with some relatives in the town of Ateos, and my two brothers went to San Salvador. This was our first family separation caused by the repression.

The second big separation took place on March 21st, 1980, when my three siblings were killed in the first large-scale military invasion. This was a physical separation, because they are still part of our family memory.

In 1981, my parents were persuaded by many comrades to leave the area. With tears in their eyes, they went to live in the Divine Providence Church and Hospital in San Salvador. They took my youngest brothers with them, Manuel and Maximiliano. Only my brother Francisco and I stayed in the war zone. He was part of a militant unit,

and I stayed with the civilian population. We hardly ever saw each other, so it was really another huge family breakup. This separation was the hardest and longest-lasting.

After my parents left, we entered a period where we knew nothing about eachothers whereabouts or well-being. In spite of the efforts we made, neither they nor I could find out even the smallest detail. On several occasions my parents heard that I had been killed. How long did this period of silence and uncertainty last? I do not remember exactly, but it was a long time. Luckily I had many memories, and some of their friends had stayed behind, so we sometimes talked about them. But often there were long periods in which communication between guerrilla-controlled zones and the rest of the country was very scarce, not because we were far away from the urban areas but because the military had us totally surrounded.

It was painful knowing that my parents' exit meant going to a city where they had never wanted to live, away from their cornfields and into a land of busy streets, buses and exhaust. They left behind their function as campesinos and became refugees, no longer with land to work for sustenance, but instead to live off handouts from international aid. This was the hardest part for them, as it threatened their sense of dignity. I knew that they were suffering, and that they needed me, but I also knew that there was very little I could do for them. My hope was that the progressive forces would triumph so that at least some of my family's problems could be resolved.

In early 1984 I took leave to go to the city. I wanted, and needed, to see my family. Their absence was a huge void that nothing could fill. I saw them twice in my two-week leave. They were living and working in the hospital, which was known for being a refuge for guerrilla families. It was dangerous to visit, but I still went on two separate occasions, keeping the visits short for our safety. It was in the church of this hospital that Monsignor Oscar Arnulfo Romero was murdered as he said the Mass. My two visits there were a risk on my part, as it was a location watched by the government.

My mother did not know I was coming that day, and I remember that when she saw me her eyes turned red and her face held the familiar expression I used to see when she was happy. For a long time she could not stop crying for joy. She looked well-nourished, and certainly she must have been eating better than she did while hiding in ravines eating once every couple of days - when there was food to be had. Still crying, she hugged me, and we both felt very happy. My mother faced the challenges of the times with great strength. She was more politically and religiously committed to the struggle than my father was. She never told me, "Son, give up the struggle and come here because we need you;" she understood my commitment, and she knew that we needed to transform society. She also knew that freedom struggles were bloody; the Bible tells this, with the clearest example of cruel dictators being the murder of Christ.

Once she had recovered from the shock of seeing me, she took me by the hand and led me to a

small room, where my younger brothers Maximiliano and Manuel were. My father stayed outside, keeping watch, ready to warn us if he saw any soldiers or unusual movement. I tried to be positive, and told them that I was where I wanted to be and that I was fine. What I told them was true, but I exaggerated a little, hiding how much I missed them and that my loneliness sometimes nearly killed me. I could not tell them that I was eating well, nor even that I had enough to live on, because my skeletal frame told the truth. After half an hour with them, I had to leave.

Toward the end of 1984, my brother Francisco left the guerrillas. This left me alone. My brother's decision saddened me, and made me feel incredibly lonely. But I was happy for him that at least he would be able to get out of the war zone. Once he left, I spent four long years totally separated from my nuclear family.

Thanks to my political and organizational work in villages outside the guerrilla-controlled zones, it was relatively easy for me to befriend supporters who would carry letters to and from my family. These brief and sporadic notes, carried under cover, helped placate my loneliness. The letters always smelled like toothpaste, because they were transported in toothpaste tubes, and although they were short, they assured me that they were alive, and in those days, that was saying a lot.

My father visited me several times, coming to Tenancingo and occasionally a village called El Caulote.

We could not always see each other when he

was in town, because when there were soldiers nearby I could not visit. On those occasions he would have to go back without having seen me, but he understood that we couldn't risk so much just to say hello. When we did get a chance to talk, it was always at night, because that was safer. He always cried when he saw me; his pain and regret were visible. For him it was really difficult being a refugee in the city, far from the countryside and unable to work the land that he loved. It was also hard for him to have his family split up, begging for food and shelter. I know that one time he asked me to leave the guerrilla zone and go to help the family. It was hard for me to say no. I felt like when they most needed me, I could not be there to support them. It made me feel almost like I was betraying my family and their needs. But I was socially and politically committed to the civilian population in the guerrilla-controlled zone, and they needed me as well. My sense of social duty did not allow me to consider abandoning them.

Once when my father visited me, he mentioned that the nuns paid him in colones the equivalent of 16 dollars a month, plus food and lodging. On that salary he was even poorer than when he worked his little cornfield, and his day was longer, often working 16 hours. When I heard his tired voice telling me about his work, I felt angry at the church that employed him. What made me mad was that the church spoke out for justice and against exploitation, but here they were doing the same thing. I felt deceived by the difference between what they practiced and what they preached.

Later I tried to understand the reasons why they had to work so hard and earn so little, but I now see that that is one of the costs of living as a refugee, persecuted by your own government.

In 1988, four years before the war ended, I decided to come to the United States. I opted for exile only because I knew my life was at risk in my country. Later my brother Manuel followed, then my mother and my two sons.

20

ILLNESS AND DISEASE STRIKE

*M*alaria was the first illness I suffered during the war. For several months the disease sapped my energy. The symptoms I had to deal with included aching bones, fevers, weakness and weight loss, all in addition to fighting for my life against army repression.

At first, when the malaria was not fully set in, I could still walk and do my job, so I tried to follow my daily routines and forget about how I was feeling. My job was demanding, there were constant military invasions, and we were always on the hunt for food and supplies. Under those conditions, getting sick was a luxury and a huge problem. But little by little I lost strength, each day getting harder than the last, until finally I had to stop working and I became one more burden for my comrades. *en esas condiciones enfermarse era un lujo y un gran problema.*

I got malaria in 1983. The disease was insistent and unstoppable in its attempt to destroy me from the inside out, and it almost succeeded! I spent three months unable to work.

Just when I began regaining some energy and recovering from the malaria, I got hepatitis, another destructive illness. The medics told me I needed rest and a nutritious diet, but of course

those medical instructions were impossible to follow in the midst of a brutal war, where we frequently had to carry out long marches at night, in the rain, and we were malnourished. But the comrades were very caring with the sick, giving up a bit of their food so that we could have a little more, doing our jobs so that we could rest a little, and even when we had to flee from nearby army troops, they tried to help us out.

One comrade named Alejandro Montalvo gave me a home remedy. It was a strange combination of ingredients, but thanks to that natural medicine I was able to overcome the serious illnesses that were depriving me of energy and health.

I recall him mixing bark from the Brazilnut tree in a liquor bottle, with a banana and a handful of raw sugar, which he then buried for three weeks. When it was well fermented, he strained out the liquid, filling five bottles. He told me to drink three cups every day.

After I had finished the first bottle, my worn body recuperated and I had enough energy to walk. When I started his treatment, I was on the verge of death. The combination of hepatitis and malaria is lethal, and was about to kill me. A month later, after I had drunk the five bottles of remedy, I was almost back to normal.

The worst year of illnesses was 1984, when there was an outbreak of a flesh-eating disease in the guerrilla controlled zone. Hundreds of us had the rash all over our bodies. The tiny guerrilla hospital did not have medicine for this, and even if it

had, there were so many of us affected that they never would have been able to cure everybody. I still believe that something was in the bombs that the army dropped on us, that they used some kind of infectious bacteria, because there is no other explanation for hundreds of people to fall ill with a flesh-eating disease.

I was among the most critically ill. My entire body was covered by round bumps that devoured my skin. I spent a month unable to wear anything but underwear. I couldn't wear clothing because it stuck to the blisters and the burning was unbearable. Given that there was no medicine, the elderly people who trusted natural remedies began to give us treatments used by our ancestors. They used several different plants, and I chose baths with the essence of a plant called Chichipince, which I had heard my mother speak of before. I and many others utilized these remedies and were cured, but it took several months for our skin to heal. Luckily we believed in the usefulness of traditional medicine and thanks to that, we were nursed back to health. All of those illnesses damaged my body, but over time I recovered completely. I was like a tree that gets pruned: after suffering for a while from the loss of its branches, it blooms again, stronger than ever.

However, after the torrent of illnesses, I was overwhelmed by depression. I felt sad, desperate, and inexplicably tense and nervous. From the outside I had returned to perfect health, and I needed plenty of energy for my job, but inside I was falling apart. I was so depressed that sometimes

I thought it would be better if I died, and in fact it felt like a powerful force inside me was pushing me to die. I didn't hear voices telling me to kill myself, but there was something inside me that took away my desire to live, and it was beyond my control.

I became forgetful, and the most worrisome result was that I experienced some complete black-outs. A few comrades noticed my situation, and with their own limited skills tried to help me understand and find out what was causing it. This was worse than malaria or hepatitis, because it was my mind that was sick. I felt stressed and alone, and I wanted to get out of that infernal warzone, to eat good food and spend at least one day without the fear that the soldiers would try to kill me. The doctor suggested that I go to San Salvador to rest for a while, but I knew that the city was not for me. The war was raging there, too, and it was unsafe for me there as well, so I decided to stay where I was.

In addition to the depression that was withering my spirit, I began suffering from a painful skin inflammation. Bad things never seemed to happen to me one at a time; now both my body and my soul were wounded. When my skin swelled, it turned pink and itched and burned. My overall deterioration was such that at times I felt like I was good for nothing, and that I had become more of a burden than a help to the struggle for freedom.

Over time my depression lessened, although later, when my wife and I separated, it again threatened to destroy my yearning to live. The skin inflammation happened when I least expected it, and never could be cured completely. There was no medicine

or doctor that could help me get rid of it. As months and years went by, the problem became more frequent, but even so, I kept working in the struggle. Surprisingly, the problem went away when I came to the United States. Without a doubt it was something from the war that I left behind along with the conflict. Later, when I spoke to psychologists in Mexico and the U.S. they told me it sounded like a symptom of my imbalanced nervous state, and that is likely, seeing as it acted up most when I was depressed and disappeared when I left the battle field.

Another result of constant stress and hunger was gastritis. This also affected me, causing ulcers and making my life even more difficult. It has taken many years on a more careful diet to minimize the effects of this health problem.

21

THE BIRTH OF MY FIRST SON

*W*hen I remember my first son being born, my mind immediately turns to the adverse conditions surrounding his birth. His mother's pregnancy coincided with the Phoenix 14 military operation, the longest and hardest invasion we faced. It lasted so long that the guerrilla commanders finally had to change tactics. Before that invasion, the guerrillas had groups in every region, plus the Felipe Peña Mendoza concentration of battalions. The regional groups handled security in the controlled zones, fought off enemy troops and organized small actions on the national level. The battalion group carried out strategic attacks and led the campaign to knock out military posts.

Phoenix 14 was characterized by the concentrations of thousands of soldiers in the various rear-guards of the guerrillas. The concentration of troops lasted several months, which destabilized the militant guerrilla forces. The guerrillas responded by spreading out its troops and taking the war to the rest of the country. This was a well-timed decision by the guerrillas, because prior to this move, the military had the guerrilla strongholds in their sights, and in those areas carried out their scorched earth policy with

complete impunity. By dispersing, the guerrillas created hundreds of new places where they had a strong presence, which allowed them to increase their political work.

Operation Phoenix 14 was extremely trying for everyone in the guerrilla-controlled zones. We often went a week without food, and we were constantly on the run. We struggled physically, as our natural defenses weakened and illnesses took over. It wore us down psychologically, which manifested itself in stress and fear - overall, we were under constant attack in all directions. The lengthy operation also forced us to make the difficult decision of taking most of the civilians out of the guerrilla controlled zones. It was impossible to cling to our lands and our communities, when to do so meant certain death.

Phoenix 14 began with the military surrounding the entire Guazapa volcano and its foothill areas. My village and the area where I lived during the war were in those foothills. They also installed mortars and cannons in militarily strategic sites.

Once the soldiers had encircled the volcano, they led numerous mortar and cannon attacks on the places where they knew we were concentrated. This lasted for several days. We were already used to this kind of strategy, but this time it was a much stronger attack. Even so, there were no guerrilla casualties.

A large black aircraft flew over us constantly, staying at high altitude. According to the

comrades, its mission was to detect large groups of people; apparently it could locate encampments by the body heat generated. Other planes also flew overhead, dropping 500- and 1000-lb. bombs, and helicopters shooting machine gun fire at anything that moved.

When Operation Phoenix 14 began, my son was just a little three-month-old embryo, growing inside his mother's womb at the worst possible political moment, during the worst invasion, the period of scarcest food and terrible epidemics, the time of long treks at night, and when I, due to my work, could rarely see his mother. The list of hardships was lengthy, but he managed to overcome them all; nothing impeded his birth.

At that time I did political organizing work in adjoining areas and thus had greater access to food than his mother did. At night, despite the military presence, I snuck food into the area where she stayed. This was terribly risky, but her physical state and the adverse conditions she faced worried me a great deal.

Six months into the operation, my wife was just a few days from giving birth. The whole pregnancy had been abnormal, she was weak and my baby had not received enough nutrients.

I remember one night we were in a "tatú" - a cave we used to make for hiding and caching food, when we heard a huge gun battle around 5:00 in the morning. One of our comrades saw that the soldiers were approaching. Knowing

that we were asleep, he fired a shot at them so we would hear the shot and not suffer a surprise attack. That comrade, Wilfredo, a native of Tenango, died in that unequal combat, but in doing so he put us on alert and thus avoided more deaths. Apparently he was able to cause some military casualties himself - we heard through the radio signals we picked up that seven soldiers fell. But that didn't matter as much as his willingness to die in order to save our lives. That was how solidarity and care were expressed among us, by giving lives - just as Jesus did, according to what our village catequists had taught us.

When we learned that the soldiers were heading in the direction of our hiding place, we decided to move. During our move, we ran into more soldiers. They shot thousands of bullets and hundreds of mortars at us, but no one was hit. The mother of my child narrowly escaped being shot and killed, but we managed to get out of there. Of course, we knew that others would be coming shortly; we knew, because that was our life.

Four days later, my wife and I returned to Tenango with a group of civilians. We knew that there were no soldiers there. When we were just a short distance away from the village, we heard the sound of the helicopter we called "The Wasp". It was an evil contraption that flew low, and we could not do anything to fight it. Sure enough, it detected us, and a few minutes later three helicopters and three airplanes - two A-37s

and one big one we called "Fuga". We thought that there would probably be just one bomb, because there were no infantry troops around. We decided to hide in a tatú. While we were inside the cave, a bomb fell nearby, and the tatú began to crumble. My wife and I, and the others, managed to escape and flee toward the Asiguello River, but the helicopters and airplanes continued shooting machine guns and bombing the tatú. They killed one comrade and wounded two others.

After that experience our situation worsened. We had to stop cooking because the planes could locate us by the smoke from cooking. We couldn't sleep, because at night we had to move from one place to another. The days were tense; we spent them hiding, knowing we were surrounded by soldiers, and listening to battles between the guerrillas and the army. Our safety, food and physical well-being were worse than ever before. We stayed alive thanks to small rations of sugar water, corn flour, and fish. For me it was terribly hard to see my wife in these conditions. I gave up my food so that she could eat a little more than her ration. Each time that my work took me to a town, I bought sugar, rice and beans, and buried them nearby so that I could take them out when I visited my wife next.

My first son, Roberto de Jesús de Paz was born on the battle front, at 4 p.m. on May 6, 1986. He was born under a mango tree in a small ravine in Rosario Perico. Those images are fresh in my mind - I will never forget those because

the event had a strong impact on me. The moment he was born, mortar fire exploded over us. Not to mention that the day before his birth we were almost captured by the soldiers. On Roberto's birth certificate it says he was born on June 9th; this is actually the date that the birth was entered into record, not the day he was born.

An hour after my son was born, I decided to take my wife and my newborn child out of the war zone. It was a difficult decision, as it meant being separated from my wife, whom I loved dearly, and my son. But I had to get them out of there - my son could not grow up hiding like a hermit, listening to bombs explode, being malnourished and risking his life.

My son's mother's name is Elena Artiga, and in the guerrilla controlled zone she was known as Violeta. All of us there changed our names, as one of the ways to increase our safety. This confused those who wanted us dead, but of course it was not a guarantee that we would remain safe. The military relied on their civil defense forces, made up of people who knew us because they had once lived in our villages.

It was not easy getting them out of the war zone. In fact, it was terribly risky, but I felt that it was a risk we had to take. I had help from comrade María Alfaro, who had been Violeta's midwife, and Santiago Alfaro. I needed help and I could trust those two people. María took care of Violeta, and Santiago carried my son in his arms. I went a half-kilometer ahead in case we ran into soldiers, which was entirely possible. If

that were to occur, I would battle them and the others would have time to go back to the front. We began walking by the Tepechapa River, then toward the Santa Rita stream that leads to Tenancingo. My son was born at 4:00 p.m., and we began the march an hour later, arriving in Tenancingo at midnight. The journey took us seven hours; under different conditions you can make that trip in less time, but my wife was walking very slowly and we all went at her pace.

When we got to the outskirts of the small town, I left the others hidden in some brush and went ahead alone. Luckily, the military was not right in town, but troops were nearby - about a kilometer away. First I went to the home of a woman named Francisca, who was a collaborator we knew in town. Through her, I coordinated with Chepe Nel, the town's mayor. He had been a long-time collaborator of ours, despite the fact that he was mayor through the right-wing ARENA party.

I hoped that this man would get my wife and child out of the area, because for a man in his position it would be easier than for anyone else. Thank God he didn't refuse. His decision calmed me a bit, but even so, it was a risky job, as they would have to get through several military roadblocks where there would be people who could recognize my wife. He was aware of the risks, but he was also very aware of the need for social change, and he was willing to risk his life to promote the work of the revolution. Chepe Nel, as we called him, was one of those

important people, who without having to leave his family took on functions that would have been impossible for us to do.

At one o'clock in the morning I had to say goodbye to my wife and baby. Right then we heard machine gun fire. I was aware that there was a strong possibility I might never see my family again. If I was lucky enough to see them again, it certainly wouldn't be soon. I knew of plenty of experiences of other comrades who said goodbye to their respective wives and then died without ever seeing them again, and I knew it was unlikely that I would be the exception to such common occurrences. It wasn't that I had a negative attitude, it just reflected the cruel and merciless reality we faced.

"I hope that someday we can be together," I told my newborn son. Surely he did not understand, but those words were my deepest hopes. Then I had to say goodbye to Violeta. We parted with few words; our silence expressed the grief we felt about a long separation, or the possibility of never seeing each other again. After the bitter departure, tempered by Maria's and Santiago's solidarity, I returned to the front where our dignity was the bedrock of our existence.

During my return, I felt both sadness and calm. I was leaving the people whom I loved the most, but I knew that they would be safe, or at least safer than they could be on the war front.

Months later, Violeta was able to see my parents and brothers. After leaving the guerrilla-

controlled zone, she went to live in the village of Colón in the department of La Libertad, and my parents were in the Divine Providence Hospital.

A year went by, twelve long months in which I could not see Violeta and my young son. The separation affected me much more than I had ever expected. In 1987, my health was bad; I was ill and desperate to see them. Fortunately, my superiors understood my situation and granted me permission to visit my family. When I found out that I had been granted leave, I was thrilled by the possibility of seeing Violeta and my son. It was like a dream come true being able to see them again. When I got to the Calle Real refuge and could touch my son and caress his mother, proving that it was not a dream, I felt like the happiest man on earth. I was very lucky and privileged to be able to see them. I could not have asked for more in life!

I was so happy to see that my son had grown! He was no longer the hours-old baby that I had last seen; he was a beautiful, well-nourished child who was just beginning to walk. I felt proud to be his father.

Everything was wonderful - an unusual state for our lives - but after few days I began to notice changes in Violeta. Her enthusiasm for our relationship had diminished, and her face told me that she had some doubts about us. We talked, and she told me that she did not want to have any more children and that she did not want to continue our relationship knowing that we would always be apart. She was afraid that I

would be killed and that she would be left alone, with no support for her child. She was right in her rationale, but I thought, "many other couples face the same challenges, why can't we?" But she would not budge, and when I returned to the front, I was separated from my wife.

The break-up was a blow to my dreams, and took me by surprise. My return journey was very sad. We really didn't face the usual problems that separate a couple; we got along wonderfully but our relationship was doomed to fail. The times, not our wills, were what broke us up. In other words, the war and my commitment to other needy people stopped us from being able to be a family. Even at this most personal level, the war forced its way in, without permission, and broke our hearts.

After I returned to the war zone, the military operations against us took place one after another. We just could not get a break. I got physically and psychologically worse. I felt sad, tense, and became depressed again.

I didn't want to desert like many people had. I loved my comrades and I wanted to see a different country, all reasons enough to be one more in this sea of fighters. But my body and mind could not handle the immense pressure of the war. I needed a break; I wanted to wake up one morning and know that my day would be calm, that my life would not be in danger, which was impossible in the guerrilla-controlled zone. With each passing day, I thought more and more about the idea of taking leave for a while. I fig-

ured that hiding in a San Salvador safehouse was better than hiding under hundreds of bombs, although each had its risks. I was just awaiting permission from my superiors in order to be able to leave; I did not want to slink out in hiding.

In late 1987, two months after my last visit to the city that had resulted in the end of my relationship with Violeta, I was granted leave and given two hundred dollars for my medical treatment and stay in the capital. The leave was for an unspecified amount of time, depending on what the doctors recommended, but it was for at least several months.

In San Salvador, I stayed at the Calle Real refuge. It was not an ideal place for a rest, but I had no other alternative. I immediately began therapy and started doing political work in the refuge. About 500 families lived there who had been displaced from their homes, and wounded guerrilla combatants who could no longer participate on the battle front.

The problems at the refuge were many, and different than in the mountains. Hundreds of people were piled up practically on top of each other, plus the shortage of food, clothing, and money created conflicts. Added to the problems inside the refuge was the intimidation by the military. The army knew that people staying at the refuge were the social base for the guerrillas, wounded combatants lived there, and that at some point the children growing up there would enlist in the guerrilla forces. Because of its clientele, the refuge was seen with distrust and

envy, and they invaded it several times.

By intimidating us, the government tried to make families so desperate that they would leave the refuge. I was there to rest, but it was hard to sit there with my arms crossed. I decided to take action, and I think I played an important role there, explaining to each resident what the armed forces were trying to do, and how we should respond. It was a difficult job to educate people, considering that they fled their villages in search of safety, and here I was asking them to resist the army's plans. As part of their intimidation, the army placed roadblocks nearby, questioning people who went in and out, which forced many people to stay inside all the time because they didn't have identification documents. Sometimes there were gun battles, and on the worst occasions, they invaded the refuge in search of guerrilla prisoners.

Once they captured a wounded guerrilla, and a few others and I tried to make them let him go. When they saw our response, the soldiers accosted us, but a group of women and children joined in, complicating their ability to take him prisoner. On that occasion Monsignor Urioste had to come and negotiate with the military official. The soldiers left the refuge, but stayed nearby. At night they attacked with gunfire and shot a wounded man in the stomach.

We were all frightened. Several went in search of relatives or friends and left the refuge. In other words, through intimidation and fear-mongering, the government forces got what they

wanted.

In those days, there were some "repopulations", and it occurred to us that it was not a bad idea to make a repopulated community of these people. This would mean getting them out of the refuge and taking them to a new settlement, and this became a project that a few other comrades and I took on. First we had to decide where to settle. We decided to establish the settlement near Suchitoto, in a place called El Sitio. Given the urgency of getting families out of the unsafe refuge, once we had a site determined, we decided to take the whole group to the El Barrio repopulated community and from there build El Sitio. I remember that after our arrival in El Barrio, we spent several weeks clearing the land, making roads and building small houses in El Sitio. It was hard work, and we faced many challenges, but the fruits of our labor can still be seen today in the community that still exists there.

I also decided to leave the refuge and go live with the repopulated community. I was still sick, and supposedly I was resting, but those days I was very politically active. Working in the refuge and on the move to El Barrio had taken up all of my time.

Once we were living in the settlement, the majority of the settlers decided to elect a governing council to represent them. Almost all of them proposed that I be the president, and I was willing. I enjoyed doing this work, and it was similar to what I had been doing in the guerrilla-controlled zone. What I had not considered was that

the military arm of the National Resistance (RN) would be around the area. They wanted to see a president that would be loyal to their platform, which most definitely was not me.

One night, RN militants came looking for me. They were heavily armed, but luckily that night I did not go to my usual home, so they didn't find me. I was always cautious, and never slept in the same place for more than a few nights in a row. I may have been wrong, but I took their visit to be an assassination attempt, as a way for them to get rid of someone who would be a thorn in their side. The situation worried me a great deal; it was normal that government troops would want me dead, but to think that other revolutionaries would be after me was unbelievable.

The day after that incident, a psychologist by the name of Marcos was captured by the National Police's Panther Battalion. It was a case of mistaken identity; they mistook him for me because we both wore glasses. I found this out because he told me they had been looking for me. After those two incidents, I no longer felt safe in the community, and I decided to return to Calle Real.

I returned to Calle Real on November 6, 1988, the day my second son was born. Javier de Paz Recinos, my second child, was born in an environment of terror, fear, and repression. Javier's mother had spent her pregnancy facing the threats and direct repression that the soldiers aimed at those of us living in the refuge. It was

not an easy time and the refuge was not an ideal place to find the calm that a pregnant woman needs.

Concepción Recinos, Javier's mother, was originally from the Guazapa area and had gone to live in the refuge for safety reasons. She had suffered a lot in her life, persecuted for her ideas and her desire to have a better country. She had revolutionary principles similar to mine. We had many things in common, which was why we fell in love and began a relationship. It was beautiful and serious, but we never tried to plan a future, get married or make a home together. From the outset of our courtship we never saw ourselves together in the future.

Once in the refuge, I obtained food and medicine through friends and sent them to the war zone. I knew that everything could be useful, because the needs were great and I wanted to help. I continued coordinating with the comrades who were still in the war zone, and I felt like I was part of the collective. I wanted to return when I was physically and emotionally better. It was during this time that some very close friends of mine told me that the leadership team that I reported to did not trust me; they thought I might be a spy. The first time I heard that, I didn't believe it. But when several other people told me so, I felt a cold chill in my body and I grew concerned, not only for my safety but also by the unfairness of the charges.

Rumor had it that the leadership had discovered that a spy network had infiltrated the

guerrillas and the civilian population. Whether such a network of informants really existed, I do not know. It would be hard for me to believe, but it worried me that they connected me to that type of activity. My conscience would never permit me to do something like that; I would never collaborate with those who had killed my brothers and raped my sister before killing her as well. For them to link me to those people put my life in danger and was a blow to my revolutionary conscience. Even more than worry, those rumors grieved me, and deepened the depression that I was fighting. Once I learned of the rumors, I decided not to ask more questions nor to go back to the zone to confirm them. Instead, I kept them to myself. I never found out if those rumors were true or not, and hopefully they were just ideas held by a few comrades, but even so, it was absurd and dangerous.

When Javier was born, I knew that I now had two sons who needed my support, and that I needed to take them into consideration when making any personal decisions. That was how I began thinking about leaving El Salvador. I kept thinking about it until I was convinced that remaining in the country was not safe for me, and that the only choice I had was to go to the U.S.

Part V

GOING NORTH, BECOMING AN IMMIGRANT

22

LEAVING HELL BEHIND

*J*n the refuge I had befriended some foreigners, and they were the people who helped me get out of the country. They knew of my situation, and perhaps because of that, when I told them I had decided to go abroad, they found them to be completely supportive. Immediately they got me out of the refuge, a dangerous place and a stronghold of the guerrilla base. They took me to live with a North American priest while we arranged for my papers. Everything went more quickly than I could possibly believe, and within two weeks my departure was prepared. On November 25, with documents in hand, I left. I was desperate and wanted to waste no time. Every night that went by I was risking my life, so waited for the travel documents that I would need in order to get out of the country.

The approval I had gotten from the comrades was to leave the war zone and live in San Salvador, not to leave the country. But I sent them a note saying I wanted to leave the country and that I needed their consent. I told them that even being in San Salvador, out of the guerrilla-controlled zone, I was not able to recover from my physical and mental problems. Their response to my request was that they understood my health situation and that I could

leave the country for treatment, but that I did not have their permission to do political work in their name, nor in the name of any of the people's mass organizations. In other words, I could come only for treatment and rest.

At that time, the most important thing was for me to get out of the country, and if I did it in agreement with my comrades, it was easier on my conscience. I could not put up with another day in El Salvador, feeling persecuted by both the government and the RN guerrillas, plus I was still concerned about the idea that some of my own comrades might think me a spy. My ulcer, the inflammation of my skin, and especially the depression I was experiencing, coupled with the terror that I might be captured and my grief over the mistrust expressed by my own comrades, had me on the verge of collapse. I urgently needed to get out of there, and the only viable option I could see was to leave the country, and fortunately the comrades gave me their blessing.

I am profoundly grateful to Inés Betancourt, for her huge effort and the amount of time she spent in preparing my documents and obtaining a visa for me, through her friends, to go to Mexico. Besides her, there were others that also supported me, and I am deeply thankful to them as well.

Feeling persecuted and trapped, as I was then, drives you crazy. It is like living in permanent danger that always hovers overhead. When they told me I would take a plane from El Salvador to México, I felt relieved, but I knew that I would have to get past the airport security, which I knew would be even riskier than escaping from the mili-

tary surrounding the lands that I knew like the back of my hand. I felt tense during the whole trip. I had never before travelled by air, and that combined with having to get through airport controls had me feeling very uncomfortable. But I had to do it, as there was no other way of getting out. As it turned out, I got through the airport security that I feared so much, without any problems. I remember that it was hard for me to look calm when inside the fear was killing me.

In the Mexico City airport, there was a young woman waiting for me. I did not know her, nor she me, but we had each other's descriptions. She took me to the home of a Mexican family where I could rest and spend the night. Finally, I was out of the country, which was the first goal obtained in my effort to stay alive.

Mr. Benjamín Cuéllar, of the Mexican Human Rights Commission, coordinated my time in Mexico. Unfortunately I had some conflicts with him that negatively affected my stay in that beautiful country, but I was lucky to meet other Mexicans who offered me great support and compassion. The brotherhood I experienced among Mexicans lightened the negative feelings I experienced from my conflicts with Mr. Cuéllar. I spent two weeks with a Mexican family in those lands of Zapata, and then I was transferred to Our Lady of Refuge church. The priest there treated me very well and was really helpful.

According to the order I received from the revolutionary organization in El Salvador, I was not authorized to speak in their name during my time outside the country. I tried to respect that, but once

people found out I was a revolutionary and had been in the guerrilla-controlled zones, they wanted me to share my testimony, and my personality and principles would not allow me to deny that call and remain silent.

After several days I began to understand that the heroic struggle did not belong to anyone, and that my duty as a revolutionary was to denounce the evil ways that people struggling for social change were treated. After a short while, churches and various kinds of organizations invited me to meetings where my testimony was the main attraction. At that time there was a great deal of solidarity with the Salvadoran people, and we were admired for our courage.

I tried not to speak on behalf of any organization. Even if I had, no one would have found out, but I respected the desires of my superiors. When giving a public address, I simply shared my testimony, and this was mine - I was the only person who could decide if I wanted to share it with those in solidarity or if I wanted to keep it inside, and I decided to open my heart. Just a few minutes of hearing my story was enough for people to understand the heroism of our struggle and the evils perpetrated by the government.

On February 20th, I flew to Tijuana, where the President of the Human Rights Commission, one North American, and two other people awaited me. They all wanted to hear my story. I tried to be brief because that same day I was to cross the border, and I wanted time to prepare myself.

Later that day, when the sun set, I met my contact, who was to guide me through the border-

crossing adventure. We did not speak much, as in reality there was not much to say. He simply took me to the top of a small hill, from where I was to begin my journey to the United States of America. From the highest viewpoint, the man showed me some lights 15-20 minutes away on foot, and told me that that was where I needed to go, that those were lights from a parking lot in the U.S. I was used to all-night treks to escape the soldiers, where if I was detected, I would be killed, so when he showed me my destination, I knew I could make the trip without much difficulty.

When I descended the hill, I found many other people like myself who were trying to cross the border. As soon as I had learned how I would be crossing the border, and at what time, I had bought dark clothing; these are simple, logistical details, but if you go dressed inappropriately, your plan might fall apart. Next I cut some branches and put them on my back. The other people looked at me with surprise, not understanding why I would do such a thing. I'm sure they thought I was crazy or something, but this was my camouflage. The minute after I had covered myself with brush, a helicopter flew overhead; I stayed in place, trying not to move at all, and the rest of the people ran back. I did not even consider returning. I was completely focused on hiding as well as possible and not losing sight of the place I needed to get to. It was the first time I had ever crossed the border, but these experiences were not new to me; over the past eight years I had hundreds of similar experiences, all much more dangerous than this.

After the helicopter had passed without detecting me, my confidence increased, and I tried to apply the knowledge I had learned through such travels before. Suddenly a car came toward me, taking me by surprise. I remained totally still, and despite its huge headlights, the car passed by without noticing me, as did the other that followed behind.

After those cars went by, I decided to advance by scrambling, just like I did to escape from gunfire. I was very focused, attentive to everything I saw and heard, and I did not take a single step forward without first making sure it was safe. When I heard voices in English coming from all directions, I grew worried; I was practically surrounded by those unfamiliar sounds. I decided to continue on, even more cautiously. I was like a tortoise, travelling slowly but surely. In my scramble, I lost my glasses, which was a big problem, but nothing could stop me from my goal of getting as far away as possible from my country. Suddenly I found myself facing a wide, well-lit highway, with lots of traffic. I didn't know what to do - I had never imagined such a sight - so I kept walking forward, toward my goal of the parking lot lights. After walking just a few feet I saw people in olive green uniforms. I could not retreat, nor could I run to the side, so I knew I had to get through them without being noticed, which would not be easy. I decided to pretend I was drunk, and I walked by them with the normalcy and bravado that a drunk would have.

A few minutes later I made it to the parking lot and I heard a voice say, "Are you Tulio?" Immediately I responded that yes, I was he.

"Welcome to California!" -the North American woman said, before giving me a hug. She was happy I had made it, perhaps even happier than I was, as I was more surprised by it all than happy. She took me to her house, in central San Diego, where I slept.

The next day I rested until it was time to go to the airport. Around six in the evening I took another airplane to San Francisco, accompanied by four of that woman's friends. The trip went quietly, without incident. Once we got to San Francisco, one of the four people travelling with me took me to his home.

23

COMING TO SAN FRANCISCO

That same evening I was visited by several Salvadorans and North Americans involved in the Salvadoran solidarity movement. They all wanted to hear my testimony and know first-hand what was happening in the country. Their enthusiasm was not for me personally, their interest was in knowing details and up-to-date happenings in El Salvador. I was glad to see that in the U.S. there were so many people interested in our struggle; it was a time in which Salvadoran revolutionaries held almost hero-like status.

I had come to a place where I was welcomed with open arms. Although it was not my home, it was pleasant. That night I fell asleep thinking about how easy my arrival had been.

I had heard many sad stories about the border crossing, which is why I took it so cautiously. But everything was easier than I had expected. Yes, my journey was successful and relatively easy, but it was all thanks to the network of people that had helped me. All those people, from San Salvador to Mexico City, Tijuana, San Diego and San Francisco, made the successful trek possible. In that way I know I was very lucky; I did not have to pay someone to guide me, or be locked in a coy-

ote's safe house for days on end before crossing the border in the most deserted and isolated places. I had the privilege of receiving help from humanitarian people who opened their homes, gave me their hours of work and their care, so that I could get here safely.

Of the huge group of comrades that came to see me my first day in San Francisco, only two kept up the visits. They, like the others, came by with the political interest of knowing more about the situation in our country, but after our first few chats they also wanted to help make my stay in the U.S. more comfortable. Their solidarity was vital to my recovery.

The next day I moved to a house that was a shelter for homeless people, where I stayed for a month. Once I was there, I began my psychological treatment and began to recover physically as well. Working there were Tito Burgos, Tato Torres, and another Salvadoran named Félix; all were very considerate of my situation, giving me their time so I would not be overcome by loneliness and so my past traumas would not destroy my fragile stability here.

Thanks to a comrade named Francisco Herrera, I got a job stamping envelopes for ten dollars an hour, my first work experience in this country. It was an easy and well-paid job. I soon saved a thousand dollars and sent it to my family - my first money order. I remember that I spoke to my mother and gave her a list of needs that I wanted her to cover with that money.

My friends at the shelter helped me get in

touch with the Catholic Worker, a transitional housing program where I could get a room. At the Catholic Worker I met up with Antonio Zavala, an old acquaintance and comrade from the struggle in El Salvador, his brother, and others with whom we started dreaming about starting a refugee organization.

Also during my stay at the Catholic Worker, I got confident enough to move around alone in this country, even without knowing the language. And thanks to my Catholic Worker friends, I found a job at a laundromat. My job was to iron clothes; I earned \$4.25 per hour, much less than my previous job, but it didn't matter to me - I felt glad to be working. This job allowed me to move out of the Catholic Worker and keep sending money home to my family. It was my first real entry into the labor market here. I sent between \$500 and \$800 per month back to El Salvador, which meant working lots of extra hours.

I worked much more than an eight-hour day, and I was worn out by the time I got home at night. But the urge to do social work on behalf of the needy was always on my mind. I took any opportunity I found to talk about the need for social change, to whomever would listen. Antonio and José Zavala, and other people I knew through the Catholic Worker were also refugees and shared my social concerns.

In fact, the walls of the Catholic Worker were the first witnesses to how a small group of Salvadoran refugees began to meet on a weekly basis, with the idea of sharing our needs and our

dreams in this country.

None of us could speak the language here, we were new to the land, and at that time we were all living off benefits to the poor, but that yearning for change that led us to become persecuted in our own country was alive and strong inside each one of us. Back then, not one of us in that small refugee group wanted to live in the United States, only to be able to live better.

24

DREAMING ABOUT STARTING
A REFUGEE ORGANIZATION

The first meeting was with the Zavala family at the Catholic Worker. What we intended to talk about was our needs here and the past we shared, and to discuss ways that we might be able to help the repopulated communities in El Salvador. At first, we overflowed with good intentions as well as ignorance about how things worked here. But our ignorance was not an obstacle; instead, it was one more reason to ask questions and dedicate a lot of time to our project.

I kept my laundromat job for 18 months; it was exhausting, heavy work, but I always made time for my meetings with the Zavalas. My plan was to work very hard for a while, save money, and then work full time for a while on the organizing project. So, once I had saved eight thousand dollars, by working extra hours and seven days a week, I decided to quit my job. I wanted to be able to spend more time on what was then the embryo of what today is CRECE, the Central American Refugee Committee.

What motivated me most to spend more time on this was not the idea of creating a large organization, but rather, it was the huge need for the refugee community to have an organization to support it. My

expenses in the U.S. were few; I have always been careful with money, and I shared a home with several other people; my portion of the rent was \$80 per month, and I had transportation and food expenses.

On February 21, 1990, the Central American Refugee Committee was formally born. I say "formally," because the idea behind it and our first few activities began earlier, when six refugees decided to offer each other mutual support and together help others. Back then, the First Hispanic Presbyterian Church of Oakland gave us a small room, and we installed a phone and began our work. In order to pay the phone bill, each one of us contributed about \$5 per month, and that is how we began covering the start-up costs of our dreams.

Since 1990, many excellent volunteers have been part of CRECE. The first group, that really gave life to the organization, were Antonio and José Zavala, María Sánchez, Paula Ronquillo, José Mardoquéo, and myself, Tulio Serrano. All of us were Salvadoran refugees, most living at Catholic Worker and active participants in the struggle for liberation of the Salvadoran people.

Our goal was to create a base organization that would bring together refugees from all over the East Bay, something along the lines of the popular organizations in El Salvador.

One objective was solidarity with the repopulated communities in El Salvador, providing financial aid, various kinds of supplies, and denouncing acts of repression carried out against them. Another objective was to develop food, employment and health services for refugees here in the area.

From our humble beginnings we always were determined to engage in ongoing educational work about our conditions here and in El Salvador. All of our activities, without exception, had an educational component.

To keep the work going, we met weekly in the small room in that church. There we realized that we needed to look for funding and to make connections, two keys to helping our organization grow.

In our search for funding, we made and sold tamales once a week, which earned us about \$50 per week. Then we thought about presenting our project to the North American community, and Diana Bon helped us with this aspect. She made a presentation to forty North Americans, and we sold tamales. We received eight hundred dollars that day, much more than what we had hoped to earn, and that success energized us to continue our work. Now I look back and recall how at that activity the people presented us with a check, and we didn't know how to cash it; even those basic tasks were hard for us. But we were very enthusiastic and nothing could stop us from taking our next steps forward.

We gave that check to the comrades of San Francisco CRECE so that they could cash it for us and give us the money. That organization had been around for a few years and they were much more experienced than we were, so they wanted us to be a project of their organization. For over a year they encouraged us to become a project under their auspices.

We were aware of our limitations and of their experience, and perhaps in the short term it would

have been beneficial to have them watching out for us, but part of our philosophy was to develop an organization on our own, committed only to helping the refugee community and the Salvadoran repopulated communities. Fortunately, that phase ended, they understood our determination, and they left us to take the path we felt we needed to take. How glad I am that we made the right choice, seeing as San Francisco CRECE disappeared a few years later. If we had joined them as they had wanted us to, our organization might not still exist today.

The first problem we took on was nutrition and basic food for the refugee community. We were looking for concrete ways to address the problem when we met Jim Ferguson. He delivered food to the homes of eight refugee families. We told him that we could combine our efforts and that we would find a place to distribute the food instead of having to take it to people's houses. He agreed and we immediately began the food project. This was in the Methodist Churc Jim Ferguson already supported. A month later we had twenty families, and that year we managed to distribute bags of groceries monthly to 150 families. The project was, and continues to be, a success; today it is even stronger and serves more families.

Jim Ferguson continues to be active in the project, and has been a key person in its continued success. His commitment to serving the needy is what keeps him going in his mission. Besides him, other people also have dedicated much of their valuable time: speaking of the food distribution, I must recognize John Castelfranco, Carolyn Schour,

Charlie Boyd, Christine Tiedeman, Christie Demann, Cornelius Patrick, Francisco Quinteros, Edith Flamenco, Zoila Ramírez, Araceli Guerra, Verónica Vega, Elsa Osegueda, Celia Gonzales, María Barajas, Ramón Marroquín, and Alfredo Reyes. All have been volunteers and part of the team that has kept this program going. They are its heart and soul, and without them, this project would be a lifeless idea.

Now, in 2004, thanks to the great number of volunteers in the program, we have a weekly food distribution that takes place on Fridays. In addition, on a monthly basis we distribute foodstuffs donated by the U.S. Department of Agriculture (USDA). And for people who for one reason or another cannot make it to those, we distribute food three times a week, in the afternoon, at the CRECE office in Oakland. Two hundred families a week benefit from our program, which makes all of us proud. In order to make the program run, we count on a team of North Americans, coordinated by Jim Ferguson, who work on raising grant funds, donations, and other resources. They make it all possible, complemented by the many volunteers who enjoy giving of their time and energy so that others may have basic necessities.

Our most constant sources of donations have been the Food Bank, individual donors, foundations, and the Oakland St. Vincent de Paul. In these institutions we have met people who have helped us a great deal, because they have seen that we make the supplies go to those who need it most. They know how efficient our program is, and that our volunteers are

honest people with a humanitarian spirit. The truth is that the entire food program is made possible only by volunteers; during its 13-year existence not one person has been paid a salary, and this is why donors trust us to do the job.

In 1990, we began offering English as a Second Language classes. They were small classes, taught by good teachers, but when this project slowly began dying out, the CRECE coordinating committee decided to prioritize other projects.

For several years, CRECE has organized group outings to parks and tourist sites, similar to what we call "excursions" in El Salvador. Up to 100 people of all ages went out on weekends to different places, spending the day together in healthy recreational activities. These outings aided us in getting to know each other, helped the youth make friends, and allowed parents to spend more time with their children. They were wonderful outings, but people's other commitments were barriers to us continuing those activities, although the friendships begun there continued to bloom.

Also since 1990, we have held a Christmas celebration. Approximately 1,000 children receive toys, all donated by other children, adults, and churches. The day of the event we throw a great party, with food, dancing, and the toy distribution. The idea is for all the children to have a wonderful time and for each one to get a toy. The greatest supporters of this project have been Nancy Aguilar and her husband Richard. Sadly, Richard passed away, but his wife continues helping the project with all the enthusiasm of the world. Nancy is part of the Saint

Augustine Church in Pleasanton, where several months in advance they start preparing for this event that means so much to the children and families in our community.

Easter brings another traditional CRECE celebration. For this event, students from Saint Mary's College in Moraga collect Easter baskets and money. They give all the proceeds to CRECE to distribute to needy children, and a wonderful part of the celebration is that the college students help hand out the baskets. It is beautiful, because you can see how the young people are developing a sense of solidarity. Without a doubt, human nature is based on goodwill and love; it's a shame that these virtues are not more widely encouraged. Another key person in this project is Sister Nora, of St. Jerome's Church in El Cerrito. Thanks to her, we receive all kinds of donations, which are necessary resources for this special celebration.

We hold one dinner and two community dances annually. The main objective is fundraising, but we also follow our philosophy that all activities have an educational component, and these are no exception.

For five years, from 1991 to 1996, we offered the Edith Domínguez mental health clinic to the public. The main volunteer and person behind the idea was Barbara Zelwer. Sadly, Barbara died on April 8, 2003, and with her death we lost one of the people who most supported CRECE. Her ideas, her time, and her energy were critical in CRECE's development and growth, and in concrete terms, her generosity allowed hun-

dreds of people to access professional mental health services for free. Thanks to Barbara, many Central Americans suffering from war trauma obtained professional help that allowed them to live healthier, happier lives. She also helped undocumented people, who came to this country due to political persecution, to apply for political asylum and permanent residency. Back in 1992, she wrote a proposal for CRECE and submitted it to the Vanguard Foundation. The project was funded, providing us with our first foundation support - \$3,000 for three years. That was an awful lot of money for us.

For mi personally, Barbara was an advisor, confidante, friend, and sister. Her sensitivity and commitment to the Latino community was special. CRECE, the refugee community, and I owe a lot to Bárbara, and I know that the best way to pay her back is to continue dedicating ourselves to the cause of justice for the needy.

Regarding solidarity with the Salvadoran people, we have begun to work on a project of Scholarships for Community Development, which will provide scholarships to students in the rural areas of Tenancingo and Suchitoto in El Salvador. Eligible scholarship recipients must be residents of those communities, whose parent has been displaced, wounded or killed during the war.

CRECE has supported several Salvadoran communities, especially when extreme hardship has arisen due to natural disasters or social unrest. During the war, when terror and human rights violations were government policy, we participated in

demonstrations at the Salvadoran consulate, demanding an end to the repression against the civilian population. When the people of El Salvador suffered an earthquake and other natural disasters, we immediately began collecting money, clothing and medicine that we sent to the needy communities. Our policy is to bring direct support to the needy people, rather than going through bureaucratic filters that would impact the little amount of support we can raise.

Watching CRECE grow, since the early days when we met at the Catholic Worker, has been great, and brings me great personal satisfaction. Through my work there, I have found an important reason to live and try to minimize the problems that the neediest people face. Of course, not every minute has been wonderful; threats to our success lurk in the shadows, and difficult situations have arisen when we least expected them. Financial limitations always work against us, and they have been ongoing. CRECE never has been known for raising lots of money; our existence relies much more on volunteers than on dollars raised.

A certain element of insecurity has been present in the development of the organization. For example, in March 1994, I received a death threat via telephone from someone who had been in the Salvadoran Army. He said, "look here, Tulio, you sonofabitch, we are going to kill you. I want to remind you that ARENA won, Mr. Calderon Sol." Two weeks after that phone call, people broke into our little office and vandalized our files, the phone, and the copy machine.

At that time, the United Methodist Church of Oakland provided a small room for our office. Four men in a car drove by repeatedly, watching who entered and exited from the office, and they followed me several times. When the office was broken into, the police came and took fingerprints, but we never heard anything about the results of their investigation. On a separate occasion, four Mexican teens smashed my car windows, and two weeks later my pickup truck was stolen from CRECE. In December, 2003, I received another death threat when someone phoned my home; when I answered, a voice said, "Guess what, a..., we are right outside your house. You'd better get out, because we're going to toss this Molotov Cocktail in and blow it up!" I could tell by the person's accent that it was a Salvadoran.

It is a shame that any one could be displeased by our work, because we ensure that our activities are for the good of all and harm no one. Unfortunately, the fact that there are people envious of our work goes to show that our commitment to the poor is not welcomed by all.

25

BUILDING CRECE

A. OUR MISSION

*C*RECE is a grassroots base organization, whose mission is to organize and educate the Latino immigrant community to improve its social, economic and cultural conditions.

B. CRECE PRINCIPLES

B.1. *C*RECE is a grassroots base organization: We are an organization founded by Central American refugees, with the support of North American volunteers and donors. We have extended our services to the Latino community and to any family that requests our help. We stay true to CRECE's goals, the sacrifices and efforts made by its founders and volunteers, and the growth and strength of CRECE despite the difficult conditions we have faced. We are an organization of, by and for Latino immigrants. We define our projects and set our priorities according to the needs and desires of the community. We value the dignity of the immigrant experience, including experience in community organization in Latin America as well as the experience acquired through CRECE. As such we have faith in the capacity of all people to find solutions to their problems.

B.2. *Commitment to long-term work:* CRECE's long history, all that it has achieved, and

the great numbers of people that have benefited from CRECE are due to the efforts and commitment of the community. Improving our society is a long-term process and requires our time, patience, and dedication. There is no instant solution to the problems we face, and we are committed to working, with or without financial support, to these ends.

B.3. *Strength through community involvement:* We recognize that all immigrants face hardships, including the trauma of war, culture shock, language barriers, etc. We believe that support from the community helps us find cultural strength as well as mental health. We recognize as well that the Latino immigrant and refugee community is diverse, and we promote the forging of positive and respectful relationships across our differences. To these ends we organize cultural and educational events for all ages, to share our experiences in the spirit of coexistence.

B.4. *Social justice and solidarity with Central American people:* We are committed to working for social justice and in solidarity with the Central American people. We raise support for communities in El Salvador and in the United States, focusing on the neediest people. We are committed to the integrity that we have maintained in our work both here and abroad.

B.5. *Immigrant leadership:* We value diverse immigrant experiences, and we want to help develop leadership in our community. We support the development of new immigrant leaders, including women and youth, and we hope to instill in them

CRECE's values so that they feel proud of their culture and continue their work in the community.

C. THE BEST OF CRECE

*A*na María Richard, John Castelfranco, Jim Ferguson, Carolyn Schour, Bob Pickus, Martha Jiménez, Irene Litherland, Chris Tiedemann, Ana Ortiz, Tito Serrano, Francisco Flamenco, Edith Flamenco, Eugene H. Pech, Wilfred H. Ward, Martha Sperry, Diana Bon, Bonnie Bon, Nancy M. Friedman, Barbara Zelwer, Fr. Patrick Leehan, Sherry Larsen-Beville, Louise Muhler, Ramón Marroquín and family, Alfredo Reyes, Martha Reyes, María Baraja, Sergio Baraja, Verónica Vega, Ulises Vega, Selia Gonzales, Elsa Osegueda, Mauricio Vides, Manuel de Paz, Duglas Coto, Nancy Aguilar, Jorge Abrego, Concepción Abrego, Alicia Guerrero, Carlos Guerrero...

The abovementioned names are just a few of CRECE's volunteers. It would be impossible to list all the people who have given of their time and experience to help immigrants and refugees through CRECE's work. I thank all of them and underscore my desire to keep this effort alive.

I would like to offer special recognition to the memories of Bárbara Zelwer, Richard Aguilar and Father Patrick Leehan, three volunteers who over the years kept us going. Wherever they rest now I hope they know that their work and their social conscience sowed seeds in the hearts of others who now follow in their footsteps.

D. SISTER INSTITUTIONS AND DONORS

*C*atholic Charities of Oakland, Catholic Charities of San Francisco, Spanish Speaking Citizens' Foundation, Oakland Catholic Worker, Red Cross of Alameda, Grupo Alcance Mujer Latina, Grupo Maya, Multicultural Institute of Berkeley, Alameda Multicultural Center, International Institute of Oakland, La Raza Centro Cultural, the Port of Oakland, Lao Family Community Development, Public Health Nursing Community, Fruitvale Health Team, Community Occupational Health Project, City of Oakland, Lucha Unida, CISPES, Spanish Speaking Unity Council, A New America Community Corporation, Treasure Island Job Corps Center, Temple Israel of Alameda, Resurrection Lutheran Church, Lutheran Immigration and Refugee Service, Evangelical Lutheran Church America, Franciscan Charities Inc., Vanguard Public Foundation, First Congregational Church, Alameda County Food Bank, Oakland Unified School District, SHARE Foundation, Vista Community College, University of California, Interfaith Coalition for Immigrant Rights, Congresswoman Barbara Lee, Alameda Rotary Club, Oakland Rotary Club, East Bay Sanctuary Covenant, Alameda Methodist Church, Oakland Methodist Church, Hispanic Presbyterian Church of Oakland, Saint James Episcopal Church of Oakland, Social Justice, St. Augustine Church of Pleasanton, Saint Mary's College, Berkeley High School, Saint Mary's College of Moraga, The Campaign for Human

Development, The Morris Stulsaft Foundation, The Riverside Church, The Tides Foundation, The Franciscan Foundation, The Self Development of People Community, Montclair Presbyterian Church.

Part VI

FINAL REFLECTIONS

3. *Individuo que llevó una vacuna que causó la muerte de los soldados enemigos. Ha tenido que ser "enterrado" para que otros soldados no crean que las vacunas son peligrosas.*

26

WHAT MY FAMILY PAID IN BLOOD

*A*iblings killed: Félix del Carmen de Paz, 16 years old; José Apolinario de Paz, 22; Roberto "Tito" de Jesús de Paz, 21.

Cousins killed: Carlos Alfaro, 12; Alfredo Alfaro, 26; Roberto González Alfaro, 14; Ramón Mendoza de Paz, 25; Rosalina Mendoza de Paz, 22; Guillermo de Paz, 45; Angel de Paz, 39; Candelario de Paz, 50; Reinaldo Alfaro, 30; and "Chon" Alfaro, Eugenio Alfaro, Jesús Alfaro, Daniel Alfaro, Alejandro Funes de Paz, Genaro Funes de Paz, Alejandro Peña Alfaro, Esteban de Paz, Carmen González Alfaro, Medardo González Alfaro, Antonio Torres Alfaro, Roberto Torres Alfaro, Teodoro Torres Alfaro, Antonio Torres Alfaro, Antonio Mozo Alfaro, Inés Mozo Alfaro, and Baluino Peña Alfaro.

Also killed were my godfather, Doroteo Alemán, and his wife, Mera Escobar.

Wounded: My mother, Laura del Carmen Alfaro; Bernardino Alfaro, who had to have his leg amputated; María Alfaro, who lost an eye; my cousin Emilio Funes de Paz, wounded in the leg.

My family lost 31 members, and 4 more were wounded. All this blood was shed during the war, leaving me feeling grateful to be alive, and

sad to have had so many loved ones murdered. I say "murdered" because almost all were civilians killed by the armed forces. Certainly they were in opposition to the government, sympathized with the guerrilla cause, and lived in a region known as a stronghold of people in favor of social change, but they were civilians, and should not have been treated that way.

27

THE STRUGGLE FOR PEACE AND JUSTICE

J am a refugee, an immigrant, a war veteran, and father of two sons whose early childhoods I missed due to the civil war. I am from a family who was dealt terrible blows by the war, my brothers and sister murdered in front of me...I am barely able to read and write. When I step back and look at my life, I recognize that many different experiences have made me who I am. Having grown up poor, discovered that people deserve to live with greater dignity, and having participated in a war with the hope of seeing the creation of a better society all contributed to my personal evolution, and I am glad of that.

My dream - my stubborn desire, as I call my yearning for social transformation - has directed my life. My struggle is for the wellbeing of all members of society, for peace, for progress, for equality, and for dignity. And because those ethics are also what sustain my daily activities, they have been the forces that keep me on the honorable path. It pains me that

such ideas and hopes are considered subversive ideas by those who hold great power. Due to such absurd reasoning, he who begged for justice, bread, and respect received bullets instead, to bury and silence his call. How sad that I grew up in a time and place where those in power did not know the real meaning of peace, justice, and respect.

I fled my country and came to the United States because many people wanted me dead, not at all for economic reasons or in search of the "American dream." My goal at that time was to get out of the war zone, and blend in with the population of a far-away place so that I would not be noticed. I arrived in the U.S. not intending to get rich, and I certainly never had. I have worked enough to cover my basic needs, and never have stopped being poor financially, but emotionally I feel good, because I have dedicated my life to needy people in this country.

During 14 years of hard work, I was able to save twenty-two thousand dollars. Being able to save that amount meant scraping by on as little as possible, and limiting myself in many ways, but I wanted to save. I wanted to have enough money for my sons'

education, so that they would not be unschooled like I was. I was painfully aware of the sad reality that my savings would barely pay for a year of university studies, but achieving that much was an incentive to continue the titanic effort.

Sadly, on January 30, 2004, my son became ill with appendicitis and had to be hospitalized and operated on. He was in the hospital for three weeks, and thanks to God and high technology, he came through just fine. I was still celebrating my son's return to health when I received a letter from the hospital with a bill for thirty thousand dollars. The amount of the bill shocked me, and I lost a lot of sleep over it, knowing that I was up against a wall. Once I had gotten over the initial shock, I went to speak to the hospital personnel. I told them that I was poor, that I could not possibly pay that amount, and that because I was poor I had no medical insurance. The person that handled my case looked but the fact that I had 22 thousand dollars in my bank account meant that I did not qualify for any of the programs.

I felt hurt and angry - the system was not fair! - and at times I swore I would not pay. But such a decision could have negative repercussions, so I

came to accept the sad reality of my case. Some friends recommended that I negotiate the debt, and that's what I did. Later, the hospital administration ended up allowing me to pay half the bill, on the condition that I paid in one lump sum. For me it was a harsh blow. My crime was being too poor to afford health insurance.

In many aspects I am stubborn and radical, especially in things pertaining to the well-being of the poor and respect for nature. For me there are no grey areas there, and it is a mistake to get lazy and allow the desire for wealth to sink the poor even further or destroy the earth.

Ever since I became politically aware of the world - and it has been several years now - what I most want to do is work for peace, democracy, and social justice. I try to act according to my ideals and never give up. I hope that when I die, it is with the satisfaction that I have given myself to just causes and have done my part toward creating a world in which there are no oppressed people nor oppressors, and where children do not have to face malnourishment or illiteracy.

Forces that try to resolve social and political

problems through war do nothing for me. It doesn't matter if they give it a name that makes it seem right, like the "war against terrorism." War is destructive, it sows seeds of hate, and engenders misguided revenge; for those reasons I am against it.

In my country, the war left tens of thousands of dead, thousands of disappeared, countless wounded, hundreds of lost children and orphans. At the height of the war, one fifth of the population had been displaced, forced either out of our villages and towns or to become refugees abroad. Some call it "the lost decade", the United Nations called it a period of insanity, and for me it was a period of intolerance in which weapons became master.

It is hard for me to understand that the political freedoms and democratic institutions that finally were obtained after the war ended in El Salvador, had to come at the cost of blood, pain and terrible suffering instead of being granted willingly by the government. Why did the poor have to suffer so much in order to be heard?

Having lived through a war and knowing first-hand exactly what that entails, I want a world in which justice and harmony reign. I have complete

confidence in people's ability to create social change, when they are organized for that purpose. For that reason I have dedicated my life to strengthening community organization.

I am convinced that many of the problems we face will be resolved as soon as we organize and work together to face them. There are many things that unite us in this struggle for peace and love, and abundant reasons to keep on going.

The most difficult aspects of the post-war period are the deep wounds to our souls, the internal pain that always is with us, the bitter memories of having seen our brothers and sisters killed in front of our eyes, and the great void left by the loved ones we have lost or who have disappeared. These are invisible wounds that for several generations will threaten to destroy our happiness and tranquility, but they also are a reason to continue our struggle for peace.

In my case, having seen how my sister was abused and the way in which my brothers were murdered, and having held in my hand the list of relatives and neighbors from my village who died - while the face of each one of them flashes across my memory - these are episodes which are too cruel to

be forgotten. There is no doubt that I will die with these images still inscribed on my memory. Many winters ago, when the murders of my siblings were still recent, hatred and a desire for revenge dominated my mind. But thanks to the wisdom of many people I have known, those days are now just memories. Today, those incidents mark the parameters of how evil human beings can be.

The bodies of my brothers, chopped to pieces; my sister's plea for mercy before she was raped; the hatred-filled faces of the National Guardsmen that raped her; the memory of the heroes I knew in the guerrilla zones; my children; younger generations and the warmth and love I have found in this country all nourish my stubborn desire to build a better tomorrow.

END

Este libro se terminó de imprimir en San Salvador, el mes de noviembre de 2005, en los Talleres de Impresos Edalbert, y su tiraje consta de 1000 ejemplares.

El terco deseo de crear un mejor mañana

A CHILDHOOD IN CUSCATLÁN AND
THE STUBBORN DESIRE
TO BUILD A BETTER
TOMORROW

Julio Leiva
Translated by Anne Marie Richard

Tulio Serrano story



“...El guardia que me golpeaba y varios más, se llevaron a mi hermana... y empezaron a violarla. Yo cambié la vista a otro lugar,... pero su pequeña voz pidiendo clemencia a esos monstruos que nunca la escucharon, me quedó grabada en la mente...”

A parte de describir escenas imborrables en su mente, como la anterior, Tulio nos

habla sobre los momentos hermosos y humanos en la revolución. Estas memorias, más que la vida de una persona, nos trasladan a una época convulsionada y de cambios. Son toda una gama de experiencias de la población civil en las zonas controladas por la guerrilla y cómo éstas enfrentaban los operativos de “Tierra Arrasada”.

“...The National Guardsman who had beaten me, plus several others, grabbed my sister ... and raped her. I turned my head away,... but her tiny voice begging for mercy from those monsters who would not listen, is permanently inscribed in my memory...”

Besides describing painful and unforgettable experiences, Tulio also shares moments of beauty and humanity created during the revolution. These memories belong to more than just one individual, and transport us to a time of social unrest and change, telling the stories of civilians in guerrilla zones targeted by scorched earth policies.

ISBN 99923-78-00-X

Las ganancias del libro serán destinadas al proyecto de becas de CRECE “Llevando esperanzas”